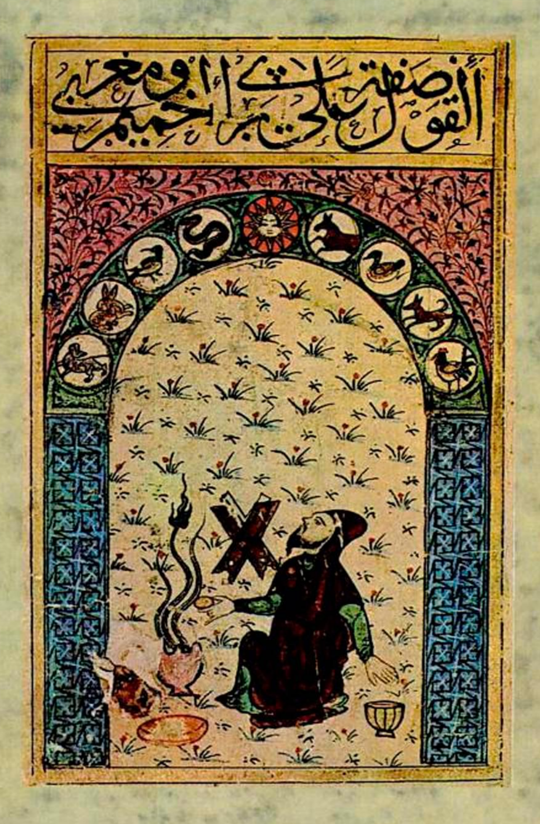
IDRIES SHAH

APRENDER A APRENDER





PAIDÓS
ORIENTALIA

Aprender a aprender, *escrito por el principal representante del sufismo, es la introducción definitiva a un estilo de pensamiento que ha servido de inspiración a hombres y mujeres de todo el mundo.*

Idries Shah, a través de sus diversos libros, conferencias y programas de radio y televisión, todos ellos de gran éxito, aborda cuestiones relacionadas con las amas de casa y los hombres de negocios, con los filósofos y los obreros industriales, demostrando que los conceptos del Sufi tradicional pueden resolver nuestros problemas sociales, psicológicos y espirituales. Los escritos clásicos del Sufi, las parábolas orientales de Jesús, los encuentros con profesores y estudiantes coetáneos y los periódicos occidentales de mayor tirada son sólo algunos de los ejemplos utilizados en este libro con el fin de proporcionar medios que nos permitan contemplarnos a nosotros mismos y a nuestras instituciones de una manera nueva.

«Aprender a aprender *abre nuevos caminos para que podamos enfrentarnos a los mayores desafíos de nuestra época: la propia naturaleza humana, la comprensión de nuestras organizaciones y culturas... Es como si se hubiera rasgado el velo de la vida cotidiana y nos sintiéramos más libres ante nuestras acciones y elecciones.*»

(De la introducción de Doris Lessing)

www.paidos.com


ISBN 84-7509-461-9
42023
9 788475 094618


PAIDÓS

PAIDÓS ORIENTALIA

Títulos publicados:

1. M. Eliade - *Patáñjali y el yoga*
2. H. Wilhelm - *El significado del I Ching*
3. E. Herrigel - *El camino del zen*
4. Tetsugen - *El sermón sobre el zen*
5. Anónimo - *Teatro tibetano. Tres misterios*
6. E. Wood - *Diccionario zen*
7. A. N. Narihira - *Cuentos de Ise*
8. Anónimo - *Cuentos del vampiro*
9. I. Shah - *Cuentos de los derviches*
10. I. Shah - *El monasterio mágico*
11. M. Buber - *Cuentos jasídicos. Los primeros maestros, I*
12. M. Buber - *Cuentos jasídicos. Los primeros maestros, II*
13. M. Buber - *Cuentos jasídicos. Los maestros continuadores, I*
14. M. Buber - *Cuentos jasídicos. Los maestros continuadores, II*
15. I. Shah - *El camino del Sufi*
16. J. Krishnamurti - *El vuelo del águila*
17. I. Shah - *Las hazañas del incomparable Mulá Nasrudín*
18. A. Reza Arasteh - *Rumi, el persa, el sufi*
19. R. T. Deshimaru - *La voz del valle*
20. M. Eliade/J. M. Kitagawa - *Metodología de la historia de las religiones*
21. I. Shah - *Las ocurrencias del increíble Mulá Nasrudín*
22. I. Shah - *Reflexiones*
23. I. Shah - *Aprender a aprender*
24. A. Coomaraswamy - *Buddha y el evangelio del budismo*
25. J. Klausner - *Jesús de Nazaret*
26. A. Loisy - *Los misterios paganos y el misterio cristiano*
27. Al Sulami - *Futuwah*
28. *Misterios de la sabiduría inmóvil* del Maestro Takuán
29. Yalāl Al-Din-Rumī - *150 cuentos sufíes*
30. L. Renou - *El hinduismo*
31. M. Eliade/I.P. Couliano - *Diccionario de las religiones*
32. M. Eliade - *Alquimia asiática*
33. R. R. Khawam (compilador) - *El libro de las argucias. I. Ángeles, profetas y místicos*
34. R. R. Khawam (compilador) - *El libro de las argucias. II. Califas, visires y jueces*
35. M. Arkoun - *El pensamiento árabe*
36. G. Parrinder - *Avatar y encarnación*

Idries Shah

APRENDER A APRENDER

Psicología y espiritualidad al estilo Sufi

Con una introducción de Doris Lessing



Título original: *Learning how to learn*
Publicado en inglés por Penguin Books Ltd., Harmondsworth, Middlesex, Inglaterra

Traducción de Jorge A. Sánchez

Cubierta de Julio Vivas

1.ª reimpresión, 1994

ISBN: 84-7509-461-9
Depósito legal: B 20.731/2001

Impreso en Novagràfik, S.L.,
Vivaldi, 5 - 08110 Montcada i Reixac (Barcelona)

Impreso en España - Printed in Spain

«Toma ejemplo de las desgracias de los otros, de modo que los otros no necesiten tomar ejemplo de las tuyas.»

SAADI, *El jardín de las rosas* (siglo XIII)

«Cuando el camello de nuestros esfuerzos se hunde en el fango, ¿qué importa si nuestro destino está cerca o lejano?»

USTAD KHALILULLAH KHALILI, *Quatrains* (1975)

«El mundo no tiene ser salvo como alegoría: del principio al fin es farsa y simulación.»

SHABISTARI, *El jardín secreto* (siglo XIII)

Indice

Introducción

No hace mucho que, en 1964, apareció *The Sufis,** de Idries Shah. Fue evidente que, con este nuevo clásico sobre el tema, había surgido el ejemplar que de tiempo en tiempo aparece para ofrecer la Vía Sufi en formas nuevas que se ajustan a las necesidades modernas. Pues el sufismo no es el estudio del pasado o la adoración de santos medievales; es, siempre lo ha sido, una evolución en espíritu y acción. Los grandes clásicos de Oriente Medio, por ejemplo, fueron alguna vez de una originalidad corrosiva, con nuevos discernimientos e información que conmocionaron al fanático.

Idries Shah nos ha ofrecido muchos libros, tantos como facetas tiene el sufismo, desde las reediciones de los clásicos a los chistes estilo Nasrudín, desde la transcripción de conferencias universitarias a los relatos tradicionales reescritos con lenguaje fresco y penetrante. *Aprender a aprender* y otros que está escribiendo ahora en un estilo moderno, novedosos para nuestra época, encaran los más grandes desafíos: la naturaleza humana misma, cómo comprender nuestra conducta, nuestras organizaciones y nuestras culturas. Shah, de forma significativa, denomina ciencias *infantiles* a la antropología y la psicología, pues nos dice que apenas hemos comenzado a utilizar esas herramientas.

Ya es un lugar común que los grandes avances en física utilicen el mismo lenguaje y conceptos que el misticismo tradicional; pero este campo común, esta frontera, se extiende

* *Los Sufis,* Barcelona, Caralt, 1975. [T.]

para incluir las nuevas y originales ideas sobre psicología, antropología, las religiones, el esoterismo. A Shah le gustaría contribuir a esta confluencia. Ofrece, de forma específica, el punto de vista Sufi y —más que eso— pone a nuestro alcance un conjunto de conocimiento, de información. En el curso de nuestra vida veremos —en verdad ya hemos comenzado a ver— que nuestros científicos, por lo general los más jóvenes, debido a una mayor flexibilidad, se acercan a Shah con esta pregunta: ¿qué es lo que usted posee, aparte de su tradición, que los modernos investigadores podamos utilizar, que podamos haber pasado por alto o quizá ni siquiera sospechar que existía? He observado lo que sucede: una simple pregunta abre un nuevo campo.

¿Acaso no es digno de preguntarse cómo esa mina de información, los resultados de siglos de investigación y diestra práctica, pueden haber existido desde hace tanto tiempo sin que ni siquiera fuéramos capaces de admitir que pudieran estar allí? No estoy hablando de «los secretos de Oriente», concebidos como algo entre el chamanismo y el espiritualismo para la hora del té, que Shah desecha por «vulgares, sensacionalistas y desanimadores». Siempre hubo viajeros hacia el místico Oriente. «Dime, maestro, ¿cuál es el secreto?» «Ah, quieres conocer el secreto, hijo mío, ¿no es verdad? Bien, permanece sobre tu cabeza durante una semana y recita esta mantra...» Pero todos aquellos que hemos tratado de aproximarnos al sufismo a través de lo que se nos ofrecía en Occidente hemos pasado por algo parecido, y perdimos el tiempo: así es como nos condicionaron a pensar. Lo que encontramos en el Oriente no es lo frívolo y lo místico, sino un acercamiento a la humanidad, ya sea como individuos o como unidad orgánica, algo que va más allá de nuestras ciencias, en concepción y logros... en complejidad.

¿Cómo sucedió esto?

Principalmente por algo: quizá la cultura en la que vivimos no sea después de todo la cultura avanzada y generosa que creemos. Los forasteros, que siempre han sido útiles para dar una visión objetiva de una sociedad, a pesar de ser siempre en principio resistidos, nos juzgan de forma muy diferente.

Nos consideran reprimidos de muchas maneras. Ahora hablamos con mucha facilidad de la arrogancia occidental; comenzamos a saber que somos insulares. Pero es un proce-

so lento, pues tenemos que luchar, en el caso de Oriente Medio y Asia Central, con los arraigados resultados de cientos de años de recelo de los temidos sarracenos. Esto ha tenido, y aún tiene, frustrantes efectos sobre nuestra cultura, desde la ignorancia e intolerancia sobre el Islam, a cosas como ésta: los símbolos de los planetas en astrología —Marte, Venus, Mercurio y los demás— no son más que letras arábigas, fácilmente reconocibles para quien conozca el árabe, y sin embargo les hemos otorgado los más sorprendentes orígenes. Un pequeñísimo ejemplo, quizás absurdo, de una enorme área aún inexplorada. Pero, ¿por qué no ha sido investigada?

Podemos continuar murmurando sobre la complacencia occidental, pero es otra cosa que en realidad debemos enfrentar. Shah cita como ejemplo nuestra creencia de que en Occidente somos los iniciadores de algunas ideas psicológicas. Pero los «descubrimientos» de Freud y Jung deben ser buscados en Al Ghazzali e Ibn El Arabi, muertos en el siglo XII, y en otros pensadores de la época. (Jung reconoció su deuda con el Oriente. ¿No es sorprendente que sus discípulos no se pregunten cuál puede ser ésta?) Al Ghazzali escribió extensamente sobre condicionamiento: entonces, como ahora, los maestros Sufis estaban preocupados por liberar a la gente de los adoctrinamientos sociales y religiosos. ¿Qué sucedió con toda esta experiencia? Fue utilizada, se transformó en propiedad de doctores de la mente, del alma, del cuerpo; ha sido aumentada, desarrollada... Pero nosotros, en Occidente, hemos sido escindidos de ella, aún estamos escindidos, y lo estaremos hasta que nos preparemos a reflexionar con seriedad sobre nuestras propias configuraciones mentales.

Otro ejemplo: hablamos de la infinita variedad y riqueza de nuestro lenguaje. Pero el hecho es que el inglés es pobre: carece de las palabras y conceptos que necesitamos. Cualquier escritor que ha tratado de describir ciertos procesos y experiencias se ha enfrentado a la ausencia de palabras. Hay formas de soslayar esto —la analogía es una de ellas—, pero el problema continúa allí. Un puñado de lastimeros y gastados términos —inconsciente, alma, espíritu, inconsciente colectivo, mente superior, yo, superyó, ello, paranormal, PES, sobrenatural— y súbitamente, muy pronto, nos encontramos atascados. Estas palabras no pueden utili-

zarse para experiencias recientes o ideas nuevas, debido a que cada una de ellas está cargada de asociaciones indeseadas. Pero otros lenguajes no son tan yermos, sus palabras carecen de esta carga. No, éste no es un ensayo para desacreditar el inglés, ni de admiración por otras lenguas, por supuesto, sino un ruego de reconocimiento: si hay una desesperada y urgente necesidad de algo, esa necesidad puede satisfacerse. Espero que así sea. Mientras tanto, hay un duro camino. No soy lingüista, para ponerlo en su justo término, pero mi pequeño conocimiento del persa, por ejemplo, pone de relieve nuestras propias y penosas carencias. Es que se trata del lenguaje de una cultura donde cierto tipo de espiritualidad estuvo en funcionamiento activo durante cientos de años. (La aparición de un intolerable maníaco como Jomeini no cambia nada de esto.) Unos amigos que estudian las culturas «primitivas» y conocen el lenguaje de los indios americanos, o de ciertas sociedades africanas, dicen que éstos, también, están bien provistos de los conceptos que nos faltan. Nuestro lenguaje es probablemente la mejor herramienta para los procesos técnicos, en tanto que los procesos técnicos se conciban como restringidos a lo mecánico, pero cuando éstos tropiezan con las fronteras de la mente...

Y hay otro bloque, el himaláyico, que apenas consideramos. Es que durante 2000 años el Occidente ha estado bajo la más terrible de las tiranías: la religión cristiana. (Soy consciente de que, en este punto, los lectores suspirarán, pensando quizá, «Qué idea más propia del siglo XIX».) Pero esto sucedió, históricamente hablando, hace muy poco tiempo. He conocido personas que estuvieron en conflicto con la Iglesia, cuando todo lo que querían era optar por un agnosticismo alejado de certezas y dogmas. Los abandonaron sus esposas o maridos, perdieron sus trabajos, se los aisló socialmente, se los separó de sus familias... y tuvieron que marchar a las colonias. Los conocí cuando era niña. Ahora la Iglesia tiene un aspecto benevolente, inofensivo, como una mezcla de agencia social y matón afable; persuade a la gente a pensar que realmente renacerán, que *pertenecen* a algo o cosas similares. Pero durante 2000 años hemos sido mantenidos en camisas de fuerza mentales, y aun la más mínima rebelión era horriblemente castigada. Lutero era limitado. Dijo: «Insisto en el derecho de hablar con Dios directamen-

te, sin la mediación de la Iglesia.» No dijo: «Durante miles de años hubo gentes en este mundo que tenían las técnicas y la información que permitían que aquellos con suficiente preparación para hacer uso de estas herramientas lograran estados de mente, o de espíritu, sobre los cuales la Iglesia no conoce nada.» (Pero en este punto tengo que dejar en claro que el sufismo respeta todas las religiones, pues dice que la Verdad está en el corazón de cada uno. Es el tirano, benevolente o malvado, quien debe ser descubierto.) Me gustaría saber esto: ¿cómo es que, sabiendo que nuestra cultura tiene dos milenios de un cierto tipo de adoctrinamiento, nosotros, nuestros científicos, no buscamos los efectos sobre nuestros procesos mentales? Pues estos efectos están allí; una vez que se comienza a pensar de esta forma se hacen muy evidentes. Es como si la prohibición, el ucase, el *no* de la Iglesia a pensar como, por ejemplo, Jesús y sus discípulos realmente pensaban (pues los Sufis afirman que Jesús es uno de los verdaderos maestros de la humanidad, cuyo mensaje ha sido obliterado por la institución), hubiera sido absorbido por la misma estofa de nuestras mentes, haciéndonos imposible mirar en ciertas direcciones.

Y este *no* puede operar en la mente de los científicos tan fuertemente como en la de cualquiera.

Lo que estoy tratando de hacer aquí, de forma inadecuada, es esbozar una serie completa de obstáculos e impedimentos que se suman para constituir una prisión mental. Bien, los Sufis dicen que vivimos en algo así como una prisión, y tienen interés en darnos los elementos para que nos liberemos nosotros mismos. Todos estamos *condicionados*, tal como ahora afirmamos con tanta facilidad y rapidez; pero quizá seamos capaces de *decir* que esto no es suficiente para permitirnos ver cómo.

Si queremos aproximarnos a los Sufis, a sus formas de ver la vida, en algún momento es necesario aceptar el inapelable hecho de que piensan de nosotros como de retrasados, bárbaros, faltos de elementos y de información, primitivos, con mentes cerradas en áreas que es vital, para nuestro futuro, que abramos.

Mientras tanto, Shah responde con mucha paciencia a lo que se le pregunta, esperando y deseando que las preguntas sean más instruidas, más complejas, basadas en una información y autocomprensión mayores.

Recibe miles de cartas de todos lados, pues es una figura tanto oriental como occidental, y las personas —desde Afganistán a California— le preguntan por la Vía Sufi. De todas esas preguntas y respuestas ha compilado este libro, tan lleno de puntos de vista e información útiles, que yo no puedo hacer otra cosa que señalar las ideas que pueden conducir a provechosos puntos de partida.

Atención. Shah le dedica toda una sección, tan importante la considera, tan indiferente nos resulta. En nuestra sociedad no se nos enseña que la atención es una necesidad tan funmental como el alimento; y andamos a tropezones, buscando formas de mitigar las ansias, en lugar de aprender cómo obtener nosotros mismos lo que necesitamos de forma calma y sencilla. Alimentamos el hambre ciegamente, diciéndonos que buscamos a Dios, o al Amor, o al Deber; y no se nos enseña a reconocer la conducción en los otros, cómo somos utilizados y manipulados por ellos. Una vez que el mecanismo es enfocado por nuestra atención y comenzamos a estudiarlo, es como si un velo se descubriera sobre la vida ordinaria, y nuestras acciones y elecciones se vuelven libres.

Conocimiento, «Dios», como una comodidad. Condicionados por lo comercial, acostumbrados a tener, desear, comprar y vender, tratamos todo de esta manera, incluso lo que Shah tiene para ofrecer. Pero el «conocimiento superior» no es una comodidad, no puede ser comprado ni vendido.

Los usos de la literatura. Aquí Shah es un revolucionario. Los Sufis conocen y utilizan docenas de técnicas, mientras nosotros creemos que hay sólo una. Lo que nos enseñan en colegios y universidades está basado en ideas simplistas que no tienen en cuenta las variaciones, hora a hora, de la mente humana. Los occidentales exigimos un producto estandarizado, dice Shah: es lo que apreciamos. Pero lo estandarizado, el producto para masas, no es lo que le interesa a Shah o a los suyos, quienes enseñan a individuos, de manera individual.

El grupo humano. Su dinámica. En verdad, son los psicólogos los que estudian este tema, tan vital para nuestra sociedad y para todas nuestras asociaciones. Shah tiene mucho con que contribuir; los Sufis trabajan con el grupo humano, y sus complejidades están mucho más allá de nuestras aproximaciones.

Sentimentalismo. Shah no vacila en afirmar, enfadando a los religiosos fanáticos de todos lados, que casi todo lo que definimos como «religión», «elevados sentimientos», «experiencia mística», no es más que sentimentalismo. Nos han enseñado que hay emociones e intelecto, pero no que hay algo más posible, más allá de ambos, que no debe ser confundido con ellos.

Desenmascarar las ilusiones. Se utilizan las religiones, los cultos, las sectas o a «Dios» para satisfacer el poder de mando o la necesidad de unidad, para suministrar sustitutos para la familia o el sexo.

¿Cómo reconocer a los falsos maestros y los autorresignados Sufis? Estos últimos proliferan e ilusionan a personas desafortunadas que habrían podido ser salvadas de ellos utilizando un poco de pensamiento lógico y otro poco de sentido común.

Muchas palabras y conceptos han perdido su verdadero uso. Al leer este libro nos vemos obligados a reconocer que en nuestra cultura materialista de orientación científica, palabras como humildad, orgullo, codicia, amor, idolatría, caridad, tienden a ser colocadas en ámbitos etiquetados como «religión» o «ética». Shah las rescata, las despoja de sentimientos y emociones vagos, y las reintroduce... como herramientas.

Abjura del *porqué* y trata de obtener el *cómo,* como un Sufi, dice el explorador Richard Burton. Bien, este libro se refiere a cómo nosotros, individual y colectivamente, podemos aprender a considerarnos a nosotros mismos y a nuestras instituciones de manera diferente. Y si lo que se nos enseña es inesperado y algunas veces desconcertante, entonces eso también se encuentra en la gran tradición.

DORIS LESSING

«Comenzar por el principio»

Hasta hace unos pocos años —y tal como los hombres de letras, los psicólogos y el creciente número de aquellos que se dedican al estudio de la conciencia humana nos dicen ahora con tanta frecuencia— el sufismo era un libro cerrado para la persona común. Su lenguaje, en la forma en que se hablaba en los escritos clásicos y técnicos, parecía casi impenetrable. Los orientalistas (ahora más correctamente rebautizados Especialistas en Ciencias Humanas de Asia y Africa) mantenían un cuasi monopolio de información sobre el tema, y sin embargo podían estar en amplio desacuerdo sobre lo que el sufismo era, cómo y dónde comenzó, y cuál era el sentido de su enseñanza. Algunos investigadores islámicos estaban contra él: otros afirmaban que era la verdadera esencia del Islam. Algunos observadores no musulmanes se sentían poderosamente atraídos por él, otros lo encontraban demasiado limitado culturalmente para su gusto.

La publicación de relatos Sufis despojados de adornos didácticos y verborragia, junto con estudios de las obras psicológicas Sufis y quizá, y por encima de todo, las analogías observadas con los intereses sociales y culturales corrientes, ha cambiado esta imagen de modo notable. Hoy en día se acepta, por lo general, que la investigación y experiencia Sufis de los últimos mil años ha sido uno de los más prometedores campos de desarrollo dirigidos a la comprensión del hombre y a sus percepciones de una realidad extradimensional. Pero esto no sucedió hasta que la gente, principalmente en Occidente, comenzó a notar la congruencia entre lo re-

ligioso y lo psicológico, lo esotérico y lo cultural, y pensó que se podía desarrollar una aproximación holística al tema.

Entre tanto, por supuesto, los rezagados de la ciencia aún consideran al sufismo como un esoterismo misterioso; los devotos quieren preservar esta aura; y un grupo de eruditos desea formar un monopolio, afirmando que sus interpretaciones son las únicas autorizadas, un espectáculo parecido al del alquimista que se opone a la química porque no la comprende.

No fue difícil presentar los muchos aspectos y la presente importancia del sufismo, dados dos requisitos previos: libertad de publicación y una creciente insatisfacción, en muchas culturas, con autoridades obtusas e ignorantes. Sólo fue necesario citar, de legítimas fuentes Sufis e incluyendo documentos, enseñanzas que mostraran un interés científico, tanto como religioso; demostrar, a partir de las mismas fuentes, que la comprensión psicológica de los Sufis ha resultado ser una fuente de conocimiento continuo no inferior en logros a la de los investigadores en el campo de la mente. En suma, el «descubrimiento» de los Sufis por varios de estos investigadores de indiscutible importancia y la existencia de una tradición Sufi viviente al lado de cultos repetitivos y otros elementos deteriorados, hicieron rápidamente posible —en el curso de una década— que muchos de ellos obtuvieran materiales que verificaron buena parte de la verdadera naturaleza de la herencia Sufi y confirmaron su continua operatividad.

Se ha objetado, por supuesto, que la «popularización» de los elementos Sufis podría alejar a mucha gente de las antiguas tradiciones y valores que algunos afirman que representan. De hecho, ha sucedido todo lo contrario. De una publicación a otra, aun los eruditos más tradicionalistas y formales, así como muchos otros —en Oriente y Occidente—, han aceptado con entusiasmo la actual recuperación de sentido de los elementos: y el número de personas interesadas se ha incrementado de forma notoria. Se suele desdeñar a estos recién llegados porque no siempre son orientalistas profesionales o devotos (mucha gente es aún ambas cosas), sin embargo es fácil observar que muchos de ellos son al menos tan inteligentes, bien informados y potencialmente útiles en la investigación humana como los «especialistas». Una de las cosas más tristes, en verdad, de la reacción de algunos sec-

tores contra la revelación de una nueva comprensión del sufismo esencial, ha sido la exhibición de fanatismo y estrechez mental casi primitiva y completamente estúpida de círculos en los cuales estas características son perjudiciales para el honor de los eruditos y peligrosas por la posibilidad de que tales personas continúen siendo tomadas en serio por aquellos para los cuales el respeto sigue siendo importante.

En resumen, el sufismo ha «alcanzado», en las mentes de la gente, las esferas más flexibles y de interés creciente del pensamiento contemporáneo. Se ha convertido también en parte de la experiencia e interés de algunas de las personas más destacadas de hoy en todo el mundo. Opera de forma amplia, en campos interdisciplinarios y generales, como un factor cuyo valor y contribución no pueden ser negados ni impedidos. Sucedió que mucha gente estaba preparada para estudiar la verdad perenne, al margen de las manifestaciones locales y de las formas sociológicas derivadas de valor principalmente antropológico.

Tradicionalmente, la comprensión de lo Sufi ha dependido excesivamente de la mecánica pregunta-respuesta. Las siguientes páginas, resumidas para dar una muestra representativa de elementos producidos durante cientos de horas de conversación, relacionan muchos de los temas de mayor interés actual para un gran número de personas. Las cientos de conversaciones representan también respuestas a preguntas formuladas una y otra vez en más de cuarenta mil cartas de todo el mundo.

A pesar de la enorme exigencia de que el pensamiento Sufi sólo sea presente en términos de actitudes familiares y expresiones culturales locales, sería injusto, tanto para los Sufis como para quienes pueden aprender de ellos, intentar colocar un litro de enseñanza en una taza de té.

El pensamiento y la acción Sufis requieren sus propias formas en las cuales manifestarse y operar: es por esta razón que siempre, en el pasado y en sus distintos campos de expresión, ha establecido y mantenido sus propias instituciones y centros de enseñanza. Pero la moderna atmósfera occidental, a pesar de que puede haberse negado a desarrollar esas formas por sí misma, se encuentra hoy mucho más preparada que antes para aceptar la hipótesis de que podría haber una forma de aprendizaje presentado, concentrado y diseminado a través de instituciones características y es-

pecializadas. Sólo cuando encontramos personas que imaginan que la forma exterior de tales instituciones, propias para un lugar o época, son también propias para aquí y ahora, y también representativas de la cosa en sí, es que debemos señalar el hecho de que tales opiniones son limitadas y limitadoras. Están tan incapacitadas para comprender como aquellas que creen que el paleto del cuento Sufi no puede obtener beneficio de su cuenco de caldo porque «toda sopa debe tener algo adentro».

Había una vez un hombre que abrió un restaurante, con buena cocina, mesas atractivas y un excelente menú.

Uno de sus amigos vino al poco tiempo y dijo:

—¿Por qué no pones un cartel, como todos los otros lugares donde se come? Te sugiero que pongas en él: «RESTAURANTE: LA MEJOR COMIDA.»

Una vez pintado y colocado el cartel, otro agregó:

—Deberías ser más específico... ese cartel podría referirse a *cualquier* otro restaurante. Agrega las palabras «SE SIRVE AQUÍ» y tu cartel estará completo.

El propietario pensó que era una buena idea e hizo alterar debidamente el letrero.

No mucho después, llegó otro y dijo:

—¿Por qué pone «AQUÍ»? Cualquiera puede ver *dónde* está el lugar, ¿no es verdad?

De modo que el dueño del restaurante hizo cambiar el cartel.

Al poco tiempo, un curioso miembro del público quiso saber:

—¿No sabe que la expresión «SE SIRVE» es redundante? Todos los restaurante y bares sirven. ¿Por qué no lo quita?

Así que se quitó la expresión.

Entonces otro visitante dijo:

—Si continúa utilizando la frase «LA MEJOR COMIDA», algunos se preguntarán a buen seguro si en verdad *es* la mejor, y algunos no estarán de acuerdo. Evite la crítica y la disputa y, por favor, quite «la mejor».

Y así lo hizo el propietario. Ahora sólo se veía la palabra «COMIDA», y un sexto individuo asomó la cabeza a través de la puerta del restaurante.

—¿Por qué pone la palabra «COMIDA» en su restaurante? Cualquiera puede ver que usted sirve comida aquí.

De modo que el propietario quitó el cartel. Y cuando lo

hizo no pudo dejar de preguntarse cuándo vendría alguien hambriento, más que un curioso o un intelectual...

En este cuento, por supuesto, el propietario del restaurante es importunado por la mentalidad literal de la «gente que sabe», para quienes, como para todos nosotros, el intelecto juega una parte valiosa. La comida que nuestro hombre intenta suministrar es, sin embargo, la «comida del corazón»; donde corazón significa, en lenguaje Sufi, las facultades perceptivas superiores de la humanidad.

Nuestro poeta Sufi contemporáneo, mi muy ilustre compatriota el profesor Kralilullah Khalili, lo indica así:

En cualquier estado, el corazón es mi sostén:
en este reino de la existencia es mi soberano.
Cuando me canso de la perfidia de la razón...
Dios conoce mi gratitud por mi corazón... [1]

IDRIES SHAH
1978

1. *Quatrains of Ustad Khalilullah Khalili,* edición persa trilingüe, Bagdad, Al-Maarif Press, 1975, págs. 22-23.

1
Estudio real e imaginado

Los Sufis y sus imitadores

Pregunta: ¿Qué se puede hacer con los imitadores? Desde que usted comenzó a hacer conocer verdaderamente el sufismo en amplios sectores de Occidente, se observó el crecimiento de numerosos grupos pequeños, así como el surgimiento de otros nuevos. Y la mayor parte de la gente advierte que éstos no son para nada grupos Sufis, sino tan sólo cultos.

EL NIÑO PEQUEÑO Y EL EXAMEN

Respuesta: Esto me recuerda un chiste. Se dice que un niño pequeño se enfrentó con una pregunta de examen: «¿Qué son los rabinos y qué se puede hacer con ellos?» El escribió su respuesta: «Los rabinos son sacerdotes judíos, ¡y no se puede hacer *nada* con ellos!»

Estos Sufis son sufistas, no Sufis, y no hay nada que se pueda hacer al respecto. Me interesa, sin embargo, una hipótesis intrínseca que subyace a la pregunta: uno debería hacer algo, o bien *podría*, en verdad, hacer algo... Si tratamos de hacer algo, nos arriesgamos a atraer un gran número de estos sufistas desencantados, quienes como primera medida esperarán que podamos darles la enseñanza AUTÉNTICA; pero que se verán doblemente desamparados, por así decirlo, cuando encuentren que una rama de la industria del entretenimiento ha cerrado, ¡y la otra no ha logrado abrir sus puertas!

Habría que recordar que los estudios Sufis en Occidente y en el contemporáneo Oriente son repeticiones de un modelo.[1] Todas las épocas han estado llenas de Sufis e imitadores. Quizá, para clarificar las cosas en tu propia mente, me gustaría hacerte esta pregunta: «¿Puedes imaginar alguna actividad que no tenga imitadores, charlatanes, confusión, "turistas" y pasajeros?» La gente no advierte que se puede hacer poco con los tramposos y maniáticos que ofrecen un viaje a la Luna... excepto incrementar la información pública sobre el vuelo espacial.

No puedo dejar de pensar que quien formula la pregunta define con ella su propia mentalidad, mostrándonos que su forma de pensar es más cerrada de lo que sus limitaciones requieren.

Algo sí podemos hacer con las imitaciones: expandir la información sobre lo real. Pero nuestras acciones dependen de la preparación de la audiencia. La preparación implica una amplitud de miras y el uso inteligente de claros métodos de pensamiento, hoy en día corrientes en todas las sociedades, si bien sólo utilizados de forma reciente en nuestro campo de interés.

La actitud negativa es quedarse observando a los imitadores. La positiva, seguramente, es recordar las palabras de Jalaluddin Rumi, quien dijo que el oro falso sólo existe debido a que hay esa cosa llamada lo real...

JAMI Y LAS APARIENCIAS

Tanto los imitadores como los seguidores de las formulaciones previas, de las cuales sólo persisten las apariencias, deben recordar —especialmente si han leído los clásicos Sufis—, que las apariencias no son lo mismo que el contenido. En la misma vena nos habla el gran maestro Jami, en su *Baharistan*, «La Morada de Primavera»:

1. Los relatos humorísticos no solamente contienen valiosas estructuras de comprensión; también ayudan a relegar a las gentes que carecen de sentido del humor. Los Sufis sostienen que quienes no han desarrollado o han suprimido su capacidad de gozar con el humor, en este estado de privación también han perdido su capacidad de aprender en el ámbito Sufi.

La rosa se ha marchado del jardín, ¿qué puedo hacer con las espinas y hojas?
El Shah no está en la ciudad, ¿qué haré con su corte?
Los atractivos son la jaula, la belleza y la virtud, el papagayo.
Cuando el papagayo haya volado, ¿qué puedo hacer con la jaula?

ANALOGIA DE LA CHAQUETA DE PIEL

En *Fihi ma Fihi* encontramos la alegoría de la chaqueta. «En invierno —dice Rumi— se busca un ropaje de piel, pero cuando llega el verano ya no se necesita, es una molestia. Así sucede también con las imitaciones de las enseñanzas verdaderas. Mantienen a la gente abrigada hasta que llega la época de ser calentados por el Sol...»

Del mismo modo, tal como el ropaje de piel, las personas se unirán a los cultos e imitaciones porque éstos las abrigan, responden a algo en su interior que exige cultos e imitaciones.

Al mismo tiempo, por supuesto, imaginan toda suerte de cosas sobre sí mismos; imaginan que son auténticos, sinceros, desinteresados, preocupados por el prójimo o la verdad.

SHIBLI Y LAS PIEDRAS

En un caso famoso, recordado como ejemplo en el *Ilahi-Nama* de Hakim Sanai, el maestro Sufi Shibli de Jorasán hizo de su propia decepción, en un suceso dramático provocado por él, un motivo de ilustración y enseñanza.

Debido a sus declaraciones extravagantes, que no fueron del agrado de las autoridades, Shibli fue encadenado como si fuera un loco. Un grupo de personas que lo respetaban fueron a hacerle una visita, preocupadas por su bienestar. El les preguntó cómo se consideraban a sí mismos, y le respondieron que eran sus amigos.

Entonces Shibli comenzó a arrojarles piedras, y tuvieron que salir corriendo.

—¡Decís que sois mis amigos, que pensáis en mí! —gritó Shibli—. ¡Pero os he demostrado que huis de mis aflicciones, puesto que no os preocupáis de mí sino de resguardaros de las piedras!

RECIBIR LO QUE NO ESTA EN TU DESTINO

Además, deberíamos tener bien presentes las enseñanzas del gran sabio Abu'l Hasan Khirqani, recordadas en el *Memorial de los Santos*, de Attar.

> «Las personas de este mundo tienen un destino fijado. Pero quien está desarrollado espiritualmente recibe lo que *no* está en su destino.»

P: ¿Cuál es el daño de una imitación? Estoy seguro de que la mayoría, si no todos, los sistemas de desarrollo humano públicamente ofrecidos no son más que imitaciones. Sin embargo, si proporcionan placer a la gente, y hasta el sabor de una realidad más profunda, ¿carecen por completo de valor?

LA IMPORTANCIA DE LOS NUDOS EN LA VIA TEXTIL

R: Es necesario considerar una analogía que te permitirá ver el asunto de una forma diferente. Supongamos que estamos discutiendo el posible desarrollo del arte de tejer. Supongamos que las gentes estaban en un estadio que sólo les permitía hacer nudos sobre una cuerda, y que esto les producía un placer que podríamos suponer que constituía un incentivo para desarrollar el tejido. Pero, si las gentes sólo imitaban la fase de los nudos, y además consideraban el hacer nudos como todo el arte, ¿cómo pudo el tejido nacer, independientemente del placer al cual estaba unido? Por cierto, el hacer nudos podría haber tenido un valor en sí mismo; pero podría también haberse constituido en una barrera que impidiera ir más lejos, si esta idea de ir algo más lejos hubiera sido «abolida» por quienes consideraban que hacer nudos era la cumbre del trabajo textil.

Hay aquí dos puntos a tener en cuenta.

El primero es que el «placer» no debe necesariamente estar opuesto, pero que hay muchas fuentes de placer, y que buscar el placer como parte de algo más específico conduce cada vez a confusiones mayores.

El segundo es que si estás obsesionado con los primeros

dios de algo, imaginándolo como un todo, esto te impedirá ir más lejos.

LA MUJER Y EL SER ESPIRITUAL

Veamos el viejo cuento de la mujer y el ser espiritual.

Había una vez una pobre mujer que ayudó a un ser espiritual disfrazado como peregrino de un lugar lejano, dándole hospitalidad cuando otros lo habían echado fuera. Cuando abandonó la casa de la mujer, le dijo:

—¡Mañana procura realizar tu primera faena durante todo el día!

Ella pensó que era una extraña forma de demostrar agradecimiento, pero pronto olvidó el asunto.

Al día siguiente un mercader trajo a la mujer un pequeño trozo de fibra de oro y le pidió que le bordara un ropaje, pues bordar era su trabajo, cuando podía conseguir alguno.

De modo que desenvolvió el hilo de oro y bordó la ropa. Cuando acabó, vio que había aún más fibra de oro en el suelo que cuando había empezado su trabajo.

Cuanto más enrollaba la fibra en una bola, más había. Enrolló todo el día, y por la noche tenía una gran cantidad de oro. Por tradición, la fibra sobrante pertenecía a la bordadora.

Vendió esta fibra de oro y con ese dinero pudo reconstruir su casa y amueblarla, así como establecerse con un buen negocio.

Como es natural, los vecinos sintieron curiosidad y ella les contó cómo había cambiado su suerte y qué la había causado.

Algún tiempo más tarde, un mercader de la misma ciudad vio y reconoció al «forastero con poderes mágicos» del cual le había hablado la mujer, y lo invitó a su tienda y a su casa. Mostró por el ser espiritual una gran hospitalidad, imitando la forma de actuar de las personas generosas y extremando incluso sus atenciones.

Pensaba: «Espero que ahora me toque algo a mí... y, por supuesto, a todos los de este pueblo.» Agregó la segunda frase a su pensamiento porque, a pesar de ser codicioso, imaginó que acordándose de los otros obtendría algo para sí. Pero, no obstante, estaba imitando a la caridad porque no pensaba

que el bien de los otros equivaliera a su propio bien, salvo como una idea posterior; pero para él las cosas resultaron diferentes de como lo fueron para la caritativa mujer.

Cuando el forastero estaba a punto de partir, el mercader le dijo:

—Concédeme una gracia.

—Yo no hago tal cosa —dijo el forastero—, pero deseo que tu primera preocupación de hoy te dure toda una semana.

El ser espiritual continuó su camino y el mercader se dirigió a su despacho, donde se proponía contar dinero y multiplicarlo durante toda una semana.

Al atravesar su propio patio, el mercader se detuvo a beber agua del pozo. Tan pronto subió un cubo lleno se sintió obligado a extraer otro, y otro, y así continuó durante toda una semana.

El agua inundó su casa, luego la de los vecinos y finalmente todo el pueblo, provocando casi su ruina...

La obtención de conocimiento

Pregunta: ¿Cómo puedo obtener el conocimiento de mí mismo? Al observar las organizaciones e instituciones, como escuelas o universidades, o empresas comerciales, o profesiones, se advierte que tienen una reputación establecida. También tienen una forma de matriculación e ingreso, y tienen objetivos. Por ejemplo, si me convierto en político ambicionaré llegar a ministro; si estudio medicina será para convertirme en médico profesional o en investigador o en docente. Sin embargo, cuando me aproximo a las ideas Sufis, ya sea a través de libros o personalmente, no encuentro una correspondencia similar, o, si la hay, no puedo hallarla. Por lo general me siento confuso, y encuentro muchas otras personas confusas que van en pos de lo mismo. Debido a todo esto, creo que una respuesta a este interrogante sería muy importante para muchos otros que creen que en el pensamiento y la actividad Sufis debe existir un gran valor, ya que continuamente producen grandes hombres, pero que el «ingreso» y los planes de estudio son desconcertantes.

Respuesta: Es una pregunta interesante, no para dar una lección sobre las semejanzas entre los Sufis y las organizaciones, o sobre la empresa Sufi —para utilizar tus mismas palabras—, sino para exponer, muy claramente, las semejanzas entre las personas; y podremos ver al instante con qué facilidad puede respondérseles utilizando elementos, analogías y formas de pensamiento que deberían haber sido capaces de utilizar por sí mismas, si en realidad fueran tan analíticas y coherentes como imaginan ser.

En primer lugar es necesario decir que es precisamente porque piensan así que se produce su desconcierto. Seleccionan de forma arbitraria paralelos y suposiciones, y buscan aplicarlos a nosotros. Es interesante ver que, luego de aplicarlos inapropiadamente, llegan al resultado que subconscientemente buscaban: confusión.

Una forma tradicional de responder a esta pregunta sería citar el proverbio: «A pesar de lo rápido que corras, o lo hábil que seas, no podrás huir de tus propios pies.»

A través de las analogías mostraremos cómo éstas se aplican a nosotros mucho mejor que a cualquier cosa antes citada.

Ante todo, no intentaremos convencer a cada uno de los posibles estudiantes de la aplicabilidad de las ideas Sufi en ellos mismos, de la integridad o del sufismo de algo parecido. Son ellos quienes deben convencerse a sí mismos; y probablemente utilizarán los mismos métodos que emplean cuando se dedican a aprender cualquier otra cosa. Pero deberán pensar que si alguien va, por ejemplo, a una facultad de medicina y pregunta «¿Cómo sé que sois capaces de enseñarme?», seguramente le enseñarán la puerta. No lo aceptarán. Tal aproximación no es una conducta correcta ni indica un estadio de inteligencia en el que uno pueda aprender. Hay muchos que no adoptan la actitud de un idiota, y es obligación de la facultad de medicina destinar su limitado tiempo a ellas. La labor de cada uno es efectuar los trabajos preliminares por sí mismo. Una de las funciones de los libros ya publicados es suministrar esta información.

Segundo, la reputación de los Sufis ya está lo suficientemente establecida, y continúa estándolo, sobre la base de una reputación establecida mucho antes de que muchas de las instituciones contemporáneas siquiera existieran. La continuada flexibilidad, viabilidad y efectividad (si debes medirlo de esta forma) del sufismo son en sí mismas evidencias de su valor de acuerdo con los niveles con que se valoran estas cosas en el mundo familiar.

La coexistencia de la genuina empresa sufista y de las imitaciones guarda paralelo con las imitaciones similares de casi todos los distintos tipos de instituciones del mundo. Esto no es algo nuevo y tiene virtualmente las mismas características y orígenes.

Tercero, la idea de la «matriculación e ingreso» varía,

como es natural, con el tipo de institución considerada. La matriculación e ingreso de, digamos, los empleados bancarios difiere de la de los soldados, pongamos por caso. Las personas pueden convertirse en empleados de Banco y encontrar que no se adaptan a la vida bancaria. Pueden convertirse en políticos y descubrir que *están* adaptados a esta vida. Pueden hacerse buceadores y descubrir que el buceo no es lo que pensaban, a pesar de los muchos buzos, las suficientes escuelas y la abundancia de bibliografía sobre el tema. ¿Acaso buscas en los estudios o actividades Sufis algo que difiera de todo esto?

Cuarto, por supuesto, hay una cuestión que subyace bajo la acumulación de objetivos. Supón que quieres ser un político: nadie puede asegurarte que te convertirás en ministro antes de ser quizás el ayudante de un candidato parlamentario menor, o un militante que cierra sobres en el partido HQ, o un solicitante de votos para un oscuro miembro del Consejo Rural del Distrito. El objetivo, como antes, puede ser convertirse en ministro o primer ministro. Sin embargo, ¿cuántas personas que están en el comienzo de su carrera política: *a*) saben qué significa ser primer ministro, aun cuando quieran serlo; *b*) realmente se convertirán en primer ministro? En cualquier caso, las personas que obtienen esa jerarquía son aquellas que obedecen el proverbio chino: «El viaje de mil millas comienza con un solo paso.»

Quinto, lo relativo a la confusión: las personas, por lo general, se sienten confusas, porque no pueden comprender los pasos elementales que deben hacer, o porque invariablemente gozan con la confusión, o por alguna otra razón que desconocen. Los orígenes de un estado de confusión pueden descubrirse simplemente trasponiendo el problema en términos cuya estructura sea más familiar, tal como he hecho antes.

Entre los Sufis, como en otros senderos filosóficos, siempre se exigió que los aspirantes practicaran ciertos requisitos para adecuarlos a aprendizajes más altos. En la sociedad moderna se encuentran con frecuencia equivalentes y prerrequisitos exactamente similares. Debido a la presencia de tantas instituciones familiares basadas en requisitos ya existentes en las culturas contemporáneas, debería ser fácil para las personas comprender los requisitos, si existe un real deseo de hacerlo. Estos incluyen: humildad, dedicación, abstinencia, contención y obediencia. A menos que se ejerciten

estas «virtudes», no se podrá alcanzar ninguna posición en la Banca, el ejército, la medicina, la política, o en cualquiera de las muchas formas de empeño mundano. Si deseas, por otra parte, escapar de estos cansadores preliminares y huir hacia el sufismo, entonces sabemos cómo eres y no podemos hablarte en absoluto. «Decir "sí" a la vía Sufi es decir "no" a las fugas imaginadas.»

No es una casualidad que los Sufis piensen que pueden conectarse de forma más constructiva con personas que están bien integradas en el mundo, además de tener miras superiores, y que aquellas que adoptan una actitud razonable hacia la vida y la sociedad tal como la conocemos pueden por lo general absorber muy bien las enseñanzas Sufis.

Comienzas tus preguntas con el asunto de la visibilidad de las instituciones de estudio. Pero el mundo mismo, así como cualquier actitud especial, apropiadamente comprendida, constituye la escuela Sufi. Recuerda las palabras de Maghribi, quien dijo a un monje en particular: «Aquello que buscas en tu retiro / yo lo veo claramente en todas las carreteras y caminos.»

No tiene sentido agregar cosas externas, es decir ritos, a la vida de alguien que lleva a cabo demasiados ritos poco productivos. Es inútil añadir ideas a mentes demasiado llenas de ideas. Las instituciones de estudio se hacen más visibles cuando la cabeza está más vacía de imaginaciones.

SAADI Y EL HOMBRE CON LA CABEZA LLENA

Saadi tiene un cuento sobre un hombre cuya cabeza estaba llena de conocimiento imaginado, y por consiguiente arrogante, quien fue a visitar a Koshyar desde una gran distancia. Koshyar no le enseñó nada, y le dijo: «Tú mismo imaginas que eres sabio, pero nada se puede poner en una olla llena.»

Si estás lleno de pretensiones, continúa Saadi, estás de hecho vacío. Vacíate de las ideas estériles —enseña—, así podrás venir y llenarte con las percepciones superiores y comprender el sentido de lo real.

Hay una idea extendida en las sociedades no tradicionales como la occidental actual, de que su base científica hace que la gente, por alguna razón, piense de forma diferente que

la «antigua» o que los pueblos «orientales». Es muy interesante destacar que los antropólogos han señalado que los hábitos de pensar humanos son en todas partes muy similares, y que los modelos y hábitos utilizados por, digamos, los antiguos africanos no son muy diferentes de los europeos y americanos. El hecho de que esta información especializada no se haya filtrado en el conocimiento general es en sí mismo una prueba de ciertos argumentos como, por ejemplo, los de R. Horton, quien comenta así las suposiciones no comprobadas de los pueblos occidentales y africanos:

> «Los motivos del lego (occidental) para aceptar los modelos propuestos por el científico no son por lo general diferentes de los motivos del joven aldeano africano para aceptar los modelos propuestos por uno de sus mayores. En ambos casos los planteamientos son sometidos a los acreditados agentes de la tradición. En cuanto a las reglas por las cuales los científicos mismos se guían para la aceptación o rechazo de modelos, éstas raramente forman parte del equipamiento intelectual de los miembros de una vasta población. En lo referente a la actualidad aparente del contenido de su cosmovisión, el moderno lego occidental es rara vez más "abierto" o más "científico" en su perspectiva que el tradicional aldeano africano.» [2]

El conocimiento de sí mismo puede implicar, si estamos aprendiendo en la época actual, un conocimiento de la forma de pensar de nuestra sociedad, y la comprensión de que probablemente somos su producto y de que este conocimiento puede ser logrado de hecho por las observaciones antropológicas y psicológicas hechas por los Sufis en el curso de sus enseñanzas de cómo lograr nuevas y más prometedoras perspectivas.

Esto significa conocer más a través del conocimiento de sí mismo; conocerse a sí mismo conociendo cómo piensa uno de los otros; y «viéndose a sí mismo con ojos ajenos»... Todas formas de aplicar las lecciones que, desde hace ya tiempo, principalmente sólo han sido señaladas en Occidente y que no están relacionadas con intentos posteriores de buscar las propias percepciones que yacen más allá de la conciencia familiar.

2. R. Horton: «African traditional thought and Western science», en *Africa*, 37, 1967, International African Institute.

La declaración «Quien se conoce a sí mismo, conoce a su Dios» significa, entre otras cosas, que el engaño de sí mismo evita el conocimiento. La pregunta es cómo obtener el conocimiento de sí mismo. El primer yo sobre el cual se puede obtener conocimiento es el secundario, esencialmente falso; un yo que se interpone en el camino, útil sin embargo para muchas de las transacciones cotidianas. Debe ponérselo a un lado y convertirlo en algo que puede o no utilizarse: no en algo que nos utilice.

La forma de lograr esto es mediante introspección: registrar cómo y cuándo opera este yo y cómo engaña. Una vez un hombre observó, al escuchar al antiguo Sufi Junaid de Bagdad, que en esa época era difícil encontrar hermanos.

COMO ENCONTRAR A TUS HERMANOS

Junaid, de forma instantánea, identificó esta actitud como parcial. «Si buscas un hermano para compartir tu carga, los hermanos serán difíciles de encontrar, pero si buscas a alguien cuya carga tú puedas compartir, no habrá tal escasez de hermanos», dijo.

ANSARI Y LA BUSQUEDA DE TI MISMO

Quieres ser capaz de evaluar las instituciones de los Sufis. Quieres obtener el conocimiento de ti mismo. Puedes obtener lo primero cuando hayas logrado lo último. El jeque Abdullah Ansari, de Herat, en común con todos los maestros Sufis clásicos, insiste en que debes verte a ti mismo con ojos ajenos, es decir, apartado de tu presente forma de observar las cosas; de otro modo tu fijación con este yo secundario sólo aumentará su fuerza y empañará tu comprensión objetiva.

LA ANALOGIA DEL JARDINERO

Hasta que puedas ver por ti mismo, clara y constantemente, lo que en realidad eres, tienes que depender de las evaluaciones de tu maestro; como la comparación que hace Rumi del «jardinero»:

«Un jardinero entra en un huerto mirando los árboles. Sabe que éste es un datilero, que ésa es una higuera, ese otro un granado, un peral o un manzano. Para hacerlo, no tiene que ver la fruta: sólo los árboles.»[3]

DIFICULTADES

P: ¿Cuáles son las dificultades en la forma de transmitir hoy el conocimiento en Occidente?

R: En esencia, hay muy poca diferencia, a pesar de su apariencia diferente, con las dificultades de todos los tiempos. Para comprender esto se debe tener alguna perspectiva.

¿Qué te sucedería si en la Edad Media, en Europa occidental, hubieras predicado, digamos, higiene? Hubieras sido considerado herético, en principio, pues sólo los infieles se lavaban. Hubieras sido castigado por la gente respetable por presumir que eras mejor que ellos, pues tú te lavabas y ellos no. Si hubieras enseñado acerca de los microbios, ¿hasta dónde habrías llegado? Si hubieras utilizado *sus* medios de comunicación, habrías sido acusado de inmodestia y cosas peores; si hubieras tratado de establecerte por tu propia cuenta, habrías sido acusado de tener intenciones siniestras y de algo peor...

Y algo igualmente importante, ¿quién te habría escuchado? Los extravagantes, los ocultistas, los fracasados que buscaran el éxito a corto plazo... no quien podría haberse transformado en una autoridad en higiene... Habría que haber establecido muchos cimientos preliminares, explicar suposicio-

3. Jalaluddin Rumi Balkhi: *Fihi ma Fihi* («En esto lo que está en Eso»).*

* La traducción del título de esta obra de Rumi, «In it what is in It», según Shah, merece una explicación. En el prólogo de la edición castellana (*Fihi-ma-Fihi: En esto lo que está en eso*, trad. de M. Bonaudo, Rosario, ed. del Peregrino, 1981) se dice: «Literalmente *Fihi-ma-fihi* quiere decir "En esto lo que está en eso", o "Esto recela de lo que eso recela", y también "El contiene lo que contiene", además, "Todo está allí".» A. H. D. Halka traduce «Contiene lo que contiene» («Extrae lo que en él hay para ti»), en Idries Shah, *El camino del Sufi*, Buenos Aires, Paidós, 1974, pág. 123. Por su parte, el prof. Arberry, en su traducción inglesa, dice que algunos comentaristas consideran que *Fihi ma Fihi* significaría «Se puede encontrar en este libro lo que está contenido en aquel libro», refiriéndose al *Masnavi*, otra obra de Rumi. [T.]

nes, probar que esos prejuicios no eran reales, convertirse en un indeseable que se arrastra en el lodo.

SALTAR POR ENCIMA DE TU PROPIA BARRERA

El gran poeta Sufi Hafiz dice, y con cuánto acierto, que las dificultades están dentro de las personas, pues imaginan que cosas verdaderamente irrelevantes son importantes en esta búsqueda: «Tú eres tu propia barrera... sáltala desde adentro.»

EL SACERDOTE Y EL PUBLICO

Las personas confunden información con conocimiento, y una indicación con otra. Y esto sucede principalmente porque no saben lo que quieren, y con frecuencia creen que quieren algo que no quieren. Esta dificultad bloquea todo tipo de actividades en Occidente.

Hace poco tiempo conversé con el sacerdote a cargo de una iglesia en una nueva urbanización. El hombre había llevado a cabo una cuidadosa encuesta sobre los gustos de sus nuevos feligreses: qué tipos de sermones, cómo debían ser pronunciados, qué temas les interesaban, etcétera. Todo esto le llevó varios meses. Al fin tuvo un cuadro de lo que se requería y suministró los temas, el tratamiento y la atmósfera solicitados.

Las gentes fueron a los servicios de su iglesia durante unas pocas semanas; luego comenzaron a disminuir paulatinamente de número. La única razón que dieron cuando se les preguntó por su falta de interés fue: «No es como pensábamos que sería.»

Esto demuestra que (y encontrarás innumerables relatos Sufis sobre el tema) que ni el maestro ni el discípulo saben, fuera del hecho real, cómo debe llevarse a cabo la enseñanza en casos específicos, cuando no se la realiza simplemente por adoctrinamiento o estímulos emocionales.

El hecho es que hay maestros en muchas disciplinas que creen que saben cómo enseñar, y alumnos que creen saber cómo aprender, todo lo cual oscurece el hecho de que la gente, en general, acepta esta creencia folclórica sin compro-

barla. La única excepción por ambas partes, llevada a cabo durante siglos con beneficios cada vez menores, es en campos como el comercio, donde nadie puede permitirse imaginar cosas: hay que probarlas.

LA NECESIDAD DE LA RISA

Hay un instructivo ejemplo de la televisión británica, cuando mucha gente se quejó del hábito de producción de colocar risas grabadas en los *shows*, siguiendo cada chiste, o risas provenientes de la audiencia en el estudio. A los espectadores no les gustaba. En 1970, la Dirección de Entretenimientos de la London Weekend Television se inclinó ante las cáusticas críticas y la lluvia de cartas que pedían la eliminación de las risas de la audiencia. Entonces fueron los actores los que se quejaron de que no podían actuar correctamente sin risas que remarcaran sus aciertos. «De modo que —continuó Barry Took— volví a colocar las audiencias, y todo marchó bien otra vez. Casi exactamente la misma gente que antes había escrito para quejarse escribió otra vez para decir que preferían los *shows* con audiencia.»

COMO VENDER LIBROS A LOS ERUDITOS

Cuando enviamos circulares con listas de nuevos libros a los eruditos nos encontramos con el mismo resultado. Los avisos postales redactados en un impecable lenguaje erudito apenas producen ventas. Pero las circulares escritas como avisos para folletines logran que un gran número de estos respetables caballeros envíen sus pedidos a vuelta de correo: incluso de libros sobre temas serios. Cuando le mencioné este resultado a un periodista, varios académicos me escribieron para expresarme que preferían un aviso «atrayente» y que los tratamientos «eruditos» los aburrían...

DE LOS MUERTOS QUE CAMINAN...

Tanto en Oriente como en Occidente, una de las dificultades en la forma de transmitir el conocimiento Sufi no ha

cambiado en muchos siglos. Tal como nos dice el antiguo Sufi Abu'l Hasan Khirqani, en la vida de los maestros de Attar: «Hay muchas personas caminando por las calles que en realidad están muertas; hay muchas en sus tumbas que están en realidad vivas.»

Las dificultades para transmitir el conocimiento sobre las que tú preguntas, significan que sólo un pequeño número de personas puede de inmediato aprender lo que se les enseña. Los otros tienen que ir a través de la revelación de la experiencia y la enseñanza, hasta que sus percepciones internas sean capaces de conectarlas con la transmisión.

Muchos creen que su interés en el tema es preparación suficiente. Es más, no pueden creer que otros tengan la capacidad perceptiva mientras que ellos mismos deben aguardar.

JUNAID Y LOS ESTUDIANTES CELOSOS

Un día, cuando algunos de sus veinte estudiantes mostraron celos de su afecto por uno de ellos, Junaid hizo pública esta ilustración. Es una parábola en acción sobre la que conviene reflexionar.

Llamó a todos sus discípulos y les ordenó que le llevaran veinte aves. Luego cada uno de ellos recibió la instrucción de tomar un pájaro, llevarlo a un lugar donde no pudiera ser visto, y matarlo.

Cuando todos volvieron, los pájaros estaban muertos: todos excepto aquel que el estudiante en discusión había escogido.

Junaid le preguntó, en presencia de los otros, por qué no había matado al pájaro.

—Porque me habéis dicho que lo llevara a un lugar donde yo no pudiera ser visto, y no hay tal lugar: Dios lo ve todo —respondió el hombre.

La dificultad de la transmisión de conocimiento está ligada con la orientación del estudiante. Esperar el conocimiento no es suficiente. Como hemos visto en el caso de los estudiantes de Junaid, sólo uno entre veinte actuó en concordancia con sus propias creencias.

LA ENSEÑANZA DE ACUERDO CON MUINUDDIN CHISHTI

La institución de la enseñanza existe por esta razón: el aprendiz debe aprender a aprender. Al comprender esto, se advierte por qué no hay una afirmación extrema que pueda decirse, como dijo Muinuddin Chishti:

> «Debería tomarse muy en serio que, cualquier cosa que el guía espiritual persuada de hacer y practicar a sus discípulos, es por el bien del discípulo espiritual mismo.»

Los secretos y los Sufis

Pregunta: ¿Por qué los Sufis aluden a secretos, hablan de lugares notables y libros extraños y hacen otras cosas similares, si no es para provocar excitación?

LOS VOLUNTARIOS EDUCADOS

Respuesta: Cuando lo hacen, puede ser tan sólo para identificar a las personas superficiales que se afanan por estas cosas. Me hace recordar la vieja técnica del ejército, cuando el sargento dice a los reclutas:

—Levanten la mano los que tengan demasiada educación para hacer trabajos manuales.

Y luego, cuando algunas manos se levantan, agrega:

—¡Estos son los hombres que necesitan mayor entrenamiento en trabajos manuales! —y les asigna entonces las tareas más rudas.

Otra razón puede ser que algo excitante para ti puede ser para mí parte de la vida cotidiana. Palabras como «notables», «extraños» y otras similares no tienen ningún sentido, y son por completo subjetivas. ¿Cuál es el sentido de «secretos, extraños, notables»?

Los Sufis no desconocen cómo provocar que las personas reaccionen de esta manera —para permitir que la audiencia experimente y observe sus propios cambios de humor y sensaciones— y saben que demasiadas personas tienen demasiados botones para ser presionados, por decirlo así.

No hay una única respuesta a la pregunta. Sin embargo, hay una que es la menos comprendida: debido a que discípulos negligentes han supuesto que ciertas enseñanzas Sufis —orientadas a individuos o grupos aislados, o con una utilidad a corto término— son preceptos perennes, aplicables en todas las circunstancias. Mucha de la literatura Sufi ya no es aplicable, ya que la mentalidad de la audiencia ha cambiado con los años.

Rumi habla del tema de los así llamados secretos, cuando dice: «Si no ves los secretos de la verdad, ríete de nosotros...»

PAN PARA EL HAMBRIENTO

Lugares secretos y extraños, y libros notables, son también la moneda corriente del lenguaje con el cual las personas sin instrucción reflexionan sobre ciertos temas. Para entrar en contacto con estas personas es necesario utilizar en principio su lenguaje. Lo cual no significa que éste sea *tu* lenguaje. Recuerda el dicho: «Para el hombre hambriento, "dos más dos" significa "cuatro hogazas de pan".» Si estás hablando a un hombre hambriento, tus primeras palabras deberían ser sobre el pan.

Si quieres una respuesta breve sobre la afirmación de que los Sufis simplemente quieren provocar excitación, he aquí un viejo proverbio:

> «Si crees eso, y piensas que estás seguro de eso, no dudes de que tienes mucha necesidad de mejorar. Estar seguro y creer son dos etapas que deben ser suplantadas en el sendero de la certeza.»

Palabras como «secreto», además, son términos técnicos entre los Sufis. Una mejor traducción de «secreto» es con frecuencia «la conciencia más interna».

Relativo a los encuentros

Pregunta: Las personas escuchan hablar de algo y de inmediato lo anhelan, como bien ha señalado usted. ¿Por qué entonces un simple encuentro con un maestro, o con una fuente de conocimiento, no produce resultados para el estudiante?

EL MANANTIAL DE AGUA DULCE

Respuesta: Hay un dicho persa, extraído del clásico *Gulistan*, de Saadi, a este efecto:

> Allí donde haya un manantial de agua dulce...
> hombres, pájaros y hormigas lo circundarán.

Allí donde haya una fuente de atracción, las personas la circundarán, de acuerdo con sus naturalezas. Digo «de acuerdo con sus naturalezas» porque los seres humanos se parecen a los animales, pues son atraídos por el aspecto de las cosas que de inmediato los atraen. Y, como los animales, algunas veces éstas son apropiadas para ellas y algunas no.

Déjame ser más específico. Oyes hablar de una enseñanza y lo que oyes te atrae. O quizá quieres descubrir más sobre ésta. Esto significa, para ti, que deberías ponerte en contacto con esta enseñanza lo más rápido posible. Se supone entonces que podrías obtener beneficio de un contacto hecho según tu conveniencia o en circunstancias dictadas por ti. Esta

postura es poco prometedora, pues no se corresponde con lo que *podría* suceder.

El único valor de una enseñanza, para ti y para la enseñanza misma, es cuando estás en armonía con la vía, en el tiempo y las circunstancias que mejor se adapten a una relación fructífera con esa enseñanza. «Ni siquiera un pez puede beber demasiada agua de mar.»

A este respecto, la enseñanza es más útil que, digamos, aprender un idioma. Puedes coger un libro, unos discos o un profesor, y estudiar un idioma en cualquier lado, en cualquier momento, cada vez que puedas hacerlo convenientemente. Y sin embargo, incluso al aprender un idioma, las condiciones deben ser correctas. Debes estar en cierto estado mental y físico: ni demasiado cansado ni demasiado hambriento, por ejemplo. Debes estar en un lugar comparativamente confortable, no de pie bajo un aguacero, por ejemplo. Debes tener algunas cosas esenciales: una máquina electrónica y electricidad, o ser capaz de leer, preferentemente no ser sordo, etcétera. El hombre común puede satisfacer estas necesidades en una situación de aprendizaje que él organiza para sí mismo. No se preocupa fácilmente de pensar en ellas con respecto a un conocimiento superior. ¿Por qué no?

Aprender a aprender significa examinar las suposiciones. Los relatos de Mulá Nasrudín cumplen muy frecuentemente esta función.

SHABISTARI HABLA DE LA ARMONIZACION

Shabistari, en su *Jardín secreto,* se refiere al problema de la armonización entre maestro y aprendiz, y entre las personas y sus experiencias, destacando que esta armonía debe ser correcta: «La iluminación es a veces de grandeza y a veces de belleza, [su] perfección se encuentra entre ambas.»

Las personas anhelan cosas, dices, y tienes razón. Pero si lo que anhelan, en este caso el conocimiento Sufi, es algo cualitativo y no cuantitativo, debe efectuarse un ajuste de calidad antes de que el aprendizaje pueda tener lugar.

Es necesario considerar que los maestros Sufis dan temas y otros elementos para que los estudiantes estudien el modo de poder observar el resultado cuando éste tenga lugar, no en un día y hora por completo arbitrarios. Las personas víc-

timas de la creencia que afirma que el aprendizaje tiene lugar de forma mecánica o por iluminación instantánea no pueden sacar provecho de esto, pues rechazan toda la escala de interrelaciones entre el maestro y ellos mismos.

Cualquier encuentro con un maestro puede producir resultados, pero el discípulo puede inhibir estos resultados, debido a la trivialidad de sus expectativas. Hemos publicado numerosos cuentos que ilustran este asunto de cómo aprender a aprender.

P: ¿Es por eso que usted parece desalentar a las personas que vienen a verlo desde largas distancias, mientras que éstas continúan llegando desde los confines de la tierra, desde Japón, Argentina, India, Canadá, Samoa...?

R: Yo no desaliento a todas esas personas, pero hay una norma y me agrada compartirla contigo, ya que está en la misma raíz de nuestros estudios. Cuando yo era un joven discípulo hice exactamente la misma pregunta, y estuve en una posición similar a la tuya. Mi maestro acostumbraba recibir cartas y visitantes de todos los pueblos del mundo. Le pregunté por qué desalentaba a la gente que hacía (o se preparaba para hacer) largos y a veces dificultosos viajes. Encontré que su respuesta era correcta, y aun —si esto es posible— doblemente correcta. Esta fue su respuesta:

LAS ACTITUDES DE LOS DISCIPULOS

Las personas tienden a pensar primero y de forma primordial en sí mismas. Esto puede significar que, cuando oyen hablar de nuestro trabajo, desean apasionadamente tomar parte en él, aprender más, beneficiarse a sí mismas personalmente. Cuando hacen esto, siempre significa que están alimentando su propio egoísmo y que se han estancado en el beneficio personal.

Por otra parte, cuando entran en contacto con nuestras ideas y las difunden de la misma forma (esto es, sin hacer de ellas un culto o considerarse a sí mismas como maestros), están compartiendo al mismo tiempo que tomando algo para sí.

Estas personas nunca reclaman, en primer lugar, que se

les reciba, se las vea, se les enseñe, etcétera. Cultivan un grupo de personas, esparcen su conocimiento lo mejor que pueden y luego preguntan si deberían venir o si alguien podría visitarlos. Están, de hecho, en condiciones de aprender a servir como de ser servidos. Así se establece el continuo de servir y ser servido.

Otros, por el contrario, gastan enormes sumas de dinero en viajar, obteniéndolo a veces de otros, y piensan sólo en sí mismos, aunque no lo adviertan. Si no ven esta conducta en sí mismos es nuestra obligación señalársela, de modo que puedan obtener un provecho y aprender a reajustar su avidez estableciendo la secuencia de servir y ser servido. Esto es lo que mi maestro me enseñó. Acostumbraba decir: «Muchas personas creen que yo sólo las pongo a prueba cuando les envío mensajes con este fin o, si no les respondo, dándoles la oportunidad de cambiar sus propuestas de "Déme" a "¿Qué puedo hacer?"; pero tú verás, en este mismo lugar, cómo las personas que vienen aquí en esas condiciones demuestran no estar capacitadas para aprender y ser simples turistas metafísicos.» Estaba por completo en lo cierto. Así que, rehusándose a enseñar, les daba una oportunidad de aprender esta conducta a través de su propia observación. Algunos de ellos, aun cuando sólo una minoría, lograron realmente hacerlo. Hemos podido evitar, por supuesto, esta dificultad publicando anécdotas donde se mostraba por medio de todo tipo de maestros, especialmente los clásicos, cómo la ansiedad por aprender es a veces una máscara del egoísmo. Esto permitió que un gran número de personas adoptara una postura correcta con respecto a la enseñanza.

Aprender a aprender ilustra bien este tipo de propuesta y muestra cómo una persona puede ser incapaz de sacar provecho de la enseñanza cuando extiende hacia ella ese lado ávido de su personalidad, y cómo la misma persona puede ser capaz de aprender cuando aplica un mejor y más prometedor lado.

Pero no olvides que hay tantos que no saben cómo enseñar como aquellos que no pueden, en su presente estado, aprender. Se da incluso la circunstancia de que esas personas que creen poder enseñar carecen de interés por el aprendizaje.

COMO SE ENSEÑA UN IDIOMA

No hace mucho encontré un delicioso ejemplo de esta mentalidad mientras hablaba con un profesor de idiomas.

—Tengo un sistema maravilloso —me dijo—, totalmente propio. Lo enseñé a un hombre que ingresó como alumno privado. Se lo enseñé de forma absolutamente perfecta.

—De modo que ahora conoce el idioma muy bien, ¿no es verdad? —le contesté, con la forma retórica usual que la gente utiliza por lo general en la conversación.

—Ni una palabra —dijo el profesor—. *Yo* le enseñé perfectamente, pero *él no quería aprender.*

El techo

Pregunta: ¿Puede usted darme un ejemplo, en forma de paralelo o parábola, del ámbito en el cual opera la enseñanza Sufi y de cómo se realiza ésta?

Respuesta: Nuestra enseñanza habla de —y existe parcialmente en— «otro mundo», un «dominio superior», una «dimensión diferente».

He aquí un paralelo de lo que esto significa, de una forma significativa, y de cuál es el objeto de la enseñanza.

EL TECHO DESCONOCIDO

Supongamos que tenemos una casa con paredes, techos, suelos, y estamos en su interior. Digamos que, a través de una costumbre largamente establecida, las personas pueden tocar y relacionarse sólo con los suelos y paredes. Si alguien entrara y dijera: «Mirad al techo», las gentes serían incapaces de hacerlo, así como un niño a menudo no puede ver algo —ni, ciertamente, observarlo— a menos que se le haga conocerlo.

Supongamos, además, que durante generaciones se acostumbró colgar cosas en las paredes y no tener nada en el techo. Los objetos del techo podrían entonces llegar a ser, a la larga, «invisibles» para las gentes.

Así sucede con nuestra enseñanza. Con gran frecuencia aseguramos que, por esta causa, la gente no piensa en las

cosas y hace suposiciones (tales como «no hay techo») que no intenta verificar. Pero, tal como el hombre inteligente que tratara de señalar la existencia del techo, nosotros no hacemos otra cosa que atraer la atención, de forma constante, hacia la postura hipotética («debe de haber techos»).

Por medio de cursos de instrucción, encuentros, contacto con maestros, materiales de observación, ejercicios, llámalos como quieras, proporcionamos los medios prácticos para establecer y mantener la experiencia de la existencia de los «techos» en la comunidad de referencia.

DONDE ENCONTRAR LA VERDAD

Es necesaria una preparación muy cuidadosa antes de que la gente pueda percibir algo que está allí todo el tiempo. Saadi de Shiraz lo expresó correctamente en términos poéticos, cuando dijo: «El adepto observa la misma cosa en un camello que en las maravillas de China o Chagil.»

Luego, por la aplicación de una cierta capacidad de concentración, algunas personas inducen a otras a exteriorizar sus pensamientos internos como método de enseñanza. Estos pensamientos delatan el carácter y operatividad del yo secundario, la personalidad falsa que, a pesar de permitir que la gente maneje muchas de las circunstancias de la vida, tiene como objetivo el mantenimiento de sí misma y no el progreso del individuo más allá de sus muy estrechos y superficiales límites.

EL TRABAJO SOBRE EL «YO DOMINANTE»

Este Yo Dominante (el *Nafs-i-Ammara*, en la literatura Sufi de estilo clásico) se manifiesta por medio de reacciones, esperanzas, miedos y diversas opiniones y preocupaciones.

Al hacer visibles sus operaciones, se pueden observar sus limitaciones, distorsiones y peculiaridades, tanto por el individuo mismo como por observadores. Este «yo» es verdaderamente en gran manera lo que mucha gente cree que es su propia personalidad, su propio y único yo; y se interpone entre la realidad objetiva y el yo real —la esencia— del individuo, cuya realización es el propósito del estudio Sufi.

Algunas veces la manifestación de este yo se caracteriza

por ideas o conductas atribuidas a otras personas, como puede suceder en un sueño. Un técnico moderno con conocimiento de estas cosas ha señalado: «Es como si la computadora mental hubiera sido inducida electrónicamente a repetir una parte de su programa...»

El efecto inverso es también posible, cuando el maestro [Murshid] imparte a la mente del discípulo [Murid] conceptos que pueden alcanzar la esencia y que por lo tanto no pueden comunicarse por los métodos ordinarios utilizados en la comunicación con el yo convencional.

LA PERLA PRECIOSA

Hay quienes han tratado de cultivar esta capacidad por ambiciones personales y, ya que esto es en verdad parcialmente posible, se protege su metodología con todo cuidado.

En obras como *Durrat al-Fakhira* («La perla preciosa»), Ibn Arabi da numerosos ejemplos de este mecanismo y de cómo tiende a ser independiente de lo que las personas acostumbran considerar como una operación sistemática. Puede surgir, por ejemplo, de forma espontánea. Funciona en personas en las cuales uno no sospecharía su existencia... debido a nuestra usual suposición sobre cualquier tipo de capacidad. Puede no operar del todo. Algunas veces es deseada, otras veces no. En ocasiones su función depende de si la facultad se utiliza para propósitos «buenos» (socialmente aceptables) o no. Según indica la tradición, puede también funcionar para lo que parecen propósitos triviales, como ha sido observado con actividades extrasensoriales similares en estudios occidentales recientes. Estos hechos pueden acrecentar su interés, ya que tales características no están de acuerdo con las usuales creencias folclóricas sobre tales asuntos y tienden a carecer de relaciones inherentes con el ocultismo, asemejándose más a los fenómenos de las comunicaciones modernas, si bien en una forma muy refinada.

COMPRENDER CON EL CORAZON

«Los Sufis —reza el dicho— comprenden con sus corazones lo que los más eruditos académicos no pueden comprender con sus mentes.»

Los resultados del encuentro con el Sufi pueden o no ocurrir en un tiempo o lugar deseados por el aprendiz. Pueden o no ocurrir de inmediato. Pueden suceder otras cosas antes de que pueda percibirse todo el beneficio del encuentro.

Uno de los factores más obvios que operan en tales relaciones está señalado en un cuento titulado «El granado», de mi libro *The Dermis Probe.*

SIEMPRE EL TRABAJO

P: ¿Por qué los Sufis esperan que las personas realicen trabajos físicos y mentales; por qué con tanta frecuencia tienen establecimientos a los que hay que mantener por medio del trabajo personal?

R: Me formulé a mí mismo esta pregunta, por primera vez, cuando vivía en un establecimiento Sufi en el cual todo el mundo debía trabajar. Había tantas personas importantes y con influencia —y dinero— que visitaban el lugar, que me preguntaba por qué nuestro maestro no «profesionalizaba» las cosas, empleando jardineros y personal, en lugar de tener a mucha gente haciendo cosas que algunos de ellos manifiestamente no estaban acostumbrados a hacer.

Se lo pregunté una noche, cuando solía pedir que se le formulasen las preguntas:

—Hay personas que constantemente nos ofrecen grandes sumas de dinero. ¿No nos daría mayores oportunidades para el estudio si utilizáramos ese dinero para mantener el establecimiento?

DESARROLLAR LA PROPIA COMPRENSION

Como es costumbre entre los Sufis, me dijo que me fuera y encontrara las respuestas por mí mismo, y luego volviera cuando las tuviera, para ver hasta dónde yo sólo estaba efectuando preguntas frívolas. De modo que pasé tres o cuatro semanas meditando sobre el asunto.

Primero puse por escrito todas las posibles razones que se me ocurrieron, luego eché un vistazo a la forma en que se hacían las cosas, estudiando la vida a través de la vida,

hasta que llegué a las respuestas. Son éstas, y dándotelas no te hago ningún favor, ya que habría sido más provechoso que las hubieras obtenido por ti mismo (en este caso, te daré la oportunidad de aprender algo equivalente por medio de algún otro procedimiento):

Algunas personas ofrecen dinero como sustituto por la acción, y necesitan aprender que pueden servir por medio de la mayor humildad. De modo que no se les acepta el dinero, en su propio interés. Otros pueden dar u ofrecer dinero y se les puede aceptar, pero es el maestro quien decide cómo se lo utilizará, pues los estudiantes no son capaces de sugerir un programa de estudio u organización cuando están allí para aprender.

Además, tener una estructura de trabajo significa que la gente puede aprender toda clase de cosas que no pueden aprenderse en el mundo ordinario, y que son vitales para su habilidad para comprender conceptos y experiencias de naturaleza extradimensional. Por ejemplo, si quieres algo hecho en términos terrenales ordinarios, puedes tener un sistema jerárquico. Esto, a su turno, puede permitir que la gente ejercite un deseo latente de poder que quizá no es el indicado para ella. ¿Cómo harás para mejorar a esa gente si de hecho estás alentando esa tendencia? Tienes que trabajar con lo que tienes, y por lo tanto ese tipo de organización debe ofrecer oportunidades para ejercitar las buenas características y hambrear las negativas.

Esto no puede ser hecho en una atmósfera donde las circunstancias están impelidas por los combustibles (codicia, esperanza, miedo) que son esenciales para empujar a la gente a actuar y mantenerse actuando en el mundo exterior. Si, volviendo al tema, coges dinero a determinada gente, ellos (no tú) pueden imaginar internamente que han «comprado» algo. Esto puede alentar sus deseos de promoción. Puede también, por el contrario, provocar que la persona sienta que no está arrastrando su carga, que sólo ha comprado su pasaje, por decirlo así. Esto tampoco es bueno para ninguno de los dos.

Por otra parte, siempre hay gente que, cuando ofrece dinero y uno lo coge, supone que lo has utilizado para ti. No debería colocarse a las personas en situaciones donde ejercitaran sus peores características, en este caso la sospecha. Una cosa es crear una situación donde alguien pueda obser-

var sus propias características indeseables en función, y otra muy distinta producir una en la cual tengan este cáncer subconsciente, quizá nunca exteriorizado.

Eso haría a esta persona peor, no mejor. Es tan malo como el implícito chantaje moral, donde uno aparece como un santo, tanto para hacerle sentir respeto como para hacerla sentir indigna. Entre paréntesis, es por esta última razón que los Sufis rehúsan ejercer presión sobre la gente por medio de la persuasión moral, lo que está de acuerdo con los modernos descubrimientos en psicología, aunque históricamente vemos que fue poco comprendido en muchas culturas. Y aún continúa siendo la principal fuente de hipocresía.

Textos conflictivos

Pregunta: Algunos textos Sufis parecen indicar que deberíamos ser disciplinados y dedicados, otros que deberíamos ser críticos y objetivos. ¿Cómo se los puede reconciliar?

¿SON RECTAS TODAS LAS LINEAS?

Respuesta: Exactamente de la misma forma en que, digamos, las matemáticas se pueden reconciliar si se afirma: «Un libro dice que todos los ángulos rectos tienen noventa grados, pero Einstein dice que no hay cosa tal como una línea recta, que todas las líneas son curvas; por lo tanto no *hay* ángulos rectos.» Estás mezclando dos tratamientos del mismo tema, tratamientos que dependen de la esfera en la que estés trabajando o del grado de preparación del estudiante, o de ambos aspectos.

Si el estudiante es incapaz de adoptar al mismo tiempo una postura disciplinada y crítica, el pensamiento lineal y el holístico, no será capaz de percibir lo que tiene que ser percibido. Shabistari señala este punto cuando enseña que las personas tienen que ser flexibles y encontrar el sendero entre los extremos y los opuestos: «[El buscador está] siempre en equilibrio entre el rechazo y la fe.»

USO Y ABUSO DEL HABITO MENTAL

El hábito mental es al mismo tiempo uno de los más útiles y más inútiles instrumentos para aproximarse a los problemas. Si eliges la aproximación correcta, puedes resolver el problema. Pero si no puedes elegir, sino sólo obedecer, puedes no estar utilizando el mejor hábito para el propósito.

El hábito del pensamiento actual es por lo general suponer que un acercamiento disciplinado resolverá todos los problemas. Esta suposición corre paralela a su opuesta: la engañosa, pero igualmente parcial, creencia de que si se pierde disciplina se gana discernimiento. En el cuento de la mariposa y la araña, titulado «Avance científico» e incluido en mi *The Magic Monastery*, puedes ver por qué ningún acercamiento supuestamente seguro para otorgar una solución tendrá éxito en esferas donde la mente mecánica, o incoherente, domina el pensamiento.

El aspirante a Sufi necesita guía precisamente porque los libros y textos, a pesar de decirle lo que es necesario, no le dicen cuándo. Piensa en el proverbio: «Las palabras deben morir si los humanos tienen que vivir.»

El autoengaño

Pregunta: ¿Puede usted mencionar algo perjudicial?

Respuesta: Mucha gente puede, seguramente, hacerlo.

Para mí es perjudicial tener que tratar con gentes a quienes te gustaría enseñar mientras que ellos —pretendiendo que buscan el conocimiento— sólo quieren una comunidad social, amistad, «compañerismo», atención y cosas similares.

Todas estas cosas son muy agradables: y más agradables aún cuando conscientemente nos entregamos a ellas, mejor dicho, cuando las encontramos por medio del autoengaño. El engaño de sí mismo, en este caso, es pretender que uno está estudiando cuando lo que se busca es un estímulo.

Estas personas pueden tener la capacidad de aprender, pero la ocultan con bajas aspiraciones. Pueden haber sido entrenadas para buscar satisfacciones pequeñas y darles grandes nombres. Pueden, por otra parte, estar simplemente inducidas por las exigencias de la infancia. Rumi dijo: «¿Cuándo cesaréis de desear nueces y pasas de uva?»

Las condiciones pueden estar tan bien establecidas que las personas sean, en la práctica, inconscientes de su presencia.

SOCAVAR LAS BAJAS ASPIRACIONES

Los Sufis sacuden a la gente de su «sueño». Y estos sacudimientos son con frecuencia experimentados como perju-

diciales... hasta que tienen efecto, momento en que nos sentimos para siempre agradecidos de habernos topado con ellos. Lo que de hecho es perjudicial para la humanidad no necesariamente se *siente* perjudicial en el momento. El autoengaño es la clave de este hecho.

Cuando se estudia algo real, las bajas inclinaciones tienden a desvanecerse y atacan así a los perjuicios del efecto de las bajas preocupaciones. Tal como el jeque Gazur-i-Ilahi dice, en su *Irshadat,* si se profundiza lo suficiente el desarrollo por medio de la vía Sufi, los defectos de pensamiento se desvanecen por no tener nada que los sustente.

No es cuestión del lugar adonde debes ir, o de si debes unirte a un grupo. Es cuestión de saber si estás correctamente preparado para aprender a aprender.

LA CASA Y EL SEÑOR DE LA CASA

Bayazid Bistami destacó los diferentes niveles de percepción de la verdad, cuando dijo que la primera vez que visitó la Caaba, en La Meca, vio la Caaba. La segunda vez vio al Señor de la Caaba. La tercera vez no vio nada de esto, ni la Caaba ni al Señor de la Caaba.

Los viajes a Oriente

Pregunta: ¿Quiere usted que vayamos a Oriente o nos unamos a grupos Sufis?

Respuesta: He dicho y escrito demasiado sobre sufismo y los Sufis como para que algunas personas imaginen que estoy tratando de influir en ellas para que se unan a un culto o a un grupo religioso.

No es posible, de hecho, que yo organice una campaña así, como te explicaré ahora.

El escuchar y leer lo que yo tenía que decir sobre los Sufis provocó que hordas de mentes religiosas fluyeran haoia las —por lo general— grotescas versiones del sufismo en Oriente. También provocó, con igual fuerza, que masas de curiosos y ávidos se congregaron aldededor de los cultos de gurú en Occidente.

No incluyo aquí a los ignorantes, a los que quieren aprender más sobre el sufismo ni a los que son indiferentes.

Esta operación fue muy exitosa, pero no tuvo otra función más importante para la mayoría que cualquier otro instrumento que selecciona cosas o personas.

LA FINALIDAD Y EL DESTINO

Un simple viaje al Oriente tiene por lo general el efecto de un estribillo: «Dos hombres miran a través de los barrotes de una prisión. / Uno ve el barro, otro las estrellas.» ¿Qué

es un viajero, aparte del camino o el destino? El jeque Saadi nos recuerda: «¡Me temo que no alcanzarás La Meca, oh viajero, pues estás en camino a Turquestán!»

Tened bien en cuenta que esta tendencia a vagar en busca de conocimiento, de partir en pos de destinos lejanos (se supone que en pos de conocimiento, pero en realidad sólo para estar en movimiento), es una tendencia muy humana. Hay muchos ejemplos de esto y sus consecuencias en mi libro *Tales of the Dervishes*, y de cómo esta característica aflora una y otra vez en las vidas de los Sufis clásicos y sus discípulos.

De modo que debemos valorar quién es el que propone ir «a Oriente», cuándo quiere ir, con quiénes —si hay alguno— y a dónde.

Muchas personas van a Oriente y nunca logran la realización de sus deseos, porque no saben cómo estructurar su cometido.

¿PUEDES ESPERAR 150 AÑOS?

Es posible que hayan oído hablar de cómo Mulá Nasrudín escuchó decir que algunos papagayos vivían hasta los 150 años, y de cómo compró un pichón para comprobar si esto era cierto.

Es improbable que sea útil para alguien «unirse a grupos Sufis» si tienen la opción de «unirse» y ser admitidos sin una previa evaluación de hasta qué punto pueden unirse ventajosamente.

Habría que saber algo sobre el «grupo Sufi» antes de dar una respuesta que implique que alguien podrá encontrar probablemente algún grupo Sufi real entre las «órdenes» o «escuelas» o «maestros» derivados que se autoestablecen públicamente...

VARIEDAD DE DECLARACIONES

Tanto estudiando en grupo como viajando a Oriente, o mediante otro tipo de compromiso, noto que son pocos los que parecen haber escuchado una variedad suficientemente amplia de declaraciones Sufis.

Una que podría recompensar los profundos estudios previos a la búsqueda es el consejo del iluminado Mumshad Dinwari: [4] «Aprendes —dice— relacionándote con un maestro realizado, pero podrías no obtener nada de esa persona si llevas contigo una brizna de orgullo personal.»

La extendida compulsión de hacer cosas para las que uno no está preparado, así como de suponer que la propia elección es la adecuada, aparece por todos lados y en todas las épocas.

EL LADRON SIN PIERNAS

En el mundo contemporáneo se nos presenta una excelente oportunidad de ver este funcionamiento de la conducta humana; basta con observar los periódicos. Tomemos este ejemplo al azar, que muestra la conducta que subyace bajo esos impensables grupos de reunión o en los viajes a Oriente. ¿Son el producto de las aspiraciones espirituales o del desvío irreflexivo elevado a la categoría de virtud?

Un ágil ladrón, que escalaba vigas y muros para robar, y que había llevado a cabo al menos cuarenta y una operaciones, fue atrapado y llevado ante la corte de justicia. Fue lógico que lo atraparan a pesar de su gran habilidad: sucedía que no tenía piernas, pues le habían sido amputadas años antes.[5]

4. Citado por Faridudin Attar en su *Tadhkirat al-Awliyya.*

5. *Daily Telegraph,* Londres, 9 de setiembre de 1977, pág. 19, columna 3.

La apariencia de un maestro Sufi

Pregunta: ¿Cómo debería aparecer un maestro ante los estudiantes, de acuerdo con los Sufis?

EL LADRILLO Y LA CASA

Respuesta: Esta pregunta, como muchas otras que se supone que pueden ser contestadas con provecho en pocas palabras, me recuerda un relato de Mulá Nasrudín. Alguien le preguntó a qué se parecía básicamente su casa. Por toda respuesta, le llevó a este hombre un ladrillo, y le dijo: «A un simple conjunto de éstos.» Lo que el tonto puede hacer sin advertir su tontería, el sabio puede tener que hacerlo o decirlo para mostrar lo irreflexivo de la pregunta.

¿Cómo puedo decirte cómo debería ser la apariencia de un maestro? Lo más que puede hacerse es efectuar unas pocas advertencias.

A quienes poseen actitudes condicionadas sobre los Sufis les causa asombro que, al contrario de los maestros de otro tipo, éstos rehúsen mantener un tipo de apariencia constante. Por ejemplo, si vas a visitar a un divino Sufi, éste puede no parecer, hablar o actuar, en modo alguno, como un maestro místico. Esto sucede así, o bien porque afirma: «Puedes enseñar sólo por el método indicado para cada alumno, y puedes tener que enseñarle por alguno que a él le parezca inverosímil», o bien porque dice: «Hay un tiempo y un lugar y determinada compañía. Enseñaremos de acuerdo con

estas condiciones. Cuando llegue el tiempo de ser serios, seremos serios. Cuando sea tiempo de trabajar por medio de lo que parecen cosas ordinarias, tenemos que hacerlo así.»

Tan importante es esta lección que puede colocarse ante todas las otras: el no saberla puede evitar que aprendas más, y puede dejarte vinculado con las superficialidades de los hipócritas. Esto incluye, por supuesto, a los hipócritas inconscientes.

Si los Sufis están en lo correcto cuando afirman que la época afecta la conducta, y que la apariencia personal debería cambiar (y aun el temperamento), es obvio que todos los que cultivan una apariencia de reverendos, y todos aquellos que la adquieren, confundiendo apariencia con espiritualidad, están equivocados.

Esta contradicción no expresada es la que hace casi imposible, para las personas que quieren continuidad y figuras de maestros fácilmente identificables, aceptar el cambio en circunstancias y actitudes que la vía Sufi exige.

Tales personas, por supuesto, no hacen este tipo de consideraciones. Todo lo que saben es que «Un hombre santo debe parecerme santo»; o «Si él siempre se comporta de la misma manera, o siempre me exhorta sobre las mismas cosas, yo creo que debe de estar en lo cierto».

El otro problema es que el observador confunde —tiende a confundir sin haber comprendido— continuidad y coherencia con fiabilidad o verdad. Como la mantequilla siempre tiene el mismo gusto cuando presenta el mismo aspecto, espera una similar «confiabilidad» en el maestro espiritual. Esta suposición lo convierte, por supuesto, en un iluso.

La génesis de la actitud adoptada por la gente superficial reside en su impulso interior en busca de sentido, de orden. Esta no es una actividad espiritual, sino más bien terapéutica. El orden es esencial para las personas desordenadas. La búsqueda de un factor superior en direcciones «esotéricas» es un error.

Al tratar de poner —lo que ellos consideran— orden en lo que suponen el desorden de la tradición Sufi, caen en una simplificación excesiva. Ignoran partes de la enseñanza y sólo consiguen crear una imitación del sufismo.

Debido a que tantas personas desean el orden de una forma tan intensa, encontrarás más imitaciones que reali-

dad. No se puede condenar a nadie por esto, pero señalar el hecho puede ser una ayuda.

LO QUE DEBERIA SER UN MAESTRO

La máxima de Ibn Arabi sobre este asunto no ha sido mejorada:

> «La gente cree que un maestro debería hacer milagros y manifestar iluminación. No obstantes, el único requisito de un maestro es poseer todo lo que el discípulo necesita.»

MAS ALLA DE LAS APARIENCIAS

Para poseer lo que el discípulo necesita, el maestro debe encontrarse más allá de las apariencias y haber realizado su yo más interno, después de haber trascendido las barreras impuestas por el apego a factores secundarios. El maestro existe realmente y es consciente de su existencia. Tal como Ibn Arabi dice: «La absoluta existencia es la fuente de toda existencia.»

Hallaj lo expresa de esta forma, indicando la peculiaridad de la realización individual:

> «Yo soy lo real, pues no he cesado de ser real... a través de lo real.»

Los maestros Sufis que han alcanzado estadios en cuyo entorno suceden hechos extraños —por lo general llamados milagros y maravillas— causados por acciones cuyo fin no es impresionar, deben tratar de compensar esta situación. De otro modo, la gente se vería atraída hacia ellos o hacia los Sufis en general por un ansia de maravillas.

LA VERDULERIA

Un ejemplo de esto ocurrió cuando Rabia, la gran mujer Sufi, mencionó que no tenía verduras en la casa. De modo súbito, una ristra de cebollas cayó del cielo, aparentemente,

y la gente exclamó que ésta era una prueba de la gracia divina.

Rabia consideraba que la conversión por medio de milagros es un suceso emocional y no tiene realidad espiritual esencial. De modo que dijo, en una frase famosa:

«¿Un milagro, decís? ¿Acaso mi Señor tiene una verdulería allí arriba?»

Los libros y más allá de los libros

Pregunta: ¿Cuál es la compatibilidad, si hay alguna, entre el libro Sufi y la enseñanza Sufi más allá de los libros?

Respuesta: Muchos dicen que no pueden aprender de los libros.

FUNCION INSTRUMENTAL

Por supuesto que no pueden: porque primero deben aprender que, guiados de forma correcta, pueden aprender de los libros, de los saltamontes o de cualquier cosa.

Un libro, para los Sufis, es un instrumento; cuando mucho, algo que suministra información.

Tanto la información como la acción son necesarias.

La clave es el maestro.

Si él dice: «Lee este libro», entonces deberías leerlo.

Si tu respuesta es: «No puedo aprender de los libros», entonces estás de hecho rehusando su enseñanza.

Si rehúsas la enseñanza, no te sorprendas si no aprendes nada.

Puedes ser uno de aquellos cuyo problema es que no quieren aprender, y tus palabras «Quiero aprender», una protección contra el aprender: un encantamiento, de hecho.

Ningún maestro auténtico confundirá a un hombre o una mujer que simplemente dicen «Quiero aprender» con otro que indudablemente quiere aprender.

Por eso mucha gente debe pasar a través de estadios que les muestren que su condición (mientras reclaman que quieren aprender y no pueden encontrar elementos) es una base impropia para aprender.

REALIDAD Y POTENCIALIDAD

El hombre debe llegar a comprender cómo verse a sí mismo como realmente es, de modo tal que pueda lograr algo en el campo de lo que él denomina «lo que podría ser».

Por otra parte, es el maestro quien sabe lo que es indicado: sabe si su discípulo tiene que desarrollarse por una modalidad lineal o de otro tipo. Tal como Khaja Khan dice, tradicionalmente la enseñanza directa más allá de los libros, el misterio de la unificación, se enseñaban a la élite espiritual, mientras que la Ley Sagrada lineal (la islámica *Shariyya*) se entregaba a la gente ordinaria. De esta forma, lo limitado podía surgir por intermedio de la disciplina, la *Shariyya*, y la élite era capaz de descender a la Ley por medio de la Verdad de percepción inmediata.

De acuerdo con los Sufis, hay sólo una esencia, la Realidad (*Haqq* = Verdad). De ésta deriva la apariencia, la Forma, mencionada por Ibn al-Arabi, en su *Fusus al-Hikam*, y por otros como *Khalq*, lo que es creado, secundario. Es muy común confundir lo secundario con lo primario, y la humanidad debe aprender a evitarlo. Pero, al vivir en un dominio secundario, «el mundo», la humanidad debe aprender el valor y las limitaciones de lo secundario, de lo fenoménico. Las limitaciones incluyen el hecho de que tales derivados no pueden ayudarnos a superar un determinado estadio con cualquier cosa. El valor reside en las ocasiones y circunstancias en las que tales cosas pueden ser de ayuda y en el tipo de uso que les demos.

EL VALOR DE LO RELATIVO

«Lo relativo es el canal de lo absoluto» (Al-majazu qantarat al-Haqiqa) encierra esta declaración. La experiencia Sufi informa al maestro para saber cómo manejarse con los factores secundarios, y por tanto le permite enseñar.

La enseñanza Sufi a través de libros, o a través del uso de métodos escolásticos que se aplican para mostrar que son absurdos o limitados, fue demostrada un día por Shaqiq de Balkh, cuando Haroun al-Rashid lo visitó en busca de sabiduría.

EL VALOR DE UN REINO

El califa, en toda su magnificencia, necesitaba una lección sobre el valor relativo del poder y las posesiones.

—Pídeme una gracia —dijo.

Shaqiq le preguntó si daría la mitad de su reino a quien le diera a beber agua, si se estuviera muriendo de sed en un desierto.

Haroun dijo que lo haría.

Y, continuó el Sufi, ¿daría la otra mitad a quien fuera capaz de alcanzarle el agua, si él fuera incapaz de hacerlo?

Haroun dijo que lo haría.

Entonces Shaqiq pidió al califa que reflexionara por qué valoraba tanto su reino, cuando era algo que podía ser entregado a cambio de un sorbo de agua que, en sí mismo, no permanece con uno.

La gente supone, como el califa, que posee algo de valor y que dando una parte de ello puede obtener algo de gran valor. Tiende, también, a ofrecer no aquello de lo que tiene que librarse, sino algo que puede dar porque quiere hacerlo.

En eso consiste la génesis del cambio, y es una cosa deseable... si se limita al intercambio. Allí, también, se encuentra el deseo de prescribir los propios estudios, el propio sendero: «Pídeme una gracia», como dijo el califa.

Pero, como los Sufis nunca se cansan de decir, el sendero tiene sus propias exigencias, y las cosas que las personas quieren hacer probablemente las ayuden a continuar en la vía en que ya se encuentran, más que en una dirección que se abra paso a través de sus limitaciones. Debido a que los asuntos Sufis no parecen similares al tipo de organización de estudios familiar a la mayoría de las gentes, éstas imaginan que hay que llevarlos a cabo de una manera completamente incoherente. Es digno de interés escuchar lo que Aftab-ud-Din Ahmad tiene que decir a este respecto, en su introducción a una versión de *Futuh al-Ghaib*, de Gilani.

EL SUFISMO COMO CIENCIA

«La palabra "misticismo" [empleada en inglés por sufismo] tiene una atmósfera elusiva a su alrededor, puesto que el *tasawwuf* [sufismo] es una ciencia regular con su conjunto de leyes y un esquema completo y detallado. Está basado en experiencias palpables que pueden reproducirse, como cualquier otra ciencia, en determinadas circunstancias. Cada peregrino tiene que pasar a través de los mismos estadios en su viaje espiritual, y estos estadios son fácilmente reconocibles por las detalladas descripciones dadas unánimemente por todos los maestros. Los mojones y escollos son descritos con detalles igualmente exhaustivos. Tal como en cualquier otro curso de estudios, hay en él métodos para probar los progresos del discípulo y su mérito. Como en cualquier otra rama del conocimiento, en esta rama de estudio hay genios que han causado conmoción en el mundo...»[6]

MENSAJE CONFUSO

Los maestros Sufis utilizan de forma selectiva los libros y otros métodos de comunicación de masas. Y hay casos en los cuales el mensaje es confuso, de modo que no utilizan del todo ciertas versiones de ellos. Algunas traducciones, por ejemplo, contienen errores absurdos, aun las hechas por expertos. Este tipo de confusión puede suceder con cualquier cosa, y sólo una guía humana puede poner en orden las cosas.

EL RELATO DE LA NOTICIA

La British Broadcasting Corporation, a las pocas horas de la muerte del rey Faisal, de Arabia Saudita, pasó una grabación de un relato sumamente emotivo del asesinato tomado de la cadena saudita. Era algo, como podrás imagi-

6. AFTAB-UD-DIN AHMAD: *Futuh al-Ghaib*, Lahore, Ashraf, 1949, pág. IX.

nar, en lo que se podía confiar. Pero hubo un pequeño problema con la versión de la BBC: en realidad era el minuto final del comentario en lengua checa del combate de Ali-Wepner en Cleveland, Ohio. A veces sucede lo mismo con determinado material «Sufi»...

Santidad

Pregunta: ¿Qué puede usted decir de la santidad y los maestros Sufis?

Respuesta: Las personas que están más ansiosas por encontrar, seguir, refutar o tratar de alguna manera con maestros Sufis tienden a ser las menos capaces de identificarlos o localizarlos.

Sucede así porque los buscadores están por lo general a la caza de lo que los obsesiona: es decir, de gente que no pueda evitar comportarse de tal forma que anuncien, las veinticuatro horas del día, «soy un hombre espiritual».

Aquellos que guían sus vidas de forma ordinaria, o que carecen de adornos, son invisibles al ansioso.

Pero el reverso de esta opinión es por lo general el caso más común. Los que indican por modales, impedimentos, o de otra manera, que deben ser considerados como autoridades, son en la mayoría de los casos los superficialistas.

La apariencia de «santidad» consiste en alguna de estas tres cosas, en todas las ramas de la actividad esotérica, incluyendo al sufismo:

1. La imitación de los superficialistas.
2. La adoptada por adoctrinamiento u obsesión.
3. La utilizada como medida temporal o superficial destinada a quienes pueden percibir sólo este aspecto.

La labor del maestro y del estudiante es ir más allá de la apariencia, tan pronto y tan completamente como sea posible.

SERVICIO

Saadi de Shiraz escribió el poema «El huerto», en su *Bostan*, sobre este tema:

El sendero no es otro que
  el servicio a la gente:
no es el rosario, la alfombrilla de oraciones
  y la túnica del derviche.

QUE ES Y QUE NO ES UN SANTO

La santidad, que los superficialistas identifican con lo que demasiado frecuentemente son acciones y apariencias superficiales, yace, como nos recuerda Saadi, en el servicio a la gente. Los que buscan la santidad sólo deben ser tomados en serio si están también interesados en el servicio humano.

La santidad, ser un santo —como el doctor A. E. Affifi hace hincapié, de acuerdo con el saber Sufi—, «no significa beatitud o piedad, aunque tales características pueden *accidentalmente* encontrarse en un santo... Cualquier hombre es un santo... si posee un grado de "gnosis" (conocimiento supremo) capaz de hacerle comprender su exacta relación con Dios (Realidad), del que sólo es una manifestación, y advertir su esencial identidad con la Realidad Una. En otras palabras, un hombre es un santo si es lo que Ibnul Arabi llama un "Hombre Perfecto"...»

CONOCIMIENTO Y CONDUCTA

La santidad no consiste en milagros ni en parecer piadoso. La prueba es el conocimiento. La gente pregunta: «¿Cómo puede el conocimiento ser tan bueno como la conducta y la fe?» La respuesta Sufi es que sin conocimiento no hay seguridad de que la conducta sea correcta, ni garantía de que la fe sea real. La religión real y la correcta conducta real lle-

gan a través del conocimiento de lo que la religión es y del conocimiento de lo que debería o no hacerse: no en la aceptación de normas culturales locales sin experiencia.

Los Sufis han sostenido constantemente que el conocimiento está de acuerdo con la beatitud y con la conducta por lo general aceptadas: pero no con la falsificación de éstas, que es lo que principalmente existe en los «buenos» e ilusos.

La santidad, si por esto queremos significar apariencias —que incluyen supuestas maravillas o el efecto que alguien tiene sobre otras personas, quienes sobre esta base llegan a la conclusión de que es un santo— es por completo subjetiva y no puede en absoluto llamarse santidad en el sentido Sufi.

UN PERRO TIENE PRIORIDAD

Bayazid Bistami, mientras caminaba por las calles con algunos de sus seguidores, hizo en cierta ocasión una demostración de los defectos de tan superficial evaluación, como se cita en el *Musibat-Nama*, «El Libro de la Calamidad», de Attar.

Un perro caminaba hacia ellos y Bayazid se apartó. Uno de sus discípulos pensó para sí que esto era un error: Bayazid era un gran santo, acompañado por sus discípulos, lo que le confería una gran posición, en tanto que un perro era después de todo sólo un perro.

Bayazid adivinó los sentimientos de este hombre y explicó.

El perro los había visto venir y había proyectado su pensamiento a Bayazid, expresándole que sólo un pecador podía haber sido creado como perro, mientras este gran hombre debía estar santificado para ser capaz de aparecer con una forma tan resplandeciente y honorable.

—Fue a causa de esta idea del perro —dijo Bayazid— que yo le otorgué la prioridad.

El silencio

Pregunta: No parece haber psicología tradicional o estudio similar sin una concepción del secreto y el silencio. ¿Por qué es así y cuál es la naturaleza de este silencio?

Respuesta: Entre los Sufis, el término técnico «secreto» se aplica a «la conciencia más interna del hombre», y puede encontrarse autorizadamente traducido como tal. Las personas relacionadas con los sistemas espirituales tradicionales saben, por lo general, que hay diferencias en el significado y énfasis de la idea del «secreto», de acuerdo con la condición de la persona considerada.

He aquí algunos ejemplos:

ESTIMULACION

1) Hay gente que parece estar fuertemente influida por la idea del silencio y estimulada por ella, y de esta manera se revelan automáticamente como traficantes de curiosidad, y el Sufi sabrá cómo tratar con tal persona. Puede muy bien que se excluya a sí mismo mientras permanece como un mero anticipador de secretos.

ACTUAR CON ENERGIA

2) La idea de un «secreto», para quienes pueden adoptar una actitud correcta hacia ella, puede a veces tener un efec-

lo energizante, pues para estas personas constituye el descubrimiento o logro de algo valioso. Este punto fue específicamente resaltado, entre los Sufis, por Ibn el-Arabi.

RETIRO

3) El silencio ha sido con frecuencia confundido con el retiro; el retiro es la necesidad de eliminar fuentes de interrupción cuando la gente está concentrada en algo.

RELATIVIDAD

4) Silencio puede ser la palabra empleada para referirse a algo que no está listo para ser revelado, o que está «oculto» para alguien en un momento en particular y por una buena razón; y esta razón puede ser sencillamente la efectividad de operación, de asegurar el progreso.

Muchas cosas que son denominadas «secretas», sólo son cosas que se deben apartar de la gente hasta que ésta pueda comprenderlas o experimentarlas efectivamente.

Clamar por los «secretos» o hacer lo equivalente (querer que éstos pasen inadvertidos) es una característica del hombre, fuertemente marcada en casi todas las empresas y etapas de madurez y de ningún modo limitada a las esferas esotéricas. Si reduces tu concepto de silencio a una cruda definición de algo que es mantenido alejado de ti, por ejemplo, no haces más que mostrar que es improbable que seas lo suficientemente abierto y sensible como para comprender los aspectos «secretos» de las cosas refinadas y sutiles. Muchos «secretos» están mejor guardados por la negación de que haya secretos, o por la apariencia común y sencilla de la gente, tal como suelen hacer los Sufis. Así el Sufi tiene la ventaja de ver aliviada su necesidad de evitar o combatir a los buscadores de secretos: éstos lo consideran superficial u «ordinario».

PENETRACION DE SIGNIFICADO

Un «secreto» de los Sufis es su método para lograr que las personas sean conscientes de las verdades contenidas en

las experiencias, y también en la literatura, negadas por aquellos cuyos hábitos o emociones subjetivas constituyen un muro.

Dice Saadi, en su *Bostan*: «La puerta de la iluminación está abierta para aquellos que tienen otras puertas cerradas.» Estas puertas son, por lo general, las de la intelectualidad —o la creencia de que las propias ideas abrirán las puertas— y las puertas a lo puramente escolástico o a los acercamientos sólo sistemáticos, sin la comprensión que hace posible limpiar la mente de hojarasca.

EL SECRETO DEL SECRETO

La paradoja Sufi, «El secreto del sufismo es que no tiene en absoluto ningún secreto», significa que lo que es secreto y oculto para los que no comprenden el sufismo, los Sufis lo comprenden y experimentan, y por lo tanto deja de ser secreto en absoluto.

La palabra *Sirr*, por lo general traducida como «secreto», en la aceptada terminología Sufi significa «la conciencia más profunda del hombre». De modo que, si la conciencia más profunda no es conocida por su poseedor, permanece para él «secreta». Y, en el nivel verbal, donde por definición la conciencia no puede ser experimentada, sólo referida a, permanece por esta razón «secreta», «oculta».

Una de las facultades de los Sufis es que pueden ver a través de lo externo y el autoengaño de los otros, y así son capaces de enseñar a estos prisioneros del yo secundario a lograr el «secreto» real, la conciencia más profunda, interior.

LA DONCELLA TURCA

Yusuf al-Razi ilustra esta capacidad de leer las mentes, y también cómo los demás carecen de ella y juzgan por las apariencias, en su famoso relato, que se encuentra en el *Memorial de los amigos*, de Attar.

Se cuenta que un mercader persa, que partía de viaje, pidió a Hiri que cuidara a una doncella turca. Hiri se enamoró de esta joven y decidió que debía ver a su maestro,

Abu-Hafs, el Herrero. Abu-Hafs le dijo que viajara a Raiyy y allí obtuviera el consejo del gran Sufi Yusuf al-Razi.

Cuando llegó a Raiyy y preguntó a la gente dónde se encontraba la morada del sabio, le dijeron que evitara a ese hombre herético y librepensador, de modo que volvió a Nishapur. Al informar a Abu-Hafs, éste le dijo que ignorara las opiniones de la gente y volviera a buscar al Sufi.

A pesar de las casi unánimes presiones de la gente de Raiyy, fue a donde se encontraba al-Razi. Allí encontró al anciano, acompañado por un hermoso joven que le entregaba una copa de vino.

Escandalizado, Hiri exigió una explicación de tal conducta en un reverendo contemplativo.

Pero al-Razi le explicó que el joven era su hijo y que la copa de vino, que había sido abandonada por alguien, sólo contenía agua. Esta era la realidad de su estado, que todo el mundo imaginaba como una vida de disipación.

Pero ahora Hiri quiso saber por qué el Sufi se comportaba de una manera que la gente interpretaba como herética.

—Hago estas cosas —dijo al-Razi— para que las personas no vengan a molestarme con doncellas turcas.

«No puedes enseñar por correspondencia»

Tengo ante mí un paquete de cebollas deshidratadas.

Dejemos que estas cebollas deshidratadas ejemplifiquen algo escrito antes. No son la experiencia original (la cebolla) ni son nada de nada. Poseen una virtualidad.

Agregamos agua caliente, y ésta es absorbida por el seco material. Después de unos pocos minutos, tenemos algo que sabemos eran cebollas secas, pero que ahora no es lo mismo. Lo que tenemos ahora es una «cebolla reconstituida».

No tenemos toda la cebolla, es verdad. Tampoco tenemos cebollas frescas. Pero tenemos algo que nos permitirá reconocer a las cebollas frescas cuando las veamos y gustemos. Es un avance sobre las cebollas secas.

La experiencia original fueron las cebollas frescas. El agua fue el agregado que produjeron las correctas circunstancias de estudio. El resultado es comestible y es un adecuado sustituto de las cebollas frescas. También es más o menos nutritivo.

Quienes dicen: «No puedes obtener nada de cebollas secas» (el equivalente a «No puedes obtener nada de un libro»), se equivocan. Quienes dicen: «Esperaré (o buscaré) hasta encontrar cebollas frescas», se equican. *Se equivocan porque no comprenden que no reconocerían a las «cebollas frescas» si las tuvieran ante los ojos.* Había que decir esto aun a regañadientes, porque tales declaraciones suelen ser consideradas provocativas, cuando —por lo general— sólo intentan ser descriptivas.

Postulemos entonces la declaración: «*Puedes* obtener algo

de un libro. Ese algo puede ser tan importante como para conducirte al reconocimiento de lo real. Por tanto, en muchos casos es muy importante.»

INGREDIENTES

Pero, *¿por qué* la gente imagina que no hay nada en un libro que pueda ser tan importante como la experiencia «fresca»? Simplemente porque no saben que son necesarias circunstancias específicas (como agregar agua caliente a los trozos de cebolla) para poder obtener algo. Los Sufis se proponen ayudar a conseguir el agua caliente, junto con las cebollas secas, para que a su debido tiempo aparezcan las cebollas frescas.

HUMILDAD

Una de las verdaderas razones de las técnicas de enseñanza tradicional para intentar inculcar una actitud realmente «humilde» hacia la vida y el aprendizaje es tratar de facilitar a la gente la adopción de un punto de vista que les permita «aproximarse a las cebollas a través de cualquier condición en que éstas se consigan».

Por supuesto, tales enseñanzas en manos ineptas no tardan en convertirse en moralistas. En lugar de decir lo anterior, la gente busca por todos lados un sostén lógico para enseñar paciencia y humildad. Pronto lo encuentran: «La humildad es buena para la sociedad. Hace a la gente buena, pura, etcétera.» Este es, sin embargo, el nivel social, no el metafísico. Si eres «humilde», eso puede ayudarte en tu vida ordinaria. Si no lo eres, no irás a ningún lado en las cosas importantes.

Si las personas no pueden adoptar una actitud «humilde» hacia algo que se les invita a estudiar, no serán capaces de estudiar nada. Por tanto, no existe un problema, como con frecuencia se supone, cuando alguien pregunta: «¿Por qué debo obedecer algo que no sé?» La pregunta es inválida porque quienquiera que se encuentre en ese estadio *no puede* obedecer o desobedecer: sólo puede ser un fantasioso e irritable inquisidor. No controla la opción, de modo que la pre-

gunta no tiene ninguna validez ni exige una respuesta, salvo la descripción de su estado. La esperanza reside en la posibilidad de que pueda reconocer su condición a través de una descripción de ella, y ajustar su actitud de modo acorde.

Las gentes, empero, no adoptan por lo general esta indicación secundaria como primaria, y los maestros Sufis tienen que actuar en razón de esta tendencia. Algunas veces provocan deliberadamente choques artificiales para revelar la naturaleza limitada del pensamiento del posible estudiante, para ayudarlo a obtener una más profunda comprensión de sí mismo y, por tanto, a liberar una amplia perspectiva que le permita aprender.

Uno de estos choques aparece en un cuento relatado por Bayazid Bistami.

IDOLATRIA

Un hombre, narraba, lo encontró en la calle y le preguntó adónde iba. Bayazid le dijo que, como tenía doscientos dinares, iba de peregrinación a La Meca.

—Circunválame a *mí* siete veces —dijo el hombre— y deja que ésa sea tu peregrinación, pues yo tengo personas a mi cargo.

De modo que, continuó Bayazid, hizo lo que el hombre le pedía y volvió a su propia casa.

A menudo un arreglo de este tipo no es muy bien recibido, pues significa admitir que la estruçtura de pensamiento previa es inadecuada. El hombre busca algo que refuerce el deseo de sentir que es importante.

Con mucha facilidad encuentra esto en un credo, un individuo o una institución: porque casi todos ellos se especializan —lo sepan o no— en una juiciosa adulación. Aunque la adulación se alterne con desaprobación, continúa siendo adulación.

Esta es una de las razones que hace tan importante el conocimiento de las propias motivaciones personales.

Un aspecto importante de este tema del valor de los materiales intermediarios como elementos catalíticos es notar que hay una forma de aprender por medio de la percepción directa y provocada. Es una forma de aprendizaje distinta de los métodos rutinarios o del estudio selectivo, que son

planeados por el estudiante o por alguien que no tiene una completa percepción de las necesidades del estudiante.

APARIENCIA Y FUNCION

Hablamos aquí de función, no de apariencia. Hay un paralelo interesante en un suceso que recuerdo. Cierta vez un grupo de gentes aferradas a la literalidad cuestionó a Sidi Abu-Yusuf la enseñanza Sufi. Su respuesta muestra tanto la mentalidad de aquéllos como su fallo en armonizar con la realidad:

Las cuestiones se referían a las reclamaciones hechas por o en beneficio de los representantes Sufis para ser jefe supremo de los Sufis.

—Esta es sólo una metáfora —dijo Abu-Yusuf— y no entraña en sí ninguna rivalidad. No encierra, tampoco, ninguna idea de jerarquía en una organización formal. Es más, no significa que cada uno reclame (o haya reclamado para sí) ser el jefe de todos los Sufis. Sólo significa que, para aquellos que están siguiendo sus instrucciones, los maestros Sufis deben ser considerados como el jefe y única fuente de sabiduría. Este papel no es más grande que el de cualquier maestro cuyos alumnos deben mantener su concentración y capacidad de aprendizaje sin dividir su atención en otros temas, tales como —en este caso— una jerarquía de maestros. Los jefes reales de los Sufis existen y operan por lo general en un dominio no perceptible y nunca son conocidos en sus altas funciones; no obstante, estos personajes pueden presentarse a sí mismos como simples maestros Sufis, de tiempo en tiempo —así como pueden asumir otra apariencia—, para llevar a cabo sus funciones.

Trasfondo de la «humildad»

Antes del período por lo general considerado como tiempo histórico, hubo en operación una forma de cognición, ligada con el desarrollo humano, diferente de los métodos corrientes de adquirir y utilizar la información. El resultado de este esfuerzo ha sido frecuentemente llamado «sabiduría»: a pesar de que la palabra *sabiduría* ha sido también a menudo aplicada a otros campos.

LAS RELIQUIAS NO SON LA COSA EN SI MISMA

Muchas formulaciones religiosas, místicas y de otro tipo son, hasta cierto punto, sepulcros de las reliquias de un intento completo o parcialmente exitoso de presentar y hacer asequibles a distintos individuos y comunidades los medios para adquirir este conocimiento. Como casi todo en la tierra, están sujetas a deterioro o fosilización. Se han convertido al mismo tiempo en museos y exposiciones.

Debido a la tendencia a acentuar la disciplina y la atención grupal sin ajustes contemporáneos a otros factores, muchas de tales formulaciones (algunas de ellas llamadas escuelas o cultos) cristalizaron a corto o largo término, y con frecuencia reclamaron un monopolio del ritual verdadero o efectivo. Este proceso, que representa modelos de pensamiento limitados, suele continuar hasta conducir a la virtual destrucción de la dinámica de la formulación de la escuela. En la práctica, exclusivismo y dogmatismo, más

ta de cierto punto, militan contra determinadas necesidades de flexibilidad. Hay una continua necesidad de regeneración.

Lo que a algunas personas les parece la suma total de la herencia humana en filosofía, metafísica o aun en pensamiento mágico, puede también ser considerado, por las antedichas razones, como agobiado por el peso de los despojos o las malas interpretaciones (a través de la elección selectiva) de las formulaciones previamente operadas por escuelas coherentes. El factor que provoca este estado de cosas es endémico en la comunidad humana, y ha sido a menudo ignorado por grandes sectores de todas las civilizaciones a pesar de ser sujeto de cercana atención y rectificación por especialistas ajenos al pensamiento mecánico y limitado. Tales especialistas son los que pueden aprehender los principios y dinámicas internos y no quienes simplemente efectúan un cambio de orden.

LA TRADICION MANTENIDA POR LA COMPETENCIA

En contradicción con las formulaciones públicas y evidentes, familiares a todos como estabilizaciones de muchas formas de sistemas religiosos, psicológicos, filosóficos de acción comunitaria y de otro tipo, ha habido siempre, a través de la historia, una corriente continua y altruista de tutela hacia este conocimiento comprensivo y adaptativo. Esto está basado en la capacidad y el conocimiento, no en la arbitraria decisión de convertirse en un especialista.

Hay suficientes y excelentes razones para que los hechos expuestos nunca hayan sido más conocidos públicamente o aceptados por ningún adepto real. Uno de los hechos más fácilmente comprensibles para los pensadores habituales es que «hacer un anuncio como éste, a quienes son básicamente egoístas, sirve principalmente para incrementar su egoísmo a expensas de su real e intenso deseo de la verdad», enmascarando además en ellos las potencialidades de la enseñanza.

Otra razón, fácilmente comprensible, es que la existencia de un sistema estrecho de pensamiento (muy simplificado para contener las aspiraciones sin considerar el potencial y para permitir una amplia escala disciplinaria de pobla-

ción) ha producido un tipo de «experto» o concentrador de este tipo de inclinación que automáticamente se siente inseguro ante cualquier intento de ampliar su horizonte. El resultado es la oposición, el disgusto y la confusión.

De tiempo en tiempo, ciertos factores cosmológicos y humanos se alinean; hay al mismo tiempo una necesidad y una posibilidad de restablecer, por medio de un esfuerzo especial y calificado, formulaciones y actividades que maximicen las posibilidades de una más rápida y completa penetración de la enseñanza que conduce al desarrollo mencionado como «conocimiento de sí mismo» u «obtención de sabiduría». Muchos de estos períodos, de carácter cíclico, han ocurrido en tiempos recientes: ninguno de ellos ha sido por lo general reconocido como tal. Esto no quiere decir, repito, que porque uno crea esto es automáticamente capaz de encontrarlo. La aproximación correcta está en todo.

EL PAPEL DE UNA INTERVENCION

El primer estadio de este conocimiento se refiere a respuestas a las preguntas que por lo general se formulan sobre el origen, la naturaleza, el ser y el futuro de la humanidad misma, tanto colectiva como individualmente. La forma y el orden de proceder a la aproximación a estas cuestiones incluye una capacidad cuya ausencia o inefectividad en el individuo ordinario habla de su incapacidad para participar en su propio desarrollo. Necesita una intervención organizada para romper el círculo vicioso resultante.

EL CONOCIMIENTO DEL FIN CREA LOS MEDIOS

El deseo de un «despertar», con frecuencia utilizado como un término técnico, puede o no ser acompañado por la información y experiencia esenciales que preceden a este estadio. La enseñanza, por su parte, es llevada a cabo —y es capaz de cruzar los límites ideológicos— gracias a un conocimiento del objetivo: un objetivo que, en el peor de los casos, es postulado como una suposición de que existe; en el mejor de los casos es vislumbrado y desde entonces es el

sujeto de repetidos intentos para idear una forma de recobrar ese vislumbre.

La hipótesis de trabajo o el marco tradicional suministra la estructura por la cual el supuesto iluminado intenta aproximarse a esta meta. En el caso de la escuela, el conocimiento sólo suministra las bases sobre las cuales puede ser ideada la estructura.

«Una vez que conozcas el fin, puedes idear los medios.» El fin no justifica los medios: los suministra. Los medios, empleados en este sentido, son la estructura mencionada en algunos escritos como «La Obra».

LA ESCUELA

Una de las estructuras dentro de la cual se estudia, reúne, conserva y transmite este conocimiento ha sido calificada como escuela. Hay otras, continuamente en funciones, cuya existencia y modo operativo no son un valor aplicable, si bien con frecuencia son un asunto de curiosidad e interrogación que ocupa mucho tiempo y origina mucho esfuerzo debido a la suposición, de base falsa, que afirma que un vivo interés en algo una vez oído puede conducir a familiarizarse con él, y que por tanto es útil obtenerlo. Pero, sin embargo, este *modus operandi* está lejos de tener una analogía exactamente operable en el pensamiento corriente; está de hecho, si no en teoría, «completamente oculto».

Es muy común que los encuentros tengan lugar entre gente que está interesada en este campo y aquellos que trabajan en él —sin que los primeros puedan de alguna forma entrar en él— o, mucho más frecuentemente, entre aquellos que tienen alguna idea o reconocimiento del papel o método operativo de los otros individuos.

La «Escuela de la Obra» es una actividad de bajo nivel que, sin embargo, ha pasado a través de un reconocimiento del más alto nivel posible. La aceptación de este principio es uno de los primeros requerimientos que conducen a una escala temporal efectiva y un orden de los sucesos, necesarios para que la enseñanza pueda tener efecto. Una de las principales barreras para aceptar este hecho —aun como hipótesis de trabajo— es la sobrevaloración del papel, potencialidad y conocimiento del aprendiz.

Es por esta razón que este énfasis está colocado, como en muchos sistemas tradicionales de los cuales subsisten fragmentos viables, sobre la necesidad de lo que, aproximadamente vertido en lenguaje familiar, denominamos humildad. Su distorsión es la humillación de sí mismo.

LA HUMILDAD NO ES «PARA»

Tal como uno de los grandes Sufis dijo: «Mi humildad no está allí para impresionarte... está allí por sus propias razones.»

La persona que tú mismo sientes ser, de acuerdo con los Sufis, es una falsa persona, sin una realidad verdadera. Cuando se ejercita la humildad, la gente comienza a advertir que, por así decirlo, no existe en modo alguno. Esta percepción de sí mismo como *'Adam* (no ser) es destacada en *Revelación*, de Hujwiri, en el segundo capítulo que trata sobre el sentido real de la pobreza. Cuando la gente tiene orgullo de su humildad, está simplemente adoptando otro «yo» fabricado como parte de su no ser, y esto es lo que produce la hipocresía.

El propósito de ver a través de la propia nada personal es ver más allá, y lo que hay realmente allí sólo puede relacionarse con el ser real de uno mismo. La humildad está por tanto directamente relacionada con la búsqueda de la verdad absoluta.

HACER DE LA VIRTUD UNA FUNCION CARECE DE VALOR

La coincidencia de alguna similitud entre las palabras *'Adam* (no ser) y *Aadam* (hombre) provocó que algunos poetas y otras personas, en idiomas occidentales, las igualaran elegantemente en prosa y verso. Es interesante notar, además, que aun los orientalistas y críticos, al discutir este punto, algunas veces observan tan poco este juego de palabras que suelen acusar a los escritores Sufis de ignorantes, o de adoptar extraños usos, cuando dicen cosas como el «Hombre es *'adam*». Con frecuencia sospecho que esta falla atípica para detectar lo que se argumenta en tales casos, se debe al hecho

de que la subjetividad del comentarista está censurando su comprensión: él es, después de todo, simplemente un hombre y, como hombre, no quiere pensarse a sí mismo como «no ser». Esto es más marcado en personas (que, por supuesto, incluyen eruditos) que verdaderamente se identifican a sí mismas por medio de modelos adquiridos y un surtido de información que es, para el Sufi, parte del no ser, la personalidad de la humanidad y no su esencia.

En otras palabras, como todos sabemos, el orgullo evita la humildad. El orgullo está unido a un sentido de sí mismo que puede surgir total o parcialmente de cosas secundarias, tales como creer que uno es instruido.

Se ha dicho que la «Humildad no es tanto una virtud como una necesidad a la hora de aprender».

RABIA Y LA PUERTA

La postura requerida en el Sufi ha sido bien ilustrada por Rabia al-Adawiyya. Escuchó que Salih de Qazwin enseñaba por medio de la frase: «Golpea la puerta y ésta se te abrirá.»

—¿Por qué persistes en decir esto, oh Salih —dijo Rabia—, cuando esa puerta no ha estado nunca cerrada?

La carencia de humildad tiene también algo de conspirativo: cuando la gente no sólo la ignora al encontrarla en los otros, sino que no puede creer en su realidad. El siguiente relato es para aquellos que no pueden siquiera concebir cómo o cuándo ejercitarla.

EL CUENTO DEL PROFESOR

No hace mucho (prosiguiendo la primera observación), estaba mostrando a un visitante los alrededores de esta casa. Mientras caminábamos, vimos a un tranquilo y diligente hombre sentado en el suelo reparando un trozo de madera.

—¿Quién es ése? —preguntó el visitante.

—Es el profesor Tal y Tal —dije yo.

Su frente se arrugó y volvió a mirarlo. Luego me miró a mí.

—¿Está ustd *seguro*? —dijo por fin.

Y, prosiguiendo la segunda observación, hay un incidente relacionado con Maaruf de Karkh.

JUNTANDO HUESOS DE DATIL

Sari al-Saqati vio a Maaruf levantando huesos de dátil del suelo y le preguntó qué estaba haciendo.

—Un niño lloraba —dijo él— porque, al ser un pobre huérfano, no tenía nueces como los otros niños. De modo que estoy juntando huesos de dátil para venderlos [para ser molidos y convertidos en harina], así podrá tener algunas nueces y ser feliz.

¿Tiene que ser serio el estudiante?

Pregunta: Le he escuchado decir que muchas personas que imaginan estudiar el sufismo con seriedad, de hecho no son nada serias; y que por eso no pueden obtener beneficio de éste. ¿Podría usted darme un ejemplo?

Respuesta: Uno de los mejores ejemplos es un hecho de nuestra experiencia cotidiana. La gente lee libros y oye cosas sobre el sufismo, y de inmediato proceden a «abrir un sendero hasta nuestra puerta». Bien, en esta coyuntura he publicado dieciséis libros sobre las ideas y la acción Sufis. Se podría deducir, con seguridad, que si yo he publicado este material —en tanta cantidad y con tanta energía— es que consideramos que su publicación, y por ende su estudio, es importante.

Pero, a pesar de las aproximadamente 10 000 cartas recibidas cada año, una porción significativa de personas se consideran «serias» (según afirman) sin haberse molestado en leer el material. Si fueran serias, le habrían prestado una atención seria. Si, como con frecuencia declaran, no quieren materiales escritos, ¿por qué recurren a *mí*, ya que yo me estoy manejando parcialmente con materiales escritos? Las gentes vienen a verme sin haber retenido una sola palabra de lo que decimos —porque no han estudiado nuestra literatura—, y así no puedo ayudarlos.

Vienen de todo el mundo, gastando tiempo y dinero, pero no quieren gastar dinero en libros, ni tiempo en su estudio. ¿Crees que se los puede considerar personas «serias»? Admi-

tido que constituyen sólo una minoría de todos nuestros contactos, pero el gran número total de personas que se ponen en contacto conmigo me hace pensar que esta minoría se amplía aún a un considerable número de individuos. Si quieres valorar a alguien, observa lo que hace e ignora sus protestas de «ser serio»... al menos por el momento. Si *actúa* con seriedad, estarás más inclinado a aceptar sus afirmaciones de seriedad. Si sólo lo *dice* —no importa la fuerza con que pueda creerlo— sólo podemos llegar a la conclusión de que tiene poca o ninguna idea de lo que en realidad hace y, en consecuencia, yo sería la última persona capaz de serle de provecho, especialmente porque él primero necesita instrucción elemental en rectitud de pensamiento.

EL CONOCIMIENTO COMO PERCEPCION

En estos días, como en el pasado, lo que por lo general es llamado conocimiento es un gran «velo» a la comprensión. Gazur-i-Ilahi recuerda a sus oyentes que hay un aprendizaje escolástico y otro producto de la observación. El conocimiento interior —percepción— es la verdadera forma de conocimiento. A algunos les apetece conocer la miel por el estudio, a otros por el gusto.

Uno es conocimiento. El otro es conocimiento sobre el conocimiento.

Lo que parece ser una carencia de «seriedad» se refiere en realidad mejor a tu segunda definición: que la gente no puede obtener beneficio. La razón es que carecen de deseo para prestar atención a lo que se dice y hace.

EL QUESO Y LA LUNA

Cuando hablamos de la «seriedad» del estudiante, debemos recordar que mucha gente tiene una idea muy vaga de lo que significa un estudio serio. Con frecuencia significa, para ellos, el estudio compulsivo, tanto importa si produzca algo o no. Es probable que sepas que la Asociación Británica para el Progreso de la Ciencia (de la cual admito ser miembro vitalicio, por otra parte) tuvo una reunión en la que se anunciaron los siguientes descubrimientos: que las rocas

lunares tienen propiedades comunes a los quesos de tipo Cheddar y Emmental; que por lo general los gordos no van a la universidad; que las ratas prefieren escuchar a Mozart más que a Schoenberg. Y no estamos en la Edad Media, con ángeles danzando en las astas, sino en 1970 de la Era Cristiana...

Elementos sociales y psicológicos en los estudios Sufis

Pregunta: ¿Está usted reduciendo los estudios metafísicos y espirituales al nivel de la sociología y la psicología?

Respuesta: No, por el contrario, trato de mostrar los contaminantes y confusiones de estos estudios, productos de socialización y la psicología de nivel popular. Si la gente piensa que está rindiendo culto a Dios, cuando en realidad sufren una excitación emocional, esto difícilmente puede ser una ventaja para alguien. Si se cree que las sensaciones producidas al transferir emociones de una persona, o sistema, a otra son «especiales», cuando son extensamente descritas e ilustradas como acciones y desarrollos sociales normales, ¿qué daño hay en afirmar la verdad?

P: Se dice que es mejor dejar a la gente con sus creencias, que perturbarlas.

R: Si la creencia es equivalente a pensar que un apéndice doloroso es obra del demonio, es un error dejar al paciente con ella, porque es probable que muera.

EL HOMBRE QUE CAYO DE UNA MONTAÑA

Quizá nuestro papel sea no hacer nada por él, pero en el nivel inferior no podemos evitar referirnos a su estado. La

gente así me hace recordar algunas veces al hombre que se cayó de una montaña. Cuando había llegado a la mitad de su caída, se dijo para sí mismo: «Ciento cincuenta metros y aún nada ha sucedido... de hecho no deja de ser muy placentero.»

Podemos dejar a este hombre solo, pero no podemos ayudarlo informándole de su real situación. Estas personas suelen con frecuencia levantar la cabeza y decir: «Estoy siguiendo el sendero X, y lo encuentro gratificante, pero me gustaría añadirle un poco de su sabiduría...»

QUE ES LA RELIGION

La creencia de que algo es en realidad, por ejemplo, una abstracción egoísta en la actividad religiosa, es en efecto antireligión. El jeque Ibrahim Gazur-Ilahi dice en verdad: «Lo que te lleva a Dios es la religión / cualquier cosa que se interpone entre tú y Dios es "el mundo".» ¿Cuántas personas piadosas advierten esto?

Los niveles de sociología y psicología, que tu pregunta contempla como una «reducción» son, de hecho, esenciales para examinar en el aprendizaje cómo aprender etapas, porque a menos que la psicología esté correctamente orientada, no hay espiritualidad, a pesar de que ésta pueda ser confundida, con frecuencia, con obsesión y emotividad. Aquellos que tratan con éstas, confundiéndolas con espiritualidad, tienen por supuesto —con conocimiento o no— un consumado interés en desalentar la atención por los niveles psicológicos y sociológicos. Aquellos interesados en la verdad, sin embargo, no pueden afrontar tales lujos. En cuanto al nivel social, éste y el psicológico son abordados por esta cita de uno de los más grandes de todos los Sufis, que no está manejándose con espiritualidad, si defines este término en forma restringida.

El jeque Abdullah Ansari dice:

> ¿Qué es el culto?
> Comprender la realidad.
> ¿Qué es la ley sagrada?
> No hacer el mal.
> ¿Qué es la realidad?
> Carnalidad egoísta.

Esta es la propuesta Sufi... no la otra manera. No puede haber espiritualidad, de acuerdo con los maestros Sufis, sin psicología, comprensión psicológica y equilibrio sociológico.

Además, si estás buscando una espiritualidad que requiera tal comprensión, tienes que buscar en la «reducción» de los grandes maestros Sufis clásicos, no en la mía, pues yo no soy un innovador al respecto. Si, por otra parte, crees que los Sufis no deben ser considerados «espirituales» por su insistencia en la psicología y la sociología, otra vez no tienes suerte: no sólo las autoridades islámicas, sino los eruditos de todas las creencias, continúan considerando a los Sufis entre los más grandes exponentes espirituales de la humanidad.

No hay sabiduría donde no hay sentido común: en estas condiciones no se puede encontrar ninguna expresión.

Ellos dicen: «Busca la sabiduría mientras tengas la fuerza, o puedes perder la fuerza sin obtener la sabiduría.»

EL GATO INVISIBLE

Pero debes comenzar por lo que cuenta: no puedes comenzar a medio camino y esperar resultados. Mark Twain informó, como broma, que había perdido un gato tan negro que no podía ser visto con luz ordinaria, y quería que se lo devolvieran. Casi mil personas se pusieron en contacto con él afirmando que habían visto al gato. ¿Podrías comenzar a enseñar a tal gente, o al menos a gente con tal estado mental?

EL SACERDOTE LADRON

En Inglaterra, no hace mucho tiempo, hubo un sacerdote que era ladrón, que hasta había robado otra vicaría, una abadía y una escuela. Fue cogido tratando de robar un banco, adonde había llegado en taxi, luego de lograr la colaboración de su ama de llaves, convenciéndola de que estaban haciendo algo bueno. ¿No habría que considerar los niveles sociales y psicológicos de una persona así, antes de proceder con los niveles espirituales y superiores? Otro sacerdote se divorció y se casó con...

2
De la atención

Características de la atención y la observación

Pregunta: ¿Puede usted definir las características de la atención y la observación, así como su importancia en los estudios Sufis?

Respuesta: Estudia la atracción, extensión y recepción, así como el intercambio, de la atención.

Una de las claves de la conducta humana es el factor de atención.

Cualquiera puede verificar que muchas ocasiones, que por lo general se supone que son transacciones importantes o de utilidad humana sobre determinado tema (social, comercial, etcétera), son en verdad situaciones de atención disfrazadas.

Se sostiene que si una persona no sabe lo que está haciendo (en este caso es lo que básicamente se le exige, extendiendo o intercambiando atención) y en consecuencia piensa que está haciendo algo diferente (contribuir al conocimiento humano, aprender, comprar, vender, informar, etcétera), será *a*) más ineficiente tanto en actividades abiertas como encubiertas; *b*) tendrá menos capacidad para planificar su conducta y cometerá errores de emoción e intelecto porque considera que su atención es otra de la que es.

Si esto es verdad, es muy importante que el individuo advierta:

1. Que este factor de atención actúa virtualmente en todas las transacciones.

2. Que la motivación aparente de las transacciones puede ser otra que la que en realidad es. Y esto es con frecuencia generado por la necesidad o el deseo de la actividad de atención (dar, recibir, intercambiar).

3. Que la actividad de atención, como cualquier otra exigencia de alimento, calor, etcétera, cuando es colocada bajo el control volitivo, debe resultar en un aumento de la esfera de acción del ser humano, quien entonces no estaría a merced de las fuentes aleatorias de atención, o incluso más confuso de lo usual, si las cosas no resultan como se espera.

Entre los principios que pueden enunciarse, figuran:

1. Demasiada atención puede ser algo malo (ineficiente).
2. Muy poca atención puede ser algo malo.
3. La atención puede ser «hostil» o «amistosa» y sin embargo satisfacer el apetito por la atención. La confusión la causa el aspecto moral.
4. Cuando las personas necesitan una gran cantidad de atención son vulnerables al mensaje que, demasiado frecuentemente, acompaña al ejercicio de atención hacia ellas. Por ejemplo, cuando alguien desea atención puede ser capaz de obtenerla sólo de alguna persona u organización que puede, debido a esto, ejercitar (como «su orgullo») una indebida influencia sobre la hambrienta atención de la mente del individuo.
5. Las creencias presentes han sido a menudo inculcadas en momentos y circunstancias conectados con la demanda de atención, y no se ha llegado a ellas por los métodos que se les atribuyen.
6. Muchos paradójicos cambios de opinión, o de fenómenos asociados y concomitantes, pueden ser considerados como debidos al cambio en una fuente de atención.
7. Las personas están casi siempre estimuladas por una oferta de atención, puesto que muchas están con frecuencia privadas de atención. Esta es una razón por la cual los nuevos amigos, o circunstancias, por ejemplo, pueden ser preferidos a los antiguos.
8. Si las personas pudieran aprender a mitigar el hambre de atención, estarían en mejor posición de lo que la mayoría de las culturas presentes les permiten para atender

sas cosas. Podrían extender la efectividad de su capacidad de aprendizaje.

9. Entre las cosas que la gente no hambrienta (en el sentido de la atención) podrían investigar, está la atracción comparativa de ideas, individuos, etcétera, aparte de su función de simples suministradores de atención.

10. El deseo de atención comienza en los primeros estadios de la infancia. Es, por supuesto, entonces cuando se asocia con el alimento y la protección. Esto no quiere decir que este deseo no tiene valor de desarrollo posterior ni futuro. Pero puede ser adaptado más allá de su uso adulto ordinario de simple satisfacción.

11. Aun un examen superficial de las comunidades humanas muestra que, mientras que la aleatoria tendencia devoradora, la posesividad y otras características indiferenciadas, son aprendidas o desviadas —debilitadas— muy prematuramente, el factor de atención no sufre el mismo tratamiento. La consecuencia es que el ser humano adulto, privado de cualquier método de manejar su deseo de atención, continúa siendo confundido por éste, el cual se mantiene por lo general en estado primitivo durante toda su vida.

12. Se han hecho observaciones individuales muy numerosas de las transacciones humanas. Estas muestran que un intercambio entre dos personas siempre tiene un factor de atención.

13. La observación muestra que los deseos de atención de la gente decaen y fluyen. Cuando se produce un decaimiento o flujo del deseo de atención, el ser humano no advierte que ésta es su condición, atribuyendo sus acciones y sentimientos a otros factores, por ejemplo, a la hostilidad o amabilidad de otros. Puede incluso decir que es un «buen día» cuando sus necesidades de atención han sido rápida y adecuadamente satisfechas. Un segundo examen de tales situaciones muestra que estas experiencias son mejor juzgadas por la teoría de la atención.

14. Las objeciones basadas en que el supuesto placer de la atención es más fuerte cuando ésta es lograda al azar, no se mantienen cuando se examinan cuidadosamente. «Prefiero ser sorprendido por la atención», puede ser la paráfrasis de decir: «Prefiero no saber de dónde procede mi próximo alimento.» Esto esboza de forma simple un primitivo estadio de sensaciones y pensamientos sobre este tema.

15. Las situaciones que pueden parecer diferentes cuando son contempladas desde una perspectiva muy simplificada (como es la usual) parecen ser las mismas cuando se aplica la teoría de la atención. Por ejemplo: la gente que sigue una figura autoritaria puede estar ejercitando el deseo de atención o el deseo de dar. El intercambio entre la gente y su figura autoritaria puede explicarse por la conducta de mutua atención. Algunos sólo obtienen atención de este intercambio. Otros pueden obtener más.

16. Otra confusión está causada por el hecho de que el objeto de atención puede ser una persona, un culto, un objeto, una idea, un interés, etcétera. Como este foco de atención puede ser tan diverso, la gente en general no ha identificado aún el factor común: el deseo de atención.

17. Una de las ventajas de esta teoría es que permite a la mente humana vincular de una forma coherente y fácilmente comprensible muchas cosas de las que siempre se dijo (de forma errónea) que eran muy diferentes, no susceptibles de comparación, etcétera. Esta preparación incorrecta provocó, por supuesto, el deterioro de la posible eficiencia en el funcionamiento del cerebro, aunque de modo cultural, no permanente.

18. La incapacidad para sentir cuándo la atención está extendida, y también para animarla o prevenirla cuando ha sido provocada, convierte al hombre en casi lo único vulnerable para ser influido, especialmente para sufrir la implantación de ideas en su cerebro y ser adoctrinado.

19. Elevar el tono emocional es el método más primitivo de incrementar la atención hacia el instrumento que incrementa la emoción. Es el preludio o el complemento de casi toda forma de adoctrinamiento.

20. La filosofía tradicional y las otras enseñanzas fueron utilizadas para prescribir ejercicios de control y de enfoque de la atención. Su valor, sin embargo, se perdió en gran medida debido a que los ejercicios individuales, prescritos para gente con necesidad de ellos, fueron anotados y repetidos como únicas verdades y practicados de tal manera, con tal proporción de personas y en tales circunstancias que, por su misma capacidad azarosa, no fueron capaces de producir ningún cambio en la preparación de la atención. Este tratamiento ha producido, sin embargo, obsesión. Y continúa haciéndolo.

21. Ciertos proverbios y fragmentos de material literario disperso indican que hubo una época de gran expansión del conocimiento de la atención descrito en las líneas anteriores. Privadas, sin embargo, de contexto, estas indicaciones sobreviven como indicadores fósiles más que como guías útiles de ejercicios de atención para el hombre contemporáneo.

La atención sobre sí mismo, o sobre un maestro, sin el ejercicio de seguridad ofrecido más allá del entorno inmediato, es una especie de cortocircuito. Tal como Rumi dijo: «No me mires a mí, pero coge lo que hay en mi mano.»

3
Temas de estudio Sufis

Temas de estudio Sufis

Pregunta: Si tuviera que dar determinados temas de estudio a la gente, ¿a cuáles daría más importancia?

Respuesta:

1. Toda aproximación a un estudio o a un individuo debe comenzar con una apetencia de atención. Sin embargo, si bien comienza así, nunca debe acabar de esta manera.
2. Estudia las suposiciones que hay detrás de tus acciones. Luego estudia las suposiciones que hay tras tus suposiciones.
3. «¿Por qué hago tal y cual cosa?» es una buena pregunta. Pero por qué no «¿De qué otra forma pude haberlo hecho?»
4. Has recorrido un largo camino, y no lo sabes. Tienes un largo camino por recorrer, y sabes lo que eso significa.
5. Con respecto a algunos, puedes estar adelantado. Con relación a otros, no has progresado para nada. Ninguna observación es más importante que otra.
6. Si tu deseo de lo «bueno» está basado en la avidez, no es bueno, es avidez.
7. Ejercita el poder por medio de la amabilidad, y puedes causar más daño que por la crueldad. Ninguna proposición es correcta.
8. El hombre que sabe debe desempeñar una función. El que no sabe, no puede atribuirse una a sí mismo; sólo puede tratar de hacerlo.
9. No trates de ser humilde: aprende la humildad.

10. Supón que eres en parte hipócrita y en parte incauto, y no estarás muy equivocado.

11. Copiar una virtud de otro es más una copia que una virtud. Trata de aprender sobre qué se basa la virtud.

12. No existe práctica aislada.

13. Si buscas un maestro, trata de convertirte en un verdadero estudiante. Si quieres ser un estudiante, trata de encontrar un verdadero maestro.

14. Cuanto más frecuentemente hagas una cosa, más probable es que tengas que volver a hacerla. No hay ninguna certeza de que de una repetición obtengas algo muy distinto de una probabilidad de ulterior repetición.

15. Al principio, no eres digno de las túnicas e implementos del Sufi. Luego no los necesitarás. Finalmente, puedes necesitarlos por el bien de los demás.

16. Si no puedes reír con frecuencia y autenticidad, no tienes alma.

17. Cuando una creencia se transforma en algo más que un instrumento, estás perdido. Permaneces perdido hasta que aprendes qué es en realidad «creencia».

18. Cuando un derviche muestra interés en tu bienestar material, puedes estar complacido. Pero esto sucede con frecuencia porque no estás aún listo para ninguna otra cosa.

19. Cuando alguien te pide que lo ayudes a hacer algo, ¿imaginas que es porque no puede hacerlo sin ayuda? Quizás es un Sufi que quiere ayudarte a que te pongas en contacto con su labor.

20. Si eres perezoso, siéntete feliz si alguien te lo señala y te da una oportunidad de mejorar. La pereza es siempre culpa tuya. Es el signo de que un hombre ha perseverado inútilmente durante mucho tiempo.

Estos puntos son de hecho ejercicios para burlar al falso yo, que obtiene pocas satisfacciones. El Sufi aspira a *Fana* (terminar... con el falso yo) y *Baqa* (permanecer... en el real). Detrás del supuesto «yo», que es «impermanente», yace el real, que se caracteriza por su conocimiento de la verdad, de la realidad.

Y escucha las palabras de Junaid de Bagdad, quien dijo: «Una buena naturaleza sensual es mejor que un mal temperamento, así llamado Sufi.»

4
Cosas del mundo

Un sabio oriental y los periódicos

CARTA A UN SABIO

Un occidental, estudiante de temas espirituales, escribió una carta feroz y reprobadora a cierto sabio oriental, cuando vio su nombre en un periódico. «¡Debería estar por completo desinteresado de las cosas de este mundo», le dijo, y agregó mucho más.

Cuando yo visité al sabio, le pregunté qué había pensado de la carta, si es que quería mencionar su reacción al remitente.

—Recibo cartas, es verdad —murmuró—, pero me temo que no las leo, pues, verá, son cosas de este mundo, y no estoy interesado en ellas.

«Las cosas de este mundo» no incluyen, de acuerdo con los Sufis, otra cosa que la verdad.

LA CONDUCTA DE LOS SUFIS

La conducta de los Sufis no necesariamente muestra su grado de desinterés. Con mucha frecuencia muestran lo que el observador imagina que muestran. El jeque Yahia Munir, en común con muchas autoridades, declara que la conducta de los Sufis realizados (la *Auliyya*) no tiene siempre la misma apariencia. Algunos comen bien y duermen; otros comen con rapidez y permanecen despiertos por la noche; unos visten harapos, otros ropas excelentes. Algunos aceptan regalos,

otros no. Quienes juzgan a los demás por su apariencia son llamados, por los Sufis, «personas superficiales».

Estos juicios son efectuados por gentes cuya vida emocional se ha expandido a expensas de su humanidad, su capacidad lógica y, por cierto, sus percepciones espirituales.

TOMANDO EL NOMBRE DE DIOS

El dilema de la gente que sólo utiliza palabras, y no las comprende bien, debido a sus concepciones religiosas, es bien ilustrado en este relato —el de la fruta— del *Fihi ma Fihi*, de Rumi.

Alguien cogió una fruta de un árbol y se la comió. El dueño de la propiedad le dijo:

—¿Por qué has cometido algo ilícito? ¿No temes a Dios?

—¿Por qué debería temerlo? —respondió el que se había comido la fruta—. El árbol es de Dios, y yo soy un siervo de Dios que come del árbol de Dios.

—Espera y te daré la respuesta que mereces —dijo el propietario.

Entonces hizo que ataran al hombre al árbol y le dieran una buena tunda de palos.

—¿No temes a Dios por hacerme esto? —gritó el hombre.

—¿Por qué debería temerlo? —respondió el dueño—. Tú eres el siervo de Dios, y este... ¡este palo que es de Dios se está utilizando para pegar al siervo de Dios!

Así como un argumento religioso, intelectual y sistematizado falla cuando es llevado a un contexto más amplio, así hasta los conceptos religiosos más amplios fallan cuando se los compara con la percepción extradimensional de la verdad que los Sufis llevan a la experiencia humana. Este es el mensaje de todos los sabios Sufis.

Bases para el interés de la gente

Alguien quiere saber por qué es tan difícil verme. También quiere hacer públicos mis «logros espirituales».

Os hablaré sobre ambos temas.

Verme no es fácil ni difícil, lo más probable es que sea un asunto de números. Tal como sucedería con cualquiera.

Si tomamos ocho horas por día y siete a la semana, veamos a cuántas personas se pueden ver en un año; en una sesión diaria y no haciendo nada más, concediendo entrevistas de una hora, podría ver a unas tres mil personas por año, y sólo una vez a cada una.

Pero algunos expresan su deseo de «verme» entre tres y diez veces. Y si en un año se ve a cada persona dos veces apenas, se es capaz de ver alrededor de mil quinientas personas.

A pesar de que se supone que el tema es siempre importante, noto que la urgencia decae, misteriosamente, en días festivos y durante las vacaciones de verano...

Imaginen que, si no hiciera otra cosa que ver a todos los visitantes durante una hora por día, este procedimiento llevaría a su propia solución. Sucedería que me aburriría tanto, me cansaría tan inútilmente, que la gente querría verme cada vez menos, y así llegaría el día en que recuperaría mi libertad.

De modo que, antes de tener que pasar por todo esto, ¿por qué no continuar como estoy, de cualquier manera?

Especialmente desde el momento que hay sustitutos adecuados, quienes están encantados de verse rodeados por tropas de gentes que absorben su sabiduría de la mañana a la noche.

Me han criticado por decir esto. Se dice que estas perso-

nas siempre crean descontento entre la mayoría de sus seguidores, quienes pronto se conectan con el siguiente gurú. Y esto es exactamente lo que yo quiero decir: actuando de esta forma yo también crearía descontento, cuando la gente se cansara lo suficiente de mi ritual de estar sentado como si fuera un gran gurú.

Nunca tuve la inclinación ni el entrenamiento para enrolarme en el círculo de los gurús.

Lo anterior, por supuesto, contempla la actividad de «ver gente» como una actividad sociopsicológica, ya adecuadamente observada por los sociólogos, pero ignorada por completo por los que tienen una inclinación por lo oculto: excepto cuando la confunden con una «actividad espiritual», que por cierto no lo es.

Según mi propia experiencia, ampliamente confirmada por los autores Sufis tradicionales, este apilamiento alrededor de alguien tendrá que ser justificado por el grupo como una «actividad espiritual». Es su obligación hacerlo; o también buscar sus afinidades naturales: los buscadores de adulación cuya otra característica principal parece ser, con frecuencia, que no pueden estar solos mucho tiempo.

En mi juventud, un maestro me dijo: «Si reuniéndonos tuviéramos la vía hacia la gran iluminación, todos los granos de arena se convertirían en santos, las bandadas de pájaros se quebrarían y cada uno de ellos se convertiría en un maestro espiritual, las ovejas ejercerían las funciones de los iluminados. De forma similar, la característica que vemos en los menos iluminados de apiñarse alrededor de cosas y personas, se considera extraña: lo valioso o excitante no sería la reunión de mirones sino, más bien, las asambleas de los elegidos...»

LOS AMIGOS DEL JEQUE ABU-ISHAQ

Con referencia a los «logros espirituales», me acuerdo de las palabras que dirigió el jeque Abu-Ishaq de Isla Verde, cerca de Algeciras, España, a Ibn Arabi, citadas en su *Durrat al-Fakhira*, del siglo XII:

> «Considero que hay dos tipos de personas. Primero está el amigo que tiene una buena opinión y habla bien de mí. Es un amigo. Luego está la persona que habla mal de mí, que habla de mi "condición espiritual".»

Pensar en términos de oferta y demanda

Pregunta: Si la gente interesada en cuestiones espirituales pregunta de hecho cuestiones «comerciales», ¿la culpa es de la gente o de los sistemas? ¿Cómo es la escala de los que le formulan preguntas, en comparación con las que reciben otros que trabajan en el campo espiritual?

Respuesta: Son varias preguntas en una. Primero, la gente ha sido entrenada para pensar en crudos términos de oferta y demanda en casi todo. Esto es debido a la perspectiva cultural y social, de modo que es difícil decir si la falta es de la gente o de los sistemas cuando alguien se acerca con preguntas.

Segundo, si lees las obras publicadas por gente que trabaja en el campo espiritual desde el punto de vista de la oferta y la demanda, podrías sorprenderte de encontrar que por lo general ni el interrogador ni el hombre espiritual parecen conscientes de que están comprometidos en una transacción de «tipo comercial».

Tercero, las discusiones con gente profesional, como doctores y abogados, muestran que formulan el mismo tipo de cuestiones —estructuralmente cuestiones de oferta y demanda— que sus clientes; y, en verdad, toda la escala de molestias y subjetividades de las que estuve hablando. Esto es tan bien comprendido por los verdaderos maestros de Oriente, que lo han resumido en un chiste: «De modo que fue a ver a cierto maestro para conversar, ¡pero todo lo que obtuvo fue iluminación!»

P: ¿Sus libros están diseñados para «llenar» la brecha en posibles modelos de conducta de personas que se aproximan al sufismo?

R: En un nivel general, todos llevan este designio, y el resultado de pedir a la gente interesada que los leyera cuidadosamente fue establecer y mantener, con éxito, una base para sustentar un punto de vista que de otra manera necesitaría circunstancias monásticas para revelarse y desarrollarse.

P: ¿Qué otras actividades emplea, además de sus libros?

R: Una enorme gama. Pero estas actividades —muchas de las cuales, a pesar de ser tradicionales entre los Sufis, serían irreconocibles como espirituales por personas con un condicionamiento estrecho— son experimentadas siguiendo el conjunto de los libros, y en una medida específica: «prescritas», diríamos, para las necesidades de la gente. Por tanto, no son susceptibles a descripciones, como hacer una lista o escribir sobre ellas.

EL CONOCIMIENTO COMO ACCION

Los que tratan de cosas espirituales como si fueran cuestiones comerciales, los que buscan modelos de conducta como en la segunda pregunta, la pregunta sobre las actividades, lo hacen, creo, impulsados por el deseo de acción. Hasta qué punto es esto cierto, lo notaremos en lo que el jeque Ibraim Gazur-Ilahi dice sobre el tema del conocimiento y la acción: cómo la acción no puede tener lugar sin conocimiento.

Subraya que «la gente argumenta hasta dónde el conocimiento o la acción deberían llegar primero. Pero ambos son lo mismo. [Vale la pena saber] que la acción es de hecho conocimiento en operación. La acción correcta proviene del conocimiento correcto. El conocimiento correcto se adquiere a través del maestro.»

UN LIBRO INJURIADO

Una de las pocas ocasiones en que podemos citar la operación de un no-libro como instrumento, conectado sin embargo con el campo de la literatura, es en el caso de *The Book of the Book* (El Libro del Libro). Este cuento, que yo publiqué en forma de libro, cuenta cómo la gente se vuelve descontenta de los libros, y de cómo pueden aprender de ellos lo que está y lo que no está en ellos. Los críticos se enfurecieron porque el relato era demasiado corto, mientras que ellos suponían que un libro debía tener una cierta extensión. Esta furia los alcanzó antes de que hubieran leído el contenido, que describía su conducta y mostraba qué inadecuada era ésta. Esto nos dio —junto con el ejemplo de mucha otra gente— una evidencia pública de la mentalidad de la gente literata y los pensadores literales, que ellos nunca hubieran admitido sin este desafío directo. Dejamos que ellos lo hicieran por nosotros. Esto nos muestra cómo puede utilizarse un libro para crear una situación.

El efecto de los cuentos y narraciones

Pregunta: Usted ha publicado muchos cientos de cuentos y narraciones, la mayoría de ellos de Oriente Medio, ilustrando situaciones que con frecuencia muestran las fuerzas y debilidades de la gente. ¿Por qué exporta este material desde otras culturas, en lugar de producirlo en términos corrientes y que su efecto ocurra en el mundo occidental, si no se trata de una simple promoción de la «sabiduría oriental»?

Respuesta: Este material ha sido desarrollado como medio de instrucción en Oriente; por tanto, no sería lógico intentar improvisar o sustituir algo de efectividad comprobada. Considerémoslo desde otro punto de vista: la gente de Oriente, por lo general, no trata de inventar la radio por sí misma sólo porque fue inventada, e importada, de Occidente.

El efecto que nuestro material tiene en el mundo occidental ya fue extensamente comentado por gentes de Occidente, quienes dicen haberlo encontrado útil, y debo remitirte, en este punto, a estas gentes.

Otra razón por la que no hemos utilizado material de Occidente es que hasta hace poco tiempo no teníamos un producto local, suficiente material de este tipo, para reciclar.

Pero aun cuando hubiéramos sido capaces de recopilarlo, su recepción —debido a los modelos de desdén por la instrucción narrada establecidos— no hubiera dado un buen resultado. Sólo después de indicar su uso, vitalidad y durabilidad en ciertas culturas que los encontraron útiles, pudi-

mos inducir a la gente de cualquier lado a observar los productos locales y —por encima de todo— a utilizarlos.

Hemos tenido que reabrir la cuestión sobre el valor posible de cuentos, relatos, chistes y narraciones, y sostener esta puerta abierta a pesar de la convicción, largamente sostenida en Occidente, de que tal material sólo tiene valor de entretenimiento. Lo que sucede es que en Occidente se estableció el equivalente de una infraestructura tecnológica, o una literatura básica en este campo.

Pero no debes presuponer, sólo porque vives y estudias en Occidente, que *a*) este material se propuso solamente para Occidente, pues también tuvo gran éxito en Oriente; o que *b*) la gente de Oriente no tuvo que pasar a través de un proceso similar de recuperación y refamiliarización que les permitiera volver a utilizar el contenido, al margen del entretenimiento, de estos artefactos en sus propias culturas.

En verdad, tanto en Oriente como en Occidente, hay aún muchos que son incapaces de ajustarse a la restauración de las dimensiones extraordinarias y educacionales del material. Es bueno decir que, así como en general Occidente consiguió recientemente el tiempo, la energía, la flexibilidad y la variedad de curiosidad para examinar los materiales según la forma propuesta por sus productores originales, también —otra vez en general— Oriente tendió a olvidar las atribuciones, profundidad, contenido y estructuras con que fueran tradicionalmente presentados.

Hay sectores de ambas comunidades que han obtenido una comprensión renovada de estos materiales; otros sectores permanecen, principalmente por razones de inseguridad personal y apego a ideologías muy simplificadas, desinteresados u hostiles.

Además es importante notar que muchas de las religiones y tradiciones occidentales están, por completo, saturadas de cuentos y relatos orientales; muchos de ellos, de acuerdo con los Sufis, originalmente cuentos de comprensión interna y ahora tomados como verdad literal o simple analogía. Y los cuentos y relatos son casi siempre el único fenómeno cultural que encontramos como una propiedad de todos los pueblos del mundo y que no pertenecen, estrictamente hablando, a ninguno.

LA OPOSICION A ARABI

Ibn Arabi enseñaba por medio de lo que, en apariencia, era poesía amorosa, y la gente adquiría una amarga hostilidad hacia él. Esta conducta se debía a su incapacidad para comprender la proyección del medio que él utilizaba, no a la realidad de sus imaginaciones. Pero sus suposiciones sobre él y su obra estaban firmemente asentadas sobre lo que creían representaba la verdad, de naturaleza fáctica. En su caso, Arabi era capaz de enseñarles más provocando un comentario que satisfaciéndolos, logrando que lo odiaran como gran místico. Pero al hacerlo, ya que no habían llegado a esta comprensión a través de la percepción interna y personal, quedaban apartados de los beneficios que el material actual en uso provocaba dentro de ellos. Estaban sólo intelectual y emocionalmente satisfechos. Su percepción de él estaba limitada por la confirmación de que las ideas de Arabi no estaban en conflicto con sus propias y arraigadas creencias.

Esta mentalidad es de hecho una valoración superficial que provoca la pobreza de la comprensión potencial de la gente que busca sólo explicaciones y no percepciones.

Relatos de lo milagroso

Pregunta: ¿Los relatos «milagrosos» de los hechos de los Sufis son literalmente verdaderos, fueron elaborados para ilustrar estructuras equivalentes a lo que puede suceder, o intentan volver crédula a la gente o hacerla «pensar de una manera diferente»?

Respuesta: La respuesta es similar a la respuesta a una pregunta de este tipo: «Una zanahoria amarilla: ¿intenta dar alimento, propagarse a sí misma, o inventar relatos sobre sí misma?» La verdad es que, bajo circunstancias correctas, todos los factores pueden ser verdaderos, de acuerdo con el uso que hagamos de ellos.

Puedes utilizar los relatos de los derviches para impresionar a la gente, si ésta quiere impresionarse, o para obtener algo de ese engaño; y son muchos los que hacen esto en la actualidad.

Además, los oyentes pueden hacer mal uso de estos relatos si insisten en dejarse impresionar o en adoptar una pose cínica. Los cuentos, también, contienen casi siempre estructuras y valores inmediatos que pueden ser analógicos; y pueden ser repetidos una y otra vez en los sucesos actuales, lo que los convierte en literalmente verdaderos cuando ellos se repiten cíclicamente.

P: ¿Puede usted darme un ejemplo de un relato que recuerde que haya sucedido realmente, y que al mismo tiempo sea tradicional y un modelo representativo?

EL REY Y EL LEÑADOR

R: Hay uno, muy conocido entre los afganos, atribuido en estos días a Ahmad Shah, el primer rey del moderno Afganistán.

Ahmad Shah fue coronado rey con una corona de flores por cierto derviche, respetado por todos. De tiempo en tiempo, el rey usaba el manto derviche, y vagaba entre sus súbditos, buscando mejorar su capacidad de mando.

Un día visitó con su disfraz a un leñador, que vivía en una cabaña del bosque.

—¿Qué harías si no pudieras vender tu leña? —le preguntó.

—Respetado derviche —dijo el leñador—. Confiaría en Dios y ya encontraría algo.

Al día siguiente, el rey proclamó que no se permitiría a ningún leñador entrar en la ciudad, y un día o dos más tarde visitó de nuevo al hombre con su disfraz.

—¿De qué vives ahora que el rey ha tomado una actitud tan extraña hacia los leñadores? —le preguntó.

—Bien, ahora hago cinturones de cuero y los vendo en las tiendas. Confío en Dios y tengo suficiente para comer.

El rey se fue y algún tiempo después publicó un edicto por el cual no podía venderse ningún artículo de cuero en las tiendas.

Cuando Ahmad Shah visitó otra vez a su pobre leñador-artesano en cuero, le dijo:

—¿Qué haces ahora que la fatalidad parece perseguirte y has tenido que interrumpir tu nueva profesión?

—Señor —dijo el otro hombre—, confío en Dios y trabajo como cargador en el mercado. Todo marcha bien y tengo lo suficiente para comer.

Ahmad Shah hizo ahora que todos los cargadores del mercado fueran reclutados para la guardia de palacio, sin paga y sin siquiera darles un lugar donde dormir.

Esa noche el rey fue con su manto de derviche a ver a su amigo, y lo encontró en su choza, comiendo algo y tallando madera.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó el rey.

—He sido incorporado a la Guardia Real, pero sin alimento ni lugar donde dormir —dijo el hombre—, de modo que empeñé la espada que me dieron, compré la comida necesa-

la y estoy haciendo una espada falsa hasta saber qué me depara el destino.

El rey volvió a su palacio.

A la mañana siguiente, el comandante de la guardia llamó al leñador y le ordenó que decapitara a un prisionero. Caminaron hasta el lugar de ejecución, donde el rey, como era costumbre, esperaba. El leñador no reconoció al rey con su corona y sus ropajes reales, pero diciendo «Confío en Dios», levantó la espada de madera y esperó la orden para golpear.

—¡En el nombre de Dios —dijo el prisionero—, que esta espada se niegue a cortar... pues soy inocente!

El leñador dejó caer su espada al suelo. Después de una investigación, se descubrió que el condenado era por completo inocente. Ahmad Shah se sintió tan impresionado que convirtió a este hombre en su gran visir. Desde entonces, los reyes de Afganistán siempre utilizan antes que sus nombres la frase «Al Mutawakkil ala Alá» (el que confía en Dios).

SUPLICAS EMOCIONALES

La gente interesada en lo milagroso «consumirá» relatos maravillosos sobre súplicas emocionales, o bien permitirá que operen como formas alternativas de pensamiento sobre las cosas, ejercitando la parte de la mente que dice: «Las reacciones estereotipadas están constreñidas.»

Las reacciones automáticas y emocionales son igualmente parte del yo secundario y no representan la percepción de la verdad.

Sirri al-Saqatti, que murió en el año 867 d.C., dijo:

> «La verdadera sabiduría es: no apego al yo y devoción a la verdad.»

Continuidad contra actividad efectiva

La actividad continua, las etiquetas, un sentido condicionado de la importancia o el progreso, el logro de metas menores en base a un plan superficial, todo esto tiende a ser carne y uña de muchos sistemas humanos cuyos miembros esperan mucho más de lo que pueden lograr.

Debido a que abastecen las necesidades sociales, mantienen a la gente ocupada y alivian la tensión, se cree que son... no lo que son, sino algo de orden superior.

Por otra parte, el método de enseñanzas y de estudio, que es discontinuo, que no utiliza el motivo premio-castigo, que funciona con quien puede y cuando y donde puede —es decir, la vía Sufi—, es considerado por los hijos del automatismo como menos satisfactorio, menos interesante, menos atractivo.

Sería menos importante, y sería menos interesante, si hubiera una alternativa. Es decir, si fuera posible lograr la comprensión, la satisfacción, la iluminación, conocerse a sí mismo, una mayor conciencia, etcétera, a través de la organización mecánica. En tal caso, no habría necesidad del sistema Sufi: sería irrelevante y poco efectivo.

Pero no hay alternativas. Sólo cuando se comprende esto las gentes pueden aproximarse al estudio Sufi y obtener un provecho de él. Hasta entonces, siempre anhelan:

— un sistema que sólo les será revelado si logran soportar las confusiones de los Sufis;
— ser capaces ellos mismos de forzar un orden en lo que

inconscientemente imaginan que es el estado caótico de la proyección Sufi;
— o algo que puedan transferir, que pueda semejar lo Sufi para ellos, pero que ofrezca el tipo de estímulo que imploran.

No es un problema nuevo, pero debe enunciárselo constantemente. Si se lo aprende, puede comenzar la auténtica enseñanza, fuera de las camisas de fuerza y las anteojeras de la actividad más inferior.

Pero, ¿cómo se logra esto, por dónde comenzar?

Debe hacerse alojando con firmeza la idea en la mente, al menos con la misma durabilidad que las fantasías que se le oponen y que la enmascaran como hecho; comenzamos por estar seguros de que hemos absorbido la declaración, y que no nos dejaremos absorber por la siguiente muestra de novedades atractivas.

HUMANOS Y DEMONIOS

Recuerda lo que Rumi dijo, y verás cómo la gente se encadena a sus deseos, que no son lo mismo que sus potencialidades:

Los humanos son demonios y la codicia es su cadena
Los arrastra a las tiendas y campos
Esta cadena está compuesta de miedo y ansiedad
No veas esta creación como libre de cadenas:
los empujan al esfuerzo y a la caza
los empujan a las minas y al mar.

La capacidad es anterior a la opinión

Pregunta: Algunas personas dicen que pueden aprender del estudio de los libros, otras que no hay nada útil en ellos, mientras que otras dicen que aún no han encontrado los libros correctos. ¿Cuál es su reacción ante este tipo de opiniones?

Respuesta: Lo mejor que puedo hacer es repetir un viejo relato contado por un Sufi. Describe cómo una vez buscaba libros y no los encontraba; luego los encontró y pensó que todo estaba en ellos; luego decidió que no había nada en ellos. Por fin, pero sólo después de haber atravesado todas estas fases —y hay fases—, advirtió qué libros le *eran* útiles y cuál era su verdadero uso.

Lo erróneo era su actitud de aceptar o rechazar libros antes de haber obtenido la capacidad de estudiar el asunto apropiadamente. Se formaba opiniones sin desarrollar primero capacidades ordinarias adicionales; y pedía cosas sin ser capaz de sacar provecho de ellas.

Debería haber comenzado con más sentido común.

Rumi habla de personas que se fían tanto de la palabra escrita que a veces no son más que asnos cargados de libros. ¿Por qué la gente siempre pregunta si los libros son buenos, sin preguntarse hasta qué punto están en condiciones de obtener provecho de ellos?

La primera vez que me enseñaron esto, me dieron este dicho para que, evocándolo, pudiera otra vez experimentar la

vacuidad de las discusiones sobre libros, tal como se llevan a cabo en muchos círculos:

«La independencia prematura es la hija de la vanidad.»

Si escribes la pregunta que me has formulado y la contemplas, verás —creo (y espero)— que no es una cuestión sobre la enseñanza Sufi, sino sobre los libros. La pregunta se concentra en la idea sobre los libros, no en las ideas que hay en los libros.

La avidez santificada

El estudio Sufi es algunas veces más difícil —y otras más fácil— que otras formas de estudio que comprenden el desarrollo personal del hombre.

Es más difícil, por ejemplo, porque muchas de las propuestas y modelos de conducta necesarios para su estudio no son naturales en la cultura ordinaria: las sociedades no los han necesitado para formarse y sustentarse a sí mismas hasta cierto punto.

Es fácil, también, acercarse a muchos modelos Sufis, porque ya tenemos la analogía de los modelos de pensamiento y conocimiento de conductas por los que ha pasado la cultura para establecerse y mantenerse a sí misma: el principio está allí.

Pero algunas veces ambas actitudes están en conflicto, o parecen estarlo. Por ejemplo, el deseo indiferenciado de atención y de estimulación frecuente que admite un ritmo como común denominador, es bien conocido por todos. En muchas culturas humanas, especialmente en las formas burdas, esta admisión de estímulos ha sido aprovechada para el propio servicio de la cultura. No ha sido analizada y dividida como, por ejemplo, podrías dividir (en el caso de la comida) el apetito del requerimiento nutritivo, y a su vez del gusto, el sabor, el hábito y la avidez.

Así que, tomando nuestro ejemplo, la gente santificó la avidez... a medida que este tipo de avidez era premiado por la sociedad. Todos los otros tipos de avidez se rotulan como «malos», pero la avidez aceptable se rotula como «buena mo-

vación» con demasiada frecuencia. Esta desviación de la avidez en avidez nacional, tribal y objetivos similares, sólo perpetúa las conductas de apego. La gente desarrolla un gusto por algo, digamos, por la atención; la sociedad dice: «Sí, puedes tenerla; todo lo que tienes que hacer es buscar nuestra aprobación con obras de caridad y de heroísmo (todo aquello que la sociedad en cuestión piensa que quiere o necesita).» Tales obras aprobadas causan, con no poca frecuencia, injusticia hacia los otros.

Como la víctima busca y necesita estímulo, está por lo general muy ocupada con esto y no advierte que se la manipula o que se la obliga. Su espectro de percepción de —en este caso— lo adquisitivo no se desarrolla nunca. Es como si tuviera el sentido del tacto pero no pudiera distinguir lo suave de lo áspero, o lo frío de lo caliente. Esto significa una desventaja con respecto a la gente que tiene un sentido agudizado y también con respecto a él y a la posible variedad de su sociedad, incluyendo la solución de problemas.

Como nunca se le ha dicho que existe un tacto sensitivo (para continuar nuestra analogía), no puede percibirlo. Como obtiene la aprobación utilizando un tacto grosero, está a merced de las gentes e instituciones que establecen las reglas. Como no concibe la posibilidad de algo más elaborado, no tiene oportunidad de encontrarlo. Pues no existe, por supuesto, dentro de los términos de su convención, en su tribu. O bien puede imaginar la posibilidad, pero está equivocado en la elección del método para desarrollarlo.

Este es, por supuesto, el estado prerracional, precientífico, preorganizado. Es mencionado por los Sufis como el hecho de que «Toda sopa tiene grumos»: después del cuento del patán que no aceptaba una sopa sin grumos porque se había topado antes con una y rehusaba comerla.

De modo que no sólo es grosero, es un adicto. ¿Cómo puede ser curado?

Puede ser curado por medio de la experiencia. Pero antes debe concebir la posibilidad. Luego debe ser expuesto a ella, pero sólo después que haya alcanzado la «capacidad de prescindir», el tiempo y la disposición que le permitirán enfocar el problema. Nunca podrá hacerlo mientras que las únicas alternativas que se le ofrezcan sean simplemente otras formas de apego.

Debe acostumbrarse a la idea de que está automatizado

hasta cuando está engullendo la panacea que dice: «¡No me están automatizando!»

Puede tener que intentarlo una y otra vez. Saadi, en su *Bostan*, «La orquídea», dice: «No toda ostra lleva perla / no siempre el arquero da en el blanco.»

Idiotas psíquicos

Pregunta: ¿Hay alguna regla rápida y fácil que diga si una persona es seria y capaz de aprender por la vía Sufi?

Respuesta: Si hay alguna, es ésta: las personas serias están preparadas para comenzar por el principio y avanzar paso a paso y, al mismo tiempo, para «comenzar el viaje de mil millas con un solo paso»; los que no son serios esperan milagros, estímulos y «trabajo avanzado».

P: ¿Qué produce, y qué sustenta, esta actitud impropia?

R: La vanidad, lo que explica que muchos sistemas requieran humildad.

P: Si muchos sistemas la requieren, ¿por qué no funciona?

R: Porque muchos sistemas acaban convirtiendo la humildad imaginada en una forma de vanidad, de modo que acaban igualmente en vanidad.

Se puede percibir si las aspiraciones de una persona son genuinas porque crean un cambio en las emanaciones de tal persona.

PLEGARIA INUTIL

Omar Khayyam dijo:

Partieron, y ninguno retornó
para contarte qué hay más allá
No obtendrás nada de una pleglaria mecánica
La plegaria es inútil sin sinceridad y verdadera aspiración.

La segunda pregunta, sobre la actitud impropia, me interesa más que la primera, sobre los «métodos rápidos y fáciles». ¿Se ha preguntado alguna vez el interrogador qué podría hacer con un método así?

P: ¿Pero acaso la plegaria, apropiadamente llevada a cabo, puede ser una preparación para el aprendizaje correcto?

R: «Aprendizaje apropiado» es una frase operativa. Las gentes que rezan y que no atienden al necesario cambio en sí mismas como su base, no son igüales a aquellas que realmente rezan. Las gentes que rezan deben ser alteradas por la plegaria, y esta alteración se manifiesta parcialmente en su conducta y temperamento.

Muchos maestros Sufis han insistido en que los discípulos observen un desarrollo psicológico y social antes de que se les permita rezar, o, al menos, antes de saber que son capaces de una plegaria efectiva. Khwaja Muinuddin Gharib Nawaz Chishti iguala en realidad la plegaria con el pensamiento correcto y la correcta acción sobre el nivel humano ordinario:

> «La plegaria consiste —dice— en escuchar las quejas de los afligidos y asistirlos; en ayudar a los necesitados y los oprimidos; en alimentar a la gente y liberar a los cautivos de la cautividad. Todas estas cosas —destaca Gharib-Nawaz— son de gran importancia.» [1]

1. Dr. Z. H. Sharib, *Khwaja Gharib Nawaz*, Lahore, Ashraf, 1961, pág. 114.

Cuándo puede detenerse la crítica

Pregunta: ¿Cuándo dejará la gente de criticar lo que los otros hacen?

Respuesta: Cuando Jalaludin Rumi comenzó a recitar sus dísticos de sabiduría, se cuenta, la gente no tuvo suficiente tiempo para formar una opinión de él.

Algunos se interesaron, otros no. Algunos otros, siguiendo un inevitable modelo humano, se sintieron agraviados. Dijeron: «Esperamos que no te creas un segundo Esopo o algo por el estilo.»

UN SABIO OCCIDENTAL

De acuerdo con un sabio occidental, la crítica pasa a través de estas etapas:

1. Es imposible.
2. Es posible, pero inútil.
3. Es útil pero yo lo sabía todo el tiempo.

La crítica puede entonces detenerse.

LA MALDICION DEL ENFERMO

Sufrir la crítica de otros puede ser parte de la buena conducta de algunos. Podéis leer en *The Bostan*, de Saadi, el

relato del enfermo a quien atendía el gran Sufi Maaruf de Karkh. El hombre maldijo a Maaruf, cuya esposa le preguntó por qué continuaba sirviendo a alguien tan ingrato.

Maaruf respondió que esta paciencia era parte de la ayuda para la enfermedad: el paciente, había observado, no podría encontrar descanso hasta que se le hubiera permitido aventar su ira.

Yo, personalmente, no estoy muy interesado en la detención de la crítica. Es mejor interesarse en mejorar la calidad de la crítica; ¿cómo puede ser más útil? La mayor parte de ella es tan mala que ni siquiera las cosas indeseables criticadas son efectivamente criticadas, en especial cuando los críticos muestran sus caprichos o predilecciones en lugar de ser constructivos.

El jeque Abdullah Ansari, de Herat, el gran maestro Sufi, dijo con toda corrección:

> El mal de otra persona puede ser prevenido:
> no hay escape para el de uno mismo...

Información y experiencia

Pregunta: ¿Por qué usted destaca la importancia de la información tanto como la de la experiencia?

Respuesta: Hay un dicho que afirma que, de acuerdo con la mentalidad de una persona, aun un ángel puede tener para él rostro diabólico.

También es útil notar que, puesto que puede parecer que un ángel tiene un rostro diabólico y un diablo un rostro de ángel, hay otras formas de esta queja.

INFORMACION ANTES QUE OPINION

La gente tiende a formar opiniones sobre la gente, cosas e ideas, sólo sobre la base de la información y el prejuicio que ya tienen. Si se muestra, digamos, una cámara fotográfica a un niño o a un hombre primitivo, podrían pensar que es un monstruo.

Lo que la gente necesita es información, mucho más de lo que con frecuencia advierten. Esta es la razón por la que generaciones de Sufis han trabajado para expandir las bases de información y experiencia asequibles al hombre. Con información y experiencia, el hombre puede hacer juicios más seguros sobre la gente, las ideas y las cosas. Cuanta menos información posee, menos capacidad de comprensión tiene. Tratar de enseñar a alguien que está en una condición

de información insuficiente es algo inútil que los maestros auténticos nunca intentan, y una pérdida de tiempo y energía por ambas partes.

INSTITUCION SIN COMPRENSION

«¿De qué sirven las salas y colegios, los discursos de enseñanza, los pórticos y los arcos —dice Hafiz—, cuando el sabio corazón y el ojo avizor están ausentes?» Y para lograr un auténtico sentido de la experiencia, la información debe estar allí presente.

La enseñanza es un asunto de conducta

Pregunta: ¿Es posible que la gente persiga una forma de estudio en el sufismo sin ser entrenada y estimulada constantemente, como sucede en todos los sistemas que he examinado?

Respuesta: Este famoso dicho de nuestra tradición requiere toda la posible atención: «La enseñanza es un asunto de conducta.»

Al actuar de cierta manera, una persona puede ser capaz de dar la impresión de que es ilustrada, estudiosa, meritoria, valiosa o cualquier otra cosa que cause impresión. Todas las enseñanzas, en sus niveles inferiores, buscan enseñar a la gente a adoptar una conducta y un comportamiento aceptables.

CONDUCTA, AQUI, NO SIGNIFICA CONFORMISMO

Debido a este énfasis sobre la conducta, los malentendidos surgen con mucha facilidad. Las gentes llegan a imaginar que si ellos *parecen* estar conformes, son aceptables o están progresando.

El hecho es, por supuesto, que el conformismo es una parte de la civilización de las personas. Si están conformes con las reglas de la cultura que los rodea, gran número de ellas pueden asociarse más fácilmente. La competencia por lo general es reducida. La comunicación entre las gentes se

hace posible, por ejemplo, cuando no hablan todas al mismo tiempo.

Puede que sea necesario conformarse con cierto tipo de conducta esperada para aprender algo, pero cuando este conformismo se convierte en la única, o principal, característica de la gente, la enseñanza ha dejado de tener efecto. En lugar de aprender, tenemos práctica: práctica de conformismo.

El conformismo tiene dos posibles males: 1) que la gente lo confundirá con una conducta «superior»; 2) que la gente creerá que todo lo que tienen que hacer es parecer conformes y que, como consecuencia, obtendrán «un lugar en el Cielo».

Todos estamos familiarizados con los sistemas humanos en los cuales alguno o ambos de estos deterioros son evidentes. Son tan persistentes, en verdad, que ese conformismo puede tomarse como la marca externa de la organización. Pero no sólo se necesita que esto no sea así: puede ser positivamente peligroso para la función potencial del grupo.

Entonces, ¿por qué decimos que «La enseñanza es un asunto de conducta»?

CONOCIMIENTO Y ACCION ESTAN RELACIONADOS

Primero, porque cuando una forma de conducta está fundamentada en la enseñanza, tanto sea al hacer una tarea o al llevar a cabo un estudio o un ejercicio, la relación entre el «conjunto» mental y la acción corporal es específica. Ayuda al ejercicio o intenta operar correctamente.

Segundo, porque cuando a una persona se le da algo para hacer como actividad asignada o esperada, el considerar cómo lo hace, si lo hace por completo, el grado de competencia o actividad sin una constante exhortación: todo son diagnósticos. Podemos decir —y el individuo mismo debería ser capaz de decirlo autoexaminándose— si está progresando o si está actuando de manera automática. Si encuentra que necesita un estímulo constante de amenaza o promesa, no está armonizado de la forma correcta. Si decide conducirse a sí mismo de cierta manera sólo con la condición de recibir una cierta cantidad de atención, ha colocado la demanda de atención antes del estudio.

Las muchas y diferentes formas externas que la enseñanza

ha asumido a través de las generaciones han tenido dos razones principales detrás.

La primera es que, de acuerdo con el tiempo y la cultura implicados, la enseñanza debe proyectarse de nuevo.

Y la segunda, especialmente en nuestro caso actual, es que las «nuevas» formas se adoptaron, en parte, para prevenir el conformismo automático.

En una real situación de enseñanza, el individuo es puesto a prueba y puede probarse a sí mismo acerca del grado de actividad, conducente a la volición personal, que es capaz de mantener sin adoctrinamiento, repetición o peticiones constantes.

Para mostrar que ellos no están «entrenados y estimulados constantemente», como lo expresas en tu pregunta, y mostrar que esa conducta es tanto interna como de significación externa, los Sufis han adoptado el método de conducta *Malamati* (censurable). Un Sufi puede provocar deliberadamente el oprobio, no por masoquismo o con el propósito de llamar la atención, sino para mostrar a los otros con qué prontitud responden a signos externos que pueden no tener ningún sentido.

De forma similar, algunas personas que trabajan en el sendero del derviche fueron llamados *Beshara* (Sin Ley) porque durante siglos eligieron practicar su entrenamiento en privado y evitar el estímulo público, para indicar que las apariencias pueden significar sólo superficialidad.

EL CUENTO DE LA MOSCA

Saadi expone un ejemplo muy característico de enseñanza de conducta, tomado de la vida de Hatim al-Asamm, «El Sordo». Algunos didácticos, dice, sostienen que Hatim de Balkh era sordo: no lo creáis. Un día vio una mosca atrapada en una telaraña y habló de ella, para edificación de los presentes, diciendo que la mosca se había visto atraída por algo atractivo y deseable, pero que sólo había logrado ser atrapada.

Pero esta analogía de la condición humana fue luego superada por la audiencia, cuando ésta advirtió que la atención de Hatim había sido atraída por el zumbido de la mosca,

que otra persona apenas podría oír: y, sin embargo, se suponía que él era sordo.

Hatim explicó que no era sordo en absoluto. Pretendía que no podía oír porque así evitaba escuchar un elogio o una crítica que intentaban influirlo. Si las gentes pensaban que era sordo, aquellos que lo rodeaban dirían lo que realmente pensaban de él.

Una interesante diferencia entre los Sufis y los otros es que, mientras que los sociólogos y otros científicos llevan a cabo tests, los Sufis son capaces de simular —de engañar, como alguno siempre pretenderá—, a pesar de que tradicionalmente se supone que ellos nunca simularían ser lo que no son: en este caso, por supuesto, ser sordos. Pero el Sufi siempre señala que, mientras él puede simular con un propósito, para señalar un hecho, la persona común simulará porque quiere que los demás la acepten y respeten. Su simulación, por tanto, es bastante peor y produce mucho menos, excepto engaño y autoengaño.

El curso de estudio llevado a cabo por el maestro para su estudiante, en el sufismo, puede haber degenerado en el conformismo y automatismo de varias comunidades imitativas y supuestas «escuelas», pero éstas son fáciles de identificar. La guía que el maestro da, no importa qué forma tome y cómo pueda entrar en conflicto con las suposiciones de otra gente sobre lo que es o debería ser, es el método de aprendizaje de un Sufi.

El papel del maestro es el de presentarse a sí mismo como algo superfluo a la enseñanza, ayudando al discípulo a escapar de las redes de las ideas inferiores y la mente poco profunda. Hasta que ese momento llegue, como un guía de un sendero que es invisible para el aprendiz, el maestro es seguido con absoluta confianza.

El gran Sufi Abdul-Qadir de Gilan destaca, en el decimoséptimo discurso de su *Futuh al-Ghaib*, que esto es como el papel de la nodriza, cuyo pecho tiene que dejar de chupar el niño cuando es capaz de comer alimento sólido, Cuando los apegos secundarios y de bajo nivel se han desvanecido, el buscador entra en relación con la realidad objetiva. En este punto, continúa el jeque, ya no es necesaria la relación de discípulo.

El conocimiento de la propia sinceridad

Pregunta: ¿Cómo puede una persona saber si es sincera o no?

Respuesta: Ser un hipócrita es quizá la peor cosa que hay, pero puedo pensar en algo más destructivo: imaginar que uno no es falso con «buenos propósitos». No imagines que eres falso, ni te tortures, pues ambas cosas pueden ser formas de la indulgencia para consigo mismo.

Tener el valor de reconocer que, no importa cuánta gente esté impresionada por la aparente humildad y autorreproche de las personas piadosas, el esfuerzo real es el conocimiento de uno mismo, es lo único que se puede hacer. Una vez que cedas a la aparentemente fácil forma de asumir la culpa personal, puedes convertirte en culpable de entretenerte a ti mismo, deleitándote en tu inutilidad.

Si haces eso, la gente puede admirarte y ponerte como ejemplo, los textos tradicionales pueden sostener tus pensamientos y acciones, la sociedad puede creer que se beneficia de tu existencia... pero tú puedes no haber logrado nada.

La verdadera gente conocedora puede decir que existe con el propósito de indicar a los buscadores realmente sinceros que el hombre está en realidad engañándose a sí mismo cuando siente que es honrado. No existen para tapar las grietas aceptando que cierto curso de pensamiento o determinadas series de acciones, o ambos, son indicaciones invariables de práctica y creencia genuinas.

Uno de los grandes Sufis dijo: «Un santo es un santo a menos que sepa que lo es.»

Los Sufis, a través de los siglos, han dirigido el respeto y comprensión de la mayoría de las personas religiosas, insistiendo en que la sinceridad nunca puede simplemente asumirse, ni en uno mismo ni en algún otro. Las gentes conocen la sinceridad de sí mismas y de otros por medio de la observación de actos y el estudio de los pensamientos, así como comprobando las palabras a través de la acción.

Los superficialmente religiosos aplican «test» de sinceridad que permiten que la ignorancia y los malos sentidos continúen.

EL MAESTRO BEDUINO

Rumi nos trae una sutil analogía de esto, mostrándonos cómo la gente que juzga las cosas ignorando los hechos llega a conclusiones falsas.

En este cuento, un beduino escuchaba a otro hombre rezar sus oraciones. Este comenzó repitiendo un pasaje del Corán, donde se dice, en el capítulo IX («Arrepentimiento»), versículos 97 y siguientes:

> «Los árabes del desierto son los más incrédulos e hipócritas...»

Enfurecido, el árabe le dio un golpe en la cabeza.

El hombre que oraba continuó la cita, llegando al pasaje:

> «... pero algunos de los árabes del desierto creen en Dios y en el último día...»

—¡Eso está mejor —dijo el beduino—, ahora te he enseñado cómo comportarte...!

Aquí el beduino representa la parte de la mente superficial e inclinada a las suposiciones del religioso literalista, cuya «fe» parece demostrablemente basada en la conducta, y cuya evaluación de la fe de los otros está basada en su propia imaginación de lo que significan las creencias de la otra persona.

El beduino de Rumi —y el que nos pregunta sobre la sinceridad— podrían haber hecho la prueba, si lo hubieran conocido, de pensar en este aforismo:

> «Si piensas que no te guías por las ilusiones, sólo verifica si piensas bien de ti mismo o no.»

Los que pueden y los que deben

Hay toda la diferencia del mundo entre los que pueden y los que deben ser seguidores de la tradición.

Cada uno de ellos puede tener la capacidad necesaria.

Los que deben pueden no haber oído nunca hablar de metafísica. Pueden hasta odiar la idea de esoterismo. Hoy en día, hay aún muchas personas que no tienen ni idea de religión, misticismo o «cosas de la mente», aunque son menos cada día.

Los que pueden son los que alguna que otra vez han sido atraídos por una pizca de genuina actividad interna. Pueden haber encontrado a alguien dedicado a alguna de estas actividades, o pueden haber leído algunos libros. Pueden ser seguidores porque creen que por haber leído algo relacionado —o incluso por haber tratado de practicarlo— tienen derecho a ello.

En general, el contacto cercano con los que pueden muestra que su interés es comparativamente poco profundo. Es culpable, como diría el psicoanalista, de desear un sistema que se ajuste a sus preconcepciones, sin buscar otra cosa que lograr algún tipo de equilibrio personal.

Pueden tener la capacidad, pero por lo general carecen de la aptitud necesaria. Tienden, por supuesto, a creer que tienen la actitud correcta y acusan a los otros de no tenerla.

Ambos tipos de seguidores necesitan educación en la filosofía evolutiva Sufi; inicialmente, por medio de la familia-

rización con sus puntos de vista y algunos de sus materiales. Esto es difícil, porque existen pocas exposiciones de propósito general de este material, al contrario de la creencia popular de que «debe estar en los libros», o porque se dice «Los libros no me molestarían, pero lo obtendré de alguien de carne y hueso». Por eso hay, y siempre ha habido, escuelas Sufis. Y ésta es la razón por la que las escuelas toman, ante el burdo observador, diversas formas exteriores y mistificadoras. Tal como Akhlaq-i-Mushini dice:

> El pájaro que no conoce el agua dulce
> tiene el pico lleno de agua salada todo el año.

¿TIENES AGUA SALADA EN TU PICO?

El agua salada, en la mente del Sufi, es lo que de otra forma se denomina «el mundo». La persona común imagina que lo que percibe de forma más instantánea, como los objetos materiales y los pensamientos obvios (para él), debe ser, lógicamente, lo más real. Pero el Sufi dice que las así llamadas cosas concretas no son experimentadas sino inferidas.

Infieres el fuego del humo, y el humo puede parecer real, pero su realidad subyacente es el fuego. Cuando desaparece este hábito de suponer que las cosas instantáneamente perceptibles son más importantes que las sutiles, estas últimas se hacen más perceptibles. El estudio Sufi está dedicado a esta labor.

Es por esta razón que el gran jeque Abdul-Karim Jili dice:

> En verdad, la realidad [*al-Haqq*] se siente, se percibe:
> el mundo se infiere [*ma'qulun*].

Mientras uno considere como primario lo que de hecho es secundario (incluyendo lo secundario de sí mismo, el yo condicionado), el elemento primario más sutil y al mismo tiempo más real —la realidad y la esencia del individuo— no será percibido.

UN ENCUENTRO CON TRES DERVICHES

Una vez me encontré con tres derviches en Oriente Medio, y les pregunté si se habían encontrado alguna vez con buscadores occidentales.

—Con frecuencia —me respondieron.

Les pregunté entonces si habían enseñado a esas personas algo.

—Lo que sucede —dijo uno de ellos— es lo siguiente. Vienen a nosotros y dicen «Enseñadnos», e intentamos hacerlo sentándonos ante ellos o dejándolos allí y retirándonos para comunicarnos por medio de la percepción directa.

Le pregunté qué sucedía entonces.

—Siempre lo mismo. Después de dos o tres días parten otra vez, quejándose de que no hacemos lo que dijimos que haríamos.

Satisfacciones y propósito del ritual

Pregunta: Vemos cómo la gente de todo el mundo obtiene satisfacciones del ritual. ¿Cómo podemos ir más allá del ritual?

Respuesta: La iniciación y los rituales celebratorios llevados a cabo por religiones, sociedades y otros grupos pueden tener diversos —y muy diferentes— orígenes, propósitos y funciones.

Podemos comparar todos estos propósitos, orígenes y funciones con, digamos, los diversos procesos conocidos y llevados a cabo por cualquier ciencia dada. En química, la destilación no es lo mismo que la fermentación; el uso de álcalis no es lo mismo que el uso de ácidos. Hay al mismo tiempo química industrial y química de investigación.

En el caso de la ciencia del hombre, hay similares distinciones.

CUANDO COMIENZA EL RITUALISMO

Cuando el conocimiento de todas estas distinciones desaparece, el ritualismo asume el mando o, de otro modo, hace limitado uso de tales procesos. Cuando el uso y la posibilidad están limitados, el efecto es escaso: puede ser hasta inofensivo. Como Saadi dice: «Aun cuando el adorador del fuego pueda vigilar su llama por cientos de años, si se descuida será destruido.»

Consideremos la plegaria. Cuando la plegaria es llevada a cabo entre gentes con una cierta preparación, cuando hay un debido interés por tales actividades como correctas armonizadoras, la plegaria tendrá efecto. Si las gentes tienen el valor de orar sin estos u otros elementos, su plegaria puede convertirse en una herramienta psicoterapéutica: inmensamente valiosa, pero no obstante en un nivel inferior a su función óptima.

LA EMOCION CONFUNDIDA CON LOS SENTIMIENTOS SUPERIORES

En tales casos, los sentimientos emocionales son confundidos con los espirituales. La única objeción a esta actividad es que una persona o comunidad impelidas a asociar la plegaria con la emoción, serán casi incapaces de desarrollos ulteriores, pues el condicionamiento invariablemente producido por la visión, la audición o la participación en la plegaria, será un condicionamiento emocional.

Las comunidades e individuos formados en el uso emocional y condicionado de rituales y otros procedimientos, tienen que sufrir una reorientación antes de poder percibir un contenido superior en tales prácticas.

Es difícil, pues estas personas, por lo general, buscan profundizar su experiencia familiar y no un perfeccionamiento de ésta.

Saadi dice, en su *Bostan*: «No esperes, hijo mío, un premio de Omar, cuando estás trabajando en la casa de Zaid.»

DEFINICION DE UN SUFI

Para aprender, la gente debe abandonar mucho, y esto incluye el ritual como algo de lo cual imaginan que pueden aprender. Es para recalcar esto que Abu-Yaqub al-Susi, citado en *Taaruf*, de Kalabadhi, declara que el Sufi es «alguien que no se preocupa cuando le quitan algo, pero que no cesa de buscar lo que no tiene».

La autòsuperación real y ostensible

Pregunta: ¿Qué hace la escuela Sufi en lo referente al automatismo del hombre?

Respuesta: De forma clara, y en la medida de lo posible, las personas tratan de mejorarse a sí mismas.

En verdad (como puede verse estudiando lo que en realidad hacen y lo que en realidad creen que hacen por lo que dicen), están por lo general automatizadas o se entretienen a sí mismas.

Es algo que sucede porque trabajan con una porción muy baja de la mente, en un campo que hace comparativamente fácil el condicionamiento.

Es irónico, pero muchos que oyen de este proceso y lo contemplan en los demás, piensan que son inmunes por el solo hecho de repetir que «el hombre se convierte en un moribundo, condicionado». Sin embargo, esta misma repetición se automatizará, condicionándolos. La liberación, para estos teóricos, está más distante que para los «no iniciados», que nunca han escuchado el argumento.

Es posible apartarse del automatismo utilizando técnicas destinadas a maniobrar mejor, pero primero debemos registrar, de forma suficientemente profunda y no sólo con frecuencia o excitación, que es un proceso necesario. Segundo, debemos descubrir si el individuo considerado tiene la capacidad de desautomatizarse. Tercero, debemos prescribir el tratamiento para ese individuo en particular. Cuarto, debemos asegurarnos de que soportará el tratamiento.

Estas son, entre otras, las razones para las técnicas y los estudios especializados de la auténtica escuela Sufi.

Algunas personas están internamente determinadas a retener su automatización, mientras tratan de sacar provecho de un trabajo de escuela Sufi. Creo que éste es el auténtico problema. «Si estás preocupado por la barba y el turbante —dice el Diwan de Shams-i-Tabriz—, ¿cómo lograrás beber de la gran copa?»

El automatismo del hombre se supera, en palabras de Dhun'Nun, proponiéndose «ser como tú eras, donde tú eras, antes de que lo fueras».

Los papeles del maestro y el discípulo

Pregunta: ¿Cómo supera el maestro Sufi los prejuicios estables pero imperceptibles del estudiante?

Respuesta: Echemos un vistazo a las posiciones relativas del maestro y el estudiante. El discípulo considera al maestro como alguien que tiene una cantidad de algo y que le dará una parte de ello. O puede considerarlo como alguien que conoce un método para lograr algo.

El maestro considera al estudiante como alguien elegible para obtener una porción de algo. En otro sentido, se considera a sí mismo como alguien que puede lograr algo.

Cada uno en su propia vía, las actitudes de ambos tienen una conexión.

El problema del maestro es más grande que el problema del estudiante. Una de las razones es que el estudiante está ansioso por aprender, pero raramente advierte que puede aprender SÓLO BAJO LAS CONDICIONES QUE HACEN POSIBLE ESTE APRENDIZAJE.

No puede hacer verdaderos progresos hasta que haya sufrido una preparación para aprender. Cuando esta preparación es completa, el estudiante puede progresar lenta, rápida o instantáneamente a través de un número de fases en las que pueda comprender lo que él ha denominado el sentido de la vida, o conocerse a sí mismo.

Lo más importante de todo, por tanto, es colocar al estudiante en una posición en la cual su progreso pueda ser efectivo y continuo.

Lo cual sólo puede ser dirigido por alguien que conozca todo el contexto, que conozca lo que es posible y lo que no, con un individuo y con un grupo dado de gentes.

Como el estudiante está por lo general aprisionado por las actitudes en las que ha sido entrenado, tendrá tendencia a aproximarse al maestro, y a la enseñanza, en todos los tipos de formas inefectivas y menores. Solicitará la «paz mental», el progreso en la vida mundana, dinero, conocimiento, iluminación, certidumbre... cosas que pueden ser importantes de una forma u otra, pero que no son necesariamente importantes en su situación. En otras palabras, pide que le enseñen, o le den, conocimiento y cosas que ÉL QUIERE POR LA ÚNICA RAZÓN DE HABER DECIDIDO QUE SON NECESARIOS O URGENTES.

Lo cual es, desde todo punto de vista, una situación ridícula. Es como si un escolar dijera: «Sí, enséñeme francés, pero sólo a las cuatro de la tarde», o «Quiero aprender matemáticas, pero no lo haré en esta clase en particular», o también, «Me gustaría aprender los principios de la biología, pero primero debo tener alguna información sobre los renacuajos, porque para mí son lo más importante».

El hecho es que puedes aprender sólo lo que se te puede enseñar. Si impones o interpones condiciones obtenidas a través de especulación, emoción, imaginación, intelecto, etcétera, aún tendrás que aprender a aprender. Esto significa encontrar cómo recopilar conocimiento, paso a paso, sin las precedentes limitaciones.

El ser humano, al no saber qué es él en realidad, al no saber de dónde viene o a dónde puede ir, difícilmente se colocará en una posición en la que simplemente asuma que debería obtener su instrucción de tal o cual manera; o que antes de hacer nada deberían curar sus verrugas u ordenar su casa de la forma caprichosa, o hasta dedicada, que exija.

La primera obligación del maestro es hacer este plan y no comprometerse con los sentimientos superficiales que mucha gente cree que son fundamentales.

Rumi dice: «Eres un amante de tu propia experiencia, no de mí / Acudes a mí para sentir tus propias emociones.»

Si observas la forma en que te aproximas a las cosas, incluyendo tu deseo de aprender y su expresión en acción, y si ves los errores que has cometido y también lo que los Sufis dicen sobre los papeles del maestro y el estudiante,

advertirás que los prejuicios establecidos pero imperceptibles del estudiante, a los cuales te refieres, necesitan alguien exterior al estudiante para suministrar el estímulo que le permita escapar de la trampa de los modelos de conducta habituales.

LOS ESTUDIANTES QUE NO APRENDEN

El jeque Abdullah Ansari de Herat, reconocido como uno de los más claros exponentes de la escuela, así como uno de los más grandes sabios, hace una lista de las cosas que la gente hace y piensa y que bloquean su progreso.

Esto causa desconcierto, tristeza y confusión. Gentes que no siguen las prescripciones de su maestro ni permanecen en una de estas condiciones, o bien adoptan alguna estratagema psicológica —con frecuencia imperceptible— que causa hipocresía, fanatismo o comprensión ilusoria.

Estas son las cosas que el estudiante no puede medir por sí mismo y a las que el maestro debe atender:

> «Querer antes de lo debido
> Desear más de lo debido
> Querer para sí lo que pertenece a otros.»

Algunas personas, por supuesto, son tan obstinadas que aun cuando les digas que no te comprometerás con prejuicios establecidos, continuarán luchando. En tales casos, el maestro desaprobará sus expectativas haciéndose inadecuado para el estudiante, tomando prestada la idea de las técnicas *Malamati*. Aun entonces, el alumno transgresor puede no ser capaz de comprender qué sucede, y hará todo tipo de fantasiosas interpretaciones del asunto. Saadi, en el *Gulistan*, tiene un cuento sobre esto.

CUENTO DEL ALMUEDANO

Había una vez un almuédano que llamaba a los fieles a la oración con una voz tan horrible que el fiduciario de la mezquita, un hombre muy amable, le ofreció diez dinares para

que se marchara a otra ciudad. Con posterioridad, éste fue a ver al fiduciario y le dijo:

—Tú me has ofrecido sólo diez dinares para irme a otra ciudad, pero donde estoy ahora me ofrecen veinte, y sin embargo me rehúso a partir.

El fiduciario se echó a reír y dijo:

—Manténte allí y lograrás que suban la oferta a cincuenta.

5
Acción y significado

La generosidad real y la relativa

LOS TACAÑOS

Un hombre oyó hablar de los apuros de otro mientras estaba reunido con algunos amigos. Se sintió de inmediato conmovido y entregó una suma de dinero para que se la dieran al infortunado.

Otro, que no había oído de ningún caso en especial, cuando tuvo dinero salió en busca de alguien que estuviera necesitado. Le preguntó cuáles eran esas necesidades y las satisfizo.

¿Cuál de ellos era en verdad un hombre generoso?

La respuesta es... ninguno.

Ambos eran generosos dentro de límites convencionales. Hacían lo que se les había enseñado a hacer.

Estas formas de generosidad son suficientes sólo en el mismo comienzo de la generosidad.

Más allá está el estado para el cual estas otras formas son supuestamente preparaciones.

Debido a que la gente rara vez pasa de los estadios preliminares, estas formas inferiores son consideradas como el súmmum de la generosidad.

La verdadera generosidad es cuando un hombre hace algo generoso sin que nadie se entere; o cuando, sabiéndolo otros, rehúsa cualquier tipo de mérito por su generosidad, tanto del receptor como de algún otro.

La verdadera generosidad es anónima hasta tal grado, que un hombre debería estar preparado aun para ser considerado

como tacaño, antes de tener que dar explicaciones a otros.

Este tipo de generosidad, en bienes, en obras y en pensamiento, es deliberadamente cultivada en las filas del Elegido y practicada por quienes desean entrar en sus filas, sin ninguna excepción y sin descanso en su práctica.

La generosidad también se caracteriza por hacer lo que uno dice que hará. Saadi enseña: «Cuando los generosos prometen, cumplen.»

No ser codicioso es, paradójicamente, la más elevada forma de mirar por los verdaderos intereses de uno.

La codicia os daña: la generosidad os ayuda.

Por eso se ha dicho: «La codicia es la madre de la incapacidad.»

¿Por qué se distinguen los Sufis?

Pregunta: ¿Qué es lo que detiene el progreso de la gente, especialmente en las grandes obras literarias o al producir materiales de enseñanza?

Respuesta: Un orientalista eminente ha registrado en sus textos su dificultad para comprender cómo el autor clásico Saadi de Shiraz pudo escribir dos grandes clásicos persas en tres o cuatro años.

Este puede ser un problema para el erudito: pero describe *su* mente, no la de Saadi.

Para el Sufi, esta perplejidad marca una situación no muy distinta de la de la persona ingenua que dice: «No puedo comprender cómo ese hombre con el palo de trueno puede derribar tan enorme pájaro de metal del cielo.»

Este «salvaje oculto» en el hombre no está sólo presente, por supuesto, en el tipo limitado de erudito. Es el salvaje que impide que alguien realice progresos en algún campo.

La enseñanza correcta saca a relucir lo sobresaliente del hombre.

La enseñanza debe trabajar, por supuesto, con lo mejor del individuo, debe estar dirigida a su verdadera capacidad.

En el primer capítulo de su *Gulistan*, «El jardín de las rosas», Saadi declara:

> ¿Quién puede fabricar una buena espada de un mal acero?
> Por la enseñanza, el inútil no se hará útil.
> La lluvia, cuya naturaleza es imperecedera,
> hace crecer flores en el jardín, espinas en el marjal.

Las personas con objetivos falaces son como la tierra árida. Las flores crecen en la tierra compuesta de los objetivos correctos.

La gente que mencionas, la que no progresa, trabaja sobre bases no apropiadas. «Si insistes en comprar mala comida, debes estar preparado para que no te apetezca comerla.»

La confusión como problema personal

Pregunta: ¿Qué puedo hacer con mi confusión e inutilidad?

Respuesta: Las personas que piden ser libradas de su confusión deberían primero tomar nota de estos tres puntos:

1. Deberían estar satisfechas de que yo, o algún otro, nos hayamos ofrecido para eliminar la confusión y estados similares. Los Sufis no lo hacen. Tienen, por lo tanto, que seguir la pista del ofrecimiento —si lo hay— para eliminar la confusión y aplicarlo a quienquiera que haya hecho la oferta. Si la «oferta» surgió de hecho en la mente del aspirante, éste debería reconocerlo.
2. Deberían advertir que la confusión y estados similares pueden con frecuencia ser una protección. La niebla puede no gustarnos pero, si nos está protegiendo de un tigre devorador de hombres, es mejor tenerla. Hay demasiados casos en los que la gente debería dar gracias a sus confusiones, que son escudos, en lugar de tratar de eliminarlas antes de ser capaces de enfrentarse con lo que hay detrás.
3. Muchísima gente, y esto es por supuesto bien reconocido hoy, crea y mantiene su propia confusión, aun cuando imagina que intenta escapar de ella.

La respuesta, por tanto, a «¿qué puedo hacer con mi confusión?» es: «Encuentra lo que la causa y por qué está allí. Luego decide si quieres hacer algo al respecto.»

La confusión proviene de no prestar atención a lo que debería ser atendido en primer término. El problema del confuso, por ende, es que debería ser consciente de esto, utilizando primero su sentido común para observarse a sí mismo y pensando menos en la confusión. Recuerda el proverbio: «Una señal es suficiente para el vigilante, pero miles de consejos no son suficientes para el negligente.»

Como un síntoma de inutilidad, hay límites a esto como lo hay a su opuesto. Saadi destinó este poema —que os traduzco del persa— a hacer ver que el problema es un problema de perspectiva:

> Una gota que caía de una nube tormentosa
> se sintió turbada por la extensión del mar:
> «¿Quién soy yo ante la vastedad del océano?
> ¡Si así *es* EL, yo *no* soy nada!»
> Mientras se veía a sí misma con el ojo del desencanto,
> una concha la cobijó en su seno.
> Tanto nutren los cielos las cosas
> que la gota se transformó en una célebre perla real:
> nacida de lo alto para caer en lo bajo
> golpeó la puerta de la nada:
> hasta que el ser advino.

La convención poética persa afirma que una perla es una gota de lluvia transformada.

Tu confusión se debe a que no obtienes lo que quieres; y tu sensación de inutilidad es algo que sientes que tienes y no quieres. Uno de los Sufis ha señalado, con respecto a este mismo problema doble:

> «Debes esforzarte en ser paciente tanto con lo que quieres como con lo que no quieres: pues ambos te pondrán a prueba. Ejercita los dos tipos de paciencia y merece el nombre de ser humano.»

SINTIENDO TU PROPIA NADA

El santo Sufi Attar menciona al grande y antiguo Bayazid,[1] que decía: «Debes sentir tu propia nada.»

1. En el *Tadhkirat al-Awliyya*, de Attar. Bayazid murió en 875 d. C.

Percibir la propia nada es algo valioso. La indulgencia emocional consigo mismo por miedo a sí mismo es una trivial autodistracción, muy atractiva para mucha gente porque de esta manera puede imaginar que es sincera o piadosa. Es necesario ir más allá de este estado infantil.

Ser un «gurú»

Pregunta: Encuentro que las gentes tienden a depender de mí, y que cuando les presto atención, o en otras circunstancias, hacen una «transferencia»; me contemplan como a un gurú cuando trato de enseñarles. No quiero tener personas que dependan de mí, de modo que no quiero enseñarles.

Respuesta: Cuando las personas comienzan a depender de ti de esta manera inoportuna, eres tú quien debe descartarlas, reteniendo sólo a aquellas que verdaderamente puedan aprender y que no te utilicen como una fuente de dependencia. No tengo idea de quién te ha dicho que hay sólo dos alternativas: enseñar y tener a la gente dependiendo, o «cerrar el negocio». Creo que es simplificar demasiado. Huye de quienes muestran estos signos y serás capaz de enseñar provechosamente.

Si, por supuesto, no tienes nada que enseñar, es problema tuyo convencer a esas personas de ello.

LOS DISCIPULOS DEL DERVICHE

Un derviche fue una vez a ver a un Sufi y dijo:

—La gente me adopta como su maestro y quiero disuadirlos de ello.

—Todo lo que tienes que hacer —dijo el Sufi— es comportarte como si estuvieras loco, y pronto te abandonarán.

—¡Pero perdería mi reputación! —exclamó el aturdido derviche.

—Ah, ya veo —dijo el Sufi—, la pregunta era sobre la enseñanza, pero detrás subyacía la autoestima.

Bien, ¿quieres que las personas dependan de ti o no?

Me admira que no adviertas que los Sufis no se llaman a sí mismos Sufis porque esto es arrogante. Yo estaba presente cuando se le preguntó a un Sufi:

—¿Por qué no dices que eres un Sufi?

—Eso sería arrogante e invitaría al ataque —respondió éste.

—Entonces —dijo el interrogador—, ¿por qué no lo niegas?

—Eso no sería cierto —dijo el Sufi— y, por tanto, podría privar a la gente de mérito de un medio de aprendizaje.

El interrogador percibe las cosas a través de su yo secundario. Las dos anécdotas que he contado buscan llevar la atención al trabajo sobre este yo, que no puede enseñar ni aprender.

Sistemas

Pregunta: Estoy convencido de que los materiales Sufis que he leído y escuchado están basados sobre un conocimiento auténtico, mucho más que cualquier otra cosa con la que me haya topado. ¿Por qué, sin embargo, deberían los Sufis esperar que uno siga sus métodos? ¿No hay otra vía? ¿Qué me dice usted de otros sistemas? Quiero ejercitar la humildad.

Respuesta: Los Sufis abogan por una determinada vía, o por uno u otro de un gran número de métodos, porque son los métodos que han producido los resultados que tú aplaudes sin reservas. Así, entonces, dicen: «¿Te agrada este resultado? Muy bien, éste es el método por el que he llegado a él. ¿Quieres otro resultado? Muy bien, debes aplicarte a aquellos que son responsables del otro resultado, y buscar sus métodos.»

EL SUFISMO COMO VIA Y COMO MODELO

Recuerdo haber escuchado esa pregunta formulada a un cierto Sufi. Su respuesta fue ésta:

> «Si quieres *aprender sufismo,* debes seguir el sendero Sufi. Si quieres *información* acerca de por qué deberías seguir el sendero Sufi, debes aplicarte a alguien que no enseña, sino que expresa opiniones eruditas sobre los méritos relativos de los distintos senderos.»

En cuanto a la humildad, podemos relacionarla con la enseñanza escuchando la declaración de Kalabadhi, en su *Taaruf*:

> «La humildad es la aceptación de la verdad sobre la verdad, desde la verdad.»

La pregunta puede ser formulada y respondida por la misma persona, si ésta presta primero atención a la diferencia entre aprender *de* la vía Sufi y aprender *en* la vía Sufi.

Verás esta tendencia con mucha frecuencia, cuando las cosas que podrían ser admisibles en determinadas circunstancias se tornan «verdades imperecederas».

Alguien me preguntaba hace poco, por ejemplo, sobre la cuestión de la «búsqueda de conocimiento». El hombre sentía que las gentes no deberían atacar la sabiduría, y esperaba que yo condenara a quienes así lo hacían.

¿Observas cómo funciona el asunto? Primero se ignora que conocimiento y sabiduría son el producto de un proceso, y luego inconscientemente se los redefine casi como mercancías. Luego sólo es posible hablar sobre «venderlas». Bien, yo puedo venderte información, o sacos de carbón, pero ni yo ni nadie puede vender conocimiento.

JESUS Y LAS MANZANAS

Hace poco leí, también, una observación atribuida a Jesús en uno de esos evangelios que, por una razón u otra, es condenado por varias iglesias. Escucha lo que dice sobre el vender:

> «Jesús dijo: "Había dos hombres que fueron a vender manzanas. Uno de ellos eligió vender la piel de la manzana por su peso en oro, sin preocuparse de su sustancia. El otro deseaba regalar las manzanas, recibiendo sólo un poco de pan por su viaje. Pero los hombres compraron la piel de las manzanas por su peso en oro, sin preocuparse de quien estaba dispuesto a regalarlas, casi despreciándolo."»

Pensad en esta historia y veréis algo del vehículo y el objetivo, la naturaleza del pensamiento y la conducta humanos, y la cuestión de los estudios y los materiales humanos dentro de la estructura.

El vehículo y el objetivo

Pregunta: ¿Cuál es su postura sobre la estructura de los estudios humanos y los materiales dentro de la estructura?

Respuesta: Una enfermedad característica del pensamiento humano es confundir el vehículo y el objetivo, o el instrumento y el propósito.

Esta tendencia aparece en todas las comunidades humanas, tanto en las que llamamos «avanzadas» como en las otras. Está presente con fuerza tanto en las sociedades civilizadas como en las bárbaras, sólo que sus manifestaciones son diferentes.

La regla es ésta: algo que era funcional comienza a ser valorado por sí mismo; así, lo que es un ejercicio se convierte en ritual, o un trabajador individual es convertido en ídolo, o una herramienta en un tótem.

Quienquiera que aliente esta tendencia siempre encontrará partidarios, porque este falseamiento ya se encuentra en el medio humano y sus consecuencias parecerán «correctas».

Por otra parte, el concepto de vehículo e instrumento, de que el bosque no deja ver los árboles y otras manifestaciones de esta posible confusión, están tan bien establecidos que siempre habrá personas que comprendan la importancia de pensar directamente en el contenedor y lo que es contenido y en otras manifestaciones, incluyendo la del gusano-crisálida-mariposa.

Esto significa que los fines no son los mismos. Los estudios, cursos y procesos existen para la determinación, per-

cepción y aprovechamiento del conocimiento de «medio» y «fin».

Recuerda lo que dice Omar Khayyam:

> «Los templos y la Caaba de La Meca son las moradas de la devoción / el tañir de la campana es el sonido del culto / la faja y la iglesia y el rosario y la cruz / todos son el signo de la devoción.»

La transformación de una herramienta en tótem es una tendencia especialmente marcada cuando la gente quiere generalizar teorías, leyes y reglas de situaciones que requieren una mayor flexibilidad que sólo una o dos alternativas.

Interés y proselitismo

Pregunta: Si uno siente algo muy intensamente, ¿no tiene derecho a traspasarlo a otros, a hacerlos «interesarse» y a formar colectivos de gentes que tienen intereses similares?

Respuesta: Cualquiera de estas cosas podría estar bien, o podría estar mal, dependiendo por entero del tema en cuestión y de la gente considerada. Tendría que considerar esto como inherente a la pregunta. Sólo tienes que mirar a tu alrededor para ver la confusión e infelicidad causadas por personas que se complacen a sí mismas precipitándose a molestar a otra gente y haciendo que se sientan molestas —y por tanto ineficientes— cuando el interés y la propaganda no son sustituidos por conocimiento y acción. Sin embargo, una de las grandes ventajas de esta conducta de «pollo mojado» es que está tan extendida que nos suministra, casi diariamente, ejemplos de su papel horrible y a veces destructivo, permitiéndonos evitarla cuando funciona de esta forma.

Conviene saber que no siempre se pensó que la agitación y la llamada a la manifestación eran la respuesta a los problemas, o incluso que no era beneficioso sufrir los problemas en lugar de compartirlos siempre.

También podemos meditar en las palabras del *Anwar-i-Suhaili* (Las Luces de Canopus), donde se lee:

> El ruiseñor que no puede tolerar la espina
> es mejor que nunca hable de la rosa.

Por encima de todo, creo que hay una necesidad de saber lo que está bien, así como una compulsión a creer que uno tiene razón y a tratar de convencer a otros de esto. La primera actitud es quizás importante, pero la segunda es la más familiar a la mayoría.

Las personas «interesadas» pueden tener razón, pero estar sólo satisfaciendo deseos personales. Llevar a otras personas a compartir estos deseos puede ser admisible, pero sólo, creo, cuando son reconocidos como deseos y no representados como necesidades. En el último caso, si de hecho no hay verdades, la decepción y la autodecepción tomarán su lugar. ¿Puede esto ser bueno?

EL HOMBRE DE PAJA

Saadi habla en su *The Bostan* de «Un sabio joven de un país decente que se unió a una comunidad de gentes en Darband». Era una persona de «valor, inteligencia y discernimiento», y la gente lo recibió muy bien.

Un día, el jefe de los piadosos le dijo:

—¡Ve a limpiar la suciedad de la mezquita!

El joven salió y desapareció. Cuando lo vieron al día siguiente, fue acusado de falta de respeto al servicio, y de egoísmo, por no barrer:

—¿No sabes, oh egoísta criatura, que los hombres logran el éxito a través del servicio?

Era claro que esas personas suponían que él veía lo que ellos veían: el polvo de la mezquita. Pero él no era tan superficial como ellos; comenzó a llorar, ardiendo de sinceridad:

—No vi polvo ni suciedad dentro del edificio... De modo que salí, para que así la mezquita estuviera limpia de paja.*

Este hombre se consideraba a sí mismo como contaminante de la mezquita, mientras que los otros sólo pensaban en la limpieza y se preocupaban de lo superficial: aunque no había polvo en la mezquita, igual querían barrerla.

Saadi continúa:

* «Paja» (*straw*) tiene en inglés, como en castellano, el doble sentido de insignificante, inútil, lo que refuerza el sentido de la anécdota. [T.]

Esta es la única vía del derviche:
humillar su persona.
¡Para lo eminente, elegid la humildad!
Para ese techo, no hay otra escalera que ésta.

La última línea contiene un juego de palabras y también puede ser leída, en persa: «Para ese cielo no hay más avance que éste»...

Ay, las personas no han cambiado mucho desde los tiempos de Saadi. He aquí una frase de una carta que me escribió un hombre famoso y renombrado por sus virtudes espituales: «Yo solía estar lleno de orgullo y vanidad. Desde que comencé a estudiar las enseñanzas orientales soy tan humilde que apenas podría usted creerlo.»

Uso, mal uso y desuso de formas de estudio

Pregunta: ¿Cómo puede usted explicar las distintas formas en que la gente ha intentado enseñar? Debido a que la gente cree en estas formas y cree que son de hecho verdaderas entregas, son capaces de alcanzar la verdad a través de ellas. ¿Es que algunas son ciertas y otras no, como afirman los exponentes de las organizaciones? Si determinadas formas a través de las cuales se llevan a cabo los estudios son ciertas, ¿son falsas todas las otras?

Respuesta: Debo haber contestado esta pregunta —o, más bien, este conjunto de preguntas— varios cientos de veces, tanto de palabra como por escrito, incluyendo lo que he escrito y citado en libros.

El hecho de que se sigan formulando tales preguntas constituye una clara demostración de cómo son los que las formulan: algunos, al menos, seguirán haciéndolo a pesar de que se las hayan respondido de forma clara una docena de veces.

Pero esto puede significar que hay que responder las preguntas una y otra vez, hasta que las respuestas penetren.

Las respuestas, una vez más, son:

1. la verdad no tiene forma;
2. los medios por medio de los cuales la gente percibe la verdad tienen formas;
3. todas las formas son limitadas; algunas de las limitaciones son el tiempo, el lugar, la cultura, el lenguaje;

4. las diferentes formas no son necesariamente antagónicas, por las anteriores razones;
5. las formas han cambiado a través de los siglos obedeciendo al mundo externo al cual toda forma pertenece;
6. cuando la gente cree que la forma es más importante que la verdad, no encontrarán la verdad, pero se quedarán con la forma;
7. las formas son vehículos e instrumentos, y los vehículos e instrumentos no pueden ser llamados buenos o malos sin un contexto;
8. las formas sobreviven a su utilidad, incrementan o disminuyen en utilidad;
9. estas declaraciones se encuentran de forma abundante en los textos de los maestros Sufis. Se las ha escrito para que se las lea y se las recuerde. Rara vez se las ha sostenido o mantenido tan enérgicamente en otra parte, lo que puede deberse al hecho de que las personas que no han prestado a los estudios de los materiales Sufis la atención que éstos merecen, no las han escuchado suficientemente.

Las formas exteriores de las cosas del mundo, de las que los Sufis hablan con tanta frecuencia, incluyen las formas de enseñanza, que deben comprenderse en su significado interno y ejercitarse como funciones instrumentales.

Nasir-i-Khusru ha dicho correctamente:

> Tu buceador [de tesoros] te ha dado sólo arcilla salobre
> porque sólo ha visto en tus ojos la envidia.
> Busca el sentido de lo exterior como un hombre:
> no seas como el asno, contento sólo con el ruido.

EL GATO CON UN TITULO UNIVERSITARIO

En febrero de 1975, un hermoso y vivaz gato llamado *Orlando* fue nominado para presidente en las elecciones de la Unión de Estudiantes de la Universidad de Surrey. Parece evidente que era un buen estudiante, ya que es un gato bachiller. No dudéis que hará carrera. Esta historia de los periódicos podría muy bien, en épocas tradicionales, haber sido imaginada por un Sufi, como comentario sobre el estudio y los tiempos...

Potencialidad y función

Pregunta: ¿Cuál es el valor de los ejercicios espirituales?

Respuesta: Te contaré una historia:

EL JUEGO DEL AJEDREZ

Cierto paisano estaba aprendiendo a jugar al ajedrez. Se sentía bastante confundido porque la pieza que conocía como castillo era algunas veces considerada como elefante, otras veces como castillo, también como torre, etcétera.*

Por fin logró aprender los nombres y el juego comenzó.

En pocos movimientos, su maestro le comió uno de sus castillos. Levantándolo con furia, el paisano aplastó la pieza con su pie, diciendo:

—¡Sí, tienes muchos nombres y te mueves de muchas maneras, pero en acción no sirves para nada!

¿Cuál es el valor de cualquier cosa?

El valor de los ejercicios espirituales es ser de valor para aquellos a quienes están dirigidos. El interés humano debería suministrar la base correcta para el ejercicio, no buscar el ejercicio en sí mismo. El ejercicio está allí y la necesidad está allí. ¿Cuál es el estado del individuo? Saadi, en *Jardín de las rosas,* dice:

* Se refiere, evidentemente, a los distintos movimientos de la pieza, y a un tipo de ajedrez que no es el usual. [T.]

El santuario está enfrente, el ladrón detrás:
si avanzas, ganas, si te duermes, mueres.

Si realizas ejercicios espirituales sin ser aún capaz de distinguirlos de las actividades emocionales, estarás sólo agregándolos a tu vida emocional. Es por eso que siempre son prescritos en las auténticas escuelas, no como los sistemas circenses que monta cualquiera en los cultos imitativos.

Quizás uno de las mejores formas de recordar esto es relacionarlo con el relato del gordo que comía un enorme plato de comida. Alguien le dijo:

—¿No estás a dieta?

—Sí —dijo el gordo—, pero ya tuve mi dieta hoy. Esta es mi cena.

El condicionamiento puede ser tan absorbente que abarca sistemas que en su origen eran flexibles y específicos, dejándolos por lo general irreconocibles, aunque desafortunadamente no carentes de popularidad.

Esta situación ha generado un chiste bastante insípido, pero que sin embargo tiene una cierta cualidad amenazadora:

¿SABES TU QUIEN SOY YO?

Un derviche errante se sentó junto a un hombre de aspecto desgreñado que encontró en el camino. Este comenzó a decir:

—No puedo orar, no puedo comprender los clásicos Sufis, no me gustan los ejercicios esotéricos...

—¿Por qué no dejas todo eso? —aconsejó el derviche.

—¿Cómo podría hacerlo? Soy un famoso «maestro Sufi» en estos temas...

Condicionamiento y educación

Pregunta: Usted parece decir que la gente es entrenada por muchas instituciones ordinarias, que practican lo que se llama lavado de cerebro o condicionamiento. Pero si los psicólogos han descubierto que ésta es la forma en que el hombre es entrenado, ¿qué se puede hacer al respecto y qué hay de malo en ello?

Respuesta: No hay dudas de que la gente está condicionada, y de que lo que ellos llaman sus opiniones y creencias no son con frecuencia suyas, sino implantadas por otras personas e instituciones. Entre otros, el Sufi Al-Ghazzali señaló esto hace casi mil años.

Pero la suposición de que toda la educación, preparación y desarrollo humanos deben ser hechos por estos métodos es tan innecesaria como imaginar que, digamos, porque se puede cortar un tomate no hay otra opción para el tomate más que ser cortado.

El condicionamiento es necesario, pero sólo funciona para ciertos fines.

Otros fines necesitan otras propuestas.

El *Anwar-i-Suhaili* dice:

> El mundo es una colina y nuestras acciones un disparo;
> el eco del disparo vuelve hacia nosotros.
> Aunque la pared produce una larga sombra,
> la sombra, no obstante, retorna a la pared.

El aprendizaje Sufi llega a través de la nutrición, como si fuera alimento, en el sentido en que Tustari respondió a la pregunta «¿Qué es el alimento?» Dijo: «El "alimento" es la contemplación de la unidad viviente.»

La comunidad de aquellos que han logrado la autorrealización es considerada, por Ibn Arabi y otros, como «orgánica», excepto que esta organización es más sutil y efectiva que la que nos dio la analogía en primer lugar.

El yo secundario se encuentra en la vía del aprendizaje, y será condicionado a menos que sea «pulido» —otro término técnico— de igual modo que un espejo sobre el que se ha posado el polvo, condición destacada también por Ibn Arabi (en su *Fusus*), así como por los exponentes clásicos y contemporáneos del sufismo.

La búsqueda de un hombre honesto

Siempre llega el tiempo en que los materiales de instrucción, que fueron empleados originariamente para dirigir la atención de determinada gente hacia cierto propósito, son adoptados como «evangelio», o bien simplificados hasta eliminar toda utilidad y ser oscuramente interpretados.

Un posible ejemplo de esto último es la idea corriente del significado de Diógenes que buscaba con una lámpara, a plena luz del día, un hombre honesto.

La gente cree que lo hizo para indicar qué raros son los hombres honestos. De hecho, este procedimiento puede considerarse un ejemplo perfectamente obvio de alguien que trata de llamar la atención sobre toda la cuestión: no sólo sobre la rareza de los hombres honestos, sino sobre el problema de cómo y dónde se los puede encontrar. La ambigüedad de la interpretación aparece sólo cuando el estudiante no otorga a ambas explicaciones interpretativas igual valor.

Diógenes, que murió en 323 a.C., es conocido como el fundador de la escuela denominada «los cínicos». Su propósito era enseñar que el apego a las «cosas del mundo» era esclavitud. Hoy los cínicos están, irónicamente, apegados al cinismo y son esclavos de él.

Otra vez la honestidad como propósito debe tener un arquetipo más allá de la actual deshonestidad de la humanidad. Saadi nos ofrece esta plegaria:

> Haz que sea digno de Ti
> no que sea digno de mí.

La acción de enseñar difiere grandemente de su descripción. Las enseñanzas deben mantenerse siempre, por tanto, frescas y flexibles, a menos que nos manejemos en términos de la «hierba secreta» que mencioné en Ginebra.[2]

La honestidad no es, por supuesto, fácil: porque la verdadera honestidad se ejercita sin dificultad cuando es la manifestación de una realidad interior, no cuando es un deber o una dificultad. Pero para ilustrar la actividad de un hombre o una mujer honestos pueden utilizarse ciertos principios.

EL CUENTO DE HATIM

Cuando Hatim al-Asamm, de Balkh (ahora en Afganistán) fue a Bagdad, las gentes lo rodearon, diciendo:

—No eres un árabe de gran oratoria, sin embargo haces callar a cualquiera.

—Hay tres cosas que me permiten vencer a mi oponente dijo Hatim—. Estoy contento cuando tiene razón, estoy triste cuando se equivoca y trato de no comportarme tontamente con él.

Ibn Hanbal preguntó a Hatim qué cosas podrían salvar a la humanidad del mundo.

—Hay cuatro cosas —dijo Hatim—. Aceptar la ignorancia de los otros y preocuparte de los tuyos; preocuparte por ellos desde tu sustancia, y no esperar nada de ellos.

La postura de honestidad no es lo mismo que su realidad, como todos sabemos. Pero, ¿cuánta gente puede decir hasta qué punto son honestos o se comportan como si fueran honestos?

Se ha acuñado cierto cuento para dar expresión a este importante tema. Para ilustrarlo, fue puesto en boca de dos chiflados; lo que no debería impedir que alguno de nosotros sienta que su equivalencia podría ocurrir entre nosotros, la gente maravillosa y normal:

> Primer fanático chiflado: ¡Dios me habló!
> El segundo dice: ¡No hice tal cosa!

2. Idries Shah: *The Elephant in the Dark* (Conferencias en la Universidad de Ginebra), Londres, Octagon, 1974, pág. 69, incluye este relato.

¿Cómo puede un método ser tan bueno como otro?

Pregunta: Me interesa mucho lo que usted dijo sobre la misma persona, o el mismo grupo de gente; aquello de que aun empleando técnicas enteramente diferentes logran el mismo objetivo. ¿Cómo puede un método ser tan bueno como otro?

Respuesta: Si una casa está incendiada, pueden apoyarse dos escaleras en una ventana: ambas conducen al jardín. Los diferentes colores con que están pintadas puede oscurecer el hecho de que son escaleras.

P: ¿Pero cómo saber si *ambas* son escaleras?

R: Lo sabes aprendiendo a reconocer una escalera cuando la ves.

P: ¿Cómo se hace eso?

R: Familiarizándote a ti mismo con las escaleras.

P: ¿Y a escalarlas?

R: Cuando aprendes a reconocerlas, escalarlas es una parte del aprendizaje.

P: Pero algunas personas insisten en que hay una sola escalera, la suya.

R: Tienen razón, si sólo están diciendo que enfocan la atención sobre una escalera de escape específica como instrumento. Si funciona, significa que es el único verdadero. Para propósitos prácticos, es así.

P: ¿Están en lo cierto en cualquier otra circunstancia?

R: Pocas veces, pues si tuvieran razón no enseñarían «Esta es la única escalera», sino «Mira todas estas escaleras;

pueden —o podrían— funcionar. La nuestra, sin embargo, es aplicable a ti y a mí». Esta falla revela ignorancia.

Observación: Pero disponen de poco tiempo.

Comentario: Lo mismo sucede con todos.

P: ¿Hay algunas escaleras demasiado cortas?

R: Hay escaleras de todo tipo: nuevas, viejas, podridas, cortas, largas, azules, verdes, débiles, fuertes, al alcance de la mano, utilizables en cualquier lado, y todo el resto de las posibilidades.

P: ¿Qué debería hacer uno entonces?

R: Tratar de imaginar que la casa está incendiada. Si puedes hacerlo sin volverte un obseso o un irracional, particularmente sin volverte sugestionable por vivir con esta idea, podrás salir. Pero mientras estés lleno de esperanza o miedo, de sentimiento o deseo de actividad social o prominencia personal, o incluso de reconocimiento, serás incapaz de utilizar una escalera; ni siquiera serías capaz de reconocerla y estarías malgastando tus energías en círculos, cuyo número tiene por propósito dar la bienvenida a estas tendencias.

La gente aprende por métodos que se corresponden con el tipo y extensión de sus aspiraciones: éste es el constante *dictum* Sufi.

En el *Anwar-i-Suhaili* se dice:

> Nadie encuentra la forma de ascender
> hasta que se encuentra el escalón de la aspiración.
> Busca la plataforma para escalar la Luna:
> nadie bebe agua de lluvia de un pozo.

De igual forma, por supuesto, hay personas que no pueden aprender algo en un tiempo dado porque tienen alguna otra expectativa o preocupación, probablemente de tipo emocional. Reflexiona sobre este otro artículo:

> «Más de 3000 devotos de la famosa iglesia de Santa María del Rosario, en Pompeya, huyeron aterrorizados el sábado por la noche, tras la explosión de una botella de Coca Cola.»[3]

3. *Daily Telegraph*, Londres, lunes 9 de mayo de 1977, pág. 6, columna 8.

6
Veintitrés puntos de estudio

Veintitrés puntos de estudio

Pregunta: ¿Puedo tener algún breve aforismo o enunciado que pueda registrar y estudiar, como ayuda para progresar en el sendero Sufi?

Respuesta: Si no eres una unidad viable en el mundo ordinario, no lo serás en ninguna otra parte. Si tienes poca capacidad para hacer contactos humanos, no podemos ofrecerte el sustituto de una comunidad donde «*nos* comprendamos uno al otro». Eso pertenece al juego de la vida, a lo que algunos, por supuesto, llaman la verdadera vida.

* * *

Si estás acostumbrado a que las presiones sociales, psicocológicas y de otro tipo del mundo cotidiano te sostengan y protejan, hay un sentido en el cual no existes en absoluto. La gente que se desploma en la atmósfera derviche —poco opresiva, por lo general— y quien se siente relajado, se vuelven aburridos para los otros o buscan atraer u obtener atención: se harán pedazos y nadie podrá ayudarlos.

* * *

Trata de recordar; y, si no puedes recordar, trata de familiarizarte con esta idea:

Hay muchas gentes que imaginan que están con nosotros porque están físicamente presentes, o porque según las prue-

bas ordinarias (sentimientos de lealtad, adoctrinamiento) están ostensiblemente presentes, pero muchas de ellas no están efectivamente aquí en absoluto. Si eres una de esas personas, no hay nada que podamos hacer por ti. Si eres como una persona ordinaria —esto es, si tienes la tendencia de «estar aquí» sólo por un entretenimiento limitado y primitivo, sólo como una tendencia y no como una forma de vida— entonces quizá podamos hacer algún progreso.

* * *

Recuerda que el ser humano está tan intensamente estandarizado que un observador exterior, al notar sus reacciones a los distintos estímulos, no necesita inferir un control cerebral individual en cada persona. Con más seguridad inferiría la existencia de un cerebro separado, exterior, y a la gente como simples manifestaciones de su voluntad.

* * *

Recuerda que virtualmente todas las organizaciones que conoces funcionan gracias a tu codicia. Te atraen porque apelan a tu codicia. Su apariencia permite que esto permanezca oculto. Si dejas de escuchar sus palabras y contemplas el efecto pronto verás que es así.

* * *

Recuerda que la codicia incluye la codicia de no ser codicioso. De modo que, si alguien dice: «No seas codicioso, sé generoso», debes interpretar internamente que de esa manera desarrollarás una codicia por la generosidad. Esta, sin embargo, continúa siendo codicia.

* * *

Hay algunas cosas que tienes que hacer por ti mismo. Estas incluyen familiarizarte con los materiales de estudio que se te dan. Puedes realmente hacer esto —y así conseguir auténticas cualidades— si suspendes la indulgencia hacia el deseo de satisfacciones inmediatas.

* * *

Todos los miembros de las sociedades contemporáneas, con pocas excepciones, tienen la necesidad de ir ascendiendo gradualmente de la moralidad primitiva a formas superiores. La primitiva es una que te dice, como a un niño, cómo puedes honestamente ser feliz, lograr el éxito, obtener cosas superiores. La honestidad, puedes ahora saber, es esencial como instrumento, y no debe ser adorada como un ideal cargado de emoción y de escaso logro.

* * *

Los Sufis tienen sus propios métodos para disuadir a las personas inadecuadas. Tú sólo puedes conocer una o dos formas. Presta atención a las técnicas por las que, por ejemplo, se persuade a las personas haciéndolas llegar a la conclusión de que son inútiles.

* * *

Lo que para ti puede ser atractivo, o incluso podemos difundir para que te sea atractivo, puede muy bien no haber sido intencional en modo alguno. Lo que te atrae de nosotros, o atrae a otros, puede ser eso que hemos colocado como herramienta para permitirnos observar si tú (u otros) eres inadecuado.

* * *

Se puede dar o rehusar de una manera mucho más efectiva, elaborada, útil, por completo invisible para las personas que piensan que dar o rehusar es un hecho producto de evaluación externa. Si buscas algún indicio de favor o «promoción», sé que no estás listo. El progreso llega a través de la capacidad de aprender, y es irresistible. Nadie puede interponerse entre tú y el conocimiento, si eres apto para éste.

* * *

Nada ni nadie puede interponerse entre tú y el conocimiento, si eres inepto para éste.

* * *

Puedes aprender más en media hora de contacto directo con una fuente de conocimiento (no importa la razón aparente del contacto o el tema de la transacción) que en años de esfuerzos formales.

* * *

Puedes aprender y equiparte a ti mismo con conocimiento latente, cuyo desarrollo llegará en una etapa posterior. Sólo aquellos que insisten en la atención instantánea quieren otra cosa.

* * *

El papel del maestro es provocar la capacidad en el estudiante, para lograr que esté allí cuando sea útil, para guiarlo hacia el progreso. No para impresionar ni para dar una impresión de virtud, poder, importancia, información general, conocimiento, o alguna otra cosa.

* * *

El estudio sistemático o la conducta son valiosos cuando son útiles. Cuando no lo son, pueden ser venenos.

* * *

Aquellos que buscan la coherencia como el principal factor, en las personas o en los materiales de estudio, buscan un sistema en una etapa que no es la indicada. Los niños y los salvajes lo hacen, cuando piden información que explique o haga posible «todo». La coherencia es, sin embargo, un ofrecimiento de aquellas personas cuyo negocio es ofrecer comodidad y reaseguro como objetivos.

* * *

Si buscas iluminación o comprensión cuando lo que realmente necesitas es información o alivio de las presiones, no obtendrás ninguna de estas cosas. Si sabes lo que quieres, deberías ir y cogerlo.

* * *

Si tienes el hábito de juzgar las cosas en un ámbito donde éstas no se aplican, las juzgarás de una manera que no se corresponde con tus necesidades.

* * *

No puedes trabajar por entero en un nivel superior con los conceptos, el lenguaje y las experiencias de un nivel inferior. El trabajo en el nivel superior es una combinación de maneras y relaciones.

* * *

El último grado de lo absurdo, que incapacita para la verdadera enseñanza más allá del estadio que has alcanzado, es imaginar que una cosa es otra. Si crees que un libro es un bocadillo puedes tratar de comerlo, y no serás capaz de aprender que un libro puede enseñar. Si, también, imaginas que eres «abierto» o «trabajador» o ansioso de aprender, cuando sólo estás realizando un juego social, no aprenderás nada. La gente que rehúsa efectuar ese juego contigo también, por supuesto, tarde o temprano te aburrirá.

* * *

Las organizaciones humanas pueden tomar dos formas: entidades que están establecidas para expresar u obtener las aspiraciones de sus miembros o entidades que existen para adquirir o proveer algo que es necesario. Querer y necesitar no es la misma cosa. La diferencia está en la información. Si la gente sabe lo que necesita, no confunde querer con necesitar.

* * *

Si no conoces ya la diferencia entre opinión y hecho, puedes estudiarla en los periódicos y semanarios.

7
Estudio total

Aprender y no aprender

Pregunta: ¿Por qué mucha gente lee tanto y sin embargo no cambia? ¿No es capaz de captar la información Sufi a través de la palabra escrita?

Respuesta: Para aprender algo, debes haber sido expuesto a ello muchas veces, quizá desde diferentes perspectivas; y también debes haberle prestado el tipo de atención que hace posible que aprendas.

Según nuestra experiencia, las gentes fallan al aprender de los materiales Sufis por la misma razón que no aprenden otras cosas: leen de modo selectivo.

Buscarán y recordarán en gran cantidad y profundidad las cosas que los toquen emocionalmente, o que les gusten o los emocionen.

Y como éstas son con frecuencia los últimos materiales que con toda probabilidad necesitan, y debido a que tal actitud desequilibrada hacia algo es propia de quien necesita equilibrio en su aproximación, tenemos la situación a la cual te refieres.

Podemos al mismo tiempo admitir que las culturas que buscan realzar las vulgaridades —las cosas que de inmediato llaman la atención— y que las proyectan en formas atractivas, las respaldan y sostienen, es poco probable que produzcan, en conjunto, personas con apetitos para algo que no sea eso mismo. Pero esta conducta simplemente perpetuará el mismo tipo de personalidad y actitud que, en primer lugar, la creó.

Si tienes un pastel de chocolate decorado con dieciséis cerezas y te engulles las cerezas porque te apetecen, y luego quieres saber por qué no te has comido el pastel..., ¿qué es lo que haces? Y si te lo digo, ¿te gustará lo que te diga?

Esta es la barrera a superar. Se la cruza observándola en acción, decidiéndose a superarla y decidiéndose a estudiar comprensivamente, no pretendiendo ser un estudiante y sorprendiéndose luego porque no se ha aprendido.

VER LA MINA DENTRO DE LA MONTAÑA

La lectura no cambia a la gente a menos que ésta esté dispuesta a cambiar. Rumi dijo: «Has visto la montaña, no has visto la mina dentro de la montaña.»

Sólo porque se pueda conseguir un libro, incluso uno de los más grandes libros, no significa que uno pueda —aunque quizá podría— tratar de aprender correctamente de él en un momento dado. El Sufi Sadruddin dijo, en su *Testamento,* «En lo sucesivo no dejéis que cualquier hombre busque aprender de los escritos del jeque Ibn Arabi o de los míos, pues ese portal está atrancado para la mayoría de la humanidad».[1]

Es por esto que los maestros pueden no necesitar lo que se encuentra en los libros pero pueden utilizarlos para los estudiantes, mientras los estudiantes no sepan, pero podría no ser provechoso que éstos los estudiasen tan arbitrariamente como de ordinario lo hacen.

Aun los supuestos «especialistas», algunos de ellos eruditos, no traducen los distintos niveles e implicaciones de los materiales Sufis con corrección. De hecho, hay indicios de que muchas de estas personas no ven en absoluto las lecturas extradimensionales y alternativas de la literatura clásica. Algunas hasta admiten que no son capaces de hacerlo.[2] En cierto modo, es característico, no parecen dejar de traducir o enriquecer sus percepciones del material.

La utilización Sufi de las obras de Hafiz no es la misma

1. Katib Chelebi: *The Balance of Truth,* trad. de G. L. Lewis, Londres, Allen y Unwin, 1957.
2. Véase L. F. Rushbrook Williams, *Sufi Studies East and West,* Londres, Octagon, y Nueva York, E. P. Dutton Inc., 1973 y 1974.

que hace el traductor ordinario o el lector.[3] He anotado en algún lado[4] que, a pesar de haber sido traducido muchas veces y citado otras miles, difícilmente hay una correcta transcripción del mismísimo primer dístico de la mayor obra Sufi clásica de Rumi, *El Masnavi.**

Podríamos dar cientos de ejemplos. De hecho, abramos el *Gulistan* (*El jardín de las rosas*), de Saadi, busquemos un pasaje y veamos qué encontramos. He aquí un pasaje; es así en persa:

Kasani ki yazdan-parasti kunand / Bi-awazi dulab masti kunand.

Una traducción inglesa le da el significado, bastante literal, de:

> Aquellos que son adoradores de Dios
> se embriagan (hasta) con el ruido de una noria.

Ahora bien, la palabra *dulab* (noria) también significa, figuradamente, «decepción» en persa.

Saadi está diciendo, entonces:

1. Que las gentes que adoran lo divino (*yazdan*) se intoxican hasta con el ruido de una noria. Esto puede significar, en este contexto, que pueden estar tan condicionados [en el caso, por supuesto, de ser superficialistas] que cualquier cosa los arrojará a lo que ellos consideran como un estado religioso, o bien que cualquier cosa podría evocarles [a los místicos correctamente armonizados] a la divinidad.
2. Que cualquier tipo de persona de las mencionadas pueden ser desviadas a este estado (imaginado o real) por la decepción.

Así que, en lugar de tener una poco excepcional pero fragmentaria traducción de «Cualquier cosa arrojará la religión a un éxtasis», encontramos todo un conjunto de significados abiertos, si miramos las palabras y sus significados alternativos, que implican que:

3. Véase «Teñir tu alfombrilla de oraciones con vino», en este libro.
4. En mi *The Sufis*, Londres, Octagon, y Nueva York, Doubleday y Co.
* *El Masnavi* (versión de Alberto Manzano y María Marrades), Barcelona, Visión Libre, 1984. [T.]

1. La fijación por lo divino puede conducir a la embriaguez por éste, por el ruido producido por un objeto inanimado cuyo objetivo no es evocar tal reacción.

2. Las personas que fijaron su atención sobre lo divino pueden volver a la embriaguez [que puede o no ser una experiencia mística verídica] por medio de un sonido rítmico.

3. Las experiencias místicas genuinas pueden ser evocadas en el devoto por métodos rítmicos.

4. Las experiencias consideradas místicas pueden ser producidas en gentes que se han comprometido [genuinamente o de otra forma] en la adoración divina por causa de la decepción (o decepciones).

Este tipo de significados múltiples abunda en la poesía persa. El Sufi tiene que ser capaz de retener en la memoria todas las posibles alternativas, así como ser capaz de contemplar toda la escala de posibles significados de la experiencia humana que la gente corriente comprime en una escala de comprensión muy pequeña.

Algunas características de la literatura Sufi

Pregunta: En su libro *Los Sufis* encontramos material ilustrativo de la literatura Sufi. ¿Podría decirnos algo más sobre este tema, que ayude a su estudio?

Respuesta: Nada traiciona tanto al estudiante superficial o poco informado, cuando comienza el estudio y presentación de los textos en otro tiempo corrientes, como el uso que hace de tales libros.

Para ser por entero específicos, debemos señalar que aquellos que son primariamente *littérateurs* y trabajadores académicos tienen una forma de estudiar y una apreciación de la literatura que se corresponde sólo con la cáscara de la literatura Sufi.

La gente es reacia a admitir esta posibilidad, particularmente porque mucha de la literatura Sufi es parte de la herencia literaria clásica: cree que debe ser susceptible de estudio sólo por sus derivaciones, variedad, elegancia, vocabulario, etcétera.

Decir que todo este soberbio material contiene algo que sus más grandes y supuestos partidarios no perciben, es solicitar su indignada condena. Pero, como sucede que esto es cierto, estamos obligados a decirlo. Guste o no, la literatura Sufi no fue escrita para ciertos pedantes, para orientalistas, ni siquiera, con frecuencia, para la generación actual. Es la cáscara que todos ven. El grano sólo puede ser almacenado por aquellos que, primero, saben lo que es la cáscara, y también cómo obtener el grano.

Observado desde este uso «instrumental» de la literatura, la memorización de pasajes, la selección de partes que nos interesan, la comparación de ediciones y manuscritos, la búsqueda de estímulo emocional o intelectual, no es otra cosa que un campo diferente del funcionamiento interno representado en esta literatura.

No puede negarse que maestros como Rumi han señalado francamente este hecho. Nadie parece darse cuenta: continúan estudiando a Rumi. El resultado es que beben el material de estudio junto con su antídoto, el material corrector o protector en el cual está envuelto. El único efecto es cultural, en el sentido antropológico del término.

Desde el punto de vista Sufi, tales personas están, por supuesto, completamente calificadas para su nivel de apreciación. La importancia de la situación se hace evidente cuando enseñan a otras personas, capaces de gran entendimiento, a tratar los materiales de la misma manera relativamente poco profunda en que lo hacen ellos mismos.

Sobre este punto tenemos algo que decir y mucho que hacer.

Estos individuos capacitados tienen, creemos, su percepción del «ser» atenuada, sus percepciones (en el sentido Sufi) ensordecidas. Algunas veces están condicionados por ciertos estímulos y desarrollan lo que puede ser una alarmante tendencia de naturaleza doctrinaria o académica.

He aquí unas pocas características de la literatura Sufi:

1. Algunos libros, algunos pasajes, tienen el propósito de ser leídos en un cierto orden.
2. Algunos libros y pasajes tienen que leerse en condiciones ambientales específicas.
3. Algunos tienen que leerse en voz alta; algunos en silencio, algunos en soledad, algunos en compañía.
4. Algunos son sólo vehículos para ilustraciones o para otro contexto generalmente considerado como extraño o secundario al texto.
5. Algunos son de uso limitado o función efímera, destinados a comunidades de ciertos lugares, a ciertos estadios de desarrollo o a una época determinada.
6. Algunas formas tienen significados ocultos que admiten significados coherentes pero engañosos, dispositivos de seguridad para evitar alteraciones.

7. Algunos están mechados con material deliberadamente destinado a confundir o desviar a aquellos que no están debidamente instruidos, para su propia protección.

8. Algunos libros contienen un potencial completamente diferente, y tienen comunicadores a través de otros medios que la escritura contenida en ellos. No están destinados, de forma primaria y absoluta, a ser leídos.

9. La literatura Sufi es parte de un plan cuidadosamente elaborado. Su abuso no conduce a nada de valor permanente.

Las enseñanzas Sufis, y ciertas claves de ellas, están algunas veces sepultadas por completo en otro material, no reconocible en absoluto como Sufi por los no iniciados. Muchas de estas enseñanzas son en realidad temas de meditación. Tienen una función profunda casi desconocida por los convencionalistas pedestres, entusiastas, imitadores u ocultistas.

Muchas de las gentes que se familiarizan con los clásicos, o con la literatura Sufi que pueden obtener, piensan que obtendrán un beneficio de esto. Pero debido a la frecuencia o modelo sobre el cual están planeados los estudios, no pueden penetrarlos ni encontrar el contenido nutritivo y desarrollador de los materiales.

Incluso la verdadera familiarización con los materiales Sufis —con el propósito de futuros desarrollos— debe realizarse en algún momento en concordancia con los modelos de la escuela, en sí mismos basados sobre el «gran diseño» que abre los candados de los tesoros de este extraordinario almacén.

Ninguna forma de selectividad ni forma de estudio A a Z, ni siquiera sumergiéndose en el «pensamiento Sufi» ni participando en los ejercicios o rituales Sufis, pueden, si son llevados a cabo arbitrariamente (y con esto queremos significar sin la dirección de aquellos que conocen el modelo), conducir a la profundidad del contenido Sufi.

Algunas personas creen que están obteniendo algo, pero ésta es la característica de los adherentes de cada una y todas las escuelas, sistemas, religiones, etcétera. Lo que obtienen es algo mucho más superficial de lo que imaginan.

Estas son, entre otras, las razones para una escuela especial y especializada que presida la exposición de los materiales Sufis.

Los materiales Sufis, necesariamente, están destinados a

ser perceptibles en su significado real por aquellos que estén en un estadio o condición de aprovecharlos. Si no lo están, aceptan los «significados» poco profundos, emocionales o descaminados de los materiales Sufis.

Esta es una tendencia paralela a la conducta de los animales y personas en diferentes estadios de comprensión y estados de mente. Puedes encontrar diariamente tales ejemplos, que muestran el fallo en la correcta utilización de la propia mente, en situaciones equivalentes de la vida ordinaria. Muchos chistes Sufis reproducen estas situaciones, pero los periódicos también están llenos de ellas. Consideremos lo siguiente:

LA PROTECCION DEL MONUMENTO

«Los concejales de Ryde, isla de Wight, se echaron a reír a carcajadas, anoche, al escuchar que Whitehall (un departamento gubernamental) había incluido oficialmente el Mirador del Espigón en la lista de edificios históricos o de interés arquitectónico. El espigón había sido demolido en 1952.»[5]

La falta de información adecuada y la subyacente falla al buscarla, unidas a la suposición de que las cosas estaban en las condiciones imaginadas por quienquiera, llevaron a dar la orden que proyectaba la protección de un espigón inexistente. El mismo tipo de pensamiento se da cuando mucha gente se maneja con ideas, literatura y personajes, más que con edificios. El mismo tipo de equipamiento mental se aproxima a diferentes proposiciones en el mismo tipo de forma.

Ni siquiera es necesario que seas un ser humano para suponer que algunas cosas resultan inofensivas e inútiles para ti. Observa esto:

EL MONO Y LA CABEZA

«Un hombre tuvo que ser internado por una dislocación del cuello en Kuala Lampur, Malasia, cuando un mono entre-

5. *Daily Express*, Londres, 6 de octubre de 1971, pág. 1.

nado para arrancar cocos de los árboles altos saltó sobre sus hombros y comenzó a retorcerle la cabeza.»[6]

Ese mono, a no dudarlo, debidamente entrenado, habría catalogado como «de interés» a un edificio inexistente.

La comunicación tiene que tomar en cuenta a la persona a quien se comunica algo. Considera esto y compáralo con alguien que compra un libro y lo lee de acuerdo con sus propias concepciones de lo que éste está tratando de transmitir.

EL PERRO Y LA CENA

Una pareja suiza relató al periódico *Blick* que habían llevado a su perro de lanas a un restaurante de Hong Kong e indicado al camarero, por señas, que querían que alimentaran al animal. El perro fue sacado de allí. Cuando el camarero volvió con una fuente cubierta con una tapadera de plata, encontraron a su perro asado dentro, guarnecido con salsa de pimiento y brotes de bambú.[7]

La pareja informó que estaban traumatizados y sufrían un *shock* emocional. Muchos maestros Sufis, como Rumi refleja en su *Fihi ma Fihi* y en el *Masnavi*, indican que la gente se comporta con los materiales espirituales casi con el mismo aire de traumatización.

6. *Daily Express*, Londres, 29 de noviembre de 1969, pág. 1, columnas 5-6.
7. *The Times*, Londres, 21 de agosto de 1971, pág. 1, columna 8 (vía Reuter).

La imparcialidad como punto de vista

Pregunta: ¿Cómo podemos alcanzar la imparcialidad?

Respuesta: La imparcialidad de mucha gente no es tal, sino una cobertura para un punto de vista parcial.

Si tienes una inclinación hacia la imparcialidad, tu meta debe ser el control de la inclinación, no el forcejeo hacia la imparcialidad... porque nunca alcanzarás la imparcialidad a través de una inclinación.

Las personas creen que son imparciales, sin embargo pocas lo son.

Encontrar gentes imparciales es por lo general fácil para aquellos que no las necesitan.

Como dice Anwar-i-Suhaili:

> «Si la práctica tuviera verificación, seríamos capaces de reconocer a los mentirosos por sus rostros.»

Como ejemplo de imparcialidad, recordemos la acción de Bishr al-Hafi, citada por Ghazzali en su *Libro del conocimiento*, quien enterró un gran número de libros, diciendo:

> «Siento la urgencia de volver a relatar las tradicioncs, pero no lo haré hasta que el deseo se mitigue.»

La carencia de experiencia e información provoca la carencia de imparcialidad; pero esto no impide que la gente crea que de hecho son objetivas. Lo creen porque tienen el fuerte

deseo de serlo o aparentarlo. De allí la observación de Bishr sobre el papel inhabilitador de la emoción del deseo.

Podemos ilustrar lo que la gente hace cuando tiene muy poca información y demasiado deseo mediante un caso, sin lugar a dudas «objetivo», producto de una observación antropológica de Nueva Guinea:

COMPRAR AL PRESIDENTE

En abril de 1966, algunos isleños se rehusaron a pagar los impuestos porque estaban ahorrando para comprar al presidente de los Estados Unidos. Ya se habían rehusado a votar mientras el nombre del presidente no estuviera en la papeleta electoral...[8]

Para alcanzar un punto de vista imparcial, tienes que ser capaz de observar las situaciones más allá de su «mensaje» inmediato, de modo que así puedas a su debido tiempo ver las cosas «en su totalidad».

Si se me pidiera que ilustrara esto por medio de un paralelismo occidental, elegiría este cuento:

DOS EN UN MANICOMIO

Un guía de cierto manicomio describía dos casos a algunos psiquiatras visitantes.

—En esta celda acolchada —dijo— tenemos a un hombre que se volvió loco cuando otro hombre se casó con la chica de la que estaba enamorado.

—¿Y en la celda siguiente? —preguntó uno de los visitantes.

—En ésa está el hombre que se casó con la chica.

8. *The Times*, Londres, 14 de abril de 1966, citando a Reuter, 13 de abril.

Características y propósitos de un grupo Sufi

Pregunta: ¿Puede usted indicarme algunas características y propósitos de un grupo de vida Sufi?

Respuesta:

Apariencia: puede adoptar cualquier forma coherente con la cultura en la cual está operando; el principio imperante es que ciertas gentes tienen que relacionarse con algún tipo de entidad viable.

Objetivo: formar y mantener, bajo guía apropiada, las condiciones especiales en las cuales la enseñanza puede operar.

Intención: permitir a tantas gentes como sea posible, en su debido orden, obtener la comprensión que les facilitará los más altos (tanto como los más bajos) efectos de la enseñanza para alcanzar la máxima ayuda evolutiva.

Programa: mantener al grupo operando como un canal para los impulsos sucesivamente refinados de la fuente, y armonizar a los miembros para que sean capaces de percibir estos impulsos.

Características: gentes de mente lo suficientemente seria, pero no adoctrinada; actitudes adecuadas para actuar sobre la transmisión; una orientación adecuada para aceptar y trabajar con los materiales suministrados o indicados por el representante hasta que llega el tiempo de la enseñanza.

Modus operandi: reuniones, lecturas, «audiciones», representaciones, prácticas, estudio teórico y práctico, organización del medio ambiente.

Empeoramiento: evidenciado por la aceptación de simplificaciones, contracción de la actividad, pensamiento mesiánico en busca des panaceas, pautas de conducta jerárquica que creen ser sacrosantas, aceptación literal de lo figurativo y viceversa, hagiografía, suministro de estímulos y/o reaseguros sociales y psicológicos, ofrecimiento de campo para la proyección personal, aplacamiento del deseo de atención, sustitución de éste por diversiones de grupos políticos, organizativos, religiosos, psicológicos, sociales, académicos, familiares y de otro tipo.

Contrasta esto con ese tipo de grupo del «hombre de enseñanza» rodeado por otros, del que Al-Thauri dice: «No dudes de que es un impostor y un fraude: porque si fuera a decirles la verdad, lo odiarían.»

Prerrequisitos para un estudiante de sufismo

Pregunta: ¿Puede usted indicarme un prerrequisito esencial para un estudiante de sufismo? Creo que esto ha sido insuficientemente comprendido.

Respuesta: Uno esencial es que el estudiante no debería intentar imponer sus propias condiciones de estudio o criterios de progreso.

En cuanto a la comprensión, un estudiante no debería pensar que puede comprender sólo porque quiere hacerlo.

MIL TE LLAMARAN INFIEL

En cuanto a ser comprendido, fue el gran Junaid de Bagdad quien dijo:

> «Nadie obtiene el rango de la verdad hasta que mil personas sinceras se pronuncien llamándolo infiel.»

Pero la sinceridad de la que él habla no es sinceridad real, objetividad absoluta. Es la sinceridad de gente que se imagina que es sincera porque cree ciertas cosas, conozca estas cosas o no.

El acto sincero, reflejador de la verdadera sinceridad, es definido por Abu-Yaqub al-Susi, en el *Taaruf* de Kalabadhi:

«El acto verdaderamente sincero es aquel no conocido por testimonio de ángel, ni por demonio afligido, ni por el yo, para estar orgulloso de él.»

Esto significa que los seres humanos tienen que ser conscientes de su esencia, la parte real de ellos mismos, que habla cuando los otros elementos guardan silencio.

EL INSECTO

En *Fihi ma Fihi*, Rumi dice que hay un insecto diminuto en el campo, que no puede ser observado a primera vista. Pero tan pronto como hace un sonido, las personas se alertan y lo ven. Las gentes, de forma similar, están perdidas en el campo de este mundo, su medio ambiente y preocupaciones. La esencia humana está oculta por culpa de todo este tumulto.

TODOS MIRAN LO MISMO

El gerente de un restaurante chino, a quien se le pidió en una corte londinense que identificara a un hombre acusado de robar pollos de un restaurante chino, dijo:

—Para mí todos los hombres blancos son iguales.[9]

No siempre se comprende lo que se ve de acuerdo con sus cualidades, que pueden ser relevantes para una percepción dada, como ocurría con el chino y el hombre blanco. El chino, en términos de Rumi, estaba «perdido» en el campo de su propio mundo. El hombre blanco, ante la expectación de la corte, estaba en su apariencia instrumental: es decir, la identificación de su apariencia conduciría a ciertos hechos. La descripción, a pesar de ser necesaria, era secundaria.

El estudiante debería también considerar tales cosas como lecturas de un instrumental, no descriptivas, recordando lo que Faris cuenta que Abu-Abdullah Shikthal respondió cuando se le preguntó por qué no enseñaba:

9. *Daily Telegraph*, Londres, 25 de enero de 1969, pág. 23.

«La existencia no es real, y es erróneo hablar de lo que no es real. No se pueden utilizar palabras para describir lo real, de modo que, ¿para qué voy a hablar?»

El estudiante debe estar preparado por la experiencia y absorber lo que no afecte la conciencia ordinaria donde las palabras y emociones ejercitan sus funciones.

A pesar de que «el mundo» no es real, ya que lo que percibimos de él depende de nuestros sentidos de percepción, que pueden ser engañosos, condicionados o cambiados —de aquí que no haya ningún tipo de absoluto—, la función instrumental significa que puede ser empleado con propósitos de enseñanza. Por eso uno de los «prerrequisitos esenciales» por los que preguntas es, por cierto, que este principio debería estar registrado en tu mente. Tal como el Sufi Gharib-Nawaz indica:

«Cada partícula de polvo es una copa donde puede verse a todo el mundo.»

Algunas cosas del mundo conducen hacia la comprensión y otras hacia una gran complicación con el mundo, con una consecuente carencia de percepción y un falso entendimiento.

LA PARABOLA DEL ARBOL

El jeque Abdul-Qadir de Gilan, en sus veintisiete directivas del *Futuh al-Gahib*, invita a sus oyentes a pensar en el bien y el mal como dos frutos del mismo árbol. «Acércate al árbol y conviértete en su guardián y solícito siervo y adquiere conocimiento de esas dos ramas y de los dos frutos y de sus alrededores y permanece cerca de la rama que produce el dulce fruto; entonces éste será tu alimento y fuente de poder, y guárdate de acercarte a la otra rama y comer el fruto, pues su amargura podría matarte... y cuando estos frutos sean llevados ante ti y el dulce no pueda ser distinguido del amargo y comiences a comerlos entonces... puedes poner el amargo en tu boca.»

Conforme es disconforme

Pregunta: ¿Podría usted decir algo sobre el uso técnico del término «el loco» para el Sufi?

Respuesta: Hay un dicho persa: «A un loco es suficiente gritarle ¡HOO!» (*Diwana-ra HOOI bas ast*). La repetición de la sílaba HOO es una parte de los ritos Sufis. Así este dicho indica, a los intelectualistas, que tú simplemente gritas esta palabra y el discípulo bien condicionado comienza a brincar; y a brincar, como pensaría el no iniciado, sin ritmo ni razón. Pero el Sufi se siente orgulloso de ser, ante los ojos del no instruido, «un loco»; y así utiliza la frase él mismo para indicar que, en un cierto estadio de iniciación, esa única sílaba, dicha una sola vez, es suficiente para sostenerlo y producir en él el estado que desea.

Esto nos lleva de forma directa a las dificultades de una práctica que es inexplicable para muchas personas, pero que otras VIVEN plenamente.

Los libros que han sido escritos por Sufis son parciales; hay que leerlos en determinado tiempo, quizás en conjunción con determinados movimientos o determinadas armonizaciones; de otro modo su sentido sólo es fragmentario, tal como una gran cantidad de otro material iniciatorio que ha sido considerado en su valor superficial por los observadores «externos». Es como si un hombre lamiera la cáscara de una manzana y dijera que ésta es placentera para la nariz, pero que parece poco nutritiva.

Algunas personas pueden decir que no buscarán la ilumi-

nación o verdades de otro mundo si esto implica tener que brincar. Es como decir que manejarás tu coche evitando que alguien se acerque a llenarte el tanque de gasolina. Algunos dicen que quieren algo que puedan comprender antes de «introducirse». Es como decir que tú tendrás que manejar el tren o no viajarás de ninguna forma.

Es esta actitud «exterior» hacia los sistemas iniciáticos lo que conduce al surgimiento de falsos cultos, que aparentan entregarte «secretos» que puedas comprender. Excepto que, de hecho, no te dan nada en absoluto.

Si crees que puedes comprender un poema —siempre que te hayas dado tiempo o tranquilidad para asimilarlo— y no lo consideras de otra forma, puedes estar apartándote de un poema que quizás ha sido escrito específicamente para leerse o recitarse sólo bajo determinadas circunstancias, las cuales pueden implicar una negación de las condiciones que tú intentas imponer. Un ejemplo son las costumbres, que se crean o se copian de algún otro. No es suficiente reclamar que estos cánones son sacrosantos. No lo son, no pueden serlo... y no puede mostrarse que lo sean.

La famosa frase: «*C'est magnifique, mais ce n'est pas la guerre*» es un ejemplo típico de algo que no debería ser, de acuerdo con la creencia Sufi. En verdad, NO PUEDE ser.

Hay un interesante dicho que implica el uso del término técnico «loco» para el «Sufi».

> **«Un tonto puede con facilidad arrojar una piedra dentro de un pozo, pero cien eruditos no son capaces de sacarla fuera. Se necesita un Sufi.»**

Este dicho se refiere a la dificultad con que ciertos intelectuales (eruditos) se manejan con ideas fijas y problemas psicológicos (un tonto).

Lo que parece locura para algunos puede ser cordura para otros: y a la recíproca. En relación con esto recuerda las palabras del jeque Abdullah Ansari de Herat:

> **«El hábil artesano utiliza el mismo hierro para hacer una herradura que cuando construye un bruñido espejo para el rey.»**

Treinta mil norteamericanos mueren cada año como resultado de tomar los remedios prescritos por sus doctores. Un

grupo diez veces mayor necesita tratamiento hospitalario a causa de la reacción adversa provocada por los remedios.[10]

Lo que puede ser bueno para alguien no es ciertamente bueno para otros. La aplicación indiscriminada del proceso sufico y de procesos de otro tipo, tomados de libros o transmitidos por imitadores triviales, es la locura: no la aplicación medida y comprensiva de especificaciones reales para las condiciones apropiadamente diagnosticadas.

10. *Daily Telegraph,* Londres, 2 de enero de 1976, pág. 19, columna 1, citando el Boston Collaborative Drug Surveillance Program.

«Tiñe tu alfombrilla de oraciones con vino»

En uno de sus poemas más conocidos, el gran poeta Hafiz dice que deberías teñir tu alfombrilla de oraciones con vino si tu maestro te dice que lo hagas.

Este consejo, aunque pueda ser alarmante para la mente limitada de los literalistas, es muy admirado por los Sufis... y no solamente por la belleza poética del original persa.

Los Sufis admiran esta recomendación porque es un ejemplo clásico de sentido múltiple, donde una precisa fórmula de desarrollo es representada en varias dimensiones. Echemos un vistazo a los ingredientes por separado, los cuales, juntos, dan la instrucción y el contenido de lo que sólo puede denominarse un ejercicio viviente:

1. *Impacto*: «Tiñe tu alfombrilla con vino» es una frase destinada a provocar un impacto en alguien cuya fe está basada en el condicionamiento de que, por ejemplo, «el vino sólo puede significar algo malo».
2. *Alegoría*: el vino representa la experiencia interior, similar al «rapto místico» en otros sistemas.
3. *Obediencia*: las órdenes del maestro son absolutas.
4. *Ocasión*: el maestro ordena hacer algo cuando esto es indicado para el progreso de uno. No dice: «tiñe tu alfombrilla constantemente», ni «hasta que no tiñas tu alfombrilla no serás Sufi». Dice: «Cuando te diga que tiñas tu alfombrilla... tíñela.»
5. *Analogía*: así como la alfombrilla de oraciones no es la plegaria, sino más bien algo externo, así también, en ese

nivel, el vino es algo externo y por tanto secundario. De forma similar, la obediencia al maestro, que el superficialista considera como algo que implica un gran sacrificio y un alto mérito, es sólo parte del crudo y superficial orden en las relaciones entre maestro y discípulo, así como la alfombrilla lo es de la oración y el vino de la experiencia mística verdadera.

6. *Multiplicidad de ejercicios*: no se dice «Teñir la alfombrilla con vino es la llave dorada». Por el contrario, es más bien una insinuación de que sólo es una actividad, una parte de una actividad medida y conocida que conducirá a algún lado. Este es el signo distintivo más poderoso de este sistema. En la medida en que el estudiante pueda aprender que está trabajando dentro de un sistema complejo y refinado, y sólo en esa medida, será capaz de moverse al margen del burdo fanatismo y la superficialidad. Los seguidores de los «sistemas» siempre buscan —o creen que han encontrado— la única práctica, o la única varilla mágica, que les dará lo que quieren: iluminación o cualquier cosa que esto sea.

El valor de esta enseñanza no puede sobrestimarse. Desanimaría y fastidiaría a aquellos que no pueden sacar provecho de ella. Sería amargamente inútil para aquellos que quieren convertir la vía Sufi en un simple culto. Mostraría y haría obvio quiénes son simples copistas o románticos, porque serían incapaces de beneficiarse de los términos en los cuales la hemos analizado.

Y todo esto está contenido en unas pocas líneas de algo que un observador literario imagina quizá que es sólo lirismo y el flujo poético de un hombre que se aprovecha de un proceso de éxtasis.

Hasta que el auténtico espíritu de tales documentos técnicos sea apreciado por el estudiante, no podemos tratar con un auténtico estudiante; un consumidor de poesía, quizás, un seguidor, quizás, un *poseur*, incluso, que no sabe que lo es. Pero no estamos tratando con alguien que, en esta condición, pueda progresar más allá de lo exterior.

En verdad, he oído hablar de gentes que se consideran a sí mismas como maestros, que beben vino y piden a sus discípulos que también lo hagan, intentando «seguir lo que Hafiz dijo».

Cualquier comentario de esta conducta mimética doblemente absurda no tendría, creo, más nivel que el siguiente chiste:

—¿Qué efecto tuvo la dieta de plátano en tu esposa?

—Bien, no adelgazó, ¡pero si vieras cómo trepa a los árboles!

El maestro teñidor

Pregunta: ¿Qué tipo de planificación pueden hacer los Sufis de las personas que no están familiarizadas con los términos culturales corrientes?

Respuesta: Veamos este ejemplo:

EL REY Y EL SUFI

Había una vez un rey que no encontraba en su reino a nadie lo suficientemente sabio o grande para sucederle. De modo que pasó muchos años de búsqueda y estudio hasta que encontró a un posible sucesor, llamado Arif el Arifin. Entonces el rey, perplejo ante el problema de cómo introducir al sabio haciendo frente a la inevitable inercia, celos y expectativas que existían en ausencia de la constante presencia y reconocimiento de un sabio, pidió a Arif mismo que elaborara un plan.

—¿Quiénes son en vuestro reino las personas más famosas por su envidia e inflexibilidad? —preguntó Arif.

—Los teñidores de lana y tela —dijo el rey—. Cada uno de ellos se cree un maestro teñidor, cree que sus técnicas y conocimientos son los mejores. Estos hombres se asocian muy rara vez y luego, por lo general, sólo se oponen al ocasional intruso o teñidor menor que intenta destacar en la profesión.

—Muy bien —dijo Arif—, es una buena razón para anun-

ciar a los teñidores que el más grande maestro del mundo de su arte viene a instalarse en tu ciudad capital.

Cuando los teñidores oyeron hablar de esta posibilidad en la ciudad, y se mostraron ejemplos de los trabajos de Arif el Maestro Teñidor, que eran magníficos, se sintieron enfurecidos. Comenzaron a odiar al desconocido rival con tanta amargura que pronto se hizo obvio para casi todos que era una poderosa emoción, no justicia o fidelidad a su artesanía, lo que subyacía detrás de sus malévolas, amargas y con frecuencia irracionales denuncias contra el intruso.

Entonces las gentes del país en general vieron que los teñidores no habían sido educados para distinguir entre un buen teñido —o teñidor— y uno malo, escucharon los ataques, vieron la rabia, observaron el frenesí. En verdad, era casi imposible para ellos evitar estas cosas. Y el principal efecto que los teñidores pudieron lograr, a pesar de que por supuesto no era el deseado, fue poner el nombre de Arif el Demonio en todas las bocas.

Cuando por fin Arif entró en la ciudad, toda la población se congregó para verlo. Se movía con tanta tranquilidad y dignidad entre el pueblo, que la gente era incapaz de encontrar la perfidia, ignorancia y maldad contra las cuales les habían advertido, y en consecuencia llegaron a la conclusión de que habían sido engañados sobre el carácter de Arif. Su aceptación, y la rapidez con que lo hicieron, fue correspondientemente grande. Su desprecio por los teñidores fue igualmente completo. No sólo comenzaron a llevar todas sus telas para que Arif las tiñera, sino que también, como en los buenos cuentos, éste logró heredar el trono.

De boca para afuera circula la idea de que la gente no debería tener envidia de los otros, y así mucha gente cree que no son envidiosos y que no se oponen a los demás. De hecho, lo cierto es al revés, y en la vida ordinaria utilizamos la envidia como combustible. Debes recordar el dicho que afirma que hay tres cosas que cada individuo considera sólo atribuible a los otros: 1) falta de sentido del humor, 2) mala conducción, 3) envidia.

La planificación que hacen los Sufis, que es poco familiar porque no es una teoría de las culturas corrientes, está contenida en el dicho de Dhun'nun el Egipcio, citado por Khwaja Gharib Nawaz:

«Los Sufis son aquellos que han erradicado de sus mentes las tendencias humanas de envidia y antagonismo.»

No puedo evitar decir que, creo, hay muchas cosas expresadas en los términos culturales corrientes que son de la mayor importancia para las gentes que quieren comprender la vida Sufi. Algunos de ellos pueden ser indicados para las gentes antes de que puedan ir más allá de su presente contexto, como tú pareces querer hacer. Muchos de los que quieren un «conocimiento esotérico» no se preocupan por los sentidos exotéricos básicos que vienen primero. En el cuento siguiente, los dos primeros consejos podrían haber sido dados al nervioso «buscador» por cualquiera. No era necesario un Sufi.

CONFUSION DE IDENTIDAD

Cierto «buscador de la verdad» irrumpió en la casa en la que se le había dicho que moraba un sabio oriental. Aferró la mano de la figura sentada en una alfombrilla de oraciones y le suplicó que lo aconsejara.

—Te diré tres cosas —dijo el otro hombre—. Primero, estás demasiado excitado para comprender algo. Segundo, estás pisándome. Tercero, soy un servidor... ¡el sabio vive al lado!

Método, sistema y condicionamiento

Hay cuatro factores que, cuando son aplicados a los seres humanos, los «programan» como máquinas. Son los factores utilizados en el adoctrinamiento y el condicionamiento. Por su uso, deliberado o no, aplicado en uno mismo o no, la mente humana se ha hecho más mecánica y tiende a pensar a lo largo de líneas estereotipadas.

Innumerables experimentos, recientes y antiguos, han verificado totalmente la presencia y efecto de estos factores. Ellos son: tensión alternada con relajamiento, utilización de *slogans* y repetición.

Debido a que a la mayoría de los seres humanos se los entrena para aceptar estos factores como parte de su proceso de «aprendizaje», casi todo lo que se le presenta a un ser humano para que aprenda es, por lo general, convertido por éste en material sobre el cual aplica estos métodos.

De la comprobación de un sistema de enseñanza, y de su éxito, sabemos si 1) es aplicado por estos métodos, con o sin conocimiento; y si 2) se desarrolla en un sistema que utiliza estos métodos.

Prácticamente, ninguno de los distintos agrupamientos de personas comprometidas en este tipo de enseñanza con los que tomé contacto durante estos últimos años estaba libre de este elemento o de estos factores. La conclusión es que un grupo de *slogans* había sido cambiado por otro, y frases como «el hombre está dormido», palabras como «esencia», ciertos ejercicios y técnicas, así como material literario, habían sido estudiados con tanta atención y diligencia, que su

principal y único éxito había sido el adoctrinamiento. Se había consumido su efecto instrumental.

Es principalmente por esta razón que la tradición dice, en forma repetida, que la formulación debe cambiar de acuerdo con la gente, el lugar y la obra.

Es muy fácil comprobar qué individuos han reducido —no por culpa propia— esta respuesta (o «reflejo condicionado») a términos de trabajo y a otros estímulos de enseñanza. Estas personas siempre responden de una manera típica a las propuestas que se les hacen, y a este respecto no difieren de gentes que han sido adoctrinadas dentro de un sistema estático y lineal: político, patriótico, económico, religioso, filosófico, donde la dimensión extra del entendimiento es débil o está ausente.

Hay, sin embargo, un rasgo atenuante. Esto es, si desandamos nuestra posición hasta el momento exactamente anterior a aquel en que el aprendizaje y la enseñanza se establecieron como condicionamientos en la mente de los individuos, podemos reclamar la flexibilidad que el trabajo exige. Los métodos utilizados para hacer esto, sin embargo, no son familiares para la mayoría.

Tienes que ser capaz de comprender antes de que puedas verificar.

Las personas, por lo general, no alcanzan una suficiente profundidad dentro de sí mismas como para aprender lo que los Sufis llaman realidad. Hacen suposiciones prematuras sobre cómo aprender, asumen que aquello que los atrae debe ser bueno, etcétera, lo que al fin acaba con sus supuestos propósitos.

EL ZORRO INVALIDO

En el *Bostan*, de Saadi, hay un cuento de un hombre que una vez vio un zorro inválido y se preguntó cómo se las arreglaría para estar tan bien alimentado. Decidió observar, y descubrió que éste se había instalado cerca de un lugar donde un león traía su presa. Después de comer, el león se alejaba y el zorro se comía los restos. De modo que el hombre decidió dejar que el destino le sirviera a él de la misma manera. Se sentó en una calle y esperó, y todo lo que suce-

dió fue que se volvió cada vez más débil y hambriento, y nada ni nadie se interesó por él.

A su debido tiempo, una voz dijo:

—¿Por qué tienes que comportarte como un zorro inválido? ¿Por qué no deberías ser un león, así los demás podrían beneficiarse de lo que dejas?

Este relato es en sí mismo una prueba interesante. A veces parece alentar a algunos que tienen el deseo de enseñar a establecerse como maestros, mientras permite que otros, más humildes, reordenen sus ideas de tal modo que puedan aprender primero, sin importar cuán dispuestos estén a imaginar que son capaces de enseñar y beneficiar a los otros antes de tener su propio enfoque correcto.

Todo lo que el hombre necesita está en el mundo. ¿Cómo lo utiliza? Piensa en este proverbio oriental: «Dios provee el alimento, los hombres proveen los pollos.»

Cultura occidental

Pregunta: ¿Por qué es usted un crítico de la cultura occidental?

Respuesta: La respuesta es simple, yo no soy verdaderamente «crítico» de la forma que tú supones. Cuando formules este tipo de preguntas debes tener presente tres cosas, o te arriesgas a que nadie se moleste en contestarlas:

1. Tienes que tener algunos hechos que la respalden, sean específicos o generales, tanto para fundamentar tu pregunta como para producir una respuesta productiva.
2. Tienes que advertir que el mundo moderno en el cual vivimos está ampliamente influido por la «cultura occidental», y que, por tanto, es casi imposible equivocarse siendo crítico de casi cualquier cosa: «¿Por qué matas millones de seres inocentes —bacterias— cada vez que respiras?» Esta pregunta puede ser accesoria a la otra.
3. Esta pregunta ha sido formulada, y respondida, en un país occidental, que es parte de la cultura occidental y donde, debido a esa cultura, las agonizantes autovaloraciones, las críticas y los reproches casi *ad infinitum* han sido por mucho tiempo la conducta estándar sin la cual —si sólo escuchas y lees lo que te rodea— la vida quizá hubiera llegado a su fin.

Si hay en realidad alguna buena razón para criticar la «cultura occidental» como tal, es que se debería deplorar su

falla en alimentar y mantener no el juicio crítico del que constantemente se enorgullece, sino el límpido pensamiento que, digamos, los griegos —supuestamente occidentales— tenían, y que deberían haberte transmitido, capacitándote para responder este pregunta por ti mismo, ahorrando tiempo y esfuerzo y permitiéndote emplear la capacidad mental en algo un poco más avanzado.

La gente occidental, cualquiera que sea su ideología, pasa mucho tiempo en el manejo de creencias, convicciones, compromisos... cambian el nombre, pero el proceso es el mismo. Yo no hago crítica sino descripción al mencionar esto, y al ofrecer el remedio en el dicho: «Cuando eres el más convencido, es que es hora de tomar precauciones con tu certeza.»

La cultura occidental, como cualquier otra cultura, debería adoptar en lo más íntimo este antiguo dicho oriental: «Por útil que sea como vestimenta, no se come.»

La tradición occidental

Pregunta: ¿Podríamos tener cuentos e ilustraciones de la tradición *occidental* que ilustren o hagan accesible el tipo de conocimiento que es tan frecuentemente citado en Oriente?

Respuesta: Por cierto que podríais *tener* esos ejemplos, pero el problema es que en Occidente la comprensión del ejemplo ha sido a menudo trivializada: «Dad a un perro un mal nombre y colgadle.» Hay muchos chistes e historias de la literatura y el folclore occidental que se podrían emplear en el desarrollo de la sabiduría. Pero la costumbre ha sido escribirlos como relatos cortos, o reírse de su «lado gracioso». Como resultado, la gente está vacunada contra su posibilidad de provocar discernimiento.

P: ¿Por qué no ha sucedido esto con la literatura oriental?

R: Porque el concepto de la «perla dentro de la (trivial) concha» se ha repetido constantemente y se ha mantenido vivo. Por interesante que resulte, este concepto ha sido subrayado en las traducciones y repeticiones occidentales de estas historias con la suficiente frecuencia como para insistir en que este elemento se mantuviera como una posibilidad hipotética. Esa insistencia en que la ostra puede contener una perla, en lugar de ser meramente una ostra en venta, por decirlo así, permite que el hombre occidental busque

este contenido en relatos que tienen un sabor oriental, cuando no lo toleraría en un relato occidental.

P: ¿Es posible tener algún ejemplo?

EL MARIDO HEROICO

R: Consideremos el cuento de la mujer que no quería casarse con un hombre porque éste «no tenía éxito». Dijo que sólo se casaría con un héroe. El hombre fue a Africa y se convirtió en un explorador mundialmente famoso. Cuando volvió en busca de ella, la mujer le informó que en el ínterin se había casado. El exigió saber quién era el hombre modelo que la había obtenido, para poder así tributarle el debido homenaje.

—El es sólo el profesional del club de golf de la carretera —le confesó ella.

Así se expresa un escritor occidental en un irónico relato. Su profundo, sabio y diáfano valor está oscurecido por el hábito localista occidental de buscar sólo «el efecto final», el humor como humor, caracterización, argumento, clímax y anticlímax, etcétera.

En este proceso se han perdido los otros valores del relato. Pero si hubieran sido dispuestos en una forma oriental, hasta la audiencia occidental podría haber visto algo de su gran valor instrumental. Y hay docenas de ejemplos de este tipo.

La mayoría, pero no todos, de los artificios verbales corrientes en Occidente hubieran sido más apropiados para superficiales forjadores de palabras u ocultistas. Pero algo queda, y se puede recuperar mucho más.

CUENTO DE UNA OREJA

Los materiales que más frecuentemente se encuentran en Occidente están en reuniones, en chistes, en cuentos, en acontecimientos. Aunque no hay habilidad para utilizarlos, se la puede desarrollar.

Una de las necesidades básicas Sufis es permitir que las gentes se vean a sí mismas como realmente son, y hagan a

un lado las fantasías sobre cómo son o sobre lo que creen que están haciendo. He aquí una anécdota occidental lo suficientemente buena para ser un cuento-demostración Sufi:

Un hombre fue a una exposición de Van Gogh en Nueva York. El lugar estaba tan repleto de gente que ni siquiera pudo acercarse a los cuadros. Se marchó y talló una oreja en cecina; luego la enmarcó y volvió a la exposición, donde la colgó de una pared con esta inscripción: «oreja de Van Gogh».

La multitud se agolpó sobre este objeto, permitiendo así que el verdadero aficionado viera los cuadros y demostrara al público que ellos sólo estaban allí en busca de sensaciones.

En un contexto Sufi, este cuento hubiera sido utilizado tanto para señalar la diferencia entre estética y emoción, como para que los participantes se vieran a sí mismos como realmente eran.

En Occidente, sin embargo, estos cuentos son por lo general utilizados sólo como chistes: permiten al oyente sentirse contento, y quizás aliviado, de no haber estado allí; o superior, porque se «engañó» a otros exitosamente.

Es interesante reflexionar que, mientras que el occidental quiere saber si hay tradiciones en su propia historia que podrían ayudarlo, el oriental tiende a querer saber si el material lo ayudará, no a conocer su procedencia.

Recuerdo el viejo dicho: «El niño recalca: "Ese halcón es blanco", mientras que el adulto pregunta: "¿Son muy afilados sus espolones?"»

Y espero que no olvidemos, mientras tratamos este tema, que muchas de las más preciadas tradiciones de Occidente derivan, y no sin orgullo, de Medio Oriente, y especialmente del Mediterráneo oriental...

¿Cómo enseña el Sufi?

Pregunta: Usted suele decir que los Sufis no enseñan por medio de «estereotipos». ¿Cómo enseña el Sufi?

Respuesta: El maestro Sufi tiene la tarea de comunicar su mensaje y realidad. Tiene que reducir, no incrementar, el efecto de su propia personalidad en favor del contenido.

Una prueba de adaptabilidad de un estudiante es ver si éste puede desechar la fijación por medio de una técnica, persona o escuela... y hacerlo abrir para recibir una enseñanza comprensiva.

La misión del maestro Sufi es estar al servicio de aquellos que pueden aprender. No existe para agradar o desagradar a nadie. De acuerdo con las preconcepciones de otros con respecto a su apariencia, ésta es irrelevante para sus funciones: aunque no necesariamente, como nos recuerda Ibn Arabi, para su viabilidad social.

El trabaja de acuerdo con las perspectivas de sus estudiantes y la posibilidad de mantener la continuidad de la comunidad de Sufis.

No maneja fórmulas ni insiste en la realización de procedimientos mecánicos. Su conocimiento, por el contrario, le hace posible prescribir estudios apropiados para la gente adecuada, en el momento indicado y en un lugar adecuado.

Muchos, a pesar de sus opiniones y protestas, no quieren aprender. Al contrario de las apariencias, tienden a enredarse en actividades que utilizan como sustituto del aprendizaje. Llaman a estas actividades «estudios».

A veces, ésta es una proclividad que les ha sido inducida, tanto sea a través de libros o por contacto humano, incluso por bienintencionados imitadores. Esto provoca que se presuma que ciertas experiencias insignificantes representan espiritualidad o lo trascendente, o que tienen algún otro tipo de significado del que de hecho carecen.

Si realmente quieres aprender, no te sorprendas si alguien trata de enseñarte. Y no rechaces el método a la ligera. Las personas que no conocen las bases reales de un estudio es probable, por supuesto, que se sorprendan cuando se les revelan sus métodos.

Esta revelación es conocida por los Sufis como conocimiento del corazón.

Dhun'nun dice:

> Lo que los ojos ven es conocimiento
> lo que el corazón sabe es certidumbre.

Lo ciertamente falso es obsesión, sea ésta implantada o no.

Mucha gente de hoy en día está educada por medio del pensamiento mecánico y dentro de marcos muy limitados, los que, a su turno, hacen que sólo sea capaz de manejar ciertos tipos de experiencia. Esta educación es excelente, pero sólo para sus propios propósitos. Los productos de este entrenamiento utilizan sus empobrecidos y restrictivos principios para «valorar» cosas tales como el aprendizaje Sufi. ¡No me sorprende que se obtengan resultados tan extraños!

Rumi nos habla de un Sufi y un gramático que estaban sentados juntos. El gramático anunció que «una palabra debe ser una de tres cosas», refiriéndose a la valoración gramatical. Al instante el Sufi se enfureció y gritó:

—¡He luchado durante veinte años con la esperanza de que hubiera más [significados] para una palabra que esto, y ahora tú me has quitado la esperanza!

De esta forma el Sufi trataba de señalar al gramático que sus términos de estudio eran demasiado estrechos, y que por cierto éstos no se podían sostener sin el preámbulo de que «esto es cierto en la gramática»...

Hay otro factor en la enseñanza y el aprendizaje, ilustrado por el siguiente relato.

EN LA BIBLIOTECA

Tres derviches se encontraron en una biblioteca.

—Voy a leer todos los libros de sabiduría Sufi —dijo el primero—. Luego consideraré sus significados y veré cómo se relacionan conmigo.

—Copiaré los libros de mi propia mano, de forma tal que sus lecciones puedan ahondarse —dijo el segundo—. Luego revisaré su significado interno y externo.

—Ganaré lo suficiente para comprar todos los libros y luego los leeré —dijo el tercero—. Luego os haré preguntas para sacar provecho de las partes de los libros que vuestras palabras y acciones indiquen que no habéis comprendido.

—Y yo —dijo un cuarto derviche que pasaba por allí y se detuvo a escucharlos— estudiaré al tercer derviche para ver si su vanidad le ha permitido ver lo que hay que ver, en los libros y en los productos de los libros.

El Sufi puede no ser capaz de enseñar por medio de la enseñanza directa, tal como ordinariamente se la comprende, a pesar de que la gente solicite esta enseñanza.

El jeque Fariduddin Attar relata[11] que una vez, al retorno de un peregrinaje, se pidió al gran Samnun Muhibb que diera una charla.

LA CHARLA

Cuando el Sufi hablaba, la gente estaba completamente inmóvil.

De modo que el jeque se dirigió a las velas que había en la mezquita donde se encontraban, ya que éstas se bamboleaban al quemarse. Luego, el Sufi estableció el paralelo con su audiencia, y partió.

11. *Tadhkirat al-Awliyya.*

La sabiduría del idiota

Pregunta: ¿Puede usted decirnos algo sobre su libro *Wisdom of the Idiots* (*La sabiduría de los idiotas*); cómo funcionan las citas y relatos?

Respuesta: La gran fraternidad de los Sufis afirma estas tres cosas:

- que la enseñanza Sufi conduce a un reino de iluminación humana superior;
- que aunque cambie sus formas exteriores, el sufismo es eterno; puede decirse que ha existido siempre;
- que la finalidad de la enseñanza Sufi es provocar experiencias que conduzcan a un conocimiento elevado, no simplemente a suministrar información o tratar estímulos emocionales.

El sufismo ha perfeccionado, entre otras técnicas, un método de enseñanza característico que es casi desconocido fuera de los límites de los iniciados en la vía. Este método, llamado Impresión Esquemática de Cuentos, está contenido en el uso especial que los Sufis hacen de la literatura oral o de otro tipo.

Los relatos Sufis, a pesar de que superficialmente parecen suministrar una moral o querer entretener, no son formas literarias como éstas suelen ser entendidas. Son literatura de forma accidental, material de enseñanza de forma primaria. Muchos de los poetas y escritores de Persia son Sufis declarados; y sus obras contienen esas dimensiones internas a las que me estoy refiriendo.

El cuento Sufi, así como ciertas citas Sufis de otro tipo, está destinado tanto a ser apreciado por gente cultivada como a suministrar información, instruir y establecer lo que se llama «un marco para la recepción de la iluminación» en la mente del estudiante.

Este libro está realizado con la intención de preservar en inglés no sólo la forma sino también la intención Sufi del relato.

Una cosa específica que puede decirse sobre el cuento Sufi es que su construcción es tal que permite la presentación en la mente de un proyecto o series de relaciones. Cuando la mente del lector se familiariza con esta estructura, puede comprender conceptos y experiencias que tienen estructura similar, pero que operan en un nivel superior de percepción. Podría decirse que es la relación que hay entre el anteproyecto y el aparato terminado.

Este método, según la enseñanza Sufi, puede producir iluminación al individuo de acuerdo con su capacidad de comprensión. Puede también formar parte esencial de los ejercicios de preparación de un estudiante.

El proceso exige ir más allá de la faz externa de un relato, sin inhibir la capacidad del estudiante para comprender y gozar de su humor u otras características exteriores.

En los círculos Sufis es costumbre que los estudiantes se embeban en relatos destinados a su estudio, de modo que puedan conocer sus muchos significados cuando éstos sean útiles para su desarrollo. Este último estadio puede requerir a veces la ayuda de un maestro en enseñanza para indicar el tiempo y el lugar de tal desarrollo.

Es por estas razones que, en la terminología de viejo cuño, se dice que los cuentos Sufis «encierran un secreto invalorable», que es «liberado por el poder de un maestro en enseñanza».

Analizar estos cuentos especiales es privarlos de su valor instrumental: desarmar un martillo significaría que éste dejaría de ser un martillo. Los cuentos se han utilizado, desde la antigüedad inmemorial, como portadores de conocimiento e instrumentos de comprensión. Pero hay que experimentarlos correctamente. He aquí uno de los pocos que pueden ayudar en esta experiencia, y nada más puede ser dicho sobre el tema:

EL VIAJE

Un hombre viajaba con un Sufi cuando cayó la noche, y ambos estaban cansados y hambrientos. El maestro pidió comida en una casa humilde, y el morador, un pobre hombre, les dio todo lo que tenía.

A la mañana, el Sufi dijo:

—Dios te bendiga, a ti y a tu casa —y los dos viajeros continuaron su camino.

Luego que hubieron dado unos pocos pasos, el discípulo dijo:

—No hemos, por cierto, recompensado a ese hombre por su generosidad. ¿No podría haberle dado usted algo más que bendiciones?

—Tuvo suficiente; más no sería bueno —dijo el maestro.

Pero el discípulo, de corazón blando, inclinó la cabeza y —con toda la cortesía que podía utilizar— insistió en que «todos están destinados a hacer lo que pueden por los otros...».

—Muy bien —dijo el Sufi—, ahora verás lo que sucede.

Volvió y llamó a su anfitrión, diciéndole:

—Hay un tesoro enterrado en tu jardín. Está bajo ese manzano. Excava y prospera.

Continuaron el viaje y vagaron durante un año. Sucedió que pasaron otra vez por el mismo camino, hambrientos y cansados, cuando vieron que la casa ya no estaba allí. Había sido reemplazada por un palacio. El antiguo y amable morador era ahora un gran señor, y todos los habitantes de la región sufrían su tiranía.

—¿Qué me dices ahora? —preguntó el maestro.

—Comprendo lo sucedido —dijo el discípulo—. Pero si usted sabía lo que sucedería, ¿por qué lo hizo cuando se lo pedí? De hecho, ha provocado que este hombre se convirtiera en un opresor.

El maestro hizo un gesto con la mano, y su discípulo vio que habían vuelto a las condiciones del año anterior. Ya no había rastros del tirano: estaban contemplando el rostro sonriente del humilde campesino, diciéndoles adiós. Fue en ese momento que el discípulo advirtió que el maestro Sufi se había desvanecido. No volvió a encontrarlo desde entonces, y eso fue hace ya muchos años.

Atacando el fuego

Pregunta: En un artículo aparecido en una revista literaria, alguien dijo que su caballo de batalla era atacar a los eruditos. Si esto es verdad, y si no lo es, ¿qué es lo que usted está haciendo?

Respuesta: Ya no sólo te interesa lo que yo hago, sino lo que otros (las personas de una o dos revistas literarias) hacen. No soy un experto en críticos, pero después de que alguien trató de demolerme en una ocasión, un bien conocido erudito, a quien molestaba mucho todo este tipo de circo, me envió esta «Oración a la No Entidad»:

> ¡Oh Señor, hazme tener el suficiente éxito para ser atacado! Pero si no puedo tenerlo, ¡déjame fracasar lo suficiente como para tener la alegría de atacar a los otros!

Si ves a un bombero que corre a apagar un incendio y gritas: ¡Mirad a ese hombre con su caballo de batalla, otra vez atacando el fuego! », esto felizmente no lo detendrá ni evitará que otra gente se dé cuenta de que, en cambio, puedes ser tú el equivocado. También deberías notar, si quieres, que en el propio mundo profesional mi actividad parece bien conocida y comprendida. No deberías observar sólo a la persona que es atacada; deberías también observar al atacante y formar tu propia opinión tan bien como puedas. A pesar de que ha transcurrido una década y media, aún no hay indicios de que los eruditos avanzados y respetados

comprendan y apoyen como saludable y justificado nuestro tradicional y bien probado método de «ataque». ¿Puedes decir lo mismo de los pocos a los que has citado?

Yo he criticado sólo a los catedráticos indignos y triviales. El hecho de que algunos académicos piensen que me dirijo a ellos personalmente debe ser interpretado por un psicólogo, no por mí.

Si observas el problema aisladamente, por supuesto que tendrás un panorama distorsionado. A los catedráticos les encanta atacarse los unos a los otros; y la forma más segura de estar establecido en ciertos campos es ser atacado como «no catedrático», que es la palabra que utilizan los catedráticos en su jerga cuando mencionan a un catedrático rival.

El verdadero catedrático tiene un sentido del humor que los eruditos triviales no tienen. Nunca olvidaré la ocasión en que una figura literaria prominente fue presentada en una reunión con estas palabras: «Tengo el gusto de presentar al doctor Bloggs, ¡que ha sido atacado por casi toda publicación seria de este campo durante unos veinte años!

Hubo un aplauso atronador.

Rumi señala con frecuencia, como muchos otros escritores Sufis, que ser un experto no es necesariamente la mejor forma de sacar provecho de algo.

EL HOMBRE FUERTE AQUEJADO DE DOLORES

En una historia relatada por Saadi (*El huerto: de la aceptación*), un doctor visitó a un hombre fuerte que se retorcía de dolor. Su opinión fue que, como el hombre había comido hojas de parra, sería sorprendente si pasaba de esa noche. Pero, continúa Saadi, fue el médico quien murió esa misma noche. Han pasado cuarenta años desde entonces... ¡y el atleta vive aún!

Los catedráticos y especialistas tienen el problema de que la subjetividad puede afectar su pensamiento. Como el doctor, pueden sufrir ellos mismos su falta de conocimiento: pues parece improbable que el médico sospechara que su propia muerte estaba tan cercana... a pesar de ser tan categórico con la muerte de otro.

Se menciona que el profeta Mahoma dijo que el catedrático es más santo que la sangre de un mártir. A pesar de

esto, los Sufis no han rehuido durante siglos el ataque de los catedráticos triviales y de aquellos que son en realidad seudocatedráticos, allí donde éstos se encuentren. Si hacer esto es tener un caballo de batalla, me siento honrado de ser contado entre los seguidores de este noble ejemplo.

Pero, en cualquier caso, estás un poco desactualizado. La batalla ha transcurrido lejos de donde estoy sentado. Algunos catedráticos me atacan, algunos otros me defienden. El primer grupo es denominado la segunda superficialidad, y ahora están peleando entre ellos mismos. Yo no tengo parte en esta disputa, ya que es entre terceras partes.

Un puente y su utilidad

Parecerá poco probable, pero no es una exageración decir que la gente ignora, e incluso desprecia, los materiales que podrían ser su única esperanza de escapar del pensamiento circular.

He aprendido más de la gente, de las cosas y de las ideas que muchos consideran irrelevantes, superficiales o aun inútiles, que de materiales mucho más divulgados y burdamente destacados.

La gente que no puede o no quiere aproximarse a estas fuentes de conocimiento, puede aceptarlas si se las expone de una manera que estén preparadas para aceptar. Esto indica las serias limitaciones de aprendizaje impuestas por la negativa de muchas personas a observar algo que les parece inservible, juzgado desde su exterior.

Pero ésta es sólo la primera parte de un proceso. Puedes «popularizar» o hacer admisible algo, pero en algún momento debes dirigir la atención hacia la cosa original.

Si debemos actuar como un puente, debemos cumplir la función de un puente, que es conducir algo de un lado al otro lado.

LAS DIMENSIONES DE UN PIE

Recuerdo el caso de una persona que fue capaz de comprender esto, y por tanto se volvió sensible a la existencia y

operación de una escuela Sufi que era imperceptible para otros, simplemente digiriendo esta declaración de Rumi, en su *Fihi ma Fihi:*

> «Soy un zapatero con mucho cuero, pero lo cortaré y coseré de acuerdo con las dimensiones del pie.»

El deterioro de los estudios

Pregunta: ¿Cómo se deterioran los estudios?

Respuesta: La gente busca nuevas enseñanzas, o la revelación de antiguas que permanecen ocultas, cuando justamente su problema es que no pueden ver la presencia de la enseñanza en los abundantes materiales asequibles a ellos, antiguos o de otro tipo.

No pueden ver estas enseñanzas porque han elegido cerrar los ojos a la intención de una técnica de aprendizaje. Han «superficializado» su propia herencia de materiales. He aquí un ejemplo.

Muchas personas se sienten impresionadas por el ejemplo de que si miran a algo por medio minuto, encontrarán que su atención se dispersa. En lugar de observar esto como una indicación de hecho, completa en sí misma, hacen dos cosas innecesariamente superficiales:

1. Tratan de mirar cosas por largos períodos con la esperanza de ser capaces de desarrollar su capacidad de atención. Nunca lo logran, sin embargo, cuando lo intentan de esta manera, porque la descripción de la deficiencia no contiene, por supuesto, la técnica.
2. De inmediato suponen que la persona que atrajo su atención sobre sus carencias de atención es capaz de brindarles un método o sistema mediante el cual puedan remediar la situación. Pocas veces parecen advertir que, si un

hombre dice «Esta puerta está astillada», eso no significa necesariamente que sepa cómo arreglarla.

La gente ha perdido la versatilidad de pensar, que era el sello de la antigua enseñanza. «Idolatra» las ideas, haciéndolas residir de forma omnisciente en la ilustración. Esto es exactamente lo que hacen los totemismos. El hombre moderno, sin embargo, no se reconoce a sí mismo como un ser totémico, quizá porque no vive en una selva tropical.

EL VERDADERO POBRE

El gran jeque Abdullah Ansar de Herat dijo que el verdaderamente pobre era aquel que no era independiente de la pobreza: aquellos que verdaderamente se preocupan por saber si son o no pobres. De forma similar, el apego a conceptos secundarios provoca el deterioro de los estudios, pues cuando ésta es la regla, el envase se confunde con el contenido. Nunca ha sido un pueblo carente de algo quien imaginó que la ausencia física de algo es pobreza, y que la posesión de objetos materiales es riqueza. La cuestión de la actitud está ausente.

Me preguntas cómo se deterioran los estudios. Una de las causas es el mero peso de numerosos desilusionados o gente superficial que exigen «estudios profundos» o «conocimiento espiritual». Crean una situación de oferta y demanda que puede provocar tanto las muchas imitaciones de enseñanza y aprendizaje, como que éstas sean consideradas como reales.

SE PROHIBE A LOS INDIOS

En un relato corriente en la India, un estudiante indio en los Estados Unidos oyó de un compatriota que enseñaba espiritualidad hindú a la gente de Occidente. Este hombre estaba bien establecido allí, aunque aún vivía cerca de Delhi la mayor parte del año. Cuando regresó a su casa de vacaciones, el estudiante buscó al gran gurú y respetuosamente aspiró a convertirse en discípulo.

—Lo siento —dijo el principal asistente del gurú en el

Ashram—, no aceptamos a indios aquí... sólo a europeos o norteamericanos.

El joven indio estaba estupefacto.

—¡Creía que los días de la discriminación colonialista habían pasado! —dijo sin aliento—. ¿Quiere decir que no me aceptaréis como discípulo, aquí, en mi propio país?

—Mi querido joven —dijo el gran gurú mismo, acercándose al portal del Ashram—, los hechos son diferentes: ¿alguna vez has *visto* realmente a la espantosa gente que quiere beber en profundidad la espiritualidad hindú? Estoy tratando de proteger a mi país de ellos.

Comunidad y crecimiento humano

Pregunta: ¿Cómo tiene lugar el crecimiento humano en una comunidad y cuáles son los peligros de operar en un grupo reunido al azar?

Respuesta: Tomemos determinados tipos de organización y las creencias sobre ellos comúnmente sostenidas. Luego examinemos otra actitud hacia ellos, como forma de aprender algo.

Una determinada sociedad es la de los francmasones. Es ritualista, se cree que tiene «secretos», y se la quiere llamar una vocación. La gente cree que la masonería crece debido a la camaradería de los masones y su deseo de monopolizar ciertos conocimientos establecidos, y hasta de regular las ofertas de trabajo.

Ahora observemos el noviciado en Europa, Africa y Asia, aplicado a una amplia variedad de artesanías. Otra vez hay iniciación y otras ceremonias. Hay ciertas relaciones, incluyendo un contrato, entre el maestro y el alumno.

Ahora consideremos el ritualismo y las conexiones especiales contenidas en la institución de la monarquía. Y los rumores y creencias de desarrollos especiales o fuerzas de enlace entre los miembros de las familias, clanes y otras agrupaciones de personas.

Lo que todas ellas tienen en común es la creencia de que ciertas percepciones extraordinarias pueden ser desarrolladas por medio de un cierto tipo de asociación humana (sea ella la del alquimista y sus asistentes, la fraternidad de fa-

bricantes de alfombras o alguna entre cientos de otras). En todo caso, el individuo que entra en la asociación tiene como primer objetivo este elemento extra. En otras palabras, la forma verbalizada de enseñanza, hasta la introducción de una enseñanza superior (o interna), es sólo una de las posibles propuestas.

Esto no es suficiente, sin embargo, para que haya un colectivo de personas con la orientación de trabajar al unísono o hacia un objetivo: aunque sin esto la empresa es absurda. Aspiración y deseo no son suficientes, y la conducción debe comprender esto muy bien.

EL MULA Y LA SEQUIA

Este concepto es ilustrado por un cuento de Nasrudín. Un día Mulá Nasrudín vio a un maestro de escuela conducir a un grupo de sus alumnos hacia una mezquita.

—¿Cuál es el propósito de esta actividad, docto maestro —preguntó el Mulá.

—Hay una sequía —dijo el maestro— y esperamos que el ruego de los inocentes conmueva a los cielos.

—Ruegos inocentes o culpables —dijo Nasrudín—, nada puede tener efecto sin conocimiento.

—¿Cómo puede usted probar una declaración tan peligrosa? —farfulló el afrentado pedagogo.

—Es fácil —dijo Nasrudín—, porque si las súplicas y las intenciones dirigidas por la necesidad aparente fueran suficientes, no quedaría ni un solo maestro de escuela sobre la tierra. Los niños anhelan su abolición.

»Así que, aunque los sinceros llantos de los niños hubieran podido haceros desvanecer, serían sólo las oraciones de las personas de conocimiento, que conocen vuestra función, quienes aún os sustentarían entre nosotros.»

Además de la empresa en marcha, debe haber una correcta selección del equipo en particular. Esta selección debe ser efectuada por un maestro. Pero, una vez cumplimentadas estas condiciones, ya no se necesita ni una sola palabra de ninguno de los vocabularios de metafísica o filosofía: el esoterismo tal como lo conocemos.

Es por esta razón que estos maestros espirituales han seguido tradicionalmente trabajos seculares o han sido admi-

nistradores o hábiles artesanos: enseñaban a través de una gran variedad de métodos. Tan sólo su enseñanza oral, o sus enseñanzas gimnásticas o devocionales, sin embargo, son re conocidas como enseñanza de nivel superior por pensadores externos. Como resultado de esto, mucho de lo que han es tado haciendo no está registrado, o bien se recuerda como algo extraño o irrelevante.

Así como las casuales colecciones de personas y tensiones, ansiedad, gratificación y castigo y la aplicación de dogmas y técnicas fijas producen gente condicionada o instituciones rígidas o mecánicas, así también —en el campo «orgánico» de lo que llamamos filosofía evolutiva— la comunidad con elementos rígidos (personas, tiempo y lugar, por ejemplo) se transforma en un ser viviente y crece de una manera especial no soñada por el pensador formal ni por el fogoso emocionalista.

Lo precedente explica cómo, si nos detenemos a pensar por un momento, los maestros metafísicos operaban sistemas que, lejos de estar limitados a las simples técnicas y doctrinas que se les atribuyen, consistían necesariamente en un proyecto sorprendentemente comprensivo.

Sólo partes de este proyecto tienen la tenacidad de perdurar en la transmisión ordinaria. Como maderas a la deriva, continúan emergiendo o son utilizadas una y otra vez, mucho después de que su verdadero uso (como partes de su navío original) se ha desvanecido.

Resulta por tanto aparentemente paradójico (aunque sólo porque la gente ve las cosas desde un punto de vista coherentemente ingenuo) que muchas de las partes esenciales del conocimiento superior nunca sean reconocidas como tales por aquellos que tienden a considerarse a sí mismos como estudiantes de metafísica.

Es posible que un *hojalatero andrajoso* * no parezca un maestro espiritual, así como tampoco lo parece un santo con el halo quitado por un pío pero impenitente individuo.

Está más lejos de parecer que tiene algo importante que comunicar, por cierto, que el metafísico que lo considera un hojalatero sólo porque no está familiarizado con la terminología de este o aquel ritual.

* *A «tall, tired, tinker, totally tattered triying to tinker a tenpenny tin teakettle»*. Un trabalenguas que sirve a Shah para destacar la situación. [T.]

A menos de que aprendamos esta lección, de una forma u otra —y hay muchas formas—, tanto el estudio como la práctica —formales o no— fracasarán salvo en su propósito de mantener a la gente ocupada: sea lo que fuere lo que piensen —o se diga— que están haciendo.

Es interesante notar cómo las advertencias tradicionales contra las agrupaciones dispersas en realidad funcionan para justificarlas cuando uno las observa. Saadi dice, en un pasaje famoso, que un perro contaminará todo un estanque de agua de rosas. Pero, tanto como podamos aproximarnos a describir lo que sucede en un grupo de estudio reunido al azar, lo que se advierte es que las diferentes demandas de los miembros del grupo evitan que sus miembros —individual y colectivamente— puedan comprender y concentrarse sobre conceptos importantes y muy sutiles que necesitan mucha atención y pocas distracciones.

Husri, citado por Hujwiri, dice: «La existencia del Sufi está desprovista de no existencia, y su no existencia carece de existencia.» Una idea así necesita concentración. Incluso un individuo solo encuentra difícil mantenerla en la mente, principalmente porque él mismo está lleno de pensamientos e ideas. Con un grupo es aún más dificultoso.

ARMONIA ESPECIAL

El grupo debe ser capaz de desarrollar una percepción del significado de la siguiente condición, otra vez de Hujwiri: «La condición de mortalidad del Sufi debería estar en suspenso, sus sensaciones deberían desvanecerse y sus relaciones con cualquier cosa deberían cesar, de modo que el secreto de su existencia pueda emerger y sus partes separadas puedan unificarse con su esencia —su yo real— y así él persistiría en ser.»

En la práctica, dejemos a un lado la teoría, los grupos de gentes no están por lo general interesados en llegar a esos estados, aun cuando puedan imaginarse a sí mismos como místicos o esoteristas.

Hay mucha gente dando vueltas —hoy en día se los puede encontrar con facilidad— que han tratado de vivir en grupos formados al azar, y que fallaron. Tienen entonces que

buscar otros grupos, o intentar su desarrollo espiritual o psicológico de alguna otra manera.

Es fácil, sin embargo, ver por qué han fallado: no habían sido *preparados para preparar* una experiencia semejante. Se sentían listos para la experiencia o pensaban que los miembros de cierto grupo les darían lo que necesitaban.

Tal actitud es muy comprensible y existe en cualquier situación donde haya escasez de información, a pesar de todo lo buena que ésta pueda ser. Estas personas quizás olvidaron la segunda línea del proverbio:

> Por tu pan en el horno cuando esté caliente:
> después asegúrate de que en verdad es pan.

El valor de las sesiones de preguntas y respuestas

Pregunta: ¿Puede usted decirnos algo sobre la necesidad especial de «tiempo, lugar y gentes», y sobre el valor de las sesiones de preguntas y respuestas y sus limitaciones?

Respuesta: Si tienes demasiada confianza en la técnica de las reuniones grupales con períodos de preguntas y respuestas, podrás hacer progresos, pero en determinado punto te detendrás.

Esto se debe a que si algunas enseñanzas no utilizan todo tipo de procedimientos (ejercicios, labores de estudio, teoría y práctica, etcétera) *en la debida proporción,* inevitablemente llegarán a un punto donde algunos habrán obtenido todo lo que pueden de cada uno de los procedimientos y de allí en adelante irán «cuesta abajo» en cuanto a lo que su desarrollo concierne.

Ni tampoco esta cuestión de la *debida proporción* es comprendida por gentes (maestros o alumnos) que no están en un elevado y estable nivel de conciencia. No hay intuición, ni delegación de autoridad, ni investigación esmerada, ni mayoría en años, ni ningún otro factor que pueda sustituir el conocimiento de qué procedimiento aplicar, con quién ni de qué manera, a menos que esa especial armonización esté presente.

Continuar desafiando este hecho produce agrupaciones sociales o de imitación académica. Allí las personas pueden obtener todo lo que les agrada: no progresarán como no sea socialmente.

Lo mismo ocurre con conjuntos de personas que se apoyan en la ejecución de un ritual, en procedimientos conmemorativos o en una fraseología estereotipada, aunque estén consagrados por la tradición.

La existencia de tantos cuerpos de enseñanza, en tantas culturas y épocas, con tantas formas diferentes exteriores, es una manifestación de grupos originales que han sido hechos a la medida para la comunidad de ese lugar, en ese momento, con ese maestro.

De todas las actividades humanas, la que comprende estudios más allá de las percepciones ordinarias debe por encima de todo proyectarse de acuerdo con el tiempo, lugar y gentes: esto último incluye la dirección del esfuerzo, tal como este cuento ilustra:

SI TUS MANOS ESTAN OCUPADAS

Muy asustado en una noche oscura, Mulá Nasrudín viajaba con una espada en una mano y una daga en la otra. Le habían dicho que eran seguros medios de protección.

En su camino se encontró con un asaltante, que le robó su asno y sus alforjas de valiosos libros.

Al día siguiente, cuando se estaba lamentando de su suerte en la casa del té, alguien le preguntó:

—Pero, ¿por qué dejó que se llevara sus posesiones, Mulá? ¿No tenía medios para detenerlo?

—Si mis manos no hubieran estado ocupadas —dijo Mulá—, hubiera sido otra historia.

La finalidad del cuento, por supuesto, es indicar que la gente puede tener una fórmula transmitida («las armas son una defensa») sin capacidad para comprender cómo utilizarla.

Como Nasrudín, marchan mediante mociones, simplemente transportando los instrumentos...

La inusual tenacidad de respuesta meramente formal que se observa en la transmisión religiosa, es evidencia de la determinación humana, no del contenido efectivo.

Para dar un ejemplo social, las civilizaciones de la antigua China, Babilonia y Egipto duraron miles de años, no porque eran especialmente buenas, verdaderas y necesarias, sino porque estaban promocionadas y mantenidas por deter-

minados hombres y mujeres, y porque había, en suma, una cuota de inercia en ellos que evitaba un cambio saludable. No se desarrollaron más allá de cierto estadio.

Las gentes aprecian y valoran la forma, y por tanto no aprecian en primera instancia la realidad de los Sufis, a pesar de que crean que lo hacen, sino que confunden ciertas formas con la realidad Sufi. Es por esta razón que el gran anciano entre los Sufis, Sahl, hijo de Abdullah de Tustar, dijo: «No puedes apreciar el sufismo al principio, pero una vez que lo hagas, lo apreciarás hasta el fin de tus días.»

LA DEBILIDAD DE LA EXPECTATIVA

La forma puede también incluir la expectativa, ya que las gentes de todo el mundo, y de todos los tipos, tienden a valorar la experiencia de la expectativa, y especialmente el deseo de recompensa. La forma implica la aceptación de expectativas automáticas o condicionadas, y por tanto los Sufis las desafían en sus circunstancias de enseñanza. Como dijo Yahya, hijo de Maaz de Balkh, hace unos mil años, en relación con esto: «Los ascéticos renuncian a este mundo, pero los Sufis renuncian también a las expectativas del próximo. Los ascetas buscan los placeres del Paraíso, pero el Sufi es un extraño aun en el Paraíso.»

Su contemporáneo Sari al-Saqati (que murió en 867 de la Era cristiana) subraya cómo el apego a la forma y el apego al propio yo están interconectados, y dice: «La verdadera sabiduría es el no apego al yo y la devoción a la verdad.» Y el sufismo es tradicionalmente denominado «la Verdad sin forma».

Hablando de las limitaciones de las sesiones de preguntas y respuestas, la obligación de limitarlas a un contenido y extensión útiles recae sobre el maestro.

En su *Plática de sobremesa,*[12] el gran maestro Jalaluddin Rumi dijo:

> La noche pasó y nuestra charla no acabó:
> ¿qué culpa tuvo la noche? Fue nuestra charla
> la que duró demasiado.

12. *Fihi ma Fihi,* edición del profesor Faruzanfar, Teherán, 1952.

Y no olvides la ocasional iluminación que está latente en algunas personas supuestamente espirituales, que puede surgir en una circunstancia de preguntas y respuestas. En la India hay un dicho, tradicionalmente expresado en forma de chiste, que afirma que los falsos gurúes pueden aprender a ser verdaderos viendo de forma súbita su propia inadecuación. Este es el relato:

—Guruji, ¿por qué no envuelves tu cuerpo en la enseñanza?

—¡Porque es contra mis principios enseñar a los hijos de los ricos por nada!

Dedicación, servicio, sinceridad

Pregunta: ¿Hay alguna sinceridad verdadera tras la sanción de una sinceridad abierta a la duda?

Respuesta: Una de las más embarazosas muestras de conocimiento es tener que saber cuándo alguien hace algo para su propio entretenimiento, pero está convencido de que hace algo para algún otro.

Hace que uno se sienta avergonzado por esa persona, y me hace sentir conmovido por el defecto cultural que ha formado a este infeliz individuo en la creencia de que está sirviendo a alguien o a algo, cuando en su lugar está obteniendo gratificación personal.

En este momento, y probablemente por algún tiempo, no hay esperanzas de que pueda aún mostrarse a estas personas lo que están haciendo a sí mismas y a otros.

No menos triste es que, mientras alguien persigue la autogratificación creyendo que hace otra cosa, ni obtiene una gratificación profunda ni hace algo por alguien, por una causa o por su yo real.

En lugar de encarar este problema, el hombre prefiere limpiar sus plumas y graznar: «Mirad lo que he logrado desde que bajé de los árboles.»

¿No es aún más triste que permanecer en los árboles?

Este es un problema técnico muy importante. Puede ser resuelto, por supuesto, en el caso de algunas gentes. Pero primero debe ser observado. Ninguna cultura de hoy provee algún método teórico o práctico de aplicación general para

prestar atención a esto, no digamos para hacer algo al respecto. Y sin embargo continúa siendo uno de los mayores pilares tambaleantes del progreso humano.

En lugar de mostrar que esa encubierta búsqueda de satisfacción es un disfraz, y exactamente tan inhibidor como cualquier otra creencia elaborada (no puedes hacer otra cosa mientras estás atado por las pretensiones), muchas culturas humanas santifican y emplean este defecto. En lugar de decir: «Te estás entreteniendo a ti mismo comprometiéndote en este o ese juego nacional, cultural, religioso o espiritual», pueden decir: «Esto no es un juego, es algo serio. De hecho, es el camino al paraíso.» Por falta de un nivel de comprensión suficientemente elevado, los líderes del pensamiento operan de forma muy trivial.

Esto es porque, hace algún tiempo atrás, una escasez de técnicos que supieran lo que en realidad sucedía provocó que una mayoría de ignorantes ocuparan el lugar de los sabios.

Dar a las gentes tareas, o dejar que las escojan, con frecuencia no las habitúa a tales tareas, o incluso puede conducirlas a los placeres sádicos o masoquistas de esas actividades, que originan servicio, dedicación, sufrimiento, etcétera, sin una dimensión adicional de comprensión.

La única esperanza es que alguien presente prescriba, de tiempo en tiempo, lo que una persona debería y no debería hacer, para fortalecer sus esfuerzos reales, para evitar que él mismo se convierta en un loro o una máquina o para detener la santurronería con mano alzada.

Es impopular decir que alguien podría saber mejor que el individuo mismo el curso que éste debería seguir.

Impopular, sí, pero no puede esperarse que todo lo correcto sea siempre popular. Las gentes que se alucinan sobre lo que «deben sacrificar» son las últimas personas que, por su propio bien, deberían permitirse hacer sacrificios. Pero, ¿qué sucede? Cada una de las organizaciones que conoces están en busca de tales personas, para alimentarse a sí mismas con sus sacrificios.

Comprender esto es lo que nosotros llamamos ver en uno mismo y ver en los otros.

Una ayuda puede ser darte empresas en las que te comprometas a ti mismo en algo que no te adule ni te explote. Pero también tienes que hacer algo en esa dirección, ya sa-

bes. Este algo es no convertirte en un ser aceptador, rechazador o dubitativo.

Es necesario que estudies esta teoría y la observes en la práctica, y abras bien los ojos al trabajo y al estudio, actuando y viviendo sin formar parte de un modelo innecesariamente muy simplificado, que es la vía en la que la mayoría de la gente opera.

LA CUEVA DEL TESORO

Pregunta: Las gentes dicen que esa prematura intuición, más allá de la ordinaria comprensión, es peor que nada porque ni se la puede usar ni se puede ser usado por ella. También dicen que alguien puede perder por avidez y sin embargo beneficiar a otros. ¿Qué significa todo esto? ¿Puede usted explicarlo de forma más comprensible?

Respuesta: La avidez es la causa de la pérdida y de la inhabilidad para aprovecharse de la aparente ganancia. Esto es verdad tanto en metafísica como en la vida ordinaria. Pero una avidez individual puede beneficiar a otro individuo, a pesar de que este efecto no le concierna ni pueda darle algo a ese otro.

Un antiguo cuento, aún vigente, reúne todo esto de forma más memorable:

EL CUENTO DEL ALDEANO

Había una vez un valiente aldeano que no había reducido sus apegos a lo esencial. Un día, a lomo de su burro, pasó por una cueva mágica en el preciso momento en que ésta hacía una de sus periódicas apariciones a la humanidad. Entró con osadía y encontró pilas de tesoros, que llevó afuera y con los que henchió sus mochilas. Cuando el burro estuvo completamente cargado, el hombre recordó que había dejado su báculo detrás y volvió corriendo a la cueva para recuperarlo. Pero la hora en que la cueva debía desvanecerse otra vez había llegado. Tan pronto como el hombre estuvo dentro, la cueva desapareció con él.

Nunca volvió a ser visto, y su burro vagabundeó y volvió a la aldea. Después de esperar su retorno, las gentes vendieron al burro y a su carga, y se enriquecieron...

Sufis y académicos

Pregunta: ¿Cuáles son las objeciones que cierto tipo de académicos, eruditos pedantes como los llama usted, hacen al Sufi tradicional?

Respuesta: A menudo se considera a estos eruditos como personas decorativas y útiles. Su aspecto decorativo y utilitario, no obstante, debería percibirse claramente, de acuerdo con el principio de que los malentendidos y las distorsiones siempre ocurren cuando no se define algo que podría definirse.

Con frecuencia desean atención y hacen todo lo que pueden por obtenerla. No buscan tanto propagar sus ideas como exigir que la gente piense de ellos como académicos. Yo estoy constantemente rodeado de algunos eminentes que me suplican que cite sus obras, porque las citas significan importancia. Esta actividad es parte de su deseo de ser vistos, el aspecto de autoostentación. A veces, algunos de ellos están celosos de ropas especiales y otros aditamentos, y rituales de todo tipo, que contribuyen a acentuar su visibilidad. Esta característica se observa también en otros grupos humanos, en ciertos animales y pájaros y no es en sí misma algo indeseable, aunque sólo busque obtener algún placer de tales ostentaciones.

Como los contenedores, y agentes de permutación, acumulación y análisis de varios tipos, son capaces en su mayor parte de sostener, preservar, incluso transmitir —pero sin efectuar ningún cambio real— los materiales con los que es-

tán relacionados. Un académico limitado que traduce un libro, por ejemplo, puede entregar su contenido a alguien que pueda absorberlo, como una jarra que contiene agua y que será por último bebida por otros.

Los académicos de menor categoría, sin embargo, al ser seres humanos y no animales o seres inorgánicos, algunas veces tienden a confundir sus propios deseos con su efecto real y sus funciones posibles. Esto ocurre sencillamente porque tienen una imagen de sí mismos que han adoptado sin investigarla. Como uno de ellos nos dijo en esta misma habitación el otro día: «¡No podemos evitarlo!» Una imagen que no se investiga, pero que se observa. Es de Oxford, no de los Sufis, de donde proviene el chiste: «Soy el maestro del College Balliol: ¡y lo que yo no sé no puede ser conocimiento!»

Los académicos no pueden ser fácilmente estudiados por otros académicos ya que —en virtud de su propia implicación— es poco probable que éstos logren tener la suficiente objetividad.

Los Sufis, sin embargo, pueden estudiar a los académicos. Hay innumerables Sufis que alguna vez fueron académicos, pero no hay un solo Sufi que conozcamos, quizás en toda la historia, que se haya subsecuentemente convertido en académico. La erudición, por tanto, debe ser contemplada como un estadio después del cual uno *puede* convertirse en Sufi.

Los Sufis nunca han seguido a los académicos, a pesar de que han sido a menudo igualados o comparados con ellos en erudición.

Los Sufis no pueden hacerlo porque no consideran a la erudición como un fin sino como algo útil: con todas las ventajas y limitaciones correspondientes a esta función. Los académicos, con mucha frecuencia, no muestran signos de comprender que hay algo más allá de la erudición, y por tanto están incapacitados —mientras permanezcan en este estadio— para tener un objetivo superior. Uno debe aspirar siempre a algo superior con el fin de ascender, incluso, a un campo existente.

Tales académicos, que no pueden ir más allá de sus concepciones de erudición, son inducidos a creer y practicar estas dos cosas:

1. Tienden a hacer que ellos mismos crean que la erudición es la más alta naturaleza entre las cosas y que los académicos son un alto —y hasta especial— producto con algún tipo de interés apropiado por la verdad o hasta una peculiar, quizás única, capacidad para percibirla. Los registros históricos de académicos a este respecto, que no mencionan sus experiencias individuales al ser refutadas por los acontecimientos, no los intimidan.

2. Porque saben interiormente que su postura no es cierta, aquellos que se encuentran en el campo apropiado se ven impulsados a recurrir al estudio de los trabajos de sus oponentes (los Sufis). Es por esto que los académicos estudian los trabajos de los Sufis, pero los Sufis no tienen que estudiar los trabajos de los académicos, como un Sufi destacaba con convicción.

Esta tendencia de lo inferior que intenta emular a lo superior a pesar de limitaciones incapacitantes se evidencia en la conducta de los niños, animales u otros individuos menos desarrollados o inseguros. Los muchachos pretenden ser adultos, o bien estudian lo que imaginan que los adultos hacen o dicen. En este proceso, como es natural, evitan reconocer la afirmación de los adultos de que los muchachos son aún sólo muchachos.

Es apropiado subrayar aquí que, mientras que un niño puede crecer, un hombre no vuelve a convertirse en un muchacho inmaduro. El académico es demasiado ingenuo (en conocimiento, si no en argumentación), para cualquier Sufi, para convertirse en alguno de los tipos que estamos describiendo. El Sufi ya ha pasado por este esadio, si necesitaba pasar por él.

Cuando un niño no crece de forma apropiada, será un hombre no formado, infantil, o incluso puede morir. Las alternativas para progresar son dos. Lo que él imagina de sí mismo, o lo que logra convencer a los otros sobre sí mismo, no afectan la realidad de la situación, a pesar de que pueden afectar las opiniones sobre la naturaleza de la realidad. Pocas personas estarán en desacuerdo con que hay una diferencia entre la realidad —el hecho observado— y los hechos supuestos creados por la opinión y mantenidos por la repetición constante.

Un estudio cuidadoso del trabajo académico mostrará

con qué sorprendente frecuencia hay un desconocimiento, por ejemplo, de la diferencia entre una comunicación polémica y una informativa.

La oposición Sufi a los académicos no es una oposición a la erudición. Es una oposición a considerar la erudición como algo que no es. Si, por ejemplo, uno creyera que el pan y la leche son las únicas y verdaderas formas de comida, eso podría significar que aquellos que comieran pan y leche imaginarían que han percibido y están operando en el apogeo de la nutrición. Por otra parte, hay otras nutriciones asequibles, y cuando éstas son superiores en algunos o muchos aspectos a aquellas que se suponen son las únicas o mejores, existe una situación crítica.

La otra objeción que los Sufis hacen tradicionalmente es en el mejor interés de los académicos y sus seguidores. Es ampliamente conocido que una creencia errónea sobre uno mismo, en particular una fantasía de que uno es más importante de lo que en realidad es, puede tener un efecto desagradable y destructivo sobre un individuo y sobre aquellos que puedan relacionarse con él. Ignorar tales imaginerías eruditas cuando se está en posición de poder comentarlas de una manera saludable, equivale a permitir que una persona se dañe a sí misma y a otros, no importa si este daño surge de la ignorancia o de la maldad. Todos los requerimientos sociales de casi todas las comunidades son unánimes en desaprobar una situación como la que ha sido señalada, una vez observada.

Si no existe forma de desviar a las gentes de este curso de irresponsabilidad (o no se puede hacer uso de ella), el papel del Sufi es hacer asequible la información sobre la base de que los otros pueden ser capaces de preservarse a sí mismos de la dispersión de la incapacidad. O puede, en todo caso, contribuir a remediar el desequilibrio.

La función del Sufi es la de protección y guía y tiene preferencia sobre cualquier papel terapéutico. Sin embargo es más fácil para el Sufi hacer su propio trabajo, que es hacer que el afligido vea su propia situación, porque la víctima puede sostener o mantener su mal sólo por actividad dogmática y esfuerzo constante, propaganda, etcétera. Continúa alimentando su propia condición mórbida porque ha perdido la noción de que el mal no es realmente parte de sí mismo.

Por tanto, teme perderlo como temería perder una parte de sí mismo o una parte que tiene que ser suya.

Cuando la enfermedad está más ligada con el deseo de mantener el prestigio social u otros prestigios, o asegurar su pan de cada día, la inadecuada posición académica es en verdad trágica.

Esta es la condición descrita por los antiguos autores en su propio lenguaje, cuando hablan de gentes infestadas por demonios y que imaginan que los demonios son ellos mismos.

La oposición de los Sufis a los académicos, como a los literalistas y experimentalistas a través de la comunidad humana de todos los tiempos, también tiene otra faz, que es extremadamente interesante.

Muchos —quizá la mayoría— de los eruditos que inicialmente opusieron nuestros libros a la psicología tradicional, se han vuelto cálidos partidarios del concepto de las dimensiones extras en el aprendizaje, y cuento a muchos de ellos entre mis amigos personales. En los pasados diez años muchos libros y numerosas monografías han mostrado este cambio en el corazón de los eruditos. ¿Cómo ha sucedido esto?

Deberías tener en cuenta algo que constituye una evidencia sociológica: que las gentes que se hacen los mejores amigos no son aquellas que se sienten atraídas por la otra, o por las ideas de la otra, desde un principio. Por el contrario, se ha demostrado que la persona que se te opone es probable que se convierta en un firme amigo, más que una que se hace amiga tuya de inmediato. Esto puede parecer raro, pero es por cierto algo que ha sido conocido por siglos de pensadores y experimentadores, como ilustraré en su momento.

En el nivel perceptual, a diferencia del superficial, hay una comunicación que conduce a la armonía entre personas o actitudes nominalmente opuestas. Si esto no fuera así, nunca podrías obtener un acuerdo a continuación de un desacuerdo. Pero hay una indicación más fuerte que ésta.

La primera ilustración que podamos usar, con el fin de colocar este fenómeno en términos de algún modo familiares a nuestra audiencia presente, es recordar que Jalaluddin Rumi dijo al respecto que «las cosas aparentemente opuestas pueden en realidad estar trabajando juntas». La razón por la cual las gentes no relacionan ordinariamente esto con la armonía esencial de los opuestos es que están utilizando

sólo el yo secundario para valorar el dicho. Como no perciben esta cooperación de los opuestos cuando comienza, piensan que la oposición que sienten es el factor central.

Segundo, si quieres volver los ojos al Nuevo Testamento, donde se testimonia que Jesús dijo que deberías «amar a tu enemigo», verás que, desde ese punto de vista, podrías muy bien armonizar con alguien que se te opone, porque esta oposición es muy posiblemente el comienzo de la amistad, a pesar de lo que pueda aparecer en la superficie. «Ama a tu enemigo», por tanto, no debe ser considerado como un noble sentimiento que te convierta en mejor persona, sino como un mandato que en verdad describe las dimensiones profundas que ya existen en la relación.

A pesar de que es difícil ilustrar esta situación para aquellos que no la han experimentado, este paralelismo entre homilías paradójicas y el hecho esencial se encuentra en condiciones de comprensión profunda. La dificultad para ilustrarla en términos personales, especialmente cuando se consideran las disputas individuales, puede decirse que existe en contextos sociales donde el yo superficial no esté operando. La reconciliación, familiar a todos nosotros en términos personales y comunitarios, no es tanto la unificación de los opuestos como el descubrimiento de la verdad básica de la situación, enmascarada por las subjetividades.

Los Sufis y los eruditos parecen oponerse mutuamente pero, cuando conocen las propuestas y conocimientos del otro, esta «oposición» desaparece.

LOS ERUDITOS DE PUNTERIA CERTERA

Los eruditos mismos saben bastante sobre el constante pecado de su profesión: la sobreespecialización y el dogmatismo ciego. He aquí un cuento sobre todo el asunto que me contó un erudito que admitía, como muchos otros, que él era como uno de los caracteres del cuento: pero no había nada, creía, que pudiera hacer sobre esto:

Un número de académicos, parece, están enrolados en tiempo de guerra en la infantería. Después del entrenamiento, todos probaron ser buenos disparadores, capaces de dar en el blanco con mucha más frecuencia que cualquiera de los otros reclutas.

Así llegó el tiempo en que se los envió a la batalla. Mientras el enemigo avanzaba, se dio orden de hacer fuego. Nadie se movió.

—Por el amor de Dios —gritó el oficial al mando—, ¿por qué no disparáis?

—¿Cómo podríamos hacerlo, imbécil —rugió uno de los eruditos—, cuando no hemos sido entrenados para disparar a *personas*?

Una empresa se mide por su intención, no por su apariencia

Pregunta: ¿Puede usted comentar la declaración: «El éxito de una empresa se mide por su intención, no por su apariencia»?

Respuesta: Esta declaración es más simple de lo que parece, a pesar de que encubre alguno de los malentendidos del pasado.

Si alguien trata de cavar un agujero, la intención es cavar el agujero. El éxito de cavar el agujero será que el agujero sea verdaderamente cavado. Pero, en apariencia, el hombre puede estar tratando de encontrar oro. Si el observador piensa que la intención es encontrar oro, llamará al agujero «un fracaso».

Lo mismo sucede con enseñanzas, instituciones, teorías, etcétera. Muchas han sido éxitos que parecen ser fracasos, porque la intención oculta no era entonces ampliamente conocida.

El peligro de esta situación es doble:

1. Que los observadores autoelegidos puedan confundir las intenciones por completo.
2. Que la gente, que originalmente intenta el éxito a determinada escala, pueda caer en la tentación de producir lo que fácilmente puede ser llamado «un éxito» en alguna otra escala.

El mecanismo psicológico existe allí donde un individuo pueda convencerse a sí mismo de que verdaderamente tra-

taba de hacer algo diferente de lo que verdaderamente hacía, de modo que pueda cosechar el «éxito»; y esto es de igual modo cierto en las sociedades.

El progreso humano se hace lento o se detiene cuando la gente tiende al éxito evidente (éxito medido para que la gente pueda fácilmente describirlo como éxito) y pierde el *ímpetu por el éxito de la intención*.

Ejemplo de «falso éxito»:

Cuando Mulá Nasrudín, al caer de su borrico, se echa a reír como si fuera una travesura y dice: «De cualquier modo, tenía que bajarme.»

Ejemplo de «verdadero éxito»:

Cuando un equipo de médicos vacuna a toda una población contra algún organismo endémico, piensen o no los habitantes que éstos están realizando un ritual mágico.

Ejemplo de «posible ingrediente de éxito, no esencial a éste»:

Cuando algunas, o incluso todas, las personas vacunadas aprenden el trasfondo y propósito de la vacunación.

Organizaciones Sufi

Pregunta: ¿Puede usted decirnos algo sobre las organizaciones Sufis, de hoy y de ayer?

Respuesta: Las organizaciones Sufis aparecen de tiempo en tiempo. Entre otros, sus propósitos son la atracción, concentración y transmisión de ciertas percepciones.

Estas organizaciones pueden o no tener lo que en las sociedades convencionales es una apariencia espiritual o forma «esotérica».

Este aspecto superficial no es necesariamente importante.

El objetivo principal de la actividad Sufi está algunas veces expresado como una ayuda a los procesos de transformación humana.

Este proceso puede tener lugar sólo si la organización, visible, identificable o de otra guisa, está adecuadamente armonizada al ser humano.

Esta armonización puede en sí misma imponer formas externas «improbables» sobre una organización.

Todas estas entidades son formas temporales. Cuando han completado su vida efectiva, otras toman su lugar.

La forma o cáscara exterior puede, empero, persistir y contribuir a las realizaciones sociales u otras funciones comparativamente menos significativas. Los herederos de estas raras formas, siempre, advierten que la entidad está «orgánicamente muerta».

Es por esto que prácticamente el último lugar donde se debe buscar la continuación de una transmisión como la dis-

cutida es en un organismo tradicional aparentemente bien establecido. Estos pueden describirse más eficazmente como reliquias arqueológicas, fácilmente reconocibles como tales por aquellos que conocen su extensión, propósito y vitalidad originales.

Estos organismos desarrollan una especie de cuasi-adaptabilidad, o incluso una rigidez... o una combinación de ambos estados. Como consecuencia de estas características, no buscan apoyo en nuevas formulaciones ni tratan de combatirlas. Siempre, sin embargo, carecen de una adaptabilidad real y coherente con las necesidades contemporáneas.

Esta peculiaridad surge cuando hay una «pre-ocupación» por preservar formas arcaicas, anacrónicas. La enseñanza superior efectiva, en contraste, siempre busca emplear cualquier forma con la que pueda completar su misión.

LA CAUSA Y EL EFECTO

Comprender las organizaciones Sufis implica conocer lo que yace tras las apariencias. Tal como Rumi dice en su *Fihi ma Fihi*, «en esto lo que está en eso»:

> Si la manga se mueve, la mano la mueve. Pero si la mano se mueve, la manga no tiene necesidad, necesariamente, de moverse. De modo que, si miras lo sucedido y no conoces la causa, ¡imaginas que la manga posee vida propia!

Ni siquiera un rey es inmune a la regla que afirma que las gentes llegan a conclusiones basadas en superficialidades. Esto puede suceder con la tecnología de basamento científico de Occidente:

El rey inglés Eduardo VII vio un sibilante vehículo bamboleándose en su dirección.

—¿Qué demonios es eso? —exclamó, y luego jadeó—: ¡Dios mío, es el Demonio!

Pero era un coche con motor...[13]

13. J. W. DAY: *King's Lynn and Sandringham Through the Ages*, Ipswich, 1977.

8
Estudios Sufis

Juntarse

Pregunta: ¿Qué es la armonización de una comunidad por medio del denominado método de «juntarse»?

Respuesta: El grano del aspecto visible llamado «sufismo» es la unidad humana básica: los miembros que se juntan y llevan a cabo los estudios prescritos para ellos por un maestro contemporáneo.

Esto es necesario para la realización que deriva de ser un Sufi. Puede ser llamada comunidad, comunión, encuentro. No importa cómo se la llame, lo importante es ver cómo cada forma de búsqueda humana que más tarde se convierte en un sistema, en una «religión», o en una empresa de cualquier tipo, originalmente depende de este juntarse. Con frecuencia se la llama la *Jam* (el apiñamiento): juntarse; y se la pronuncia como si rimara con el inglés «*hum*».

Las reuniones para culto, los equipos de trabajo de todos los tipos, el aprendizaje grupal, todos son derivaciones, por lo general diluidas, de este factor básico.

Son los Sufis, los auténticos Sufis, quienes preservan las formas originales de operar en esta *Jam*. Al pasar el tiempo, en comunidades ordinarias sin protecciones especiales, el trabajo de este juntarse se hace cada vez menos efectivo, cada vez más formalizado o generalizado, hasta que la *Jam* ya no existe más. Lo que tiene lugar es una «reunión» social, o un entusiasmo emocional, o una respuesta condicionada para pertenecer a un colectivo de personas.

No es posible para el hombre un logro superior a menos que las circunstancias de juntarse sean las correctas; a menos que esta comunión incluya a las personas adecuadas, en el momento adecuado, en el lugar adecuado. La impaciencia, la ignorancia, el sentimentalismo y el intelectualismo tienden a provocar que las personas transformen la verdadera *Jam* en algo diferente.

Este conocimiento esencial ha existido siempre entre la humanidad y continúa existiendo. Pero el pensamiento superficial y, en general, popularizado, ha oscurecido el verdadero trabajo de este juntarse, hasta el punto que las gentes sólo pueden ver innumerables formas de deterioradas *Jam*, que aceptan o rechazan de acuerdo con lo que les parece atractivo, razonable o «verdadero».

Con frecuencia puede parecer imposible «re-formar» una comunidad juntada que se ha degenerado. Sólo será entonces posible regenerarla rompiendo los viejos modelos-hábitos y reagrupando a las gentes que realmente pueden ser armonizadas. Esto puede provocar una apariencia muy diferente —y quizás inaceptable— de todo el esfuerzo hecho por aquellos que se han acostumbrado a una situación falsa. La selección de participantes sobre la base de su capacidad y no por su supuesta importancia, siempre causa descontento entre quienes han perdido el poder de adaptación. Este tipo de carencia de flexibilidad es, a su turno, una característica inevitable de gentes y grupos que han sido conducidos con modelos automatizados y que necesitan revivificarlos.

Es un factor evidente que las verdaderas comunidades y organizaciones se «desgastan» y desarrollan otras peculiaridades que las presentes en sus orígenes. Esto se puede producir debido al ascendiente de las características no deseables de los participantes, o porque hay una tendencia extendida, entre gentes y grupos, a intentar estabilizarse a sí mismos utilizando la organización más cercana a su alcance, sin tener en cuenta si este tipo de estabilización produce más pérdidas que ganancias.

Esta es la principal razón permanente de la aparición cíclica de maestros vivientes. Estos son los únicos que pueden restaurar la armonía y el equilibrio en círculos e individuos que han sacrificado estas cosas en busca de continuidad y seguridad con la esperanza de estabilización.

Si fuera posible conseguir el objetivo de una forma sistemática, los medios para hacerlo se habrían enunciado y registrado hace muchos miles de años: así como las leyes de la estabilidad y realización del material ordinario se registran y emplean en física o en las artes aplicadas.

Las reacciones de una audiencia a los esfuerzos de un verdadero maestro para enderezar el equilibrio de una organización son siempre predecibles. Incluirán desesperación, confusión, deseo de estímulos, miedo de perder algo, rechazo, y un deseo de aceptación como medio de sacar provecho de la «nueva fase».

EL BARCO EN LA TORMENTA

Mulá Nasrudín objetó que el capitán de un barco amarraras las velas, diciéndole:

—¿No ves que el problema está en el nivel del agua?

El maestro, a pesar de lo mucho que pueda lamentar esto, nunca puede desconocer la necesidad de decir que es *él* quien tiene el conocimiento técnico: quien decide si son las velas o el casco lo que hay que atender.

Si él tranquiliza al supuesto «Mulá» colocando cuerdas alrededor del casco, el barco nunca llegará a puerto, a pesar de que la muerte del «Mulá» en la tormenta pueda tener lugar en circunstancias de suma tranquilidad por saber que sus deseos se han cumplido.

Hay dos tipos de comunidad: una, la comunidad producida y mantenida por eso que hoy se llama adoctrinamiento; la otra, la que comienza acumulando y armonizando los materiales y el conocimiento adecuados.

La situación con respecto a la comprensión del potencial sutil del grupo y su fino ajuste tiene su analogía en la explicación que da Rumi de la diferencia entre los diferentes niveles de percepción de la religión. Tal como dice en *Fihi ma Fihi*:

> Algunos son como niños en el Sendero y beben la leche del Corán, su sentido literal. Y aquellos que han alcanzado la madurez tienen una percepción y comprensión distintas del significado interior del Corán.

Disimular los errores

Pregunta: He visto en una traducción inglesa de *Awarif el Maarif*, un libro de texto Sufi, una declaración con respecto a que un discípulo debería disimular los errores de su maestro. ¿Cómo puede un hombre ser un maestro si comete errores?

Respuesta: Se lo podría expresar desde otra perspectiva: ¿cómo puede un maestro ser un hombre *a menos* que cometa errores? Pero tu pregunta se puede responder más apropiadamente, y es probable que con mayor utilidad, señalando el hecho de que, si uno es un discípulo, es probable que considere como errores las acciones del maestro que no comprende. Es un asunto de comprensión.

Si el estudiante imagina que algo dicho o hecho por su maestro es un error cuando no lo es, y este estudiante sostiene en público que su maestro tiene deficiencias, los resultados serán poco deseables para todos.

Se cuenta que Mark Twain dijo que cuando era joven pensaba que su padre era un ignorante. Cuando creció se sorprendió de todo lo que el viejo hombre había aprendido en tan pocos años. Supongamos, entonces, que en los años transcurridos entre las dos evaluaciones de su padre hubiera publicado el «hecho» de que su padre era ignorante; ¿cuáles hubieran sido las consecuencias?

Esto es, por encima de todo, un recordatorio de que la necesidad de comprender es algo capital.

Además, deberías saber que los Sufis han sostenido siempre que cualquier cosa que provenga de esta «morada de podredumbre» —el mundo— debe compartir sus imperfecciones.

Ghazzali, uno de los Sufis más importantes, dijo en el siglo XII: «El aprendiz debería saber que obtiene más de los errores de su maestro, incluso si ese maestro comete errores, que lo que obtiene de su propio acierto, incluso si él mismo es correcto.» Todo aquel interesado en el sufismo debería sopesar esta declaración cuidadosamente.

Santos y héroes

Pregunta: Usted habla de «héroes» y «santos». ¿Cómo se deben utilizar estos términos?

Respuesta: Un héroe es una persona que se esfuerza a toda costa en pro de los valores que su comunidad reconoce como vitales. Se los considera siempre vitales porque se los ha valorado de alguna forma y se los ha «establecido» en el conjunto mental de las gentes mediante alguna forma de aceptación. Son, en resumen, no necesariamente verdades, sino principios acordados.

Un santo, por otra parte, es alguien que se esfuerza en pro de lo que debe ser hecho, no de lo que presume que debe ser hecho. Su fuente de conocimiento sobre esta necesidad es fáctica (el conocimiento real, no la presunción).

Las personas religiosas que se sacrifican a sí mismas porque están emocionalmente condicionadas por una doctrina son quizá héroes, pero no santos. Los héroes que se sacrifican a sí mismos por el conocimiento real, a pesar de que éste pueda parecer conocimiento lógico o intelectual, son en realidad santos, tal como los Sufis utilizan la palabra.

Las personas tienden a seguir el rasgo «heroico» de los héroes y de aquellos a quienes adoptan como santos simplemente porque, al ser propensas a la excitación condicionada o emocional, pueden reconocer el «sacrificio social» que pertenece al campo del heroísmo, pero no, en general, el «sacrificio esencial» perteneciente al campo de la santidad. La úl-

tima palabra, en el uso Sufi, denota conocimiento objetivo, no simplemente milagros u olor a santidad.

Digámoslo de esta manera: si un hombre muere porque de esta manera salvará a otros, y la situación es obvia (un enemigo está en las puertas de la ciudad), se lo considerará un héroe, quizás un santo, o ambas cosas. Pero si muere o no, y hace un sacrificio que sus compañeros no siempre comprenden por una causa que no logran percibir por no ser lo suficientemente cuidadosos, puede ser un santo. Pueden o no canonizarlo, de acuerdo, no con la percepción de su santidad, sino con las opiniones que se tengan sobre su santidad o heroísmo, que es algo muy diferente.

Nuestro Mulá Nasrudín muestra muy claramente en una de sus aventuras cómo las gentes tratan a las cosas «heroicamente», y sin embargo no aprenden... pero, por otra parte, racionalizan su situación para satisfacer su propio deseo de prevalecer. El resultado es risible para un observador imparcial, pero puede continuar siendo «lógico» para quien apoye la suposición que impulsó el acto.

Invitado a la corte de un grande, le ofrecieron a Nasrudín un caballo para dar un paseo.

ARTIMAÑAS Y CABALLOS

Tan pronto como le llevaron el caballo, colocó el pie derecho en el estribo izquierdo, se impulsó y cayó sobre el lomo del animal, mirando hacia la cola.

—Quizá no esté usted acostumbrado a montar como un caballero —dijo el aristócrata con desdén.

—Quizá no —dijo Nasrudín—. Por otra parte, prefiero creer que puedo percibir las artimañas de la gente que me ofrece caballos con la cabeza hacia la cola.

Los niveles de servicio

Pregunta: He oído hablar de los «tres niveles de la situación de servicio». ¿Qué significa esto? ¿Cómo concuerda con la sabiduría y cómo el arrepentimiento concuerda con ambos?

Respuesta:

1. *Nivel estructural.* Un hombre trabaja y obtiene dinero; su empleador se beneficia vendiendo el producto con una ganancia.
2. *Nivel psicológico.* El hombre «A» sirve, su servicio lo hace feliz. El hombre «B» y/o una organización se benefician a través de la ganancia material o emocional del servicio de «A».
3. *Nivel superior.* «A» sirve, adquiere mérito y evita consumirlo como autosatisfacción o solicitud de atención. «B» (o una organización) se beneficia por el progreso de «A», y revierte este beneficio en su enseñanza.

P: Pero, ¿cómo puede una persona adquirir el equilibrio para derivar la necesaria autosatisfacción del estadio de servicio, y no más, para poder disponer en el futuro de «ahorros» de servicio constructivo?

R: Hay cinco requerimientos que hacen esto posible:

1. El hombre (o mujer) debe ser capaz de reconocer que el anterior análisis puede ser correcto.

2. Debe familiarizarse con el argumento y recordar que los argumentos triviales sobre el análisis de las situaciones y la naturaleza del servicio están ya radicadas en su cerebro.

3. Debe advertir que la simple suposición de que comprende lo anterior es con frecuencia simplemente un preludio del olvido.

4. Tiene que someterse a ejercicios especializados que lo ayuden a hacer posible que su cerebro trabaje coherentemente de manera distinta de la convencional y acostumbrada.

5. Tiene que examinarse a sí mismo para ver hasta dónde está esperando demasiado de sus estudios o de la vida, en el sentido de una inmediata recompensa, y si ha sido forzado a devorar el alimento experimental a su alcance como estímulo emocional para mitigar las tensiones causadas por sus erráticas expectativas.

En cuanto al asunto de la sabiduría y el arrepentimiento, es importante notar que el pensamiento teológico ha presumido que las personas religiosas se arrepienten para obtener la sabiduría o aceptación divinas.

Pero si adviertes que numerosas autoridades Sufis han señalado la perennidad del sufismo, verás que hay un estadio separado del marco religioso corriente. En otras palabras, los Sufis afirman que antes de la religión deben prevalecer el juicio y la comprensión. Cualquier otra cosa es mecánica o emocional, con la probabilidad de una insuficiente profundidad de comprensión.

Hay un gran número de textos en los que se desarrolla este punto, de modo que podemos simplemente citar algún ejemplo significativo de allí. Abu-Nasr Sarraj, en su importante *Kitab al-Luma,* explica, después de decir que el sufismo proviene de una era precedente a la islámica presente, que la sabiduría llega parcialmente del arrepentimiento. El arrepentimiento, para el Elegido, el místico, es el arrepentimiento de olvidarse de Dios. Para los discípulos, aprendices, la sabiduría viene a través del arrepentimiento de los propios errores. Antes de que llegaran la vida religiosa y la comprensión, el conjunto de obstáculos psicológicos que causaban los errores debieron ser asociados con éstos. La situación de servicio, sobre la que tú preguntabas, comprende actividades que se abren camino a través de estos obstáculos, mu-

chos de los cuales están relacionados con una fijación sobre uno mismo.

El asunto de equilibrar el conjunto de estímulos personales permisibles está tratado en el libro sexto del *Bostan*, de Saadi, en un pasaje memorable que nos permite recordar esta cuestión. Había una vez un hombre ilustrado a quien el rey de Khotan regaló un chal de seda. El hombre se sintió estallar de placer, pero besó la mano del rey y dijo:

—¡Gran honor me hace el sha de Khotan... pero es mucho mejor el propio manto [Sufi] de uno!

Encuentro muy interesante esta ilustración, porque nos otorga el derecho a un necesario grado de estímulo emocional para mantener la importancia relativa del resto de la vida. Raramente se advierte este principio en los textos teológicos, donde todas las cosas del mundo son frecuentemente condenadas sin consideración por la necesidad de un cierto grado de estímulo ambiental.

Práctica y ritual

Pregunta: He oído que usted ha dicho que no siempre es útil discutir con quienes cuestionan el *status* y el valor de los rituales y prácticas de los cultos. ¿Qué significa esto?

Respuesta: Sólo vale la pena discutir esto con gentes que tienen la información básica necesaria sobre el comportamiento de los cultos y los grupos humanos. Lo cual, por supuesto, se encuentra al alcance de todos incluso en las ediciones populares de textos sociológicos y psicológicos.

Se malgasta el tiempo explicando ideas elementales a gentes que han venido en busca de ideas avanzadas.

Sólo es posible comunicar materiales útiles a quienes se han preocupado por informarse sobre lo que ya conocían, es decir, sobre el carácter social de los grupos de culto.

De modo que si existe mucha gente que se ha preocupado por esto y quiere información y discusiones más avanzadas, es injusto para ellos tratar de efectuar a sus expensas el trabajo de educación elemental que ya está bien realizado por los libros de gran circulación.

Es la gente perezosa y frívola la que viene a pedir información a gentes que intentan hacer cosas más avanzadas. Es gente ridículamente ignorante la que trata de enseñar a imaginar y conduce a otros a creer que ellos también pueden enseñar.

Si los solicitantes no han aprendido los primeros pasos, que pueden dar fácilmente leyendo el material asequible sobre formación de cultos donde se describen los peligros

y fantasías sobre éstos, ¿qué razón tiene alguien para suponer que serán capaces —o tendrán deseos— de aprender los pasos siguientes? Estas actitudes no funcionan en ningún campo; ni hay evidencia conocida que indique que funcionen en nuestra esfera.

Quienes tienen voluntad de aprender por sí mismos lo que pueden de un nivel inferior, evidencian estar listos para aprender más. Si nos han dado la evidencia inversa, ¿no seríamos unos tontos al tratar de enseñarles?

EL PRECIO DE LA PRIMERA LECCION

Es útil recordar el cuento de Nasrudín, de cuando éste quería aprender a tocar un instrumento musical. Los honorarios eran cinco piezas de plata por la primera lección, y tres por la segunda y subsiguientes.

—Muy bien —dijo Nasrudín—, comenzaré con la segunda lección.

Las gentes hablan y piensan constantemente sobre qué rituales y qué prácticas están hechos o no para ellas. Pero, ¿cuáles son sus cualificaciones para opinar sobre estos temas?

Rumi nos entrega un cautivador pasaje en *Fihi ma Fihi,* cuando recuerda que se puede abrazar un pilar en la oscuridad, confundiéndolo con el ser amado, y pensar, por un momento, que ésta es una experiencia amorosa. ¿Pero qué es en realidad?

Una persona, continúa, puede tener todo un conjunto de vívidas experiencias durante un sueño, que le causan gran pesar. Cuando despierta encuentra que todo fue un sueño y pierde todas sus dolencias en un instante, aun cuando segundos antes eran muy reales para él. Más tarde puede tener nuevamente un sueño exactamente similar, con todos los pesares anteriores recurrentes. En su estado onírico no recuerda que es un sueño: éste, entonces, se convierte por un tiempo en la «realidad» para él.

Estar presente

Si crees que la regularidad mecánica en los estudios o la presencia física son básicas para tener acceso a un conocimiento superior, las estás confundiendo con otra cosa. Esta otra cosa es, o bien una vuelta a los días de escuela en que se aprendía por repetición, o una impensable suposición basada en tu experiencia con imitadores.

O adviertes esto y satisfaces tu apetito por demanda de atención y búsqueda de comodidad al margen de tus estudios, o adviertes esto y aceptas cualquier cosa que la enseñanza pueda ofrecerte.

En el último caso, tendrás que seguir un curso dictado según sus condiciones y constituido por efectividad, no por sentimientos.

> Es la verdadera discriminación entre diversión y aspiración genuina la que generalmente precede el surgimiento de la capacidad de aprender.

La presencia física no siempre es la presencial real.

La ejecución mecánica de acciones y la confianza en objetos y consignas totémicos —que es de hecho lo que mucha gente hace, imaginando que están siguiendo una enseñanza— son formas de apego a objetos, o a cantidad de objetos. Por supuesto, la aspiración genuina es difícil de mantener, y la caída de las gentes («los pájaros») a un lado del camino en el clásico *Mantiq al-Tair* (*El lenguaje de los pájaros*),*

* *El lenguaje de los pájaros*, Edicomunicación, Barcelona, 1986. (Traducción de Josefa García.) [T.]

de Fariduddin Attar, está causada por sus ansias de este apego.

Ni siquiera el intelecto, como nos recuerda dicho libro, puede ayudar; tan sólo puede hacerlo aquello que los Sufis llaman amor; y, sin embargo, este mismo es amor a algo que no se puede atribuir a una persona y ni siquiera a un concepto familiar. Muchas prácticas Sufis, llevadas a cabo en concordancia con las direcciones correctas, apuntan a derrotar esta tendencia mecánica y a despertar la capacidad por el apego a lo real.

Al estar físicamente presente, la búsqueda de un sistema y de cierto tipo de regularidades familiares en los estudios es algo que proviene del pensamiento automático. Exigir esto porque uno tiene una predilección por este tipo de cosas difícilmente resulte constructivo.

Pregunta: Pero (dijo alguien) en todas las formas de estudio que conozco hay regularidad y organización, un sistema que es inherente a ellas. Seguramente no es extraño que las gentes busquen un sistema, y no es sorprendente que si no lo encuentran dejen de estar interesadas.

Respuesta: Déjame hacerte una pregunta, que me ayudará a poner las cosas en claro, y luego te responderé. La pregunta es: «Si hubiera una fórmula para enfocar un estudio escrita, digamos, hace setecientos años, continuamente publicada en los libros desde entonces y practicada por millones de personas, ¿serías tan negligente como para no conocerla y preguntar cómo encontrarla, o acaso las personas implicadas en este estudio serían las responsables, más que tú? [El interrogado respondió:] Si la respuesta a la pregunta que he formulado se encuentra actualmente disponible en algún libro de circulación general sobre este tema (creo haberlos leído todos), entonces yo sería el negligente y no usted u otros como usted.

R: [Continúa.] Muy bien. Veamos, ¿has leído la traducción de *Fihi ma Fihi*, de Rumi, del siglo XIII, realizada por el profesor Arberry sobre la edición de 1952 del profesor Faruzanfar, y publicada en Inglaterra en 1961?

[Cuestionador:] Sí.

R: [Continúa.] Veamos ahora este libro. En la página sesenta, Rumi compara las etapas de un viaje por mar y otro por tierra, y también deja en claro las diferencias entre los dos ¿no es así? Nos dice que, así como los mojones son visibles —lo que yo llamaría el sistema familiar— yendo por tierra, las etapas equivalentes, si estás viajando por mar, no son visibles de la misma forma, no están marcadas. Las conoce el capitán. El capitán del barco las conoce pero no las menciona a los hombres de tierra, ya que éstos no son capaces de comprenderlas. ¿Puedes tú por tanto decir que el sistema no está allí y que no se lo está llevando a cabo? Por cierto que no. ¿Ves ahora que estás preguntando por la receta para hacer mermelada según el método para hacer crecer el trigo?

[Cuestionador:] Es cierto. Sólo puedo decir que no estoy acostumbrado a pensar de esa forma, aproximándome a las cosas por un método así... Es obvio que necesito tener un punto de vista más flexible para estos materiales escritos.

La vía al sufismo

Pregunta: ¿Podría usted hacer algunos comentarios sobre el actual carácter de receptividad del hombre a las ideas Sufis, tal como es visto desde el punto de vista Sufi?

Respuesta: Los metafísicos, no menos que los investigadores de mercado, inspeccionan la condición y receptividad de las mentes con las que tratan de comunicarse.

La principal diferencia entre las actividades de, digamos, los sociólogos y las de los trabajadores espirituales es que los resultados de estos últimos no son ampliamente publicados, publicitados, ni empleados en tratados académicos. Se utilizan para suministrar material de verificación a aprendices que de otro modo encontrarían imposible dar crédito a los hechos sobre la humanidad.

¿Qué hechos? He aquí algunos ejemplos:

Uno puede tener algo que enseñar y ser sin embargo incapaz de enseñarlo, porque la gente que «quiere aprenderlo» está efectivamente prevenida contra ese aprendizaje y al mismo tiempo protesta que «quiere aprender» o que «no puede comprender». Estas personas piensan inconscientemente que si protestan tú los atenderás. De este modo obtendrán tu atención (o esperan hacerlo). En cualquier otra forma, podrían perderla.

Por supuesto, si tratas de señalar esto, encontrarás que la respuesta —que otra vez obstaculiza el progreso— será: «este hombre está disculpándose» o «está equivocado».

Esta es la razón por la que es tradicional limitar la pro-

pia enseñanza a un grupo más bien pequeno que grande: a aquellos que verdaderamente están preparados para aprender.

Si hablas, o escribes, de forma similar a lo anterior, una determinada proporción de los posibles elegidos protestará diciendo que eres insensible, o incluso que no estás enseñando metafísica en absoluto. Esto sucede porque están acostumbrados a creer que la enseñanza verdadera es algo que ellos mismos reconocerán de inmediato.

Bien, es un asunto de verificación casi diaria en las clases realmente esotéricas, que es fácil llegar a establecerse como un «verdadero metafísico» ante los ojos de los que se autodenominan estudiantes de pensamiento superior. ¿Qué tienes que hacer? Nada más que hacer que se sientan más o menos emocionalmente despiertos. Todo lo que tienes que hacer es estar seguro de que utilizas lo que ellos consideran terminología «espiritual».

Pero di lo anterior, o publícalo, y serás, con toda seguridad, acusado de superficial, ignorante de los «verdaderos valores», etcétera.

Es algo sorprendente que tantas personas sensatas tengan tan poco que ver con lo que la gente conoce como «espiritual».

Pocas comunidades organizadas y movimientos doctrinarios advierten —y esto nunca se ha conocido ampliamente— que habitan en un gueto. Hay un rígido exclusionismo de ideas que, con demasiada frecuencia, caracteriza a un acercamiento «sistemático» al desarrollo humano superior y que hace imposible ayudar a elevar más al ser humano. Para soslayar esta situación, se han desarrollado métodos que están en operación desde hace miles de años. Estos métodos son externamente tan distintos de la atmósfera familiar, la fraseología, el ritual y la forma de lo «metafísico», que ni uno de veinte autodenominados buscadores de la verdad los reconocería.

Pero di esto, o escríbelo, o trata de transmitirlo, y a menudo serás ridiculizado, acusado de exaltar el misterio o de dejar a un lado el «misterio esencial», o de cualquier otra cosa que se le ocurra a una persona frustrada.

Si tratas de atenerte a los hechos correctamente, describiendo las barreras, trampas, malentendidos y factores limitativos, serás —en el menor de los casos— considerado como un quejicoso.

Hay algunas características de la situación actual que indican que el progreso es extremadamente dificultoso.

La falla reside en parte en la infraestructura cultural. Hay una muy extendida carencia de auténtica experiencia superior que se distinga de la experiencia imaginada. Hay una seria carencia de información asequible sobre esferas de estudios superiores que por lo general no se conocen ni se reproducen en los libros. Como consecuencia de esto, cualquier maestro del mundo contemporáneo encontrará que es igual al profesor universitario que, acomodado en un salón de conferencias para hablar de física nuclear, encuentra que sus estudiantes ni siquiera han aprendido una simple ecuación.

Menciona esto y serás con seguridad acusado de darte importancia.

Trata de vivir con esta reputación, y tendrás un duro camino por delante.

Puedes haberte relacionado con gentes literalmente durante años, antes de que penetre en sus mentes el hecho de que no eres un monstruo, ni un mahatma, sino un hombre que trata en primer lugar de enseñarles las herramientas básicas de su propio y posible proceso de aprendizaje y que deberían haber estado en posesión de ellas años antes. Estas son las herramientas que debería haber transmitido el tipo secundario de maestro que prescinde de la enseñanza tradicional.

Consideremos otro ejemplo. El pensamiento primitivo depende fuertemente de la regularidad, el ritmo, la confianza. Esta situación se ha perpetuado en nuestro tiempo en el atavismo por el cual las gentes han sido alentadas a creer que se les debe enseñar a cierta hora (preferentemente a la misma hora cada día o cada semana), en el mismo ambiente, de la misma manera. Diles a ellos que esto es propio de los niños y lo aceptarán de alguna manera, pero tenderán a sentirse confusos y rehusarán, en efecto, a aceptarlo de otra manera.

Pero haz a la inversa: dales figuras autoritarias, libros canónicos, jerarquías de autoridad, símbolos, cantos y costumbres y te rendirán culto, creyendo que estás en la «línea correcta», lo estén ellos o no; hayas o no urdido el culto el día anterior.

Los auténticos maestros se han visto obligados a demos-

trar también esto con casos reales, antes de que las gentes les dieran crédito.

Si con tu enseñanza no puedes hacer racional su aprendizaje previo, tendrás un duro camino por delante. Serás como un hombre que cuenta un cuento a la hora de acostarse a un niño que no acepta que el lobo se comió a Caperucita Roja, después de todo.

Rompe los tótems primitivos y estarás en peligro. La ironía es que, si te permites desacreditarte ante los ojos del aprendiz, también lo perjudicarás: pues éste no tiene otro recurso, con mucha frecuencia, que adherir a otro sistema, un sistema que le dará seguridad mientras inhibe sus progresos.

También hay otra categoría de gentes. Están los que escuchan, o leen, exposiciones completas como la anterior, y sienten que son perfectamente correctas. Este sentimiento los conduce a suponer que, seguramente, son material de primera clase. El hecho real es que las gentes que pueden obtener un conocimiento superior son aquellos que pueden sentirlo de la forma adecuada: no las gentes que deciden que son las «personas adecuadas».

En las civilizaciones contemporáneas es difícil un pensamiento verdadero sobre la posibilidad de que las gentes que sienten algo muy intensamente pueden estar sintiéndolo de una manera errónea y poco constructiva, excepto en situaciones de engaño; dejemos de lado la palabra o palabras que describen los distintos estados en los cuales uno puede sentir la conciencia condicionada.

La amarga verdad es que, si se abre y mantiene un verdadero sendero metafísico, éste tiene que ser principalmente seguido y abastecido por gentes que quizá nunca oyeron hablar de «conciencia superior» o de «autorrealización» en sus vidas. Esto es debido a que el mecanismo asociativo, que tanto daño hace al hombre, hace ya mucho tiempo que se ha apoderado de la mayor parte del pensamiento de los posibles iluminados. Aquellos que pueden salvarlos son los que ellos tienden a desdeñar, aun a despreciar. Son personas con frecuencia demasiado jóvenes, poco experimentadas.

Los estudios esotéricos de hoy, vistos desde afuera por alguien, son un mundo viejo, saturado de todas las amarguras y estupideces de lo impenitentemente viejo. Un amargo pensamiento ¿no es verdad? Sólo si eres tú mismo el amarga-

do. Si puedes verlo con un poco más de objetividad, estas observaciones son de hecho declaraciones, y por tanto poseen un potencial constructivo.

Lo que es sorprendente es que las gentes estén tan dispuestas a arrojar por la borda las promesas de toda una vida por lo que Rumi llama las «nueces, pasas y juegos» de las satisfacciones superficiales.

No importa que sus mentes estén maduras, que oigan hablar de estudios esotéricos: los hombres se ríen y encogen de hombros.

¿Estás *tú* libre de confabulaciones, de racionalización, de aceptar bajas satisfacciones, de llamar «actividad superior» a la autoindulgencia, de oprimir a otros en nombre de una supuesta primacía, de un poco de autoridad, de suprimir tus propias vislumbres, de fingimientos?

Aun a riesgo de adoptar una terminología fuera de moda, tengo que decir que todas estas y muchas otras maneras de pensar, sentir y actuar recibirán su paga a su debido tiempo.

La cuestión de la actual receptividad de las gentes a las ideas Sufis no ha cambiado desde los tiempos en que, hace mil años, Hujwiri nos entregó un breve relato ejemplificador, en su *Revelación de lo velado*, que no podrás asimilar si tu mente está bloqueada con aspiraciones ordinarias.

FAVORES Y ESCLAVOS

Se encontraron un derviche y un rey. El rey, siguiendo la costumbre oriental vigente cuando un gobernante se encontraba con un sujeto, le dijo:

—Pídeme un favor.

—Yo no solicito favores de uno de mis propios esclavos —dijo el derviche.

El rey le preguntó cómo podía él considerarlo como un esclavo.

—Tengo dos esclavos —respondió el derviche— que son tus propios amos: codicia y expectativa.

La receptividad del hombre a las ideas Sufis, sobre la que has preguntado, está algunas veces oscurecida por la exigencia de «haber dado» algo. Digo oscurecida porque hay verdaderamente tres condiciones a considerar. Primero, está el potencial del ser humano, la dote que posea; segundo, está

la intervención de la función docente; y por último, el esfuerzo que el individuo realiza para aceptar la enseñanza y preservar su dote.

Por último hay un punto sobre el cual las gentes parecen tener alguna idea. La potencialidad humana es una dote: una dote que puede ser preservada, enriquecida y también gastada.

Así que, además de obtener algo, ¿por qué no prestar atención a un asunto como no perder algo? Aunque tengo que admitir que éste es un asunto mucho más fácilmente comprendido por medio de la percepción de cómo las gentes malgastan sus bienes en esta dirección, al menos se puede formular la cuestión en unas cuantas palabras.

DESCUIDO

Hay una parábola sobre esto, atribuida a Jesús, pero que no aparece en los evangelios aprobados, lo cual no hace que la analogía en sí misma sea menos cierta. Se encuentra en el supuesto Evangelio de Tomás, que fue encontrado en Egipto en 1945.

En este relato hay una referencia a una mujer que cargó una vasija con granos y caminó una gran distancia. Sin que ella lo supiera, el grano se derramaba a su espalda «y la mujer no sabía qué ocurría». Cuando llegó a su casa, descargó la vasija y la encontró vacía. Esta parábola se refiere al «Reino del Padre» y es aplicable a nuestro punto de vista sobre la imperceptible pérdida de potencialidad, a través de una forma de descuido (llamada por los Sufis «inadvertencia») que es justo lo opuesto a este tema.

VENDER LA MITAD DE LA CASA

Acerca del dar y el recibir, Nasrudín visitó un día a un agente inmobiliario.

—Quiero vender una mitad de la casa donde yo vivo —dijo.

—Pero Mulá, conozco su casa... usted sólo posee la mitad de una casa.

—Ese es exactamente el asunto. Quiero vender mi mitad para comprar la otra mitad con el dinero que obtenga del negocio.

De la caridad

Pregunta: ¿Tiene usted algunos comentarios que hacer sobre el concepto de la caridad entre los Sufis?

Respuesta: Un principio dominante entre todos los Sufis, valedero para ellos, es la caridad secreta. La caridad puede tomar muchas formas. En cuanto a caridad monetaria, si el dinero se da con un sentimiento de júbilo, ese júbilo es el «pago» de la caridad, y el bien que llega al dador está restringido a esa emoción. A pesar de que este tipo de dádiva es familiar a la mayoría de la gente, sin embargo continúa siendo la forma menor de la caridad. La segunda parte de la forma menor de la caridad es dar para que la persona pueda ayudarse a sí misma. Así una persona puede comprar una herramienta a un carpintero, de modo que éste pueda ganarse la vida. Puede no ser emocional, pero podría ser aún una caridad «calculada». Sus limitaciones la convierten en algo menos que verdadera caridad.

> El dinero o los valores son dados por los Sufis, o por aquellos que desean ser contados entre ellos, de acuerdo con el principio: «No dejes que tu mano izquierda sepa lo que hace tu mano derecha.»

Una intención Sufi:

> Dar antes de que sea pedido;
> dar sin mirar a quién, sin contar lo que se da;

dar cuando se lo pide;
no dar caridad emocional o calculada si no puede darse verdadera caridad.

Es meritorio dar dinero a un Sufi para que éste lo distribuya. El lo entregará, en sumas pequeñas o grandes, a quienes lo merezcan; no necesariamente de acuerdo con su necesidad exterior. Un mendigo o un hombre pobre puede obtener mil piezas de oro, no sólo una moneda de cobre.

La caridad no siempre implica dinero, como tú sabes. La caridad no sólo se da, como tú dices. Se vive y se ejecuta, lo que significa «ser y hacer».

Como Saadi, el gran derviche, dice en su *Gulistan*: «Tú que eres inconmovible hacia los otros no mereces denominarte hombre.» La caridad ha sido convertida en una gran virtud sólo por el bajo nivel de decencia humana.

Si aún piensas que la caridad no es necesaria excepto como una virtud superior, ni siquiera sabes lo que tus contemporáneos, en tu propia civilización, han descubierto y lo que se ha publicado sobre el tema en periódicos de gran circulación. He aquí un ejemplo de la caridad de los animales:

LA CARIDAD DE LAS RATAS

El doctor Y. T. Greene, de la Universidad de Georgia,[1] tomó diez ratas blancas y las entrenó para que obtuvieran pelotillas de alimento presionando una de las dos palancas de su jaula. Una palanca producía pocas pelotillas y era dura de apretar; las ratas lo descubrieron pronto y la ignoraron, concentrándose en la otra. Entonces el experimentador conectó un alambre a las palancas para que, al presionar la que producía comida, una rata de la jaula contigua recibiera una descarga eléctrica.

¿Qué hicieron las ratas que buscaban comida? Primero, reconocieron que sus acciones provocaban dolor en sus vecinas; luego unas ocho de las diez fueron a la otra palanca, aunque era dura de hacer funcionar, y se concentraron en ella, salvando a sus compañeras de ulteriores perjuicios.

1. *Sunday Express*, Londres, 7 de setiembre de 1969, pág. 21.

El número de lectores de un libro

Pregunta: Comprendo que el estudio de los libros es muy importante. ¿Puede usted decirnos algo sobre lo que opinan los Sufis acerca de la lectura y sobre el número de veces que se lee un libro?

Respuesta: Un libro Sufi tendrá que leerse de la forma ordinaria varias veces. Si la mente del lector no está correctamente preparada, rechazará el libro, lo leerá de forma selectiva, o bien se adoctrinará a sí mismo con el contenido. Todos estos resultados son indeseables.

Los factores anteriores, sin embargo, explican los efectos de la literatura sobre la mente de las distintas personas. La mente humana es un organismo en el que lo que se absorbe será comida para un hombre y veneno para otro. Este efecto depende de la mente del lector mucho más que del libro.

Y, no obstante, la gente persiste en considerar a los libros, en cuanto a su posible efecto sobre las personas, siempre como similares. Esta estupidez es uno de los legados menos atractivos de la escolástica mecánica, la cual, en verdad, por lo general *exige* una mente estandarizada para aproximarse a cada uno de sus libros.

Muchas gentes están orgullosas del número de veces que han leído un libro. Señalan los ejemplares ajados como evidencia de su diligencia. En algunos círculos, realmente, «una biblia raída» es considerada como una evidencia de piedad.

Y sin embargo es difícil que alguien sepa que la condición del libro y el trato que ha recibido de manos del lector

dejarán huellas sobre aquél que ejercerán un efecto tanto como el contenido impreso, efecto que se mantendrá mucho después de realizada la impresión del libro. Los libros prestados tienen esta característica. Los libros que uno ha utilizado muchas veces transmiten este «olor a infidelidad», como es llamado en persa, de un lector a otro.

Por esta razón muchas veces se pide a las gentes que lean diferentes ejemplares del mismo libro, aun cuando esto signifique comprar nuevos ejemplares después de cada segunda lectura. Esto es algo que quizá no se conoce bien, pero que sin embargo es efectivo. ¡Los bárbaros refinados de hoy podrían sospechar en tal procedimiento sólo una artimaña para vender más ejemplares de un libro!

Con respecto a lo anterior, debe advertirse que nuestros métodos de estudio están mucho más relacionados con hechos muy poco conocidos, como los factores psicológicos que la gente conoce pero no aplica. Es por eso que el currículum de una escuela requiere una completa atención a la necesidades de la enseñanza, al material enseñado, a los estudiantes y al maestro.

Rumi enseña el uso de los libros en un libro (*El Diwan de Shams-i-Tabriz*), donde denuncia a los libros como una fuente de sabiduría. Son, como en el caso de éste que estoy escribiendo, instrumentales:

> El hombre de Dios es sabio por medio de la verdad:
> el hombre de Dios no es letrado de un libro...

Los pasajes literarios, los instrumentos de enseñanza, pueden necesitar mucho tiempo y distintas experiencias antes de que ejerzan su verdadero efecto potencial sobre el ser humano. En su *Ruh al-Quds* (*Espíritu de lo sagrado*), Ibn Arabi cuenta cómo aprendió a través de una cita del Corán que le dio Abu-Abdullah de Ronda, en España. Este gran Sufi, que tenía mucha capacidad extransensorial, eligió un pasaje y preguntó a Ibn Arabi su significado. Este no le respondió, pero cuando el significado llegó a él volvió a encontrar a Abu-Abdullah y le dio la respuesta. Esto sucedió cuatro años más tarde. En términos temporales convencionales, esta única lección ocupó cuatro años. Desde que comenzamos a publicar libros de relatos y encuentros Sufis, este tipo de reacción se ha vuelto cada vez más frecuente entre los lectores

de dichos libros: esto es, en aquellos que no son tan impacientes como para abandonar el estudio tan pronto como no obtienen inmediatamente el tipo de resultados que buscan.

Y, como Kalabadhi dice en su *Taaruf*:

> La paciencia es ser paciente con la paciencia.

P: ¿No deberíamos familiarizarnos con toda la obra de Rumi, ahora que mucha de ella ha sido traducida al inglés y a otros lenguajes occidentales?

R: Deberías advertir que Rumi habla a una audiencia específica. ¿Cómo sabes que parte de lo que dice se refiere a *ti*? En el caso de los extractos del Corán que utiliza con tanta frecuencia, puedes ver que los utiliza como algo «conocido», como tú utilizarías, digamos, una fórmula matemática. Es decir, habla a una comunidad que acepta estos extractos como verdad literal y figurativa. Esto le permite acentuar ciertos puntos y orientar otros. Al tratar con una audiencia contemporánea que o bien rechaza estos pasajes, o bien los cambia o quiere analizarlos, no podemos utilizarlos como nuestra fórmula «conocida». Tenemos, en su lugar, que referirnos a la información psicológica aceptada por nuestra audiencia, y esto es lo que hacemos. Hacerlo de otra manera sería invalidar el contenido de la obra de Rumi como un todo. El mismo, a su turno, obró de igual forma con los materiales con los que construyó sus escritos.

Declinación de la influencia religiosa

Pregunta: La lectura de los escritos Sufis de los autores clásicos parece mostrar que hay una clara distinción entre la religión y la obsesión. ¿Es un error considerar esta distinción como causa de la actual declinación religiosa?

Respuesta: La declinación de la influencia de la religión se ha debido, en lo esencial, no a la religión en sí misma, sino a la misma superficialidad de muchos practicantes. Las gentes que son adoctrinadas y confunden obsesión implantada con fe, son ellas mismas destructoras de aquello que imaginan que han sido llamadas a proteger.

De hecho, por supuesto, no reciben tal llamada: y su capacidad de proteger algo que es distinto de lo que imaginan se convierte en una situación cómica.

Lo que muchas gentes llaman religión (que está excesivamente mezclada con autodecepción, hasta que se descubre la diferencia entre fe inculcada y algo diferente que puede ser llamado fe verdadera) pertenece a un estadio primitivo de existencia y no puede en realidad ser tenida en cuenta seriamente por quienes están acostumbrados a pensar en términos de pensamiento ajeno a ella: términos que hace ya largo tiempo se han purgado a sí mismos de elementos groseros. Recuerda que los argumentos muy elaborados y la habilidad para jugar con las palabras no constituyen una forma de pensar avanzada, sino tan sólo una forma ingeniosa.

Los fanáticos y aplicados religiosos con los que comúnmente nos encontramos son, por supuesto, menos religiosos

que un ateo. Son personas emocionales en estado bruto que han adoptado la religión como campo de sus operaciones. La religión es su medio de acción y expresión, no la base de su conducta.

A este respecto, se parecen a los políticos, economistas u otros entusiastas de cultos, que constituyen fenómenos psicológicos y sociales, no religiosos.

Si alguien que conozca el tema discutiera de «religión» con esta gente, parecería un astrónomo discutiendo de astrología con un adorador de las estrellas.

Por esta razón, la regeneración de la religión podría venir de gentes a las que no siempre estaríamos dispuestos a asociar con la «religión» tal como la conocemos.

Este principio es bien conocido en otros ámbitos, donde, por ejemplo, las grandes invenciones provienen de fuentes no técnicas, ya que la línea principal de científicos y tecnólogos está obsesionada con su campo y sus dogmas. Los dogmas de ayer son las imposibilidades de mañana.

En términos tradicionales, ésta es la condición de observar a la crisálida cuando deberíamos contemplar a la mariposa, y también a toda la escala de desarrollo, desde el huevo al gusano, la crisálida y, por último, la mariposa.

Me imagino —con cierta esperanza— que cuando las gentes dicen, como muchas lo hacen, que «el cristianismo no ha fracasado: nunca ha sido probado» quieren decir que sólo lo obsesivo o escolástico ha sido probado. Y si no ha sido probado, me gustaría preguntar: ¿cuándo comenzaremos a hacerlo?

Recuerdo que el primer libro persa sobre sufismo, el de Hujwiri, dice:

> «El peor hombre es el que imagina estar sirviendo a Dios y en realidad no lo hace. El más noble es el que imagina no ser un devoto de Dios, cuando realmente lo es.»

La causa del declive de la religión es que muy pocas personas tienen la oportunidad de una alternativa a la obsesión implantada —algo muy frágil—, representada por la fe que proviene de la experiencia. El Sufi Muhammad ibn Khafif dijo: «La fe es creer con el corazón en el conocimiento que viene de lo invisible.» No dice que es la creencia en lo que alguien nos dijo, o nos inculcó, o que admitimos en momen-

tos de excitación y que consecuentemente se convierte en parte de una fijación.

¿POR QUE ES AUN NORMAL?

En Oriente hay un ácido chiste, destinado a destacar cómo la declinación de la religión se debe a la ineptitud —y algunas veces a algo peor— del practicante, especialmente en lo que se supone el grado superior de la actividad. Como en una historieta, esto está deliberadamente resaltado en exceso para señalarlo:

Un maestro espiritual dice:

—Mi primer discípulo era tan débil que los ejercicios lo mataron. El segundo se volvió loco haciendo sus meditaciones con demasiada concentración. El tercero se volvió completamente idiota debido a la contemplación. Pero el cuarto es aún completamente normal.

—¿Cómo es eso? —preguntó alguien.

—Debe serlo —dijo el gurú—, pues se negó a hacer los ejercicios...

¿Por qué no podemos tener un astracán británico?

El astracán, a veces llamado cordero persa, es la piel de una cabra que durante muchos años se ha desarrollado en Asia Central, especialmente en Afganistán. Recientemente se han hecho intentos para criar la cabra de astracán en el sudoeste de Africa, y se ha comercializado su piel como «astracán del sudoeste de Africa».

Debido a factores nutricios y ambientales, hay una diferencia.

Los expertos y la gente común pueden hablar de la diferencia entre los dos tipos de piel.

Hay muchas razones por las que la cabra de piel de astracán no puede ser criada en el Reino Unido, a pesar de la demanda que existe de ella.

Pero el hecho de que se la traiga a este país desde el exterior, no hace decrecer la demanda. Por el contrario, es probable que la incremente. Por cierto, incrementa el precio.

Si alguien preguntara: «¿Por qué no podemos tener piel de astracán *británica?*», la inmediata observación sería que la respuesta debería darla un experto.

Supongamos que utilizamos este ejemplo para ilustrar, aun parcialmente, mis advertencias de que algo que pertenece a una cultura no debe —en la esfera metafísica— ser importado a otra. ¿No estoy con esto *importando* algo de otra cultura, o bien de una serie de culturas?

De inmediato debe advertirse que el factor destacado aquí es si lo importado pertenece o no únicamente a la cultura de donde se ha importado.

Si yo importo un *hábito,* como usar sandalias, de Grecia, donde hace calor, a Groenlandia, donde hace frío, estoy haciendo una importación equivocada. Si, en cambio, importo algo útil, como la lana, de un lugar donde se produce a un lugar donde puede usarse, estoy probablemente haciendo algo útil.

Es un triste indicio del primitivo estado de pensamiento sobre este asunto el que las gentes traten de salvaguardar sus formas de existencia excluyendo cosas que son útiles e incluyendo otras que son inútiles.

La dificultad por parte del hombre ordinario para saber qué es útil y qué meramente secundario —material cultural— se debe en parte a su impaciencia y su codicia: quiere cualquier cosa que *pueda* ser útil (o que *es* atractiva), en parte debido a que nadie le ha hablado de algo tan elemental como que ciertas cosas no son sólo importaciones útiles sino también esenciales, y en parte debido al miedo de que algo introducido en su vida o en su pensamiento desde otra fuente pueda no adecuarse a él.

Desde este punto de vista, en metafísica, veréis que el hombre está en un nivel tan bajo de logros, que no sería capaz de persistir durante mucho tiempo en la esfera tecnológica de una sociedad simple después de haber sido impactado por una más desarrollada.

Por supuesto, hay formas tradicionales de introducir en una sociedad algo que necesita pero que no quiere aceptar. Muchas de ellas están aún en uso. El rey Abdul-Aziz ibn Saud, para «probar» que la radio no era un artículo demoníaco, hizo emitir versos del Corán para que los clérigos pudieran testificar que era algo bueno, ya que se presumía que el demonio no podía citar el Corán.

Está el caso de san Francisco quien, en un famoso relato, dijo al Papa que sus ideas y su organización pertenecían desde muy antiguo a la Iglesia, que habían sido abandonadas y desarrolladas en otra parte, y que ahora encontraban su lugar real.

En algunas partes del mundo aún es costumbre que una persona que ha tomado una píldora, recetada por la doctrina médica moderna, vaya al mago local para que la convierta en algo «realmente potente» por medio de un conjuro.

Es más, en nuestro propio lugar de operaciones, podéis observar el casi mágico efecto «racionalista» de una expli-

cación que permite al oyente reorganizar sus prejuicios en una forma aparentemente ordenada. Se le puede decir: «Te estoy diciendo lo mismo que fue predicado por tal y tal, y aquí está la correspondencia de ideas.». Se sentirá mucho mejor, ya que fundamentalmente no quiere la verdad: sólo quiere tranquilidad, orden, seguridad.

O podéis hacerlo de otra forma. Podéis decir —y esto funciona—: «No parece lo mismo pero produce maravillas.» Esto puede estimular su avidez, capacitándolo para sobreponerse a los prejuicios gracias al «interés» superior en algo extraordinario y posible para él.

¿Por qué describo estos mecanismos y por qué los desapruebo?

Porque son formas fáciles, superficiales. Podéis decir: «Lo que te estoy diciendo es lo mismo que aprendiste de tal y tal», y podéis estar diciendo la verdad. Esta verdad puede ser importante, y su apropiada comprensión puede provocar un efecto muy importante. Pero, una vez que hayáis dicho la verdad, podéis esperar que el oyente *use* esta importante verdad con propósitos de racionalización. En lugar de dejar que la verdad básica tenga acceso a su conciencia, agota su energía utilizándola para hacer que las cosas sobre las que tiene dudas sean aceptables para el pensamiento superficial.

Este uso primitivo y fútil de un hecho importante es, metafísicamente hablando, el signo de un hombre o una mujer inmaduros.

Este es un punto importante que compartimos parcialmente con cualquier psicólogo convencional. Este último, lejos de quejarse de este «mecanismo de racionalización», tiende a considerarlo útil (con un propósito de integración, por ejemplo), excepto cuando produce un estado mental distinto de las normas sociales, en especial cuando se trata de sus propios mecanismos.

Pero el psicólogo, tal como nos es familiar hoy, por lo general trata con lo que *nosotros* llamamos la falsa personalidad del hombre: el sistema intelectual-emocional superficial (pero necesario) con el que funciona. Nosotros intentamos tomar contacto e informar a la individualidad profunda del ser humano.

¿Cómo se relaciona esto con nuestro cordero de astracán? Muy simple. Las gentes que piensan que importamos algo —nosotros preferimos decir que reintroducimos—, aunque

estén «satisfechas» por nuestras explicaciones y las racionalicen a través de la codicia o de algún otro motivo, están tan lejos de comprender lo que realmente queremos decir y hacer como aquellas que discrepan con todo lo que decimos o hacemos.

MANTENER LIMPIO EL FONDO

En verdad, de una forma más elaborada, sus reacciones son las mismas que las de Mulá Nasrudín en esta anécdota:

—Es un lago muy peligroso, Mulá —dijo un pescador local—; los que nadan en él aparecen siempre muertos en el fondo.

—De acuerdo, amigo —dijo Nasrudín—, me mantendré lejos del fondo...

En verdad, cuando se proyecta esta enseñanza en un ámbito distinto del metafísico, al que de hecho pertenece, las gentes que *rechazan* lo que les decimos en idioma metafísico con frecuencia muestran una marcada potencialidad de comprensión. Hay que tener en cuenta aquí que sólo el pensador superficial presume que nuestra enseñanza, si es genuina, no está circunscrita por las limitaciones del así llamado vocabulario «metafísico». Puede enseñarse de cualquier manera. Pero puede enseñarse a los denominados metafísicos sólo en la jerga, o algún equivalente de ésta, que ya posean.

Habría que absorber bien estas observaciones, debido al inaceptablemente estrecho punto de vista adquirido por mucha gente que trata de comprender las ideas psicológicas, religiosas, filosóficas y metafísicas.

Abdulkarim Jili, autor de la importante obra Sufi *Insan-i-Kamil* (*El ser humano perfeccionado*), que murió en el siglo XV d. C., destaca que el *ser* es pensamiento, y que el aspecto externo del ser es el mundo. Por supuesto, la doctrina Sufi sostiene que el ser real puede ser percibido a través de la multiplicidad de ideas y objetos percibidos. Esta es la doctrina de «el fenómeno es el puente de lo real», de función instrumental. Esto significa que las cosas del mundo que conducen a las percepciones superiores tienen poco significado pero mucho uso potencial. Las gentes buscan el significado e ignoran su uso. De este modo valorizan las ideas mundanas secundarias en lugar de elegirlas como instrumentos.

Métodos y prerrequisitos de enseñanza

Pregunta: De acuerdo con los Sufis, ¿hay algún conocimiento de la diferencia entre enseñanza y condicionamiento? Y, ¿saben las gentes lo que quieren cuando comienzan a aprender?

Respuesta: Las gentes están condicionadas, no sólo por el adoctrinamiento deliberado, sino también por los sistemas, cuyos mismos proponentes son ignorantes de la necesidad de salvaguardas para evitar el acondicionamiento. Las gentes están también condicionadas por una constelación de experiencias. En casi todas las sociedades humanas se ha llegado a la unanimidad de pensamiento por medio de un inadvertido proceso condicionante en el cual virtualmente todas las instituciones de la sociedad pueden ser ramas de dicho proceso.

Esta información no es nueva ni necesariamente excitante. Pero es esencial. Lo nuevo es que ha sido concisa y efectivamente revelada por estudios hechos en Occidente, en especial desde el fin de la guerra de Corea. Si no conoces o no crees lo anterior, o bien deberás aceptarlo como hipótesis de trabajo, o bien deberás abandonar todos los intentos de estudiar otros asuntos distintos hasta que te hayas puesto al día con esta información a partir de las fuentes generalmente asequibles sobre el tema. En tal caso, tu información básica es incompleta, y tus posibilidades de progreso en un sentido superior están tan limitadas como si estuvieras tra-

tando de convertirte en un académico pero no fueras aún literato.

Ciertos sistemas de enseñanza tradicionales han mantenido constantemente el conocimiento de este factor de «condicionamiento por circunstancias ambientales». La esencia de este sistema ha sido doble: 1) acentuar el hecho del condicionamiento para enderezar la falta de equilibrio producida por éste; y 2) proveer programas de estudio y agrupamientos humanos en los que el condicionamiento no pueda operar con facilidad.

Tales sistemas no niegan el valor del condicionamiento para ciertos propósitos, pero no lo utilizan. No tratan de destruir el mecanismo condicionado del que, en verdad, depende tanta vida.

Esta es la primera lección: las gentes a las que se les muestra por primera vez que sus concepciones son producto del condicionamiento, tienden a suponer, de la manera más burda posible, que cualquier cosa que se les dice es en sí misma opuesta al condicionamiento o se les propone para hacer algo con éste. Lo que cualquier sistema legítimo hará, sin embargo, es señalar que ese condicionamiento es parte de la escena social y que sólo se confunde con las cosas «superiores» cuando la enseñanza se ha deteriorado y tiene que «entrenar» a sus miembros.

La segunda lección es que se puede condicionar a la mayoría de grupos de gentes, si el grupo es realmente casual: sólo se puede lograr un grupo no propenso al condicionamiento si se seleccionan personas que armonicen de tal manera que ayuden a combatir esta tendencia.

Quienes oyen esto tienden automáticamente a suponer que ésta es una doctrina de élite. Pero aceptan esta suposición sólo porque son ignorantes del proceso y las bases. El objeto primario es asociar y agrupar gentes que puedan evitar el condicionamiento, de modo que entre ellas pueda tener lugar un desarrollo que, a su turno, pueda transmitirse a un mayor número de personas. Nunca se puede aplicar a un gran número de gentes en forma directa.

Muchos que escuchan por primera vez que ese condicionamiento es un desarrollo poderoso, no reconocido y espiritualmente inefectivo, reaccionan de una manera que es igualmente inútil. Suponen que si este condicionamiento está presente en todas las instituciones que conocen (incluyendo

algunas por las que tienen gran estima), es que debe ser siempre esencial. Esto se debe a que no desean enfrentar el hecho de que cualquier institución puede ser invadida por una tendencia peligrosa para ella. Lo cual no es lo mismo que decir que la institución está basada sobre ésta.

Cuando se reúne a las gentes para exponerlos a los materiales que pueden rechazar o evitar el condicionamiento, siempre tienden a sentirse disconformes. Este disconformismo se debe al hecho de que no reciben de estos materiales los estímulos a los que están acostumbrados como gente condicionada. Pero, como por lo general carecen de una percepción total para saber qué *hay* en los materiales (y debido a que una característica de los materiales condicionantes es que pueden disfrazarse de hechos a los que se llega independientemente), tales personas no saben qué hacer. La solución que tienden a adoptar para este problema es algún tipo de racionalización. Si reciben estímulos desacostumbrados de tipo emocional, considerarán a los materiales nuevos o cuidadosamente seleccionados como «insípidos».

Hay una lección más. Todos deberían advertir que se debe romper el círculo vicioso por algún lado y de alguna manera. Sustituir un condicionamiento por otro es a veces ridículo. Suministrar a las gentes el tipo de estímulo al que están acostumbradas puede ser un servicio público o social, pero no es enseñar una actividad de tipo superior.

Desafortunadamente, se ha entrenado a las gentes para imaginar que algo que es difícil de comprender o difícil de hacer, en un sentido basto, es un verdadero ejercicio. Por tanto, están con frecuencia dispuestas a sacrificar dinero, esfuerzo físico, tiempo, comodidad. Pero si se les pide —digamos— que no se reúnan o que sacrifiquen la atención de un maestro, encuentran esto casi imposible de soportar, simplemente porque su entrenamiento es tal que se comportan como adictos. Pueden querer sacrificio o esfuerzo, pero sólo del tipo que han sido entrenados a creer que es sacrificio o esfuerzo. El «esfuerzo de moda», creo, no es de ningún modo esfuerzo.

Desafortunadamente también, no saben que el sistema para el cual se los ha entrenado (si han desarrollado tal gusto por él como el que acabamos de describir) siempre ha completado su óptima función de desarrollo posible, mucho tiempo antes probablemente de que nosotros la haya-

mos encontrado. Se ha convertido en un vicio, un ritual o un hábito que son incapaces de reconocer como tales.

El prerrequisito de una forma avanzada de enseñanza es que los participantes estén preparados para ser expuestos a ella, y no sólo a alguna parodia que les dé una nutrición menor de aquella a la que están acostumbrados.

Este es en sí mismo un estadio más elevado que cualquier repetición o práctica o refrito de palabras o ejercicios o teorías. Y, de esta forma, es un desafío. ¿Pueden o no los participantes entrar en verdad en un área donde sus deseos efectivamente burdos y sus respuestas automáticas no sean gratificados?

Si no pueden, se han excluido a sí mismos de la enseñanza.

Para ser elegibles, los posibles estudiantes tienen que «escogerse a sí mismos». Tienen que autoexaminarse y ver si han estado meramente utilizando sus estudios para satisfacer sus deseos sociales o sus inclinaciones psicológicas personales, o para acondicionarse a sí mismos. También se les debería decir, por ejemplo, que si uno grita «¡Debo despertar!» con la suficiente frecuencia, este grito nos hará dormir. Si su sentido de poder, por ejemplo, es alimentado por medio de la sugestión de que están estudiando algo que otros no saben, no irán muy lejos. Si están obteniendo algún placer personal u otro beneficio de «enseñar» a otros, no aprenderán más. Si sólo dependen de su comunidad de estudios principalmente por tener amigos o algún lugar adonde ir una o dos veces por semana o por mes, no irán muy lejos.

Ha habido una confusión entre la enseñanza y la función humana o social. Ayudar o entretener a alguien es un deber social, no esotérico. Como ser humano tú siempre tienes deberes sociales y humanitarios, pero no necesariamente tienes deberes terapéuticos; en realidad, puedes estar mucho menos cualificado para eso que casi cualquier terapeuta profesional convencional.

Es imposible malgastar el tiempo prácticamente con ninguna religión, grupo filosófico o esotérico, o aun leer su literatura, sin ver que un gran número de personas implicadas, quizá no por su propia culpa, y debido a la ignorancia de los problemas, usan estas formas con propósitos sociológicos o psicológicos de estrechas miras. No es que sus vidas

espirituales no sean correctas en esos grupos. Es que sus vidas sociales son inadecuadas.

«Tanto es arriba, como es abajo.» Así como en consideraciones ordinariamente mundanas puede haber ineficiencia o confusión de miras, así puede haberlas al aproximarse al conocimiento superior. Tú puedes ser capaz, inicialmente, de perseguir miras superiores a través de mecanismos y teorías de nivel inferior, pero no puedes perseguirlas complaciéndote en intereses personales de corto alcance.

Debes perseguir tus intereses personales en otra parte. En una sociedad avanzada hay más instituciones para satisfacer tales vías de descarga de las que cualquiera puede posiblemente necesitar. Asegúrate de que tus necesidades profesionales, comerciales, sociales, psicológicas y familiares estén resueltas en la sociedad a la que perteneces. El resto es la parte de ti que puede comunicarse por medio de las técnicas especializadas asequibles a aquellos que tienen un aprendizaje tradicional comprensible y legítimo y que tienen los medios de salvaguardarlo.

Esto es lo que se debe estudiar en primer lugar. Muchas gentes tratan de hacer algo distinto, no importa lo que imaginen que están haciendo. Por fortuna, no es difícil reconocer esto si se emplea un esfuerzo suficientemente sincero.

En la vida ordinaria, si piensas que tu familia es mayormente una cuestión comercial, las gentes dirán que estás equivocado. Si piensas que tu profesión tiene principalmente un propósito social, las gentes pronto te corregirán. Es tiempo de que estés correctamente informado también en este campo. Debes saber, o descubrir, la diferencia entre una reunión para aprender y experimentar algo, y una reunión para estimularse emocionalmente, para probarse intelectualmente o para asegurarse socialmente.

No existe ningún perjuicio en el ingrediente social de una relación humana: lejos de eso. Pero cuando éste se desequilibra y un contacto humano se convierte en una excusa para un contacto social, no se aprende, independientemente de los materiales con los que se trabaje. La «debida proporción» es la habilidad secreta del maestro.

La constante aparición de escuelas aparentemente diferentes de estudios superiores en épocas y culturas de todo tipo es debido, en gran parte, a la necesidad de rescatar las enseñanzas tradicionales y genuinas del automatismo y de

las funciones sociales, psicológicas y de entretenimiento que nos invaden intensamente con regularidad y que, en su mayor parte, a la larga se apoderan de ella.

Ciertos ejercicios físicos y mentales, por ejemplo, son extremadamente importantes para fomentar las funciones humanas superiores. Si éstas son practicadas por gentes que utilizan las cosas con propósitos emocionales, sociales o gimnásticos, no operarán a un nivel superior en ellas. Se convertirán meramente en medios de descargar energía superflua o de mitigar un sentimiento de frustración. Los practicantes, sin embargo, regular y casi invariablemente, confunden sus experiencias subjetivas con «algo superior».

Es por esta razón que las legítimas enseñanzas superiores tradicionales son parsimoniosas con sus materiales y ejercicios. Nadie con una tarea a realizar puede posiblemente (si sabe su tarea) hacerla de una manera que no sea beneficiosa para las personas en el nivel requerido.

La información precedente habría que leerla, estudiarla y comprenderla lo más ampliamente posible. Sin ella hay pocas posibilidades de servir a algún grupo de gentes, en cualquier parte, más que socialmente o con psicología superficial, no importa qué teorías, sistemas o ejercicios se empleen.

Donde hay ideología, condicionamiento y adoctrinamiento, se introduce un elemento mecánico que expulsa el factor de percepción de la realidad extradimensional que conecta las funciones superiores de la mente con la realidad superior.

Las experiencias Sufis están elaboradas para mantener una armonía con esa realidad y una proximidad a ella, mientras que los sistemas mecánicos en realidad distancian a las personas de ésta.

QUIEN GUARDA EL MANTO

Attar, en su *Memorial de los santos*, cuenta una historia del gran Sufi Habib Ajami, cuando éste fue a un río a lavar y dejó su manto tirado en el suelo. Hasan de Basra, que pasaba por ahí, lo vio. Pensando que alguien debía cuidar esta pertenencia, permaneció haciendo guardia hasta que Habib retornó.

Hasan preguntó entonces a Habib a quién había dejado al cuidado del manto.

—¡Lo he dejado al cuidado —dijo Habib— de aquel que te dio a ti la tarea de vigilarlo!

Esta anécdota, que intenta indicar la forma en que los Sufis resuelven los asuntos, es con frecuencia considerada por los burdos imitadores como algo que deben copiar, de modo que prueban el «destino» abandonando las cosas y descuidando las obligaciones, y obtienen los resultados que corresponden a su ignorancia.

El dolor en la «empresa espiritual»

Pregunta: ¿Cómo es que aquellos que se comprometen a sí mismos en empresas espirituales pueden causar tanto dolor y aflicción a algunas gentes? Muchas se trastornan y empeoran sus caracteres mucho más que antes...

Respuesta: Primero, recuerda que esta tendencia la han observado y comentado todas las religiones y distintos sistemas. Las gentes siempre pierden la cabeza por una u otra doctrina —por respetable que ésta sea— y nadie ha encontrado aún algún método para prevenir esta situación. Las gentes sienten dolor y enloquecen en todas partes y por todo.

Segundo, los intentos siempre provienen de aquellos que son realmente conscientes de este problema psicológico de eliminar los efectos dañinos, no de los procesos, sino del estado mental del que sufre cuando se injertan o aplican los procesos.

Es por esta razón que los maestros Sufis han tratado de asegurarse de que algunos de sus discípulos no emprendan ciertos ejercicios. Algunos de ellos insisten aún en que tales personas no deberían —por ejemplo— realizar la peregrinación a La Meca, que es una obligación para todos los musulmanes. Por esta razón los Sufis han sido censurados por «oponerse a lo que se permite u ordena», por gentes que son demasiado estúpidas para comprender que, en el Islam, no se supone que los enfermos deban hacer cosas, aun cuando éstas hayan sido ordenadas, que podrían agravar sus males.

El «dolor y las aflicciones» a los que te refieres se deben a una enfermedad interior, una enfermedad que se agrava por cualquier cosa —aun espiritual— que se le aproxime, porque cuando un elemento espiritual se aproxima a ciertas formas de enfermedad, el mal mismo distorsiona a dicho elemento y hace mal uso de él. Puedes verificar esto por ti mismo si observas cómo algo perfectamente saludable, empleado de manera equivocada, en el lugar equivocado o con gentes equivocadas, puede causar daño.

SALTAR DESDE EL PISO CATORCE

Dos noticias aparecieron en un periódico británico no hace mucho tiempo. En una de ellas un hombre saltó desde el piso catorce de un edificio a causa de su fe «religiosa», confiando en que «Dios lo salvaría». Murió. En el otro caso, gente de mente espiritualista supuso que un hombre estaba poseído por los demonios. Se hizo un intento para «exorcisar» estos demonios por medio de un ritual enseñado por la Iglesia. El intento de arrojar los demonios realizado por un sacerdote de la Iglesia de Inglaterra fue seguido, a pocas horas de la ceremonia, por el asesinato de la esposa del hombre: éste le arrancó los ojos y la lengua.

Estas cosas pueden suceder cuando las gentes confunden los asuntos espirituales con los médicos. Eso, a su turno, sucede cuando las gentes imaginan que su doctrina, no su experiencia, les permite identificar los asuntos «espirituales». El dogma tiene sus limitaciones: los periódicos caracterizan a menudo estas tragedias diciendo que son inducidas por el «dolor que produce la empresa espiritual», generalmente debido a esta razón.

Los Sufis han observado con frecuencia que las gentes que tratan de seguir los senderos espirituales sin el entrenamiento primario de despojarse de su orgullo, por lo general encuentran dolor y cosas peores.

«Las gentes que tratan de amoldarse a las formas malignas del mundo», dice Hasan de Basra[2] —lo que para los Sufis es confinar la propia personalidad sin hacerlo en el debido orden—, «están arruinados».

2. Citado en *Tadhkirat al-Awliyya*, de Attar.

Las personas se desconciertan cuando siguen supuestas vías espirituales o cuando tratan de hacer lo que no es sólo imposible sino absurdo.

Me gustaría hacer hincapié en el miedo a la muerte más que en su importancia como fenómeno de transición, y también en la desorientada búsqueda de «seguridad» provocada por la obsesión implantada (que con frecuencia se cree que es fe, aunque en realidad es dogmatismo), como las dos causas más frecuentes del dolor y aflicción a los que te refieres.

Hay dos cuartetos en persa del eminente Ustad Khalilullah Khalili, un gran Sufi contemporáneo, sobre este tema. Tan sólo compara su énfasis con aquel, fuera de contexto, que tanta gente imagina que es espiritualidad.

LA MUERTE Y LAS MONTAÑAS

En el primero[3] dice:

> No temo a la muerte, pues es mi ayudante...
> Condujo a mis antecesores a su destino:
> ¡Este elegante carruaje de paso fácil me lleva al mío!

En el otro, habla del condicionamiento, cristalizado en una pasmosa pero inútil rigidez, como una montaña, y de la flexibilidad del entendimiento del buscador, como un pájaro: se trata de una observación del pájaro a la montaña:

> ¡Oh montaña! Alta y poderosa alcanzas los cielos.
> Pareces absorta en tu propia contemplación.
> Aunque sólo un pajarito, yo soy libre
> para danzar sobre una flor, mientras que tus pies están encadenados...[4]

3. *Quatrains* (en persa), Bagdad, Al-Maarif Press, 1975, págs. 70-71.
4. *Ibidem*, págs. 32-33.

Enseñanza de choque

Pregunta: ¿Podría usted hablarnos de la técnica Sufi de enseñanza de choque?

Respuesta: Las técnicas de enseñanza Sufi destacan vigorosamente las declaraciones contradictorias, para causar un efecto múltiple sobre el oyente.

Mansur Hallaj, notoriamente, dijo: «¡Soy Dios!» precisamente por esta razón.

Si un occidental dice, en un lenguaje ligeramente más contemporáneo: ¡Hitler fue un gran hombre!, el choque provocará, de modo instantáneo, la reacción del oyente.[5] En algunas personas hará que adviertan por primera vez, al oír tal declaración, que las personas que acostumbraban decir eso eran iguales. También hará que adviertan que, quizá, la cuestión de la grandeza o no grandeza de Hitler es irrelevante para su propia situación. Hará que otros adviertan que están obsesionados por esta «grandeza» o «no grandeza» y les revelará que sus opiniones pueden suscitarse por el empleo de una frase. Algunos verán que prácticamente cual-

5. Aunque Hitler murió en 1945, casi unánimemente considerado como un monstruo, el efecto de choque de llamarlo «grande» ha desaparecido para mucha gente en el curso de una generación. Un maestro alemán decubrió, en 1977, que muchos jóvenes compatriotas sabían muy poco sobre el antiguo líder. Muchos de ellos —demasiados— pensaban que de hecho había sido un gran hombre. *Time* (Nueva York), 18 de abril de 1977, pág. 13.

quier secuencia de palabras puede servir para «programar» a las gentes y provocar una «creencia» o una «oposición».

Esta es la técnica que algunas veces utilizaban Omar Khayyam y su escuela.

A menos que se comprenda esto, no se puede comprender a Khayyam, pues algunos académicos toman sus palabras al pie de la letra. Cuando él dice: «Cada violeta es un magnífico lunar de una anterior bienamada», podríamos imaginar que se refiere a la reencarnación o que es una imaginería poética, cuando de hecho es un choque. La teoría de la reencarnación era una herejía en su cultura.

La literatura Sufi está llena de este tipo de material de enseñanza experimental. Su presencia filtra muy efectivamente lo superficial y trivial.

Las gentes están condicionadas para gustar de ciertas afirmaciones y no gustar de otras. Esto es casi siempre útil, hasta que se llega al punto en que la hipocresía toma ventaja sobre las posturas prevalecientes y permite que las gentes manipulen las situaciones y evadan la realidad. También tenemos ejemplos asequibles en cualquier cultura donde las personas no pueden, por tradición, decir ciertas cosas que son verdaderas, porque si lo hicieran serían consideradas inmodestas, jactanciosas u hostiles a las otras. Esta suerte de preservación del *status quo* puede ser buena o mala. Algunas veces produce una «visión de túnel».

Para poder actuar sobre estas situaciones, o para poner punto final a la limitaciones de una costumbre coercitiva, algunos de los Sufis más grandes no han rehuido arriesgarse al oprobio más extremo. No creo que sus contribuciones a este respecto hayan sido aún igualadas.

EL SILENCIO Y LA PALABRA

Un buen ejemplo de esto se encuentra en *Revelación de lo velado* (traducción al inglés, Nicholson, 1911), de Hujwiri,

«He leído en las anécdotas que un día, cuando Abu-Bakr Shibli [uno de los antiguos Sufis más eminentes] estaba caminando en el barrio de Karkh, de Bagdad, escuchó que un impostor decía: "El silencio es mejor que la palabra."

»Shibli respondió: "Tu silencio es mejor que tu palabra, pero mi palabra es mejor que mi silencio, porque tu pala-

bra es vanidad y tu silencio una burla vana, mientras que mi silencio es modestia y mi palabra es silencio."»

Quien imagine que Shibli actuó de esta manera porque tenía mal temperamento, porque era impaciente o porque estaba lejos de ser modesto, necesita la mencionada enseñanza Sufi de choque, ya que tal individuo no ha aprendido aún que existe la posibilidad de que alguien a quien considera (a través del condicionamiento) fuera de la norma, pueda en realidad estar expresando lo que de hecho es una exacta descripción de las circunstancias prevalecientes.

La principal objeción a las palabras supuestamente inmodestas es que tienen un mal efecto sobre la persona a quien se dicen, o que enseñan a los observadores a ser «inmodestos» y no humildes. En el caso de una persona como Shibli, su posición era (y es) tal que lo primero no es posible, y la última interpretación no tiene cabida ya que Shibli era conocido por su absoluta veracidad.

Esta actitud puede parecer curiosa a las personas no acostumbradas a ella. «La rareza de la apariencia no es de hecho una contradicción», como afirma el dicho.

Es el condicionamiento, como la ignorancia, lo que perpetúa la ignorancia de la humanidad, tal como acentúa Khalili,[6] cuando habla del mundo y del lugar de la humanidad en él:

> Somos actores y espectadores de la arena
> perplejos ante nuestra obra y la del mundo.
> Nosotros, pequeños juguetes en la mano del tiempo,
> ¡danzamos cada vez que su melodía suena!

6. Khalilullah Khalili: *Quatrains* (en persa), Bagdad, Al-Maarif Press, 1975, págs. 47-48.

Expectativas emocionales

Pregunta: ¿Por qué un grupo Sufi continúa, algunas veces durante años, leyendo libros, reuniéndose y aparentemente sin obtener resultados, sin ninguna medición de sus progresos y sin ninguna apreciación de cómo marchan las cosas?

Respuesta: Cada grupo tiene que «pulir» sus expectativas emocionales. También tiene que proveer las circunstancias que permitan exhibir y observar las asociaciones irrelevantes y acostumbradas —características introducidas desde otros sistemas— de modo que todos puedan ver lo que es central y lo que no. Si los miembros del grupo no ven estas cosas, no es en absoluto un grupo Sufi. Mucho de este trabajo visible es el de un «grupo preparatorio». Esto no significa que no sea extremadamente importante, pues ¿en qué otra parte tendrías la oportunidad de vivir completamente y observar tus reacciones y las de otros, fuera de los agrupamientos sociales donde las lecciones se oscurecen o distorsionan para desembocar en conclusiones superficiales, de tipo tribal?

Si te remites otra vez a las narraciones publicadas que ilustran la reunión de las gentes, el efecto de intercambio que muestra la conducta indigna o irrelevante, o la inutilidad de la interpretación fácil, encontrarás el material con el que puedas contrastar la conducta de las gentes en un grupo determinado, si estás tú en uno.

La principal característica exhibida por el interrogador

es la de alguien que quiere algo («progreso», o «un significado de cómo funcionan las cosas») sin desarrollar una observación activa y sin elaborar la experiencia de lo sucedido en y para el grupo. En la terminología familiar tradicional de las gentes de todas las culturas (utilizada en este ejemplo no como reproche sino como una técnica) tenemos allí demasiada codicia delante de la capacidad, demasiada insatisfacción debida a la codicia y a las falsas premisas, demasiada indolencia, lo que provoca que una persona sea una víctima potencial de un explotador que puede aparecer y prometer progreso automático, sin esfuerzo o correcta alineación.

Cualquiera que busque escapar de las exigencias morales de su cultura heredada no debe pensar que éstas pueden no tener *función* como ejercicios. Tiene que reaprender las otras posibles funciones de los principios tradicionales, y puede hacerlo a través de un mayor estudio de la narrativa y los materiales ilustrativos y participando en trabajos de grupo realmente preliminares, dedicándose más a estas actividades y no menos.

Finalmente, el progreso individual y subgrupal no siempre es visible a las exigencias de todos los participantes.

OBSESIONADO CON EL MUNDO

En contraste con esta propuesta tenemos a los religiosos fanáticos y mecánicos, quienes simplemente cultivan una obsesión. Fariduddin Attar nos ofrece un cuento de Rabia, la gran mujer Sufi, de cuando ella estaba enferma. Cierto erudito fue a verla y, mientras se sentaba junto a su cama, repetía una y otra vez argumentos sobre los males del mundo.

Pero Rabia pudo ver a través de sus palabras y le dijo que él, obviamente, amaba demasiado al mundo. Las personas hablan una y otra vez de las cosas que aman, aunque lo hagan en términos agradables o desagradables. Estar apegado a algo, favorablemente o no, es la condición básica: «Si no tuvieras trato con el mundo —recordó Rabia al hombre— no dirías nada de él, favorable o no.»

Sacar conclusiones precipitadas

Las suposiciones pueden interponerse entre el estudiante y lo que podría aprender, si estas premisas no son correctas o si no son funcionales.

La suposición de que los senderos espirituales deberían tener tal o cual forma, deberían ser seguidos por tal o cual tipo de persona, deberían pertenecer a cierto tipo de instituciones reconocibles, etcétera, son ideas que no sólo bloquean el aprendizaje, sino que con frecuencia lo transforman en la búsqueda de una diversión esperada y, por tanto, se convierten realmente —si no en apariencia— en una parte de la industria del espectáculo.

Para conectarse con gentes del límite exterior, por así decir, los sabios orientales se dejan crecer las barbas y usan turbantes; para señalar el síndrome de sacar conclusiones precipitadas, otros se comportan como lunáticos; para alertar a aquellos más capaces de aprender, otros incluso no se comprometen con las expectativas en ningún sentido real. Y los fraudulentos y aventureros, al explotar estas suposiciones demasiado obvias, nunca han sido lerdos para estar de acuerdo con ellas: dicen a las gentes lo que éstas quieren oír.

Si no puedes cuestionar tus suposiciones, debes tolerar que te incluyan entre aquellos de los cuales algunos pueden estar en lo cierto, pero que abarcan un gran número de gentes, condicionadas al fanatismo, que *deben* estar equivocadas.

Quizá vale la pena pensar en la ilustrativa prueba que se aplicó recientemente a casi doscientas personas que habían

sido atraídas por una cierta enseñanza espiritual. Se les dio una cierta cantidad de declaraciones y extractos literarios y se les preguntó cuáles de ellos eran genuinos y cuáles no. El ochenta y cinco por ciento de las gentes dio respuestas equivocadas: identificaron los documentos y declaraciones tanto espurios como genuinos.

Esto indica al menos dos cosas: 1) que estas personas, en su mayor parte, no fueron atraídas a la enseñanza gracias a su habilidad para discernir la legitimidad de ésta; y 2) que si la mayor parte de ellos rechazó los materiales reales, probablemente hubieran rechazado, a la larga, los materiales y procedimientos de enseñanza de la escuela genuina, puesto que demostraron una aplastante apreciación de lo espurio como genuino.

Una de las suposiciones más comunes entre quienes sólo imaginan lo que debería ser la enseñanza verdadera, está conectada con la «iniciación».

Por todo el mundo encontrarás personas deseosas y ansiosas de iniciar a otras en escuelas espirituales.

Pero, como el procedimiento está aún preservado entre los Sufis, la iniciación —la prueba de fidelidad a un maestro— sólo tiene lugar «varios años después de su admisión en la Orden de los Derviches». Esto es porque, hasta que el estudiante conozca lo suficiente y hasta que haya aprendido algo, no puede verdaderamente obligarse a sí mismo a estudios profundos. Hacer que se comprometa a seguir un sendero cuando aún no está capacitado para él es un auténtico signo de ignorancia o impostura.

EL CRISTIANO EN LA MECA

Por otra parte, alguien puede estar listo para aprender y comprender aunque los *tests* superficiales lo consideren inservible. El gran Shibli dejó esto muy claro, en un relato que contiene varios aspectos interesantes.

Shibli anunció un día, en Bagdad, que quería mil dirhams con el fin de adquirir zapatos para que los pobres pudieran hace la peregrinación a La Meca. Cierto cristiano ofreció el dinero, esperando que se le permitiera acompañar a la caravana.

Shibli le dijo que sólo los musulmanes podían hacer el

viaje. De modo que el cristiano ofreció ir como animal de carga, al que no se le requiere afirmación de fe. Así que partieron en compañía del cristiano con los arneses. En cada etapa limpiaba el suelo para los peregrinos.

Cuando llegaron a la gran mezquita, Shibli dijo al cristiano que no se le permitía entrar en los límites de la Caaba. El cristiano suplicó que se le permitiera entrar. Entonces se oyó una voz, invitando al cristiano a entrar...

Sacar conclusiones precipitadas es una de las grandes barreras del aprendizaje, pero no de las acciones que hacen que la gente imagine que ha comprobado algo o hecho descubrimientos.

COMO AUMENTAR LA VELOCIDAD

Mulá Nasrudín fue un día a un astillero. Al ver un fuego, que no esperaba ver asociado con el mar, preguntó a un trabajador cuál era su utilidad.

—Hacemos brea —dijo el hombre—, con la que cubrimos las grietas en el interior del navío. Eso hace que los barcos marchen más aprisa.

El Mulá fue directamentes a su casa y encendió un buen fuego. Luego ató a su borrico y fundió un poco de brea en un caldero. Tan pronto como llevó el caldero con la brea humeante cerca del animal, éste se desató y salió corriendo como el viento.

—Esto funciona —dijo Mulá Nasrudín.

El rosario y el hábito

Pregunta: ¿Cuál es el origen de la creencia de que el «hombre santo» que está, por ejemplo, practicando constantemente austeridades, debería estar vestido con harapos, abstenerse de las contaminaciones y cosas similares?

Respuesta: Esta es la pregunta más fácil de responder. Es probable que habrías visto su respuesta por ti mismo si la hubieras expresado de forma diferente. Para ayudar a aquellos que no pueden responderla:

El origen está en la observación de las austeridades iniciales y demás, visiblemente practicadas por el devoto. Como las gentes no tienen información sobre el propósito, la etapa de desarrollo o la naturaleza del proceder de un individuo así, los observadores externos imaginan que esto debe automáticamente representar la conducta esencial e invariable del «iluminado» (y de sus casuales observadores, que tienen una disposición mimética).

Es como si una persona irreflexiva viera el brazo agitado de un señalero ferroviario en funciones y extrapolara de esto la creencia de que

— todos los ferroviarios deben siempre, para volverse expertos, agitar los brazos; y
— si el hombre de este nivel lo hace, el hombre superior debe hacerlo, y si lo hace, quizá lo haga dos veces como signo favorable.

Las observaciones erróneas, las suposiciones fáciles, la reproducción mecánica de actividades basada en información incompleta, conducen al fracaso, y no al éxito, en cualquier esfera de la actividad o aprendizaje humanos. Si tienes dudas de esto, compruébalo. Muchas organizaciones ostentan estas marcas.

Así que, para corregir los errores básicos, debemos ser capaces de concebir que puede haber errores. De esta forma pueden evitarse errores y procedimientos inútiles posteriores.

En lugar de convertirse en un consumidor de estímulos emocionales, mientras se imagina que experimenta la espiritualidad, el estudiante debe estar preparado para intentar las cosas prescritas para él. Tanto la práctica como la prueba, en la vía Sufi, son *reales.* Aquellas que se centran sobre la apariencia y las modas son falsas. Una prueba así, para aquellos que han desarrollado el gusto por el absurdo, es adoptar y mantener una vida normal.

DIOS ESTABA MUERTO

Entre los Sufis hay una historia, relatada por Attar, de un derviche que solicitaba entrar en un monasterio con ropas negras. Cuando Ibn Khafif —quien murió hace unos 1 000 años— le preguntó por qué estaba de luto, respondió que su «Dios estaba muerto». Las gentes del monasterio lo expulsaron al menos cuarenta veces antes de advertir que su «dios» —al que el derviche había estado adorando— era su yo secundario, la personalidad condicionada.

Husain ibn Mansur, interrogado por alguien sobre «¿Quién es un Sufi?», respondió: «Uno cuya esencia es única.»

Ejercicios casuales

Pregunta: Algunos grupos de Sufis y de otro tipo llevan a cabo frecuentes y regulares ejercicios, «danzas» y toda suerte de actividades en las que todos toman parte. ¿Por qué dice usted que uno no debería hacer las cosas que han llevado a otros a estados espirituales superiores?

Respuesta: Primero, toma nota de que hay siempre muchas gentes que llevan a cabo procesos automáticos y que siempre están contentas de que otros se les unan. Si conoces a algunas personas así y deseas unirte a ellas, es muy probable que lo hagas. Si lo haces, puedes hacer tu propia comprobación acerca de si ésta es la mejor manera de hacer las cosas. En otras palabras, ¿por qué estás aquí si puedes hacer estas cosas en otra parte?

Segundo, suponiendo que estés aquí porque primero quieres comparar lo que nosotros decimos con lo que otra gente dice, sólo puedo repetir que lo que conviene a una persona en un momento *no* siempre inevitablemente conviene a otra.

EL LENGUAJE DE LOS PAJAROS

Hay un relato que preserva este juicio por medio de una analogía. Una vez un hombre respetable rogó poder conocer el lenguaje de los pájaros. Un día, estando sentado tranquilamente bajo cierto árbol donde había un nido de pájaros, advirtió que podía entender el sentido de sus trinos. Un pá-

jaro le decía a otro que el hijo del rey estaba enfermo, y que los seres humanos eran tan estúpidos que ninguno sabía que dándole un vaso de limonada podría salvarse. El hombre fue de inmediato a la corte real, donde encontró que el joven príncipe estaba en verdad enfermo y que la vida se le escapaba. Prescribió un vaso de limonada, y el príncipe se recobró. El rey ordenó que el «doctor» fuera recompensado con todo el oro que quisiera.

Bien, este hombre respetable tenía un amigo que era en verdad muy poco respetable, a quien confió la forma en que se había hecho rico. Entonces el hombre poco respetable rogó poder entender el lenguaje de los pájaros, pues quería llegar a ser tan rico como su amigo. La facultad se desarrolló en él. Sentado bajo un árbol, escuchó hablar a los pájaros. Decían: «Bajo este árbol está sentado un hombre poco respetable que quiere nuestros secretos. Le dejaremos conocer uno de ellos. En este mismo momento un voraz tigre, al que hemos llamado de la jungla para que se lo coma, avanza sobre él.»

En el momento en que se ponía de pie para huir, el hombre poco respetable fue atrapado por el tigre y devorado.

El interrogador pregunta por qué no deberíamos hacer las cosas que han llevado a otros a estados espirituales superiores. Si uno fuera una máquina, y todas las gentes y situaciones fueran iguales, si las gentes fueran piezas de madera que pudieran ser moldeadas, por supuesto que se podrían descuidar todas las múltiples circunstancias concurrentes y aplicar ejercicios de forma casual...

Esta cuestión implica que todo es siempre lo mismo. La reflexión podría muy bien haber indicado a nuestro interrogador otra cosa, si sólo hubiera estudiado la cuestión haciendo uso de su propia capacidad pensante. Estudiando la cuestión en la propia mente, la pregunta podría formularse así:

«¿En qué circunstancias sería verdad que no deberían llevarse a cabo ejercicios casuales o que debería evitarse la imitación mecánica?»

Una muy buena razón para no «hurtar» ejercicios y aplicarlos de forma casual (lo que significa sin comprensión ni conocimiento) es que éstos pueden tener el mismo tipo de efectos, en su propio esfera, que otras formas más familia-

res de «robo». Algunas veces esto —como en el ejemplo que voy a darte— trae consigo su propio castigo.

He aquí un paralelo que, aunque pueda ser humorístico desde cierto punto de vista (deberías reír de él y buscar la dimensión adicional de la instrucción), es un buen equivalente de lo que puede sucederle a quienes adoptan cosas metafísicas y luego se sorprenden de lo que les sucede o de que no suceda nada.

LO QUE ROBO

En un periódico [el *Daily Telegraph* de Londres, 27 de octubre de 1976, pág. 17, columna 4] se informa que un ladrón robó la chequera y los documentos de un concejal local y los utilizó en algunos negocios.

Su intención era obtener dinero y cosas de valor. ¿Qué es lo que consiguió?

Su defensor lo explicó en la corte. En cada uno de los nueve negocios que visitó, identificándose como el concejal, fue asaltado con quejas sobre los servicios públicos. «En uno de ellos, para poder salir, se vio obligado a dejar su número de teléfono a una dama asistente para que ésta se pusiera en contacto con él con motivo de la transferencia de una casa.»

Se lo encontró culpable de robo y usurpación de personalidad, pero la disparidad entre sus expectativas y la realidad se debió a que hizo suposiciones sobre lo que sucedería si hacía ciertas cosas, y la ignorancia fue su ruina.

Si las personas conocen los efectos de estos ejercicios, no necesitan hacer preguntas como las que tenemos aquí. Si no los conocen, la mejor forma de explicárselos es a través de una alegoría como ésta, tomada de la vida real.

Me gusta el encabezado de la narración. Es éste: «El ladrón que robó la carga de otro hombre.»

ANTE LA DUDA, SACALOS

Es muy probable que los ejercicios casuales tengan el efecto que habría tenido el consejo de Mulá Nasrudín, tomado al pie de la letra, en este ejemplo de su sabiduría:

—Nasrudín, tú que eres un hombre de mucha experiencia —dijo un filósofo—, ¿has oído hablar de alguna cura para el dolor de ojos? Leo mucho y estoy teniendo problemas con ellos.

—Todo lo que puedo decirte —respondió el Mulá— es que una vez tuve un gran dolor de muelas. No paró hasta que me las saqué.

En la línea de una escuela

Pregunta: ¿Cuándo un estudiante está en una escuela, y cuándo sólo está «trabajando en la línea de una escuela»?

Respuesta: Cuando estás en una escuela, y no sólo trabajando en la línea de una escuela, no estás para nada de forma efectiva en una escuela, ¿no es así? Si estás en un taller y te quedas dormido, ese lugar es, como resultado, un dormitorio, ¿no es así?

Cuando estás «trabajando en la línea de una escuela», estás en una escuela. El único tipo de «trabajo» que se me ocurre del que pueda decirse que estás «*sólo* trabajando en la línea» es el que haces por imitación. Por ejemplo, podría llamar «trabajar en la línea» —tal como interpreto la frase— a «pretender hacer algo», como sucede cuando alguien se divierte mientras imagina que está haciendo algo útil o importante. Pero no utilizaría tu giro verbal para describir esta condición, ya que yo asigno un valor técnico a la palabra «trabajar».

«Trabajar» significa para mí «hacer lo que una escuela hace» y no pretender que se lo hace o inventar razones o interpretaciones para ello. En este tipo de trabajo, son las relaciones entre las gentes y la actividad lo que constituye «La Obra», y este trabajo no puede hacerse sino en la línea correcta.

Si quiero analizar esta cuestión a fin de obtener algún tipo de ventaja de su estudio, debería volverla a expresar y hacer una declaración de tipo general como ésta:

«Las gentes quieren aprender. Lo que, por tanto, tiende a impedirlo en muchas de ellas —en el mejor de los casos, provocando una considerable demora en el aprendizaje, y en el peor, causando un tipo distorsionado de actividad recreativa personal y de grupo— es el mantenimiento de tendencias incapacitadoras, manifestadas por la avidez de aprender, la falta de autoobservación, el deseo de estima social más allá de cierto límite razonable, la renuencia a aprender y su reemplazo por un deseo de fantasía, la sobreestimación personal o la impaciencia como resultado de intentar logros irrelevantes u objetivos prematuros...»

El estudio Sufi debe ser real, no una imitación. «Trabajar en la línea» es imitación.

Para comprometerse en el trabajo de una escuela, el estudiante debe ser capaz de acercarse a esta definición, dada por Abu'l-Hasan Nuri, de que la finalidad es obtener «la libertad y la generosidad y el abandono de las cargas [innecesarias], las debilidades de mente y la liberalidad con el mundo».

Tal como Hujwiri explica, esto significa que para obtener el auténtico nivel Sufi, la libertad incluye librarse de la influencia de los apegos —lo que podríamos llamar los efectos del condicionamiento y la significación— y dar «generosamente» estas cosas de estimación mundana, como parecería, a aquellos que las aprecian.

Esta es la «realidad sin nombre» en el memorable grito de Abu'l-Hasan Fushanji, hace casi mil años: «Ser un Sufi hoy es un nombre sin realidad, y anteriormente era una realidad sin nombre.»

Las personas insisten constantemente en que, puesto que la información y el conocimiento sobre los principios y prácticas Sufis están tan extendidos, todo lo que se necesita es poner estos principios y prácticas en funcionamiento.

Y sin embargo uno ve casi a diario cómo lo realmente triste de las personas supuestamente serias es que en verdad desdeñan aprender cosas que consideran triviales, pero que tienen importantes lecciones para ellos si sólo pudieran verlas. El hecho es que no ven, y es por eso que tiene que haber una escuela auténtica, para asegurarse de que se observen todas las acciones y enseñanzas apropiadas.

El cuento de las «Nuevas ropas del emperador», por supuesto, enseña que uno debería ser capaz de aprender de cual-

quier fuente y no rechazarla cuando no te interesa lo suficiente, o si carece de un millón de dólares, o de un doctorado en filosofía, o de armas poderosas, o de reputación espiritual...

Es característico de la humanidad (lo cual incluye a personas que tratan de «trabajar en la línea de una escuela») que, mientras que todo el conocimiento o la información necesarios pueden estar presentes, las gentes no lo advierten o sólo adoptan las partes que les agradan.

INFORMACION Y ACCION

Este ejemplo corriente [*The Times*, Londres, 18 de noviembre de 1976, pág. 8, columnas 2/4] lo expresa en pocas palabras. Sin embargo, como es sobre la alimentación y no sobre la admisión, ¿cuántas personas descubrirán el paralelo?

La Sociedad Alemana de Nutrición hizo una encuesta a 50 000 familias para averiguar cómo comía la gente. A pesar de la amplia información pública sobre las dietas erróneas y los excesos, se encontró que el daño producido a la salud por medio de hábitos alimenticios erróneos era de 17 000 millones de marcos (4250 millones de libras o 7225 millones de dólares). El daño producido por fumar y beber es de sólo 3000 millones de marcos, en contraste. Uno de cada dos alemanes occidentales está por encima de su peso. Todas las categorías de gentes tienen un equilibrio erróneo en cuanto a cantidades de calorías y proteínas. Sólo el 10 por ciento de la población tiene un peso correcto. Casi todo el mundo ingiere muy pocas vitaminas.

Como todos los otros paralelos que uno advierte, éste no intenta ceñirse sólo a una comunidad específica —en este caso alemana—, pues podemos encontrar información similar, o equivalente, en todos lados.

La conducción de la enseñanza

Pregunta: Leemos de gentes que pasan su tiempo con maestros Sufis, y sabemos que los Sufis pueden permanecer durante muchos años en contacto con quienes quieren aprender. Se han publicado —originalmente en Oriente y más recientemente en Occidente— muchas narraciones de las vidas y acciones de los maestros Sufis y de sus interacciones con discípulos y hasta con miembros del público ordinario. ¿Cuál es el propósito de la «la conducción de la enseñanza» de los Sufis, como algo distinto de los propósitos de los ejercicios espirituales o de las explicaciones y admoniciones?

Respuesta: La interacción de la enseñanza entre maestro y aprendiz tiene muchos aspectos. Uno de ellos, que es quizás el de más rápida aprehensión pero el menos comprendido por los estudiantes, es que los impactos, estímulos y actividades elaborados por los Sufis intentan ilustrar la conducta y exponer reacciones subjetivas. Los grandes Sufis «sacudían» a las gentes, por ejemplo, para dejar que experimentaran la estrechez de sus propios moldes mentales. Los Sufis continúan sacudiendo a las gentes de mentalidad estrecha, aunque no hay, por supuesto, garantías de que éstas se beneficien de esta experiencia. Algunas veces se beneficia, en cambio, a los simples observadores. Recuerda que la definición de aprendiz es la de alguien que aprende, no la de alguien que piensa que es un aprendiz.

Cómo continúa el Sufi con este programa, qué dice y hace, y qué no dice ni hace, dependerá de las condiciones locales,

como puedes ver en la literatura tradicional. «El sufismo —como ha dicho uno de los jeques más antiguos— se impartía en tiempos pasados sólo por signos.» Esto requiere un aprendiz que pueda leer signos. De forma similar, con la introducción de los textos, se pueden impartir, ilustrar y demás experiencias de uno u otro tipo a través de la literatura, o parcialmente a través de la palabra escrita y hablada, tan bien como por otro conducto. Los beneficios de esto dependerán de si el estudiante está en la línea del material. Por lo general no lo está, ya que está demasiado ávido de «verdad» y «progreso» para desarrollar la calma básica y la humildad relativa hacia los materiales que le permitan hacer otra cosa que «consumirlos» como estímulos emocionales, algo que podría hacer con cualquier cosa.

El jeque Ibrahim Gazur-Ilahi, entre los directores Sufis, ha destacado que, cuando el maestro ha terminado su propio viaje, lo repite una y otra vez, cada vez con un aprendiz. Esto ha sido mencionado como la analogía de la semilla que está en la planta, y de la planta que está en la semilla.

El «método de enseñanza» de los Sufis debe adaptarse a los estudiantes y no puede ser algo mecánico, aplicado a todas las gentes de forma exactamente igual.

P: Pero, si esta información está tan comúnmente al alcance de la mano, y está contenida en las obras de los grandes maestros Sufis, ¿por qué no la buscan más gentes?

R: Este ha sido siempre un hecho. La respuesta, hoy como siempre, está en esta observación:

> «Los sabios saben porque han pagado por su sabiduría. Tú no aceptas su consejo porque es ofrecido por mucho menos de lo que ellos han pagado por él.»

La conducción de la enseñanza tiene otras dimensiones, después del estadio de mostrar a las gentes a sí mismas. Se podría citar esto como un equivalente de la situación mencionada por Blackett, cuando dijo: «Un laboratorio de primera clase es aquel en el que los científicos mediocres puedan producir obras destacadas.» La situación de conducción permite a quienes tienen algún potencial superarse a sí mismos. En este tipo de situación, también, se alienta a las personas

a aprender de la manera que ellas pueden hacerlo, no de la manera que ellas tratan de imponer sobre el tema. En otro paralelo científico, Mackay[7] dice: «Tendremos que aprender a abstenernos de hacer cosas simplemente porque sabemos cómo hacerlas.»

La conducción de la enseñanza es con frecuencia mencionada en anécdotas reales y elaboradas. Los relatos de Mulá Nasrudín muestran a menudo esta característica: reflejan tanto la conducta del sabio como del estúpido, junto con otras dimensiones más internas.

Uno de estos relatos, concebido para ser utilizado como un paradigma en diversas situaciones de la vida, es éste:

EL HOMBRE-VID

Algunos hombres estaban plantando vides y Mulá Nasrudín les preguntó qué estaban haciendo.

—Plantamos vides para que produzcan frutos.

—Eso es exactamente lo que me gustaría —dijo el Mulá—, de modo que plantadme y produciré frutos.

Después de expresar todas las objeciones que se les ocurrieron, los hombres accedieron a lo que Nasrudín les pedía.

No mucho tiempo después lo vieron caminando por allí. Uno de ellos le dijo:

—Te dijimos que no podías producir frutos plantándote de esta manera.

—Aún no lo habéis probado —dijo Nasrudín—, pues yo sólo me desarraigué por un rato porque tenía frío, no porque no fuera a producir frutos.

7. Alan L. Mackay: *The Harvest of a Quiet Eye,* una selección de citas científicas, London Institute of Physics, 1977.

El currículum de una escuela

Pregunta: ¿Podría usted darnos un panorama del currículum de una escuela, desde el «interior de la escuela», por así decirlo?

Respuesta: En nuestra enseñanza debemos agrupar correctamente estos elementos: los alumnos, el maestro y las circunstancias de estudio. Sólo en el tiempo y el lugar correctos, con el maestro apropiado para ellos y con el conjunto adecuado de estudiantes, puede decirse que nuestros estudios serán capaces de un desarrollo coherente.

¿Acaso esto parece difícil o irrazonable? Comparemos estos requerimientos con una analogía de nuestras necesidades: la institución ordinaria de educación.

> Si aprendemos, digamos, física, debemos tener un hombre experto en física, estudiantes que quieran aprender y que tengan capacidad y alguna base para el estudio, laboratorios adecuados y otras facilidades, para que los estudios tengan lugar.

Un maestro de física no puede hacer verdaderos progresos con una clase de idiotas, o con gentes que quieren prioritariamente poder o fama o ganancias a través de la física. Estos factores deberían ser conseguidos en el curso de la enseñanza. Una clase de estudiantes brillantes, encarados con un hombre que no sepa física, o que sólo tenga nociones superficiales, haría pocos progresos. Un buen maestro, con

un conjunto adecuado de estudiantes, podría hacer poco si los instrumentos y equipajes, el edificio y todo lo relacionado con la enseñanza, no estuvieran disponibles cuando se los necesitara.

Si algo es estrictamente exigido por los maestros de la perpetua enseñanza superior, son estos requisitos.

Sin embargo, este principio, tan bien establecido en los estudios convencionales de cualquier tipo, ha sido largamente dejado de lado y caído en desuso entre los esoteristas. ¿Por qué? Porque tienen una actitud primitiva y poco ilustrada hacia la enseñanza. Como un patán que apenas ha oído hablar de física o sólo ha visto algunas de sus manifestaciones, el posible estudiante quiere todo *ahora*. No se preocupa de la necesaria presencia de otros estudiantes. Quiere pasar por alto al currículum y no advierte conexión entre el edificio y el tema de la física. Tampoco quiere un laboratorio.

Solamente observemos lo que sucede cuando las gentes tratan de llevar a cabo aprendizajes o enseñanzas sin un agrupamiento correcto de los tres requisitos esenciales:

> Los posibles estudiantes siempre tratan de realizar sus estudios con uno solo, o a lo sumo dos, de los tres factores. Los maestros tratan de enseñar a quienes son inadecuados, debido a las dificultades para encontrar gentes suficientes para formar una clase. Los estudiantes que no tienen un maestro tratan de enseñarse a sí mismos. Traspón esto a un grupo de gente que trata de aprender física, y verás algunos de sus problemas. Otros se agrupan por sí mismos alrededor de la literatura y la metodología de las viejas escuelas, tratando de utilizar el material desechable de los trabajos de laboratorio de física de algún otro. Formalizan rituales porque están obsesionados con los principios y las consignas, y atribuyen una importancia desproporcionada a elementos que tan sólo son herramientas pero que ellos consideran como la herencia más significativa.

Cualquiera puede pensar en diversas escuelas, cultos, religiones, sistemas de psicología o de filosofía que caen dentro de las anteriores clasificaciones.

Debemos afirmar categóricamente que es imposible incrementar el conocimiento humano en su campo más elevado por estos métodos. La posibilidad estadística de logros úti-

les dentro de un tiempo razonable es tan remota que debe ser excluida de los propios cálculos.

¿Por qué, entonces, las gentes persisten en precipitarse sobre las brasas y buscar la verdad cuando tienen tan poca oportunidad de encontrarla? Simplemente porque están utilizando su predisposición al acondicionamiento, no su capacidad para la percepción superior, para tratar de seguir el sendero. Hay un estímulo intelectual y una atracción emocional en el mero esfuerzo por sondear lo desconocido. Cuando la mente humana ordinaria encuentra evidencias de un estado superior del ser, incluso cuando concibe la posibilidad de ellas, invariablemente llega a la conclusión de que hay alguna posibilidad de progreso para esa mente sin la aplicación de los factores de enseñanza-maestro-estudiantes-tiempo-y-lugar que son esenciales.

El hombre tiene pocas alternativas en su busca de la verdad. Puede fiarse sólo de su intelecto, y apostar que es capaz de percibir la verdad o aun la vía a la verdad. Es una apuesta pobre, pero atractiva. O puede apostar a los reclamos de un individuo o de una institución que afirman estar en posesión de esa vía. Esta apuesta, también, es muy pobre. Con excepción de unos pocos, los hombres por lo general carecen de una percepción lo suficientemente desarrollada como para decirles:

1. No confíen en su propia y única mentalidad.
2. En quién o en qué confiar.

Hay, en consecuencia, dos escuelas principales de pensamiento en este asunto. Una dice: «Sigue tus propios impulsos»; la otra dice: «Confía en tal o cual institución.» Ambas son en verdad inútiles para el hombre ordinario. Ambas quieren ayudarlo a agotar su tiempo.

La amarga verdad es que antes de que el hombre pueda conocer su propia inadecuación, o la competencia de otro hombre o institución, debe primero aprender algo que le permita percibir ambas cosas. Nótese también que su percepción misma es el producto del estudio correcto; no del instinto o de la atracción emocional por un individuo, ni siquiera del deseo de «ir solo». Esto es «aprender a aprender».

Todo esto significa, por supuesto, que estamos postulando aquí la necesidad del estudio preparatorio antes de que

el trabajo escolar tenga lugar. Negamos que un hombre pueda estudiar y beneficiarse apropiadamente del trabajo escolar hasta que esté equipado para ello: como si una persona pudiera estudiar navegación espacial sin dominar las matemáticas.

Esto no quiere decir que un hombre (o una mujer) no pueda tener una sensación de verdad. Pero la mente desorganizada y fragmentada heredada por la mayoría de la gente tiende a distorsionar la cualidad y cantidad de esta sensación, conduciendo a conclusiones casi completamente falsas sobre lo que puede o debe hacerse.

Esto no quiere decir, tampoco, que el hombres no pueda tomar parte en estudios y actividades que interfieran con esa porción de él que está conectada con una vida y conocimientos superiores. Pero la mera aplicación de técnicas especiales no transformarán la conciencia del hombre. Sólo alimentarán y perturbarán, más o menos permanentemente, los centros de pensamiento y sentimientos a los que aquélla no pertenece. De este modo algo que debería ser una bendición se convierte en una maldición. El azúcar, podemos decir, es nutritivamente útil para una persona normal. Para un diabético puede ser veneno.

Por tanto, antes de que las técnicas de estudio y desarrollo sean puestas al alcance del estudiante, éste debe ser capaz de aprovecharlas en la dirección que se suponen deben tener, sin concesiones a corto término.

Así, este currículum implica dos partes: la primera es aprovechar los materiales de naturaleza preparatoria para equipar al individuo y convertirlo en un estudiante. La segunda es el propio desarrollo.

Si nosotros, o algún otro, proporcionamos estudio o material preparatorio prematuramente, éste sólo operará en el nivel más bajo que pueda. El resultado será inofensivo en el mejor de los casos. En el peor, condicionará la mente del individuo a pensar y comportarse con modelos automáticos. En este último caso, uno puede parecer un converso y jugar inconscientemente con las emociones, con los bajos deseos y con la inclinación al condicionamiento; puede entrenar a las gentes para que sean leales a individuos, puede encontrar y mantener instituciones que parecen más o menos serias o constructivas. Pero no se realizará ningún progreso

real hacia el conocimiento del ser humano y hacia la otra dimensión en la cual él vive parcialmente.

La preparación del estudiante es tan importante como todo lo demás que él hace. El poeta Sufi Hafiz dice: «El buscador no debe ignorar la vía y los métodos de los estadios.» Este conocimiento llega a través del curso de enseñanza —que implica tomar parte en las actividades de una escuela— y ateniéndose a las directrices del maestro.

El futuro estudiante que desea aprender a aprender de una escuela Sufi debería tomar nota de esta admonición, que muestra sus dificultades:

> «Si eres demasiado blando, serás aplastado; si eres demasiado seco, serás quebrado; si eres demasiado duro, causarás dolor; si eres demasiado agudo, infligirás heridas.»

El currículum de una escuela puede trabajar con cosas secundarias pero empleándolas instrumentalmente y, por cierto, sin imaginar que son primarias.

En palabras del jeque Al-Intaki, citado hace casi mil años por Hujwiri, en su *Revelación de lo velado*:

> El honor del [hombre] ordinario es aceptar las cosas secundarias [como causas reales], mientras que el honor del derviche es rechazar las causas [supuestamente] secundarias, insistiendo en la causa.

La escuela trabaja con lo que es primario. La actividad con aparente propósito de aquellas que utilizan materiales correctos pero los aplican sólo en un sentido ordinario y limitado, es retratada en las acciones de Nasrudín con sus plantones:

IDEA CORRECTA, MATERIALES EQUIVOCADOS

El Mulá pasó una vez todo un día trasplantando algunos plantones a su jardín.

Cuando se incorporó para admirar su trabajo, un súbito pensamiento lo estremeció.

Caía la noche cuando comenzó a arrancar las plantas del suelo, envolviéndolas en tela, a la luz de una linterna.

Al volver a casa a través de los campos, algunos amigos le preguntaron:

—¿Qué estás haciendo, Nasrudín?

—Actúo según cuidadosas consideraciones. Me di cuenta —algo tarde, pero no demasiado, como podéis ver— que es mejor guardar las propiedades personales en la casa, bajo apropiada supervisión.

El yo secundario (o «dictador») de todo el mundo es el yo falso que todo el mundo considera como real. Está en relación con el ser real de la persona como el rostro lo está con ella: es virtualmente una persona. Todo el mundo, dice Rumi en *Fihi ma Fihi,* es como un espejo, y está enamorado del reflejo de sus atributos y apegos en su superficie: sin embargo, no conoce la verdadera naturaleza de su rostro.

Imagina que el velo que ve sobre el espejo es su rostro. «Quita las coberturas de tu rostro, de modo que puedas verme como el espejo de tu rostro verdadero, así advertirás que soy un espejo.»

El currículum de una escuela, desde el «interior de la escuela», como tú pides, está basado en que el maestro sea capaz de ser ese espejo. Será por tanto capaz de valorar las peculiaridades y necesidades del estudiante. Su mímica es con frecuencia la del estudiante, así éste puede más tarde verse a sí mismo reflejado y reaccionar en consecuencia.

Saber todo sobre alguien

Pregunta: ¿Es suficiente asociarse con un hombre de conocimiento para adquirir parte de éste? ¿El maestro no necesita del estudiante?

Respuesta: Debes recordar que, en ocasiones, no has dicho todo lo que tenías en mente.

¿Has pensado alguna vez en que gentes a las que puedes conocer no discuten contigo cosas que saben, aun cuando dichas cosas pudieran ser de constante interés para ti?

Puedes «conocer bien a un hombre», incluso encontrarte con él todos los días de tu vida, «compartir sus opiniones», intercambiar ideas y, al mismo tiempo, puedes no tener idea de que está en posesión de ciertos conocimientos y aun de su capacidad para transmitirlos si las condiciones son correctas.

Puede que no parezca un enigma para ti, pero puede ocultar las cosas de forma tan profunda como cualquier cosa en la tierra.

La idea de que uno conoce todo sobre una persona porque comparte experiencias e intercambia confidencias no es cierta. Está basada sobre la falsa idea de que las gentes no pueden evitar comunicar lo que están discutiendo uno con el otro.

El conocimiento no «limpia» automáticamente, de la misma forma que no se puede transmitir sólo por palabras; ni tampoco comunicar por algún entrenamiento de tipo ordinario.

No puedes, por tanto, aprender el conocimiento verdadero simplemente asociándote con alguien que lo tiene, especialmente si ni siquiera sabes que está allí, y si no estás correctamente enfocado para aprender.

Alguien o algo tiene primero que enseñarte cómo percibir la presencia del conocimiento. Sin preparación no puede haber enseñanza.

Refiriéndose a la necesidad del maestro, el gran maestro Jami, en su *Lawaih* (ensayo XXI), dice: «El absoluto no tiene necesidad de lo relativo, excepto para su manifestación, pero lo relativo necesita de lo absoluto para su misma existencia.» De forma similar, el maestro debe ser considerado más importante que el estudiante en la situación de aprendizaje.

Es decir, el maestro es lo que el aprendiz debe considerar. El maestro, por su parte, puede considerar que el aprendiz es más importante, pero es un asunto del Maestro, y no cabe discutir sus actitudes cuando la conversación es sobre el aprendizaje y no sobre la enseñanza.

Observaciones sobre el tema del sendero del derviche

Pregunta: ¿Puede usted indicarnos algunos puntos destacables que los interesados en el derviche, el Sufi y el sendero deberían estudiar? ¿Cómo se han llevado a cabo los milagros atribuidos a los Sufis?

Respuesta:

I. El medio humano produce ciertos cambios sutiles en el individuo que penetran en todo su ser. En lugar de comprender sólo estos cambios, el hombre tiene la oportunidad de tener acceso a una forma del yo que es, en comparación, infinitamente superior. Para utilizar un término técnico, al presente se encuentra «sólo medio despierto».

II. Este cambio, a pesar de incrementar el conocimiento humano sobre su destino, no interfiere con sus relaciones humanas ordinarias. Por el contrario, las enriquece.

III. Para tomar parte en ese proceso, tiene que haber coincidencia entre el maestro y la doctrina, ésta debe aplicarse de una forma adecuada a los alumnos, y las circunstancias ambientales deben ser correctas. Ninguno de estos factores lo logrará por sí solo.

IV. Una forma de presentar este mensaje es que hay una verdad profunda y una dimensión amplia en las que el hombre ya vive parcialmente, a pesar de que habitualmente es indiferente a ellas. Existe la esperanza de que pueda volverse consciente de ellas, tal como lo es del mundo familiar.

V. La autocomprensión permite a un hombre o a una mujer lograr una realización superior en el mundo fácilmen-

te perceptible y en otras áreas; y evita que se transforme en herramienta de una existencia meramente condicionada, con todas sus ansiedades e insensateces finales. El hombre tiende a ser infeliz no por lo que sabe, sino por lo que no sabe.

VI. El verdadero conocimiento y el advenimiento del siguiente paso en el progreso humano sólo son posibles a través de la armonización de un grupo de gentes, cada una de ellas con la posibilidad de este logro, correctamente armonizadas en una comunidad verdadera (estén o no en contacto físico).

VII. La unidad e integración de este grupo son esenciales para el éxito, tanto individual como colectivo. De hecho, prácticamente la única oportunidad del hombre para advertir su importancia individual es a través del sostén de un grupo de personas adecuadas.

VIII. Esta doctrina y la forma de aplicarla han sido conocidas y propagadas desde tiempo inmemorial. Son, de hecho, la propiedad y el destino del hombre. Conectan un pasado en el cual este desarrollo era mucho más ampliamente conocido —a través de un presente en el cual han caído en desuso salvo para unos pocos— con un futuro en el cual «la gran obra» será la meta legítima y total de la humanidad.

IX. «El hombre nuevo», «el hombre verdadero», «el hombre perfecto» son los distintos términos utilizados a través de las eras para denominar a esta actividad, que ha sido llamada «secreta», «oculta» o «iniciatoria» por razones distintas de las que las gentes advierten.

Las gentes están interesadas en milagros, cuando deberían interesarse mejor en la verdad. Los milagros son un derivado —o incluso una parte— de la actividad especial extradimensional en que ciertas personas están comprometidas. Este compromiso se debe a que adquieren funciones adicionales conjuntamente con cada nuevo conocimiento o capacidad, tal como en una educación ordinaria, pero en este caso en el propio dominio de estas actividades.

Un ejemplo, entre muchos miles, de la actividad que es llevada a cabo por una percepción extrasensorial en el servicio Sufi, muestra cómo los «milagros» están conectados con el deber. Ibn Arabi, en su *Ruh al-Quds,* nos cuenta que una tarde sintió la urgencia de ir a ver a Abu-Abdullah al-Khayyat («El Sastre») de Sevilla, y recorrió una buena distancia para

verlo. Al-Khayyat dijo: «¿Por qué tardaste tanto? Tienes algo que necesito.» Ibn Arabi tomó cinco dirhams que tenía en el bolsillo y se los dio. El otro Safi le dijo que necesitaba ese dinero para cierto pobre hombre llamado Ali al-Salawi.

Reuniones, grupos, clases

Pregunta: Existe un gran interés en las reuniones, grupos y clases. ¿Es que estas formas constituyen la meta de la enseñanza Sufi?

Respuesta: Las personas que no comprenden cómo operan las enseñanzas superiores o que han sido preparadas para pensar superficialmente sobre ellas, naturalmente quedan confundidas cuando se encuentran con materiales escritos o hablados que no se ajustan a sus esquemas preconcebidos.

Hoy en día, esto es claramente evidente en asuntos de comunicación y relaciones.

Después de escuchar a algunos cientos de personas que explican cómo se sienten, después de leer algunas docenas de cartas de «buscadores», hasta una máquina vería con seguridad el esquema de suposiciones triviales con que trabajan incluso los más apasionados.

Los que viven aproximadamente en la misma área creen que deberían agruparse, de buen o mal grado. Los que no tienen cabeza para leer libros se excitan por el «contacto personal». Los que viven en lugares distantes ansían viajes, visitas, materiales para devorar. Las gentes con las cuales no has tenido contacto formal se vuelven acongojadas, amargadas, interesadas en fuentes de gratificación inmediata. Las gentes celosas (aun inconscientemente) alimentan el «culto del Centro», cuya marca de distinción es la creencia de que «si pudiera ir a tal y tal lugar estaría mucho mejor».

Ninguna de estas personas, virtualmente, tiene un concepto verdadero de cómo llega a existir una comunidad real, cómo se desarrolla, cómo funcionan sus manifestaciones locales, cuál podría ser su futuro y cómo podrían ellas beneficiarse de lo que se está haciendo.

Si informas con detalle a las gentes cómo funcionan las clases locales o las agrupaciones, todas quieren estar en una clase local o en una agrupación. Es como mencionar un dulce a un niño: pueden haber estado pensando en otra cosa, pero esta palabra clave posee un mecanismo de pensamiento que excluye cualquier otra cosa.

Por un momento, como ejercicio, transporta esta situación a algún otro campo y verás que tal conducta es tan primitiva, tan cruda, tan infortunadamente malgastadora de energías, de comprensión o de cualquier otra cosa, que es obvio que debe hacerse algo por esa gente. Alguien inclinado a estos modelos de conducta no está en posición de beneficarse de ningún conocimiento superior. Es, sin embargo, presa codiciada para uno u otro grupo o colectivo de personas que ofrecen un instantáneo apaciguamiento de las tensiones por medio de una conducta infantil individual.

La auténtica comunidad superior a la que podrías pertenecer está organizada y tiene su entidad y comunicaciones propias. Necesita y opera tanto por medio de agrupaciones locales como de otro tipo. Sus miembros estudian, atraen, retienen y entregan corrientes de conocimiento, prescindiendo de la forma en que sus estudios estén expresados. Para ciertas gentes, algunas veces es importante que estén «aisladas» de otras. Este «aislamiento», considerado como una maldición por quienes viven en lugares remotos, es por lo general una ventaja inestimable que se les concede y no otra cosa. Del mismo modo que hay un tiempo para el contacto más cercano en el sentido convencional, así también sucede con sus logros. Pero si el individuo simplemente quiere ser miembro de un rebaño, los Sufis evitan satisfacer este deseo.

Con respecto a la enseñanza superior, el individuo tiene que aprender la diferencia entre «quiero» y «necesito», y sólo puede aprenderlo después de una enseñanza básica. Cuando un niño dice que necesita algo, esto con frecuencia significa, hasta que comprende la diferencia, que «quiere» ese algo. «Yo necesito un dulce» no describe la situación de

ninguna forma. Sólo la experiencia puede mostrar la diferencia entre lo que quiere y lo que necesita.

En los seres humanos hay una exigencia de «uniformidad». Quienquiera que aprenda esto y lo evite puede muy fácilmente convertirse en rico, famoso, respetado, etcétera.

Jugar con esta tendencia no sólo es una equivocación para los principios ordinarios, sino que también es improductivo para nuestro trabajo, porque significaría que estamos haciendo algo mientras pretendemos que hacemos otra cosa.

Recuerda que, debido a que este trabajo y esta comunidad funcionan de una manera esencialmente única, no tienen necesidad de organizarse en forma primitiva o complacerse en demandas neuróticas o infantiles disfrazadas de «necesidades».

Además, tan pronto como hemos realizado este plan, y tan pronto como los individuos y grupos han advertido que no tienen necesidad de entregarse a sus mascaradas sociales, la comunidad y el trabajo invariablemente hacen posible que la actividad, el contacto, el estudio y el aprendizaje necesarios tengan lugar.

En resumen, esta comunidad no es una tropa de babuinos ni una fuerza militar, que dependen del deseo y el temor, de la recompensa o el castigo, para la continuidad de su acción.

Esta comunidad funciona de acuerdo con un modelo sensible. Este modelo es su protección y su fuerza. Si tratas de organizarte a ti mismo o a otros en un modelo inferior, quedarás fuera de contacto con esta obra. En resumen, te desligas a ti mismo del desarrollo superior, y eliges estabilizar tu vida estableciéndola simplemente sobre la diversión, como alguien que pasa su tiempo en un cuarto de espera.

Trabaja de la manera y con los materiales indicados por la enseñanza. Planifica, en todos los sentidos, si verdaderamente quieres conocer el plan.

La autoridad Sufi Abu-Nasr al-Sarraj ilustra la necesidad de un plan y prioridades de estudio en su *Kitab al-Luma*. Cita las palabras de uno de los más eminentes Sufis, Bayazid, quien enseñó a Abu Alí de Sind las formas rituales del Islam, mientras Abu Alí le enseñó a él, a su turno, la doctrina experimental del sufismo.

Y uno de los discípulos de Bayazid informó que nunca

escuchó una palabra de su maestro en trece años. El tiempo en que permaneció con él...

Esta mala comprensión de la necesidad o, en todo caso, de la constante asociación con un maestro como si éste fuera algún tipo de llave mágica se debe —al menos en parte— al deterioro de la conducta de esas agrupaciones muy numerosas, en un tiempo Sufis, que desde hace algunos siglos se han convertido sólo en cultos.

Muchos Sufis antiguos insistieron en la soledad y el anonimato, rehusando asociarse con las gentes.

Muinuddin Chishti, que introdujo la orden Chishti en la India y fue enterrado en Ajmer, fue un ejemplo notable. Mientras que sus seguidores posteriores han adoptado algunos de sus precedentes, creyendo seguir sus enseñanzas, han ignorado su proclividad a la soledad.

«Por lo general no permitía —dice el doctor Sharib— que más de un derviche lo acompañara en sus viajes. Permanecía en lugares desolados y desérticos. Algunas veces se quedaba en un cementerio. En cuanto lo reconocían, no permanecía en ese lugar mucho tiempo. Odiaba la publicidad.»

El gran peligro del estudio en grupo es, por supuesto, que estos grupos se conviertan en tribus o familias en miniatura, en cultos y marcos para encontrar satisfacción social, no aprendizaje ni, mucho menos, comprensión.

Este modelo se impone —y a menudo con demasiada claridad— en las comunidades y actividades más supuestamente religiosas. Por esta razón, el jeque Abdullah Ansari ha llamado oración «sólo a abstenerse del alimento», oración formal al «trabajo de los hombres y mujeres ancianos», peregrinación al «placer de ver el mundo».

Las gentes pueden aprender de agrupaciones y reuniones sólo en la medida en que hayan superado las cuatro trampas que Ansari acentúa:

Ingratitud en la fortuna.
Impaciencia en la desgracia.
Descontento con su suerte.
Vacilación en servir a sus compañeros.

Dimensiones internas

Hay dimensiones internas de sentido en todos los materiales utilizados en nuestro trabajo. En estos materiales incluyo tanto los escritos, hablados, vistos o manipulados, como los que deben realizarse y experimentarse.

La revelación de las dimensiones internas, como en todas las tradiciones válidas, es algo que tiene que tener lugar cuando *pueda* ser efectivo. No se trata de un trabajo de detective, de la resolución de un rompecabezas o de una recreación enmascarada. Por el contrario, hay que mantener estos elementos en su lugar, que es muy pequeño.

Las dimensiones internas están presentes para transmitir cierta experiencia en el momento de su revelación. Esta experiencia proporciona un elemento que el estudiante necesita para que lo haga avanzar en su desarrollo.

La revelación de las dimensiones internas sólo por el gusto de hacerlo no sólo es superficial sino que despoja a la operación de su valor de desarrollo.

Consideremos un burdo ejemplo como ilustración.

Yo digo: «Este es nuestro trabajo.» Esta palabra se asocia con ciertos significados en la mente. «Trabajo» significa acción. Pero si, subsecuentemente, te revelo que ese «trabajo» equivale a, digamos, «Organización Mundial para la Investigación del Conocimiento» y está compuesto por las iniciales de esas palabras,* verás otra escala de posibilidades

* *Work* (trabajo) con las iniciales de *World Organization for Research into Knowledge.* [T.]

en esta palabra. Pero hacer simplemente esto es trivial cuando no tiene algún propósito constructivo.

Lo cual es debido a que la «revelación de secretos» es un estadio posterior a la familiarización con los materiales y conceptos. La «revelación» debe ser —y es— colocada en un nivel y unas circunstancias apropiados para la meta: el desarrollo de tipo humano.

La impaciencia con este proceso simplemente te convertirá en una persona superficial, que juega con palabras, objetos y conceptos. Si juegas con algo complejo, tratándolo como si fuera simple, él no funcionará con su capacidad real. Un aparato electrónico, por ejemplo, que puede ser extremadamente delicado, eficiente y costoso, puede simplemente considerarse como un objeto para un juego de niños. Si lo utilizas para los juegos, estás jugando: no te engañes diciéndote que él actúa sobre una parte efectiva de ti mismo porque no es un disco de madera y porque el juego te deleitará o deprimirá.

Es difícil encontrar un libro sobre la metafísica de uso general en el que el autor haya logrado evitar esta tendencia: y menos aún son aquellos cuyos lectores no distorsionan su significado.

Es casi sorprendente que muchas gentes convencionales se rían de los metafísicos, y que la mayoría de estos últimos tengan éxito principalmente enseñando, a sí mismos y a los otros, a utilizar para juegos de entretenimiento lo que, de hecho, pueden ser materiales vitales.

Es necesario repetir esto en diferentes formas porque, en efecto, las gentes están rodeadas permanentemente por tendencias de «juego», por dentro y por fuera de sí mismas, que sólo pueden ser contrarrestadas por una cantidad y cualidad apropiadas de otro tipo de material y por la descripción de su uso.

Recuerda: el simple estudio y absorción de unas admoniciones como las que te ha dado, te brindan protección y un medio para mantener un sentido de verdad mucho mayor del que podrías imaginar.

Las dimensiones internas, apropiadamente conducidas, son el material más útil que tenemos. Utilizadas incorrecta y superficialmente, son el menos útil.

QUEMAR LA CAABA

Los Sufis atacan lo derivativo o secundario para conducir la atención a lo esencial. Attar nos cuenta cómo Shibli llevó una brasa ardiente por las calles diciendo que iba a incendiar la Caaba, el lugar más santo del Islam, para que la gente se preocupara, no por el incendio, sino por el Señor de la Caaba.

Explicación

Pregunta: A partir de sus comentarios y escritos, he observado la conducta de la gente con respecto al «conocimiento superior» y he encontrado que es como usted describe. La gente imagina que, porque otros han hablado de eso, ellos también son candidatos a este conocimiento sin escuchar, de hecho, a los que les dicen cómo aproximarse a él. También estudian de forma selectiva, esperando que los trozos y pedazos que despiertan su atención les den lo que quieren, sin considerar necesario un aprendizaje completo. Compiten unos con otros por las «experiencias», los estímulos emocionales e incluso por el crédito personal y por mínimas ventajas sociales, mientras que al mismo tiempo afirman que buscan «cosas superiores». ¿Cuál es su explicación, si tiene alguna, para esta conducta absurda?

Respuesta: Tú no necesitas «mi explicación», pues sólo tienes que preguntarte a ti mismo si este tipo de conducta corresponde a gente normal y dónde puede encontrársela.

Sólo tienes que preguntar a un antropólogo o a un historiador de la educación o de la ciencia para que te diga que este tipo de conducta es característica de pueblos poco avanzados, muy pobres o bárbaros, ante el hecho de la introducción de algo «nuevo» para ellos.

Este análisis sólo es imposible para aquellos que no han observado la estructura y se han dejado engañar por las superficialidades, tal como el culto se llama a sí mismo.

Si las personas que tú describes estuvieran buscando, di-

gamos, conocimiento científico o dinero, serías capaz de decir al instante que, en el peor de los casos, son salvajes o neuróticos; y en el mejor, que son gentes que prácticamente no tienen la información básica o el entrenamiento que les permita aproximarse a lo que imaginan que necesitan mucho. Es una labor importante hacer que esta información básica sea asequible, para que las gentes puedan poner los pies en la línea de partida, si la hubiera, en lugar de repantigarse en el lugar.

Las culturas occidentales se enorgullecen de ser capaces de decir algo de otra. Esto permite que sus gentes exhiban todo el talento, formación y habilidad deseables. Cuando hacen esto en suficiente cantidad y cualidad, el estudio verdadero puede comenzar y no ser detenido.

En Oriente, por supuesto, hay una tradición de que el maestro señale la conducta humana característica adoptándola él mismo, y esto choca o hace pensar a los otros de modo que aprenden sin tomar la precaución de evitar estrellarse de cabeza con el resultado.

Esta conducta mantiene viva la sensación de que los aprendices no deberían hacerse ilusiones de que son importantes por estar empeñados en una labor espiritual y de que más bien necesitan humildad.

Cuando yo era un muchachito, un día fui al estudio de mi padre y dejé la puerta abierta; él no me indicó que la cerrara, en su lugar me dijo:

—Oh, me parece que he dejado la puerta abierta. ¿Serías tan amable de cerrarla?

Este recuerdo ha permanecido conmigo durante casi cuarenta años.

HIRI Y LAS CENIZAS

Abu Osman al-Hiri hizo lo mismo cuando alguien vertió cenizas sobre él desde una ventana. Los que lo acompañaban quisieron increpar a quien lo había hecho. Pero al-Hiri sólo dijo:

—¡Deberíamos estarle mil veces agradecidos por haber dejado caer cenizas sobre quien merece brasas ardientes!

P: ¿Por qué no habla más de Dios en sus declaraciones públicas?

R: La queja más común (lo que demuestra que no puedes complacer a todos) es que me extiendo demasiado en asuntos de religión. Pero la razón de que hable de Dios menos que otros puede responderse tal como se dice que Ibn Arabi lo hizo. El dijo: «No es meritorio tratar de la limpieza cuando uno está limpio de hojarasca; la limpieza es el resultado de los preliminares necesarios.» Admito, por supuesto, que Arabi fue llevado ante la inquisición por su «poesía amorosa», ahora reconocida como excelente literatura mística...

También consta que Rabia dijo: «Acusar a alguien que está pelando una manzana de estar preocupado sólo por su cáscara es una verdadera ignorancia, aun cuando pueda parecer que describe la situación.»

Un maestro Sufi al que conozco dijo ante mí, cuando alguien le pidió que hablara de Dios: «Sería un insulto a Dios hablarle a usted de él; y sería valorarme demasiado a *mí* presumir que yo me atrevería a hablar de Dios.»

Para muchas personas, «Dios» es su vanidad, su propia arrogancia, su epíteto, utilizado con propósitos emocionales e intelectuales. Es importante hablar de algo con reserva, sin mencionar a Dios, a menos que se justifique el hacerlo.

El uso de la palabra «Dios» debe depender del estado de comprensión de quien utiliza el término y de la persona o personas que lo escuchan o leen. Tal como Shabistari dijo en su manual Sufi, *El jardín secreto*, en el siglo XIV:

> «Si el musulmán supiera qué es un ídolo, sabría que hay religión en la idolatría. Si el idólatra supiera qué es religión, sabría cuándo se ha desviado del camino. No ve en el ídolo otra cosa que la criatura obvia. Es por esto, de acuerdo con el Islam, que es un ignorante.»

«El hombre —dice Rumi en *Fihi ma Fihi* (*En esto lo que está en eso*)— tiene tres estados espirituales. En el primero no presta ninguna atención a Dios, pero reverencia y atiende a todo, mujer y hombre, riqueza y niños, piedras y terrones. No profesa culto a Dios. Cuando adquiere algo de conocimiento y de conciencia, entonces sólo sirve a Dios. Luego,

cuando progresa más en su estado, se vuelve silencioso; no dice: "No sirvo a Dios", ni tampoco dice "Sirvo a Dios", pues ha trascendido estos dos grados.»[8]

8. Rumi: *Fihi ma Fihi*, edición del profesor Firuzanfar, traducida al inglés por A. A. Arberry (como *Discourses of Rumi*), John Murray, 1961, págs. 205-206.